

LA CONQUISTA DE
QUINCE MIL LEGUAS

ESTANISLAO S.
ZEBALLOS

Editado por
elaleph.com

© 2000 – Copyright www.elaleph.com
Todos los Derechos Reservados

DEDICADO A LOS JEFES Y OFICIALES
DEL EJÉRCITO EXPEDICIONARIO

ORIGEN DE ESTA OBRA*

DOCUMENTOS OFICIALES

Buenos Aires, 1° de setiembre de 1878.

Señor Ministro de Guerra y Marina General Don Julio A. Roca.

Conocedor V. E. de mi consagración al estudio de la cuestión Fronteras, tuvo a bien invitarme a redactar algunos apuntes sobre los antecedentes de la ocupación del río Negro y sobre otros datos históricos y científicos, convenientes para demostrar al país la practicabilidad de aquella empresa, y para proporcionar a los jefes y oficiales del ejército expedicionario un conocimiento sintético de la obra en que van a colaborar. V. E. me hizo ofrecer además que el Gobierno Nacional compraría la edición de mi obra en remuneración de mi trabajo.

Acepté con placer la invitación, renunciando desde luego a toda remuneración, pues me he consagrado a estos estudios, sin interés de lucrar con ellos, inspirándome en el principio de moral que encierra el siguiente pensamiento de autor célebre:

"La ociosidad pesa y atormenta; el alma es un fuego que es necesario alimentar".

Ofrezco, pues, al Gobierno la obra, de la cual puede hacer el uso que convenga a sus planes.

Cuando se trata de asuntos de esta naturaleza, las diferencias Políticas deben ceder ante los altos intereses de la Nación; y por mi parte no he trepidado en poner a disposición del Gobierno los originales, cooperando con mis débiles fuerzas a la ejecución de la idea, que V. E. ha tenido el acierto de patrocinar con el aplauso del País.

He redactado este libro en los ratos desocupados de que he podido disponer durante un mes, robando algunas horas al sueño a veces, a fin de que, como V. E. lo deseaba, pudiera ser leído por los miembros del Congreso, antes de terminar sus sesiones.

Adolece, pues, de las incorrecciones consiguientes a los escritos que el autor entrega a la tipografía a medida que los produce. Sin embargo, cedo a V. E. el manuscrito, sin pretensiones literarias, pidiéndole tenga a bien hacer publicar esta carta al frente de la obra, para que sirva de ADVERTENCIA a los lectores y a los críticos.

* El autor piensa escribir dos volúmenes más, una vez realizada la Expedición para completar el plan de su obra, de la que éste será el primer tomo. En consecuencia, se reserva todos los derechos sobre ediciones futuras.

LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

Réstame, señor Ministro, hacer votos por la feliz realización de las aspiraciones del País y del Gobierno, en la empresa a cuya cabeza se coloca V. E. con fe y decisión; y los hago también por que el éxito esperado corone los nuevos sacrificios que va a afrontar el sufrido ejército de la República, una de cuyas inmaculadas y perdurables glorias, será la de conquistar y entregar a la acción redentora del hombre, quince mil leguas de tierra en una de las regiones más fértiles y encantadoras del planeta.

Saluda a V. E. atentamente.

ESTANISLAO S. ZEBALLOS

Buenos Aires, setiembre 5 de 1878.

CONSIDERANDO que es de evidente importancia el libro del doctor don Estanislao S. Zeballos, sobre la ocupación del río Negro y que conviene publicarlo en este momento, en que el Gobierno proyecta el avance de las fronteras, se resuelve:

Mandar hacer una edición de él en número de quinientos ejemplares por cuenta del Tesoro Nacional, para distribuirla en parte entre los jefes y oficiales que han de concurrir a la Expedición.

Déense las gracias al Dr. Zeballos por el patriótico desinterés con que ha puesto a disposición del Gobierno su valioso trabajo, comuníquese y publíquese.

AVELLANEDA
JULIO A. ROCA

MINISTERIO DE GUERRA.

Buenos Aires, .setiembre 17 de 1878.

Sr. Dr. D. Estanislao S. Zeballos.

Estimado compatriota y amigo:

Usted ha querido escribir unos apuntes sobre Fronteras, y sin pensarlo ha hecho un libro interesantísimo y útil bajo muchos aspectos, que será leído con interés dentro y fuera del país.

Su trabajo muestra grande preparación y perfecto conocimiento de la materia que trata.

Va a ser una especie de revelación para la mayoría del pueblo argentino, que tendría que ir a buscar en cien volúmenes distintos los antecedentes que Vd. presenta en pocas páginas, narrados en un estilo fácil y ameno, acompañados de observaciones y razonamientos muy exactos.

La lectura de su libro destruirá toda duda acerca de la importancia y la posibilidad de llevar la frontera al río Negro.

Excuso decirle lo que él importará para todos los jefes y oficiales del ejército que tienen que tomar una parte activa contra los enemigos tradicionales de nuestra riqueza agrícola, porque basta su simple lectura para comprenderlo.

Pero sus patrióticos y desinteresados trabajos no deben detenerse aquí y no serán completados sino cuando Vd. haga la historia de esta cruzada, una de las más fecundas que habrá realizado el ejército argentino desde los tiempos heroicos de

la Independencia, y de la descripción científica de la vasta región que vamos a conquistar, demostrando al mismo tiempo la importancia económica que adquirirán los nuevos territorios cuando se derrame en su seno la inmigración que en busca de un suelo fértil y de un clima benigno, arriba a nuestras playas de todos los puntos del continente europeo.

Tenemos además que corregir la geografía de esa región y averiguar por prolijos estudios hidrográficos sobre las innumerables corrientes que se desprenden de los Andes, desde San Rafael a Nahuel-Huapí y se precipitan al mar por el Colorado y el Negro, si, como dice el coronel Jorge Velaco que acompañó al fraile Aldao en su expedición el año 33 al sud de Mendoza, el Chadi-leuvú y el Atuel son navegables para bergantines y fragatas, y si se podría vaciarlos con un costo de 4 a 5 mil pesos en el Colorado, por la extremidad sud de la isla de Limeñ-Mahuida, donde media apenas una distancia de 25 kilómetros entre éste y aquéllos.

He aquí otro de los grandes problemas que resolverá la ocupación del río Negro, que por sí solo justificaría los esfuerzos que va a hacer la República, buscando su seguridad contra los bárbaros del desierto.

Resuelta la navegación del Colorado por aumento tan considerable en el caudal de sus aguas, todos los ricos y variados frutos minerales y agrícolas de la provincia de Mendoza, tendrían una salida fácil y barata por Bahía Blanca, que, por su posición ventajosa para el comercio y por su excelente puerto, como el de Rosario de Santa Fe, está llamada a ser un grande emporio, la metrópoli de los pueblos que espontá-

neamente habrían de levantarse en los valles andinos y en algunos puntos de la pampa.

El señor Presidente me encarga le dé las más expresivas gracias por su importante trabajo, que va a ser tan útil para las operaciones de la guerra, y me ha ordenado se haga una edición especial de su libro por cuenta del Estado: Al dejar cumplido aquel encargo quiero agradecerle la expresión de mi particular agradecimiento y manifestarle que desde luego, queda Vd. invitado para formar parte de la Expedición.

Soy su afectísimo amigo y compatriota.

JULIO A. ROCA

ADVERTENCIA A LA SEGUNDA EDICIÓN

La primera edición de esta obra ha despertado un indulgente interés que yo no esperaba. Ha sido agotada en una semana, habiendo tocado a la ciudad de Buenos Aires en la distribución menos de doscientos ejemplares.

Esta circunstancia, los juicios alentadores que le han dirigido la prensa nacional y extranjera y geógrafos distinguidos como el señor Vizconde de San Juanario, Ministro Plenipotenciario de Portugal por una parte, y por otra la generosidad con que la empresa del diario La Prensa pone desinteresadamente a mi disposición todos sus elementos tipográficos, me deciden a hacer una segunda edición, para satisfacer el interés despertado por la obra, y con el fin de llevar adelante mi propósito patriótico de prestigiar la ocupación de la línea estratégica del río Negro, demostrando la practicabilidad de la operación, fundado en la doble autoridad de la Historia y de la Ciencia.

Escrita rápidamente la primera edición, adolecía de incorrecciones de estilo y de falta de desarrollo de algunas ideas importantes, deficiencias que he procurado salvar en cuanto me ha sido posible.

He tomado en consideración, por otra parte, los consejos de la sana crítica, así escrita como oral. Ella honra y auxi-

lia a todo autor que, comprendiendo sus intereses, sabe aprovecharla discretamente.

Aunque no dispongo de todo el tiempo necesario para encerrarme en los archivos y las bibliotecas particulares que guardan los tesoros de nuestra primitiva historia, pues consagro a estos trabajos mis cortos momentos de ocio, he reunido, no obstante, nuevos materiales históricos y científicos, de los que no pude hacerme al redactar la primera edición, aunque los tenía anotados en mi plan de trabajo para adquirirlos.

En consecuencia, la primera edición ha sido no solamente revisada, sino también aumentada de una manera considerable, ya con los nuevos recursos que he hallado posteriormente en mi modesta colección americana, ya con el auxilio de los archivos, o bien con las referencias orales de personas que han asistido a la realización de los hechos o que las recogieron de boca de los actores.

La parte histórica ha recibido un nuevo y poderoso refuerzo.

He revisado más de mil cuatrocientos manuscritos sobre el río Negro, coleccionados y clasificados laboriosamente por el jefe del Archivo General de la Provincia. Entre estos documentos, encontré y estudié la correspondencia original entre el virrey Vértiz y Viedma, el superintendente de los establecimientos de la costa patagónica.

Además, varias personas de mi relación me han facilitado documentos de sus archivos particulares, a los cuales hago referencia en el lugar correspondiente.

Con estos elementos inéditos y completamente inexplorados, y con algunas obras que he adquirido y que antes no

tuve tiempo de consultar, he rehecho mi trabajo histórico, sobre un plan más metódico, matizándolo de mayor originalidad.

Así, he bosquejado la historia de las exploraciones y ocupaciones del río Negro por los españoles, a la luz de los documentos del Archivo General de la Provincia; he consagrado una página a las expediciones ordenadas por Valdivia en 1553. Y a las realizadas por Amigorena en 1781; he descrito el cuadro sintético de la expedición de 1833, guiándome por interesantes referencias verbales, por la carta del secretario de Rosas, publicada en un diario bonaerense, por algunos documentos del Archivo General, y he reunido, en fin, las observaciones de longitud y latitud, realizadas por Descalzi en el Colorado, en Patagones y a lo largo del río Negro, que eran desconocidas y que existían originales en los papeles del general Guido, ministro de la guerra en 1833, cuyo hijo D. Carlos Guido y Spano, jefe del Archivo General de la Provincia, me las ha facilitado generosamente.

Dadas estas ideas generales sobre las innovaciones que he introducido en la parte histórica de la obra, indicaré a continuación otras adiciones, por el orden en que ellas entran, omitiendo las de menor interés.

El Capítulo I que trata de la "Reseña Histórica", será completado con las siguientes cuestiones:

Exploración del río Negro que debió realizar el piloto Calleja bajo la superintendencia de Viedma, según resulta de documentos que conserva el Archivo de la Provincia de Buenos Aires, y causas que decidieron a abandonar esta tentativa, anterior al famoso viaje del piloto Villarino.

Consecuencias diplomáticas de un error del padre Falkner sobre el río Negro. Refutación de las interpretaciones arbitrarias con que los diplomáticos chilenos explotan dicho error, en contra de los evidentes y clarísimos derechos de la República Argentina a las tierras australes, desde el río Negro al cabo de Hornos.

Bosquejo histórico de la Expedición de 1833, compuesto de acuerdo con las relaciones que he oído a personas de aquella época, que viven aún, rectificación de los errores históricos publicados sobre las operaciones del Ejército del Centro a las órdenes del general Ruiz Huidobro, y resultados generales obtenidos en dicha campaña, según el secretario del brigadier general D. Juan Manuel de Rosas.

Consideraciones sobre la misteriosa ciudad de los Césares y descubrimientos que dan su verdadera situación.

En el Capítulo II, destinado a trazar la importancia de las exploraciones por orden cronológico, trataré de adelantar todo lo que me sea posible, buscando principalmente nuevas luces respecto a los reconocimientos salidos del lado de Chile, sobre nuestros territorios. Daré también un resumen de las tentativas buscando fáciles caminos entre Chile y Buenos Aires.

El Capítulo III es uno de los que me ha exigido mayores y profundos estudios y más largas meditaciones. No habiendo explorado yo mismo el río Negro, he tenido que buscar la verdad, o a lo menos aproximármela, a través de narraciones contradictorias, simples descripciones casi todas, sin bases de comprobación científica del punto de vista geográfico, que es lo que más me preocupaba.

Después de un prolijo examen comparativo de estos heterogéneos elementos, rectificando los unos con la autoridad más atendible de los otros, aclarando lo que era confuso y desechando lo inverosímil y fantástico, he trazado este capítulo, que las futuras exploraciones científicas se encargarán de confirmar.

No introduciré, por consiguiente, modificaciones en los juicios que contiene, puesto que no han sido impugnados en lo más leve por los viajeros que aún viven, cuyos trabajos me he visto obligado a criticar cortésmente, en obsequio al deber de acercarme siempre a la verdad.

Los planos geográficos con que ilustro el capítulo, reciben un importante refuerzo, cuya utilidad general no puede desconocerse, aunque astronómicamente no avance en la determinación de la situación de los lugares. Me refiero al croquis topográfico del viaje del sargento mayor Bejarano, documento cuyo original inédito he obtenido y agrego al Capítulo III.

Creo que tiene importancia en la sección del río Limay y sus afluentes, sobre cuyo nombre, descripción y situación general había confusiones que el croquis viene a desvanecer, si no con la exactitud de las observaciones practicadas con instrumentos, a lo menos con la aproximación en las distancias y fidelidad en los detalles, que hacen notable el viaje de aquel oficial, como lo hemos demostrado en su respectivo lugar.

Del punto de vista de la descripción del territorio, cuyo extracto he tomado del Diario de Bejarano, el croquis adelanta también a todas las cartas publicadas hasta ahora, desig-

nando los principales paraderos con sus nombres araucanos y situándolos en distancias aproximadas, calculadas en leguas. Mientras los geógrafos no nos den la situación exacta de estos puntos estratégicos, el croquis del mayor Bejarano será consultado con utilidad.

En los Capítulos IV, V y VI haré también adiciones de trascendencia. Al tratar del río Colorado no omitiré las indicaciones dadas en 1833 por el piloto Bathurst para tomar la barra, datos que, sin duda, han sufrido modificaciones; pero que eso mismo los hace recomendables, porque facilitan la comparación de los estudios practicados con un intervalo largo de tiempo, permitiendo abrir opiniones sobre las variantes del fondo de aquella peligrosa barra.

Recordaré la carta de Chiclana que comprende la sección de este río entre el punto en que lo pasó el general Pacheco en Choique Mahuida, de regreso del río Negro, y la boca del mar. Y por último, agregaré los datos de interés que pueda haber adquirido el Ministerio de la Guerra a consecuencia del brillante reconocimiento llevado a cabo por el teniente coronel D. Lorenzo Winter, analizando los resultados y comparándolos con lo que ya sabíamos sobre este río.

Respecto a los ríos andinos y de la pampa central, tomaré en consideración los trabajos históricos y geográficos del Dr. D. José A. Sáez, comisionado de Mendoza para reunir datos y documentos sobre los límites de la provincia, trabajo que hace tiempo había encargado, que poseo al fin, y que trae una carta geográfica, en que las nacientes de los ríos andinos están trazadas con una precisión de que carecen la generalidad de las cartas.

Complementaré estos datos con el resumen de la conferencia que di en los salones de la Sociedad Científica Argentina el 15 de octubre, a propósito de la navegación de estos ríos y de la concentración de sus aguas, con extracto del debate a que mis ideas dieron lugar.

La descripción general del territorio será también ampliada.

El teniente coronel D. Manuel José Olascoaga, persona que ha vivido mucho tiempo en el teatro andino de mis investigaciones, ya al servicio de esta República ya al de Chile, ha publicado en el diario El Siglo, una reseña de sus viajes y de los datos reunidos sobre los valles del sud de Mendoza. Aprovecharé estos estudios que me merecen confianza, y que traen novedades descriptivas. Para redondear mis propósitos en esta parte del libro, haré un breve estudio de las riquezas del Pallén, y acumularé otros datos sobre el clima, pastos de la Pampa y puertos de la costa del Atlántico.

En estos tres capítulos agregaré respectivamente las noticias de la exposición del secretario de Rosas, que avancen sobre las que ya contenían.

El Capítulo VII está consagrado al estudio militar de esta cuestión. Mis observaciones sobre la materia fueron considerablemente restringidas en la primera edición, apremiado como me veía por la absoluta falta de tiempo, de modo que al reimprimir este capítulo he dado mayor desenvolvimiento a las ideas, apuntando nuevas consideraciones y no pocos datos históricos y científicos, que complementan mi pensamiento.

Un crítico distinguido ha observado de paso la brevedad de las noticias etnográficas que he condensado en el Capítulo VIII y tiene razón; pero no entraba en mi plan hacer un estudio de las costumbres y organización social de los indios, sino en aquellas de sus fases que más se relacionaban con la empresa militar que me ocupa. En una obra especial, que he comenzado sobre el hombre primitivo y cuyo primer tomo he concluido ya y anunciado, abordaré a fondo los estudios etnográficos, de que en el Capítulo VIII doy ligeras reseñas.

No obstante, he creído conveniente tomar en consideración la sana advertencia del crítico, ampliando, aunque de una manera siempre limitada, esta parte del libro. Agregaré también la reseña de los últimos acontecimientos militares que se han desarrollado en la frontera en los meses de setiembre y octubre de este año, y una página histórica sobre acontecimientos descollantes que se ligan a las narraciones de carácter dramático incluidas en este capítulo.

También encontrará novedad el lector en el capítulo que trata de la navegación de los ríos. Daré a conocer algunos trabajos realizados oficialmente a fin de obtener vapores adecuados para la navegación del río Negro y del río Colorado.

El capítulo de las consideraciones generales será pulido, robustecido con nuevos elementos que he acopiado; y sufrirá análogas modificaciones la noticia bibliográfica y cartográfica, que ha merecido un elogio especial de críticos autorizados.

En cuanto al Apéndice, solamente tengo que agregar a él la ley del Congreso de 1878, que no había sido dictada aún al aparecer la primera edición.

Tal es el plan de revisión y aumento a que obedece la segunda edición, que, como la primera, dedico a los jefes y oficiales del ejército expedicionario, como un homenaje de estimación, a la vez que como un libro manual, en que pueden hallar datos que les son necesarios y cuya utilidad palparán cuando estén en campaña.

El Ministro de la Guerra ha tenido la bondad de invitarme a formar parte de la Expedición; pero no me es posible aceptar la invitación. Como he de complementar mi obra con dos tomos más, necesito viajar y observar personalmente en el territorio a que he consagrado estos estudios. El viaje sería estéril yendo con una de las columnas expedicionarias, porque apenas podría examinar el itinerario de ella; mientras que será fecundo, cuando asegurada la ocupación del río Negro y despejado el terreno, pueda yo hacer un viaje de circunvalación desde el río Negro hasta Mendoza y desde Mendoza hasta Buenos Aires, por el desierto.

Tal es también el plan de mis trabajos futuros, emprendidos con el deseo de cooperar a la grandiosa empresa nacional, que, una vez realizada, será recordada entre las grandes campañas de la civilización, que ilustran el siglo XIX.

Entonces al canal de Suez, al ferrocarril americano interoceánico, a la perforación de las grandes montañas para dar paso a la locomotora, y a la red del telégrafo que ciñe los contornos del planeta, la República Argentina habrá añadido, como obra fecunda del progreso sudamericano, la conquista de sus quince mil leguas de lozana tierra.

Buenos Aires, 1° de noviembre de 1878.

ESTANISLAO S. CEBALLOS

CAPÍTULO I
RESEÑA HISTÓRICA
(1768-1878)

Antecedentes de la cuestión fronteras. - Sistema español. - La Frontera Sur de la República hace un siglo. - Crisis de 1768 a 1796. - Desencanto público. - Temores a la política inglesa. - Origen de la idea de ocupar el río Negro. - Nuevos rumbos de la opinión. - Sus precursores en el siglo XVIII. - Breve análisis de los escritos de Falkner, Villarino, Viedma, Undiano y Gastelú, Azara, Viana y García. - La Expedición de 1833. - Resultados generales. - Opiniones contemporáneas. - Ley de 1867. - Proyecto reglamentario de 1870. - Ideas de los ex presidentes Mitre y Sarmiento. - Proyecto del Gobierno de Buenos Aires. - Reconocimiento del río Negro en 1872. - Operación combinada argentino-chilena. - Del Pacífico al Atlántico. - Actualidad de la cuestión. - Go ahead.

ESTAMOS en la gestión fronteras como en el día de la partida: con un inmenso territorio al frente para conquistar y con

otro más pequeño a retaguardia para defender, por medio de un sistema débil y desacreditado¹.

No incumbe su responsabilidad a un hombre ni a un gobierno. Es la herencia recibida de la Madre Patria, que conservamos fielmente, a pesar de haberla hallado controvertida y de que nuestra corta bien que dolorosa experiencia la condena. Avanzar por medio de líneas artificiales y permanentes para ir conquistando zonas sucesivas: tal es el sistema español de frontera, reducido a su expresión más sencilla. Lo pone de manifiesto una ligera ojeada sobre el mapa de Buenos Aires.

Los españoles marchaban previsora y firmemente, llevaban sus armas y la colonización al desierto, clavando la cruz y levantando la escuela al lado del fortín, como bases de la fundación de pueblos. Así, la mayor parte de nuestros centros de población rural, derivan de antiguas guardias, que ocupan en el mapa direcciones armónicas, formando líneas paralelas de Noroeste a Sudeste, rumbo general de la Conquista en su movimiento de avance tradicional sobre la pampa.

En consecuencia, podemos contar las siguientes líneas, que marcan varias épocas del estado de la frontera, limitando las zonas sucesivamente ocupadas. La que arranca de Zárate y sigue por la Capilla del Señor, Villa de Luján, Cañuelas y

¹ El competente crítico autor del artículo de La Nación sobre este libro, ha creído hallar en estas consideraciones un ataque infundado al sistema español y debemos, por consiguiente, aclarar nuestro pensamiento. No censuramos la conducta de los españoles, porque ellos no podían hacer más, escasos de elementos, en un inmenso y desconocido teatro y con millares de indios al frente. Hacemos cargo de haberla seguido a los contemporáneos, que dueños de recursos poderosísimos y más conocedores del teatro en que operan, no han debido permanecer reducidos al sistema defensivo que las circunstancias imponían a la colonia. Al emitir estas opiniones somos consecuentes con nuestra convicción de la eficacia de la ofensiva en la guerra contra los indios.

Chascomús. La de Areco, Mercedes, Navarro, Lobos, Guardia del Monte, dando frente al Salado; al Sur y al Noroeste de Buenos Aires. La del Salto, Chivilcoy, Saladillo, Las Flores y fortines de Monsalvo (*Kakelhuincul*, *Marihuincul*)² etc. La línea, trazada ya en tiempos modernos por Rojas, Bragado Grande, 25 de Mayo, Esperanza (hoy General Alvear), Tapalqué, Azul, Tandil, Bahía Blanca y camino del Colorado. Por último, bajo la administración del señor Sarmiento, se inició el movimiento de avance que dio por resultado la línea de Ancaló (General Lavalle del Norte), General Paz, San Carlos, Blanca Grande, Olavarría, Sanquilco (General Lavalle del Sur) y Sauce Corto. Este movimiento de avance fue análogo al que acaba de realizarse para tender la nueva paralela de Vutaloo, Tenquedlavquén, Huamini, Carahué y Puán, que da una línea permanente y la conquista de una ancha zona territorial.

Limitarse a la ocupación permanente de una línea es desfallecer en medio del sistema defensivo, alternando con una ofensiva débil y difícilmente sostenible. Así lo han comprendido todos los que sienten pasión por el estudio del problema de la Frontera y que acumulan antecedentes para discurrir con acierto sobre lo que conviene hacer a fin de despejar la incógnita, sacando provecho de los inmensos sacrificios que la conquista de nuestras actuales porciones ha exigido a la República.

La fe en el sistema español se desvanecía ya en el siglo pasado, pues se sabe que en 1768 algunos exploradores y

² Marihuincul -. Voz araucana compuesta de Mari, diez y huincul colinas. - Kakelhuincul - De kakel, atravesar y huincul colinas. - Ambos nombres de caciques, a

propagandistas comenzaron a desacreditarlo, produciendo el desencanto público.

Buenos Aires, dice un escritor antiguo³, cabeza del vasto Virreinato de este nombre, yacía en un rincón de las pampas, rodeada de pocos fuertes que formaban como una línea de circunvalación a menos de treinta leguas de sus arrabales; y Chascomús, Luján y Salto, marcaban los límites territoriales de una ciudad cuya jurisdicción se extendía hasta el Desaguadero.

Tal es el juicio exacto que inspiraba el estado de la frontera sur de la República, al concluir el Virreinato de Bucarelli, en el año 1768.

El virrey Vértiz recibió exhortaciones de avanzar sobre la pampa, para asegurar la dominación del río Salado, cuya línea estaba hasta entonces en poder de los vándalos; pero se prefirió trazar una nueva paralela de Rojas a la Guardia del Monte, apoyada en los fortines de Ranchos, Lobos, Navarra y Areco, construidos al borde de las lagunas del mismo nombre.

Los indios hicieron en 1780 una formidable y sangrienta invasión sobre Luján, cuyos resultados advirtieron a los hombres de ideas el gran peligro en que yacían las fronteras y la ineficacia de sus medios de defensa.

Comenzaron a la sazón a dibujarse nuevos horizontes; pero en 1796, al llegar Azara con la comisión demarcadora de los límites de España con el Portugal, halló a Buenos Aires,

lo que parece.

³ PEDRO DE ANGELIS Discurso preliminar al Diario de la Expedición a la Sierra de la Ventana. (T. IV de la Colección).

dice Angelis, todavía reducida a los estrechos límites que le fueron trazados por sus fundadores.

El pensamiento de la ocupación militar del río Negro, surgió a la sazón como tabla salvadora, no porque se buscara directamente esta manera de resolver la cuestión fronteras, sino como una idea incidental que cruzó la mente de los reales pilotos, que S. M. había mandado a hacer estudios en la costa patagónica, para defenderse de la política de Inglaterra.

En efecto, en 1774 apareció la obra histórica, descriptiva, geográfica y etnográfica del misionero jesuita Thomas Falkner, que había vivido cuarenta años en nuestros desiertos, enseñando en las reducciones de indios de las sierras del Volcán y del río Colorado, y recorriendo los campos desde la Patagonia hasta Tucumán y el Chaco, a través de inmensos peligros y de asombrosas distancias⁴.

La obra de este célebre autor, consultada hasta ahora con avidez por los historiadores y eruditos, fue editada en inglés, con el propósito de servir a los intereses de la Corona Británica contra los de España, a cuyo servicio se hallaba Falkner.

El misionero inglés escribió la primera descripción del río Negro de que tengamos noticia, incurriendo en errores geográficos, muy comunes en el siglo pasado a consecuencia de la falta de exploraciones; pero que hoy han sido completamente rectificadas y no pueden ser sostenidos con eficacia por personas ilustradas.

Sin embargo, uno de aquellos errores del padre Falkner, está llamado a adquirir celebridad histórica, a consecuencia

⁴ THOMAS FALKNER, Descripción de la Patagonia y de las partes adyacentes de la América Meridional. (Colección de ANGELIS, t. 1.)

del ruidoso papel que ha jugado en el grave conflicto que existe entre la República Argentina y la de Chile, sobre sus límites en la región austral.

Falkner dijo, en efecto, sobre el río Negro:

"Este río es el mayor de la Patagonia: se vacía en el Océano Occidental, y es conocido por varios nombres como el segundo Desaguadero o el Desaguadero de Nahuel-Huapí. Los españoles lo llaman el gran río de los Sauces, algunos indios Choele-choel; los puelches, Leuvú-comó, o el río por antonomasia, y Curú-leuvú quiere decir río Negro, que es el nombre que le dan los guilliches y peguenches. El paraje por donde le pasan desde el primero al segundo Desaguadero, Choele-Choel.

No se sabe exactamente la fuente u origen de este río; pero se supone tenerla del río Sanquel: compónenla muchos ríos y arroyos. Va escondido por entre peñas quebradas y se estrecha en un canal profundo y angosto, harta que finalmente se manifiesta otra vez con grande y rápida corriente algo más arriba de Valdivia, pero al lado opuesto de la Cordillera."

Consúltese cualquier mapa de Sudamérica, y se verá que el error del padre Falkner consiste en suponer que el río argentino Negro y el río chileno Tolten, cuyos cursos siguen casi la misma latitud, eran una misma corriente de agua, extendida desde el Pacífico al Atlántico, a través de los Andes.

La Corte de España, agitada por los amagos de Inglaterra sobre la Patagonia, adoptó por base de sus medidas y

expediciones, los datos del misionero inglés; y midiendo las distancias con arreglo a sus planos, dedújose que el río Negro, después de recorrer 300 leguas, se internaba en el río de Chile.

El ministro Gálvez firmó en Aranjuez, el 8 de junio de 1778, las instrucciones para establecer fuertes y poblaciones en la costa del Río de la Plata hasta el Estrecho de Magallanes. Este documento señala como punto de particular importancia, la boca del río Negro, y según las noticias difundidas por Falkner, agrega: "Que el río Negro se interna por cerca de trescientas leguas del reino de Chile"⁵. El señor Ibáñez, ministro de Relaciones Exteriores de Chile, pretendía en nota de 28 de enero de 1874, fundado en aquella frase, que el reino de Chile era la Patagonia, según las instrucciones de Gálvez.

El Dr. D. Félix Frías, Plenipotenciario de la República Argentina en Santiago, desautorizó aquella interpretación, revelando que era geográfica y gramaticalmente insostenible.

Posteriormente, el Dr. D. Vicente G. Quesada, en su importantísimo y patriótico libro *La Patagonia*⁶, refuta in extenso la cita del ministro Ibáñez, haciendo una interesante historia del origen, importancia y verdadera interpretación de las instrucciones, cuyo original en carácter de Apuntes, sin firma ni rubrica, fue examinado por el autor en el Archivo de Indias.

⁵ Este documento existía en el Archivo de Buenos Aires y lo publicó por primera vez D. PEDRO DE ANGELIS en su Memoria sobre la jurisdicción argentina en el Sur, impresa en Buenos Aires en 1852. (Véase el capítulo bibliográfico.)

⁶ Véase VICENTE G. QUESADA, *La Patagonia y las Tierras Australes del Continente Americano*. Buenos Aires, 1875, Págs. 143 y sigts.

Todas las crónicas están de acuerdo en afirmar que España se alarmó hondamente al conocer los estudios y exploraciones de Falkner, quien avanza el juicio de que ocupada la Patagonia por un enemigo de España, ésta viviría en continuo sobresalto por sus posiciones del Río de la Plata, y perdería Chile, cuya conquista se podría realizar, a juicio de aquel infatigable explorador, emprendiendo la navegación del río Negro hasta Valdivia, con una expedición militar.

La corona de España se decidió entonces a acometer una serie de exploraciones en la costa de Patagonia y en su interior, a fin de ocupar ciertas posiciones estratégicas; y a la cabeza del movimiento descollaron D. Francisco y D. Antonio de Viedma, que ejercían de real orden la jurisdicción no disputada de Buenos Aires, sobre las costas y extensos territorios del Sur, y D. Basilio Villarino, piloto de la Real Armada⁷. Las instrucciones redactadas en Buenos Aires, en cumplimiento de reales órdenes, para proceder a la exploración del río Negro, traen fecha 18 de agosto de 1779 y no han sido publicadas.

Fueron dirigidas a Viedma, que ejercía la superintendencia de los establecimientos de la costa patagónica, recomendándole que les diera cumplimiento a la brevedad posible.

⁷ Las instrucciones escritas y datadas de orden del Rey en Aranjuez, a 8 de junio de 1778, ordenando estas exploraciones, se titulan: Apuntes y Advertencias para las instrucciones que se deben formar en Buenos Aires por el Virrey de aquellas Provincias, con acuerdo del Intendente del Ejército y Real Hacienda de ellas, a los sujetos destinados por S. M. para establecer poblaciones y fuertes provisionales en la Bahía sin Fondo, en la de San Julián, u otros parajes de la costa oriental llamada Patagonia, que corre desde el Río de la Plata hasta el estrecho de Magallanes.

Este fue el primer paso avanzado con el propósito de buscar la sospechada comunicación fluvial entre el Atlántico y el Pacífico.

Las instrucciones establecían dos maneras de realizar la exploración, facultando a Viedma para decidirse por cualquiera de ellas. Eran éstas:

1° Zarpar de la boca del río Negro a los 40° 55' de lat. y remontarlo hasta donde fuera navegable.

2° Salir de Mendoza, hasta el pasaje en que tiene lugar la confluencia de los ríos Tunuyán y Desaguadero, navegándolo hasta su confluencia con el Diamante y continuar por éste hasta el río Negro.

Como lo advertimos ya, había una confusión completa sobre desarrollo y relación recíproca de los ríos andinos que corren al seno de la Pampa, y por eso las instrucciones trazan tan irrealizable itinerario.

El Virrey pondera los peligros y contrariedades a que hay necesidad de hacer frente en esta clase de exploraciones, y recomienda a Viedma que elija para acometerlas un varón fuerte, denodado y de recursos en los trances difíciles.

Ordena la formación de un Diario de exploración que debía contener la descripción general y detallada del río, el aspecto del país, los montes, pastos, aguadas, y cuanto pudiera convenir para el adelanto de los conocimientos geográficos⁸.

En 1780 aún nada se había adelantado en este sentido y los reconocimientos habían sido limitados a las costas al norte y al sur del naciente pueblo de Carmen de Patagones.

⁸ Manuscrito en el Archivo General de la Provincia. (Colección: Río Negro.)

El 8 de agosto del mismo año el Virrey despachó de Buenos Aires el bergantín Nuestra Señora del Rosario, al mando del primer piloto D. Juan Pascual Callejas, especialmente encargado de levantar la carta del río Negro, su entrada, barra y surgidero⁹.

El 14 de noviembre de 1780 oficia nuevamente el Virrey encareciendo la ejecución de las instrucciones de 1779 y le recomienda como principal objeto de la exploración, el reconocimiento de una vía pluvial entre Mendoza y Río Negro, cuya existencia no parecía dudosa, como se ha visto¹⁰.

El 4 de mayo de 1781 el piloto Callejas zarpaba del río Negro, a bordo del bergantín Nuestra Señora de Belén, comisionado por Viedma para exponer de viva voz al Virrey de Buenos Aires, la falta de elementos para internarse por el río Negro, los que era necesario adquirir y enviar al Carmen para dar cima a tan osada empresa como es la de hallar el pasaje al reino de Chile, aprovechando la primavera inmediata, para la cual pide el pronto regreso de aquel piloto¹¹.

Desde 1781 a 1782 el tiempo fue empleado en acopiar elementos. Viedma pidió 30 hombres a Montevideo para agregar a los 60 que ya tenía disponibles; pero no logró obtener aquel valioso contingente¹².

Asimismo se decidió a abrir la campaña. Como Callejas había quedado en Buenos Aires de orden superior, dio el mando de la expedición al piloto D. Basilio Villarino, alférez de la real armada, que se había hecho notable en los recono-

⁹ *Ibíd.*

¹⁰ *Ibíd.*

¹¹ *Ibíd.*

¹² *Ibíd.*

cimientos de la costa desde la peligrosa barra del río Colorado, hasta la bahía San José.

Viedma habíase establecido provisoriamente en el Carmen de Patagones, nueve millas al interior de la desembocadura del río Negro; y dio las reales instrucciones al piloto Villarino, para que se lanzara a la audaz navegación del río Negro, en la cual no ha sido superado por los exploradores que han seguido sus huellas.

De regreso Villarino confeccionó una carta geográfica del río Negro, cuya copia hemos consultado en el Departamento de Ingenieros de la Provincia, y la acompañó de una Memoria en forma de Diario de navegación.

Encargado aquel piloto de una exploración con propósitos políticos, para ocupar con las armas de España las tierras que Falkner parecía ofrecer a la codicia de la política inglesa, concibió como un resultado incidental de su famoso viaje, la idea que hasta hoy es el fundamento capital de la solución definitiva de la cuestión fronterera.

Efectivamente, al margen de aquella carta geográfica, en una extensa leyenda, el real piloto sugiere la idea de ocupar Choele-Choel y la confluencia de los ríos Neuquén y Negro, arrebatando así a los salvajes dos pasos indispensables, que les sirven para realizar sus saqueos en las pampas de Buenos Aires.

La exploración del río Negro por Villarino, la fortificación de un costado de Choele-Choel realizada por él y la agitación que estos hechos determinaron entre los indios, contribuyeron a acentuar el movimiento reaccionario contra el sistema ineficaz de la defensa de la frontera sur, revelando

que aquel viaje, hecho con diferente designio, había dado, sin embargo, el resultado importante de descubrir la verdadera línea definitiva de la frontera sur, en la guerra del Virreinato de Buenos Aires contra los indios.

La propaganda se fortifica a consecuencia de los desastres de la crisis fronteriza de 1768 a 1796, en que los principales jefes de frontera reclamaban en vano del Virrey el avance de las líneas al sur del Salado, por lo menos.

La exploración de Villarino, realizada desde 1782 a 1783 origina la memorable presentación de 1º de mayo de 1784, dirigida al Marqués de Loreto, Virrey y Capitán General de las Provincias del Río de la Plata, por D. Francisco de Viedma, Gobernador e Intendente de las Provincias de Santa Cruz de la Sierra y Cochabamba y comisario superintendente de los establecimientos de la costa Sur.

En ella el ilustre español hace presente las grandes ventajas que se ofrecían para el comercio de Cuyo y del sur de Chile con los descubrimientos de Villarino, pues había una nueva arteria de circulación humana que ahorra grandes distancias; y agregaba que, a su juicio, era punto más importante y en que estribaba toda la felicidad de Buenos Aires, la tarea de evitar el destrozo de ganado que causaban los indios en la campaña de esta provincia.

Pensaba que sería realizar una obra trascendental, aprovechar los inmensos campos que corren desde Buenos Aires hasta el río Negro; y para prestigiar su pensamiento, acumulaba datos que había recogido de labios de los indios, además de los que ya había dado a conocer Villarino en su carta y

Diario de viaje, respecto a la importancia estratégica del río Negro.

Viedma sintetiza su sensato y fundamental proyecto en términos que preferimos copiar en seguida:

"Tomado un verdadero conocimiento de estos pasos y caminos, diré, podrían fortificarse y repararse extendiendo a ellos las Guardias de las Fronteras, porque cortadas estas avenidas y la de Choele-Choel, quedaban libres las demás campañas; ya Buenos Aires y poblaciones del río Negro se daban la mano por tierra, para su comunicación, para la cría y fomento de ganado, y para la extensión de sus poblaciones. Véase pues qué ventajas tan grandes resultaban a la Provincia, y aun a todo el reino del reconocimiento y seguridad de esos pasos "

Y en otra. parte agrega:

"Tomado el sitio de Choele-Choel ya aseguramos el pasaje para los indios de aquellas naciones (pehuelches y araucanos) que son numerosísimos: le quitamos estos enemigos a los campos y vamos preparando la internación y demás proyectos que puede atraernos el río Negro, por la parte de Valdivia."

Nada se hizo a iniciativa de tan cuerdos vasallos de los reyes de España; pero las ideas hacían camino, como lo demuestra otro proyecto en el mismo sentido que fue dirigido al rey por el capitán de las tropas que guarnecían la frontera de Mendoza, D. Sebastián de Undiano y Gastelú, quien había explorado los desiertos del sur de su frontera, allá por los

años en que Villarino corría del Atlántico a los Andes. Hasta 1826, Undiano perseveraba en llamar a la línea del río Negro, la llave de la pampa.

Comienza su representación al Rey declarando: "Que deseoso del mayor bien del Estado se atreve a proponer a S. M. la conquista de diez y siete mil leguas cuadradas de tierra situadas en el mejor suelo del Universo y en una de las orillas del extendidísimo Imperio, conquista para la cual no hay que chocar con ninguna potencia extranjera, porque todo ha de hacerse en un país que pertenece a la Corona de Castilla."

Hace la relación de sus exploraciones en las tierras del sur, consigna datos geográficos importantes sobre las regiones andinas del río Negro y los cursos de agua que corren al norte de éste, concluyendo por condensar su pensamiento así:

"Poblaríase, pues, este país comenzando por la traslación de los fuertes de esta Frontera de Buenos Aires a la orilla izquierda o septentrional del río Negro."¹³

¹³ El ingeniero español D. Sebastián de Undiano y Gastelú salió de Pamplona en el último tercio del siglo XVIII para dirigirse a Buenos Aires, cediendo a exhortaciones de la esposa del Virrey de Lima, que lo proveyó de eficaces letras de recomendación.

Llegado a esta capital, Undiano fue empleado en el Fuerte, pasando a Lima algunos años más tarde.

De allí se trasladó a Mendoza por negocios, y tuvo ocasión de realizar veinte viajes entre Mendoza y Buenos Aires, ocupado en asuntos mercantiles, desviándose siempre de los caminos del correo con el fin de ensanchar sus estudios y observación sobre la Naturaleza y la Geografía de la Pampa.

El Rey envió a Undiano los despachos de capitán del Regimiento de caballería de milicias, formado en Mendoza de voluntarios, al frente del cual se distinguió en la guerra contra los indios, a quienes Undiano acostumbraba buscar y sablear en sus propias toderías.

Sus méritos en este servicio le granjearon la consideración general en Mendoza y fue electo alcalde de primer voto, para cuya alta dignidad fue reelecto durante varios años consecutivos.

Desesperante era la situación de la frontera, cuando llegó al Río de la Plata el distinguido geógrafo B. Félix Azara, quien, como se ha dicho, se sorprendió al hallar la capital del Virreinato estrechada por las chuzas del salvaje, reducida al terreno mal guardado aún por sus líneas de fortines.

Azara partió con la comisión geográfica, de que formaba parte el ingeniero Cerviño y el piloto Insiarte, a practicar un reconocimiento sobre la línea de fortines, con encargo de

De alcalde de primer voto pasó a juez consular y sucesivamente desempeñó puestos honoríficos y distinguidos en la Administración Civil y en el departamento militar.

Un manuscrito de aquella época que tenemos a la vista dice: "Fue dicho capitán Undiano el que organizó el servicio militar en Mendoza, en donde, a la cabeza de las tropas salió e hizo muchísimas excursiones contra los indios, levantando a la vez planos de todos los territorios que recorría."

Es decir, Undiano no fue de ninguna manera gravoso al Erario, pues realizó todas esas excursiones en sus propios caballos y a su sola costa, impulsado sólo por el patriotismo y por el anhelo de madurar el célebre plan de Frontera que debía presentar en 1804.

Casó en Mendoza en la familia de Gamboa y enviudó, volviendo a enlazarse con la señorita Justa Zeballos, de cuyo matrimonio hubo dos hijos: Don Juan Bautista y Doña Justa de Undiano.

En 1804 salió de Mendoza para Buenos Aires, en cuyo puerto debía embarcarse para España, en pos de su proyecto de fronteras; pero le impidió la salida la declaración de guerra lanzada por la Gran Bretaña contra España y lo tomaron en Buenos Aires las invasiones inglesas.

Concurrió valientemente a la defensa y volvió a la vida tranquila del hogar.

En 1811, fue denunciado como realista y condenado a muerte dos veces; pero la justicia lo amparó, y merced a algunos amigos que garantizaron de su lealtad a la Junta fue salvado.

El ilustre doctor Moreno supo atraérselo, comprendiendo lo útil que son a los gobiernos los hombres de los méritos de Undiano, y en 1811 la junta le ordenaba levantar la carta geográfica de la Provincia de Buenos Aires, cuya carta debe existir en los archivos o entre los papeles del Dr. Moreno, secretario de la junta.

Concluida esa tarea la junta le remitió varias veces el nombramiento de Partidor de Bienes, empleo que rehusaba Undiano, devolviendo los oficios con estas palabras: Soy español. ... Estaba prohibido admitirlos en los empleos; pero instado para que ocupara el puesto, accedió al fin a los deseos del Gobierno patriota y lo desempeñó gratuitamente durante varios años.

El 16 de julio de 1826 se embarcó para España con su hijo Juan Bautista y se afincó en Pamplona, su ciudad natal, donde falleció el 23 de setiembre de 1829.

proyectar las reformas inmediatas; y de regreso formuló su conocido memorial, presentado al Virrey, datado en Buenos Aires a 31 de julio de 1796, en el cual aconseja las reformas de la línea existente, y se engolfa en interesantes consideraciones generales sobre el problema secular de la Frontera, concluyendo por declararse partidario de la línea del río Negro.

Al recomendar esta solución Azara dice que le

"ha parecido indicar a S. M. otro medio de asegurar la tranquilidad y posesión de las Pampas en mayor brevedad, ventaja y extensión".

Afianza su opinión en los resultados del viaje consumado por Villarino, discute las ventajas políticas y económicas de la línea del río Negro y concluye así:

"Tenemos franca la entrada en el río Negro y un establecimiento, chalupas y carretas en su boca: todo está incitando a continuar."

Tales son los precursores de la traslación de la Frontera sur de la República al río Negro, cuya iniciativa debía recibir en nuestro siglo el concurso de la opinión radical de los que conocen la cuestión y consultan los grandes intereses políticos, diplomáticos y económicos de la Nación.

En 1815 se oye una nueva voz, apoyada en la razón, en la historia y en los hechos contemporáneos. Es la del capitán don Francisco Javier de Viana, natural de Montevideo y residente en Chascomús, quien recopila los antecedentes geográficos sobre los ríos Diamante, Colorado y Negro,

declarándolos la base de nuestro sistema de defensa fronteriza, y propone que se abra la marcha porque

"la empresa es gloriosa, no sólo por su grandeza, sino también por el relevante servicio que se hace a Dios y a la humanidad".

Viana agregaba:

"Pasado un decenio del establecimiento de la línea sobre el Colorado, no dudo que podrá trasladarse la frontera a los últimos caudalosos ríos, Negro y Diamante. El primero nace en la cordillera de los Andes no muy distante de Villa Rica en el reino de Chile, corriendo en dirección N.O.-S.O. enriqueciéndole el Diamante con sus aguas en la dirección N.-S. por espacio de 90 leguas hasta su barra, inmediata a una bien áspera serranía desde donde corre el Negro N.O.-S.E. 90 leguas hasta la barra, no muy distante de la Villa de San José en la costa patagónica. Desde este punto hasta la barra del Diamante, en el expresado Negro deberán establecerse ocho guardias, y las estancias intermedias en los términos dichos anteriormente, e igual número desde la expresada barra a la distancia que convenga de la del Fuerte de San Carlos de la jurisdicción de Mendoza; debiendo fundarse un pueblo en la confluencia del Diamante y otro próximo a dicha Villa de San Carlos."

Los trabajos del coronel D. Pedro Andrés García pertenecen a la época de la Independencia. Angelis los ha dado a

conocer en su citada Colección y se expresa así sobre el origen y sustancia de las opiniones de aquel distinguido jefe:

"Los acontecimientos del año diez cambiaron el aspecto de los negocios, y uno de los primeros cuidados de la junta que se organizó entornes, fue poner la campaña al abrigo de las incursiones de los bárbaros: con cuyo objeto hizo salir una expedición para Salinas, al mando del coronel García, con el encargo de proyectar un plan de defensa, fundado en los datos que le suministraría la inspección ocular del terreno, y la actitud de las tribus que lo ocupaban. En una memoria con que este oficial acompañó al gobierno el Diario de su viaje, insistió en la necesidad de ocupar la línea del Colorado y del río Negro y de establecer un cuartel general en Salinas, para poblar sucesivamente las Sierras de Guaminí, de la Ventana, y del Volcán; y de trasladar más al sur la frontera de Córdoba y de Cuyo para ampliar la jurisdicción de estas provincias."

Redujo, agrega Angelis, en otro lugar, el problema a un postulado, a saber:

"Que la mejor línea de defensa es la que siendo más corta, abrace y guarde la mayor extensión de terreno posible.¹⁴"

Rosas, alentado por supremas ambiciones e iluminado por aquella sagacidad, que constituía uno de los rasgos prominentes de su fisonomía moral, asumió en 1833, bajo la

¹⁴ T. IV de la Colección

administración del general D. Juan Ramón Balcarce, la responsabilidad de conducir las tropas de Buenos Aires en la primera y única tentativa fundamental de trasladar las fronteras al nuevo teatro, sobre las márgenes del río Negro, operando al frente del ejército de Buenos Aires.

El movimiento que esta expedición produjo en el país fue notable, y hasta los Estados más pobres y sin fronteras, como La Rioja y Catamarca, se apresuraron a contribuir con armas, equipos, soldados y dinero.

El mando del ejército expedicionario, se organizó de esta manera:

General en jefe brigadier general D. Juan Facundo Quiroga.

División de la Izquierda, compuesta de las tropas de Buenos Aires, brigadier general D. Juan Manuel de Rosas.

División del Centro, con las tropas de Córdoba, general Don José Ruiz Huidobro.

División de la Derecha, compuesta de las fuerzas de Mendoza y San Luis, brigadier general D. José Félix Aldao, más generalmente conocido por el Fraile Aldao.

El general en jefe, empañado en cuestiones de política interna, no se movió de Cuyo, dejando libre el campo a Rosas, que hizo la primera figura de la campaña.

La división de la izquierda, que tenía por objetivo batir los indios del sur de Buenos Aires y ocupar las líneas del Colorado y del río Negro, llevaba las siguientes tropas: escolta del general, un batallón de milicias, siete cañones y su dotación, 113 plazas del batallón Libertador, 250 guardias

nacionales de caballería, los batallones 3 y 30 del Río de la Plata, carretas y bagajes¹⁵.

Ya en campaña Rosas recibió oficios de Buenos Aires sobre la imposibilidad en que se hallaba el gobierno de enviarle los elementos y víveres necesarios. No por eso se desalentó y comprendiendo lo que importaba para él y su partido el éxito, apeló a sus amigos hacendados del sur, que le dieron carretas, caballos y haciendas.

Con estos recursos se lanzó sobre el Colorado, asegurando sus comunicaciones a retaguardia por medio de fortines y destacamentos, a fin de que esta línea sirviera de itinerario defendido para los ganados y elementos con que debiera ser auxiliado.

Veamos cómo condensa Reyes, a quien extractamos en seguida, el resultado de las operaciones:

Instalado el cuartel general de Rosas en el río Colorado, desprendió una fuerte división al mando del general Pacheco, con orden de arrollar a los indios hasta el otro lado del río Negro y recorrer sus dos márgenes hasta las Manzanas.

Con el mayor éxito se llevó a cabo este detalle esencial de la empresa, y marchando Pacheco de triunfo en triunfo, llevó por delante a los indios que encontró a su paso, haciéndoles salvar el río Negro.

Era el rigor del invierno y venciendo inconvenientes y contrariedades de todo género, fueron hasta la isla de Choele-Choel, teniendo que pasar por sobre el hielo para llegar allí.

¹⁵ Seguimos al bosquejar los resultados de la campaña de Rosas una carta de su secretario en la expedición, Don Antonio Reyes, fechada en Montevideo el 3o de setiembre de 1870, dirigida al señor Don Federico Terrero, y publicada en *La Pampa* de Buenos Aires del 22 y 23 de noviembre de 1875.

La escasez en que habían quedado aquellas fuerzas, por falta de cooperación del gobierno, era espantosa. Había coraceros que no tenían más abrigo que el hierro de su coraza sobre una pobre camisa de algodón.

La falta de provisión llegó a tal punto, que las fuerzas de Pacheco tuvieron que comer los caballos más inútiles, mientras que en el cuartel general de Rosas apenas se carneaba cada ocho días.

El frío era espantoso y la falta de vestuarios hacía más terrible su acción sobre aquellos abnegados soldados.

Las fuerzas del general Pacheco hicieron diversas batidas en la isla de Choele-Choel, acuchillando a las inmensas indias que se habían refugiado allí, arreadas por el empuje de la Expedición y creyendo que aquel pedazo de territorio era inexpugnable.

Con esos indios había gran número de chusma de otras tribus, que había dejado allí el afamado cacique Chocory, mientras que él, con sus indios de lanza, había quedado en acecho en la pampa, para caer por retaguardia sobre los expedicionarios; lo que no pudo realizar, porque fue acuchillado y perseguido a tiempo, sucumbiendo él con todos sus indios de pelea.

Al cacique Chocory se le encontró sobre sus carnes una rica cota de malla, que fue traída al museo de esta ciudad, con otros objetos curiosos recogidos en aquella expedición.

Mientras el general Pacheco había marchado hasta Choele-Choel, el coronel Ramos había sido desprendido del cuartel general con órdenes de marchar por las márgenes del río Colorado, llegar a la cordillera y clavar el pabellón argen-

tino en el cerro de Pallén, arrojando todos los indios que encontrase en el desierto.

La división del coronel Ramos la componían 500 hombres de tropa escogida e hizo sus marchas con buen éxito.

Otra división ligera, compuesta de dos terceras partes de soldados regulares y otra tercera parte de indios auxiliares, al mando del comandante Leandro Ibáñez, fue desprendida para marchar al sur del río Negro a perseguir a las tribus, que salvándose de la persecución de las fuerzas de Pacheco hubiesen huido en dirección al cabo de Hornos.

Esta división penetró en esos desiertos y alcanzó hasta la latitud de las Islas Malvinas, de la Tierra del Fuego¹⁶.

Sorprendió a las fuerzas del cacique Cayupán en sus mismas guaridas, en donde fueron totalmente acuchilladas, tomando prisioneras a las chusmas, lo que dio por resultado que los indios de pelea que escaparon vinieron en seguida a presentarse a Rosas en el Colorado y sometándose sin condiciones.

El cacique Quentrel, muchos capitanejos y como 250 indios de lanza, fueron los indios rendidos que se presentaron.

Quedó así libre de indios toda esa parte del desierto, y Patagones y Bahía Blanca dejaron de ser visitadas por las invasiones de los bárbaros quedando bien guardadas por una fuerza de las tres armas al mando del coronel D. Martiniano Rodríguez, quien más tarde batió a las afamadas tribus borogas, que se rebelaron después de haberse sometido con moti-

¹⁶ Este dato de Reyes no es exacto pues que dicha fuerza no llegó más que hasta el arroyo Balcheta. Nos fundamos al rectificarlo en el parte oficial de Rosas de 25 de noviembre de 1833, fechado en el Colorado (Manuscrito en el Archivo del Ministerio de la Guerra).

vo de la expedición, y cuyos indios, soberbios y aguerridos, habían sido el azote de Chile y de la República Argentina, bajo el mando del famoso Pincheira, que los capitaneaba.

Mientras que la expedición se internaba en el desierto, esas tribus habían quedado en Salinas, en número de tres mil indios de lanza, a las órdenes de los caciques mayores, Cae-fuiquir, Rondeau y Melingueo.

Estas indiadadas, sometidas en paz, quedaban a retaguardia del ejército expedicionario, halagadas con la ventaja de que se les dejaba en rehenes un escuadrón de 200 dragones al mando del coronel D. Manuel Delgado, cuya verdadera misión allí era el tener a Rosas al tanto de cualquier movimiento hostil que emprendiesen esas tribus.

Al mismo tiempo, había entre ellas varios indios de importancia, que hábilmente comprometidos en favor del ejército expedicionario, hacían el espionaje con tanta fidelidad, que las intenciones y las palabras más insignificantes y los hechos más secretos de los caciques, eran comunicados con frecuencia al coronel Delgado para trasmitirlos a Rosas. Fue necesaria mucha destreza para evitar que mientras se internaba el ejército dividido en distintos cuerpos, marchando en diversos rumbos, cayesen sobre estas divisiones los indios que quedaban en Salinas y los pampas que estaban en Tapalquén.

Los amigos de Rosas sostenían más tarde que había existido el plan de levantar esas tribus para que se lanzasen sobre el ejército expedicionario, y tomándolo dividido, concluyesen con él.

Lo cierto es que una partida de indios que fue a Tapalquén desde Salinas, en parlamento acerca de los caciques que habían quedado al mando de las tribus en lugar de Catriel y de Cachul, que habían marchado en el ejército expedicionario con 600 indios amigos, prestándole grandes servicios, fueron fusilados, consiguiendo así contener la sublevación que combinaban.

Apenas supo Rosas esta tentativa de sublevación, despachó desde el Colorado al sargento mayor D. Bernardo Irigoyen con cuatro soldados y dos indios, llevando órdenes suyas y de los caciques Catriel y Cachul para los otros caciques que estaban al mando de las indiadas de Tapalquén, a fin de que fuesen inmediatamente fusilados los indios que se decía que desde Salinas y de Buenos Aires habían ido a sublevar esas tribus.

El resultado general de la expedición de la columna de la izquierda fue importantísimo.

Gran número de indios fueron muertos en la persecución que se les hizo, y una gran parte se sometió al ejército expedicionario.

Cerca de tres mil cautivos fueron libertados y este número se sobrepasó cuando después siguieron los indios entregando los cautivos que tenían y rescatándolos las divisiones que continuaron persiguiendo a los salvajes que no se habían sometido.

Concluida la expedición, se publicó un folleto con los nombres y señas de todos los cautivos rescatados, folleto que se distribuyó gratuitamente en las provincias que tienen fronteras.

Al regresar el ejército, dejó Rosas una buena guarnición en Patagones y otra en el fortín Colorado: y por algún tiempo se situó en Napostá, cerca de Bahía Blanca, en donde reunió todas sus divisiones, dio algún descanso a la tropa y se preparó para inutilizar la amenaza constante de las tribus borogas, que habían quedado en Salinas entretenidas con las promesas que se les hacía y vigiladas por las fuerzas del coronel Delgado, que había dejado entre ellas aparentemente como rehenes.

Eran, puede decirse, esos indios, los enemigos más formidables que quedaban en pie en el desierto.

Inició Rosas negociaciones de paz con ellos, imponiéndoles las condiciones necesarias para que dejaran de ser un peligro sobre nuestra campaña.

La coyuntura no podía ser más favorable, porque esas tribus, a pesar de su inmenso número, estaban entonces bajo la influencia y la impresión de las batidas impetuosas que habían dado los expedicionarios a las demás tribus arrojadas al otro lado del río Negro.

Para hacer más eficaz esa impresión, Rosas hizo de manera que los principales caciques viesan en la actitud en que se encontraba aquel ejército.

Rosas les demostró cómo la superioridad de su ejército y el hecho de hallarse él en el corazón del desierto, les ponía en la imposibilidad de escapar de un castigo terrible, si no aceptaban la paz que les proponía y las raciones que les ofrecía para que viviesen sin robar en nuestra campaña.

A las impresiones materiales que habían recibido los indios del empuje de los cristianos posesionados del desierto,

cooperaban con mucha eficacia los consejos del cacique chileno Venancio Coellapán, que tenía gran influencia en esas tribus y que mantenía buenas relaciones con Rosas.

Celebráronse, pues, los tratados de paz y era la base de éstos y la condición esencial, que los indios harían entrega inmediata del inmenso número de cautivos que tenían y que habían venido arrebatando a la campaña de nuestra República y la de Chile, desde la época de Pincheira.

Entre esos cautivos los había que eran miembros de las principales familias de las provincias del interior.

Rosas comisionó al general Corvalán para que recibiese la primera remesa de cautivos que debían entregar los indios; pero como ésta sólo constase de quinientos individuos, ordenó Rosas que en el acto fuesen devueltos a los caciques con los mismos indios que los traían, intimándoles que si esa primera entrega no constaba de mil cautivos y en la segunda remesa no se le entregaba hasta el último que había en las tolderías, quedaban rotos los tratados.

Los indios resistieron al principio enviar más cautivos; reuniéronse en consejo todos sus caciques, cambiaron varios parlamentos y diversas notas con Rosas, y al fin se decidieron a hacer la primera remesa de cautivos en los términos en que se les había impuesto.

Las notas que dirigían los caciques eran escritas por el teniente coronel chileno Millalecón, que hacía de secretario del cacique principal, a quien Rosas lo tenía de su parte.

Millalecón prestó en esas negociaciones grandes servicios al ejército expedicionario, y en recompensa más tarde

Rosas le hizo reconocer en su grado, lo dio de alta en la plana mayor, asignándole sueldo.

Recibida la primera remesa de cautivos, mandaron los indios el resto de los que tenían en sus toldos, acompañándolos quinientos mocetones de lanza, que traían el encargo de rendir homenaje a Rosas, a los jefes y oficiales de su ejército y a los caciques amigos que habían expedicionado.

Dispuso éste, para hacer impresión en los indios, que el recibimiento fuese solemne.

Al efecto, mandó que el ejército formase en dos alas y por en medio de ellos desfilaron los indios con el grupo de cautivos que entraban a pie.

Los muros de la fortaleza estaban coronados de tropas y habitantes de Bahía Blanca, y la perspectiva que la formación de estas tropas ofrecía, era más hiriente y de más efecto que el eco de las bandas de música, las salvas de artillería, el estallido de cohetes y bombas, y los vivas de todo el ejército a los caciques e indios amigos.

Eran conmovedoras las escenas que ofrecían aquellos desgraciados cautivos al encontrarse de repente aliviados del sufrimiento y del martirio que por tanto tiempo habían experimentado.

Obsequiados los indios de la comisión con diversos regalos, regresaron a los toldos haciendo el itinerario que Rosas les señaló para evitar choques y quitarles pretextos de alterar las buenas relaciones, que reinaban con el ejército expedicionario; algunos de esos indios no volvieron a sus toldos incorporándose al ejército, como también los doscientos dragones que al mando del coronel Delgado habían quedado como

rehenes en Salinas y que venían ahora escoltando a los indios y a los cautivos. Consideró entonces concluida su empresa Rosas y licenció sus divisiones en Napostá, haciendo regresar el convoy que traía los cautivos rescatados.

Pero dejó una guarnición allí de soldados que quisieron quedarse, con los que se formó el Regimiento de Blandengues, cuyo mando se confió al coronel D. Francisco Sosa.

En el fuerte "Argentino", quedaba otra guarnición a las órdenes del coronel D. Martiniano Rodríguez.

Hasta aquí los resultados de la campaña de Rosas.

El éxito no justifica los grandes errores militares. Rosas reveló escasa previsión e impericia militar, dejando su retaguardia amenazada por cinco mil indios famosos por su arrojo y audacia. Ellos pudieron caer sobre las diferentes divisiones del ejército y hacerlas pedazos una por una.

Escritores respetables han afirmado que la división del Centro fue destruida por los indios y yo mismo había adoptado el dato en la primera edición de esta obra; pero voy a rectificarlo ahora, haciendo conocer la referencia verbal hecha por el general Ruiz Huidobro¹⁷, Comandante en jefe de

¹⁷ El general D. José Ruiz Huidobro era hijo del gobernador de Montevideo en 1806, D. Pascual Ruiz Huidobro, quien dio los elementos con que Liniers se lanzó a la reconquista de Buenos Aires, dominada por la invasión inglesa. Cayó prisionero en la toma de Montevideo por los ingleses y fue enviado a Inglaterra, de donde regresó tomando una parte distinguida en los acontecimientos del año 10. Deliberábase el 22 de mayo en la plaza sobre la suerte del pueblo. El general Mitre en la Historia de Belgrano, pág. 270, t. I, dice: El primer voto que se estampó después de el del obispo fue el del general español D. Pascual Ruiz Huidobro. Este personaje respetable que presidió a la empresa de la Reconquista y bajo cuyas órdenes se perdió Montevideo, habla sido nombrado Virrey hallándose prisionero en Inglaterra. Alejado con este motivo de Cisneros y en contacto con los patriotas que lo consideraban, su voto fue que debía cesar el Virrey y reasumir su autoridad el Cabildo, como representante del pueblo, ínterin se formaba un gobierno provisorio. Este voto, calurosamente aplaudido por los patriotas, fue saludado con

aquella división, a uno de sus íntimos amigos, mi padre político D. Andrés Costa de Argibel.

El general Huidobro marchó al frente del regimiento de caballería de línea "Auxiliares de los Andes" y de 600 cordobeses a las inmediatas órdenes del coronel D. José Francisco Reinafé. El primer cuerpo se componía de soldados de Buenos Aires y de San Luis.

Sostuvo dos combates formales con los indios ranqueles, que se presentaban sobre el campo de batalla en grandes masas y se batían valientemente.

El primero acaeció en la laguna de las Leñitas donde los cordobeses con el coronel Reinafé a la cabeza se desbandaron y huyeron cobardemente, dejando al general Ruiz Huidobro con su bravo regimiento de "Auxiliares de los Andes", en lucha tenaz con tres mil indios implacables.

Tan comprometido estuvo el regimiento que el general mandó echar pie a tierra y formar cuadro, obteniendo una victoria completa sobre los bárbaros que huyeron dejando un número considerable de muertos.

A pesar de la desertión de las milicias cordobesas el general Huidobro siguió su marcha avanzando hacia el Cuero; pero en las Acollaradas fue detenido por otro ejército ranquel de más de tres mil lanzas y se vio obligado a dar una desigual batalla.

Asimismo, se condujo con tanta pericia y con tal denuedo, que obtuvo el más completo triunfo, haciendo al enemigo una enorme mortandad. Se reconoció entre los indios muer-

aclamaciones por los que llenaban la plaza pública de pie de las galerías del Cabildo.

tos al famoso cacique Yanquetruz, que mandaba en jefe a los indios ranqueles y que a la sazón era el más temido y afamado en las fronteras del Oeste y del Norte. Murió también allí otro cacique renombrado, Pichún, hijo de Peini.

Continuó por algunas jornadas internándose en el desierto; pero abandonado por el Gobierno de Córdoba que no le envió reses para proveer a su valerosa división, tuvo que emprender la retirada, comiendo sus propios caballos.

El general Quiroga, como hemos dicho, no se movió; y el ejército que él debió dirigir, fue confiado al Fraile Aldao, quién costeó el río Chadileuvú hasta la laguna Amarga y fue obligado a retroceder por la desertión y las sublevaciones de la tropa.

Así, pues, la expedición de 1833, fracasó en su objetivo de avance de las fronteras a consecuencia de la retirada de las divisiones del Centro y de la Derecha.

El Gobierno de Chile había sido invitado también a concurrir a la expedición desde 1831, con el objeto de avanzar combinadamente las fronteras de ambas repúblicas. Parece que el gobierno chileno pensaba destacar al general Bulnes con un cuerpo de ejército que debía darse la mano con el general Pacheco en las Manzanas; pero Chile se excusó en 1833 de no haber tenido tiempo para ponerse de acuerdo con los pueblos trasandinos a fin de batir al enemigo común¹⁸. El general D. Ángel Pacheco había costeado el río Negro hasta las sierras que se hallan al Oeste de su confluencia con el Neuquén, que fueron denominadas Sierras de Rosas.

¹⁸ Manuscrito existente en el Archivo General de la Provincia de Buenos Aires.

Por el lado del río Negro el general Pacheco había ocupado Choele-Choel y sus comunicaciones con el Colorado y Buenos Aires estaban aseguradas por medio de una línea de fortificaciones que partían de aquel río hasta el Salado.

Un escritor contemporáneo resume en los siguientes términos concisos y verídicos los resultados de esta tentativa realizada a medias, a consecuencia de la retirada inoportuna de las divisiones de la Derecha y del Centro:

"Esta expedición rescató numerosos cautivos, recorrió un inmenso territorio, batió a los indios, practicó el reconocimiento de aquella inmensa área de tierra y enarboló el pabellón de la Provincia en la intersección de los 39° de latitud y 5° de longitud, meridiano de Buenos Aires. ¿Cuáles fueron sus resultados positivos? La certidumbre de que es hacedero el establecer la frontera sobre el Colorado o el Negro, que los indios no pueden resistir a nuestras armas, y que sólo por descuido o incapacidad los salvajes pueden dominar.¹⁹"

Malograda aquella ocasión de anonadar completamente el imperio de los salvajes al Norte del río Negro, la opinión nacional no ha cesado de reclamarlo.

El Congreso de la Nación fue en 1867 el centro de condensación de todas las opiniones flotantes que buscaban el avance de la frontera hasta el segundo Desaguadero del sur o río Negro, como solución radical y definitiva. Los senadores Gerónimo del Barco, Juan Llerena y Mauricio Daract pre-

¹⁹ VICENTE G. QUESADA, "Las Fronteras y los indios", en Anales de la Sociedad Rural Argentina (núm. 8, Buenos Aires, 31 de agosto de 1870).

sentaron un proyecto de ley fijando como línea actual militar de frontera de la República la formada por el río Neuquén desde su nacimiento en los Andes hasta su confluencia con el río Negro, y desde esta confluencia hasta la desembocadura del último en el Atlántico, estableciendo dicha línea fronteriza en la margen septentrional del expresado río, de cordillera a mar. El proyecto prevé el caso de realizar una expedición general, que dé por consecuencias el sometimiento discrecional de las indias mediterráneas o su expulsión al sur del río Negro.

La Comisión Militar compuesta del general Madariaga y de los doctores Llerena y Granel suscribió el siguiente dictamen:

Honorable señor:

La Comisión de Guerra habiendo estudiado detenidamente el proyecto presentado por tres señores senadores, con el objeto de asegurar la frontera sur de la República, ha encontrado no sólo conveniente y oportuno el objeto que se propone, sino que tal vez en ese proyecto se halle el único camino existente para obtener esa indispensable medida.

Ni la Nación, ni el Congreso, puede consentir por más tiempo que los bárbaros de la pampa, con violación de los tratados más solemnes, sigan asolando y destruyendo nuestras poblaciones fronterizas. Es evidente que un remedio actual inmediato se necesita para que desaparezca ese violento, ese espantoso estado de cosas.

¿Cuál será ese remedio? ¿Reformar la línea actual de fronteras? Eso es imposible.

Esa línea se compone de más de 600 leguas, sin defensas naturales, y es claro que ni con veinte, ni con cien mil hombres podría cubrirse bien.

La línea del Colorado que se ha prepuesto por uno de nuestros generales²⁰, tampoco es sostenible, porque ese río no es navegable y da paso por todas partes a los indios.

No hay, pues, otro remedio práctico al espantoso mal que de tantos años sufre la República que ocupar militarmente la línea del río Negro, barrera profunda y navegable de cordillera a mar, la cual es posible defender y cerrar bien con menos de tres mil hombres.

Respecto al tenor del proyecto, él es lo mejor que puede arbitrarse para el caso, en una materia que dependa principalmente de la voluntad y tino en la ejecución. Sin embargo, no se oculta a la comisión, que el proyecto ofrece algunas deficiencias. Para remediar éstas propone la adición de los [otros] artículos que se hallan incluidos en el proyecto perfeccionado que está presente a la aprobación del Senado.

Tanto los autores primitivos del proyecto, como la comisión, se hallan dispuestos a dar todos los esclarecimientos que se exijan sobre la materia.

JUAN MADADARIAGA - JOAQUÍN GRANEL
- JUAN LLERENA

Sala de Comisiones, Buenos Aires, junio 18 de 1867.

El proyecto pasó por el crisol de una y otra cámara y en 13 de agosto de 1867 quedaba sancionado definitivamente en

²⁰ General D. Wenceslao Paunero. Proyecto de 1864.

la sala de su origen. Los debates carecen de interés. Se reducen a ideas generales sobre frontera, a preguntas y esclarecimientos dados con escasa abundancia de datos y falta de estudio de la cuestión. Generalmente los oradores que avanzaron mayores demostraciones, como el senador Llerena, cuya convicción palpita en sus discursos, se limitaban a reproducir las páginas que Mr. Moussy ha consagrado a la frontera y a las exploraciones del río Negro.

He aquí el texto de la ley:

El Senado y Cámara de Diputados, etc.

ART. 1° - Se ocupará por fuerzas del ejército de la República la ribera del río Nauquén o Neuquén desde su nacimiento en los Andes hasta su confluencia con el río Negro, y desde esta confluencia hasta la desembocadura del río Negro en el Océano Atlántico, estableciendo la línea en la margen septentrional del expresado río, de cordillera a mar.

ART. 2° - A las tribus nómadas existentes en el territorio nacional, comprendido entre la actual línea de frontera y la fijada por el Artículo 1° de esta ley, se les concederá todo el que sea necesario para su existencia fija y pacífica.

ART. 3° - La extensión y límites de los territorios que se otorguen en virtud del artículo anterior, serán fijados por convenios entre las tribus que se sometan voluntariamente y el Ejecutivo de la Nación, con sujeción a la sanción del Congreso. Quedará exclusivamente al arbitrio del Gobierno Nacional fijar la extensión y límites de las tierras otorgadas a las tribus sometidas por la fuerza.

LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

En ambos casos se requerirá la autorización del Congreso.

ART. 4° - En el caso que todas o algunas de las tribus se resistan al sometimiento pacífico, se organizará contra ellas una expedición nacional hasta someterlas y arrojarlas al sur de los ríos Negro y Neuquén.

ART. 5° - A la margen izquierda o septentrional de los expresados ríos y sobre todo en los vados o pasos que puedan dar acceso a las incursiones de los indios, se formarán establecimientos militares en el número y en la distancia que juzgue conveniente el Poder Ejecutivo para su completa seguridad.

ART. 6° - Autorízase al Poder Ejecutivo para invertir fondos en la adquisición de vapores adecuados y en la exploración y navegación del río Negro, como una medida auxiliar de la expedición por tierra; igualmente que para el establecimiento de una línea telegráfica que ligue todas las guarniciones dispuestas a las márgenes del expresado río.

ART. 7° - Autorízase igualmente al Poder Ejecutivo para hacer los demás gastos que demande la ejecución de la presente ley, usando si fuere necesario del crédito nacional para la consecución de este objeto y dando oportunamente cuenta al Congreso.

ART. 8° - Por una ley especial se fijarán las condiciones, el tiempo y la extensión de tierras que por vía de gratificación se concederá en propiedad a los individuos que compongan la expedición, ya sean como fuerzas regulares o como voluntarios.

ART. 9° - Todo el contenido de la presente ley empezará a tener efecto inmediatamente de terminada la guerra que hoy sostiene la Nación contra el Paraguay, o antes si fuere posible. Lo relativo al pacto de indios deberá comenzar su ejecución inmediatamente de sancionada por el Poder Ejecutivo.

ART. 10° - Comuníquese al Poder Ejecutivo.

La sanción de esta ley era el resultado del movimiento de la opinión en el Congreso desde 1863 y 2864, en que el diputado Oroño, promovía la traslación de las fronteras de la República sobre el río Negro.

Fundando su pensamiento decía:

"El remedio propuesto es grandioso, y llevado a cabo será eficaz. Los medios están al alcance del Gobierno y la República puede en cinco años contar dos escudos más, una Provincia sobre el río Negro, y otra que abrazará el rico y valioso territorio entre la latitud 28° y el río Bermejo, con más el enorme territorio entre el Negro y el río Quinto, que pronto pasaría de las manos de los Ranqueles a las del hombre blanco.²¹"

El señor Oroño ha sostenido su propaganda con el vigor y la fe que inspiran las convicciones bien cimentadas; y en 1869 publicaba un importante opúsculo para desarrollar las siguientes ideas:

1° Reducción del ejército a 3.500 hombres de las tres armas y su conveniente organización bajo la base del enganche.

²¹ NICASIO OROÑO, en su folleto: *Consideraciones sobre fronteras y colonias*, Buenos Aires, 1869.

2° Ocupación inmediata del desierto bajo las órdenes de jefes experimentados, inteligentes e inquebrantables en el cumplimiento de su deber.

3° El establecimiento de colonias extranjeras en los territorios conquistados sobre el río Negro.

4° La adjudicación de terrenos a los jefes, oficiales y soldados que expedicionasen al desierto.

5° La paz con los indios, sobre la base del reconocimiento de la propiedad del territorio que ocupen, su desarme completo y excepción del servicio militar durante veinte años.

En 1868, poco antes de entregar el mando de la República el general Mitre al presidente Sarmiento, fue firmado un decreto ordenando la ocupación militar de Choele-Choel, decreto sin consecuencias prácticas, porque la nueva Administración no le dio cumplimiento, limitándose a mandar una fuerza de 150 hombres y un vapor, con el fin de hacer un reconocimiento hasta aquella isla.

A la vez que el Congreso y los propagandistas de la República Argentina preparaban un movimiento fecundo de opinión, ensanchando la de los partidarios de la línea del río Negro, se publica en Chile el libro más interesante que conocemos sobre sus fronteras, escrito por el coronel D. Cornelio Saavedra, conquistador moderno de Arauco, como comandante en jefe del ejército chileno de operaciones para avanzar la frontera²². En oficio de 1° de junio de 1870 el coronel Saavedra expone a su Gobierno las dificultades con que tiene

²² Documentos relativos a la ocupación de Arauco, que contienen los trabajos practicados desde 1861 hasta la fecha por el Coronel Don CORNELIO SAAVEDRA. (Santiago de Chile, 1870) El general Saavedra ocupa en Chile el Ministerio de la Guerra.

que luchar, a consecuencia de la íntima conexión que existe entre el problema de la frontera chilena y el de la frontera argentina, y observa lo siguiente:

"El sistema de ocupación de puntos de cordillera o de una línea paralela a ésta, para estorbar principalmente las connivencias con los indios de la Pampa, prometería mejores resultados su adopción, si no fuera que, para sostenerse por sí sola, requeriría doble número de fuerzas por su aislamiento; siendo entre tanto indudable que cuando el gobierno apoyado en su línea del Topen llegue a enseñorearse de Villa Rica, se hallará a menos costo, con mayores facilidades para producir el mismo efecto.

Estos antecedentes, dice en otra página, revelan, pues, que los caudillos arribamos se hallan en estrechas relaciones e inteligencias con los indios de ultracordillera, y que, para sostener contra ellos un sistema de guerra que tienda a dominar permanentemente el corazón de Arauco, incluso los boquetes andinos de comunicación con la Pampa, tendremos, o que abandonar los salvajes a la impunidad de sus crímenes o lanzarnos a una vía de expediciones interminables, cuyo éxito muchas veces puede ser desgraciado, si éstas se componen de pocas fuerzas, e infructuoso cuando sean numerosas."

El teniente coronel D. Manuel José Olascoaga, emigrado argentino, reincorporado ya en su clase al ejército de la República, servía en aquella campaña chilena a las órdenes de Saavedra y levantó una de las dos cartas geográficas con que este jefe ilustró su obra. Hallábase Olascoaga en la vanguardia en Tolten, desde donde ofició con fecha 1° de junio de 1870

al comandante en jefe dándole cuenta del resultado de sus observaciones topográficas y del examen de las posiciones estratégicas.

No hay duda que el parte del teniente coronel Olascoaga sugirió al coronel Saavedra aquellas observaciones sobre la dificultad de resolver el problema de la frontera araucana, mientras los pampas sean dueños del río Negro. El oficial argentino hallaba el medio eficaz para salvar tan abultadas dificultades, en la combinación de la guerra contra los indios, por medio de una operación simultánea de los ejércitos de Chile y de la República Argentina, efectuando un movimiento envolvente al sur. El comandante Olascoaga dice en su precitado oficio:

"En presencia de estas apreciaciones no se podrá menos que pensar en la inmensa importancia de la línea militar de Tolten. Y si se tiene en vista la relación geográfica en que se halla con la otra desde ha mucho tiempo proyectada en la República Argentina sobre el río Negro, resulta entonces la grandiosa y benéfica revolución que preparaba, para ambos países, el hecho de su terminación en Villa Rica.

Nada tendría de extraño que el gobierno argentino viendo en este punto el apoyo que antes le ha faltado por la parte de los Andes, y consultando su propia conveniencia buscara el acuerdo del de Chile para ocupar desde aquella altura la costa norte del río Negro hasta su desembocadura en el Atlántico, comenzando por combinar sus operaciones en la cordillera con las tropas de este lado. Esta línea de mar a mar, de fortificación y de seguridad mutua, no tardaría, ¿quién sabe?, en llegar a ser a la vez la línea ínteroceánica de comu-

nicación que algunos han soñado y que tanto progreso y riqueza produciría en las dos Repúblicas limítrofes.”

Estos pensamientos son altamente militares. El sueño del padre Falkner, primer explorador de río Negro, se habría realizado, en efecto. Tenemos fe en el porvenir y pensamos que si la cuestión de límites argentino-chilena arriba, como lo creemos, a una solución decorosa y de paz, ambas Repúblicas, impulsadas por un mismo sentimiento de propia conveniencia y de redención civilizadora, llevarán sus armas combinadas a clavar sus últimos jalones en la colosal tarea de la conquista del desierto²³.

En 1864 el general D. Wenceslao Paunero, que se había distinguido en la guerra contra los indios del sur de la República, formuló un plan de fronteras, sobre la base del río Colorado; pero la Administración del general Mitre, empeñada poco después en la guerra del Paraguay, no pudo consagrar sus esfuerzos a la solución del problema.

En 1870 el Gobierno de Buenos Aires inicia un cambio radical en el sistema de la defensa de la frontera, conmovido ante el cuadro de sangre y de ruinas que acababa de trazar la invasión a la Costa Sur. El 27 de julio presentó un mensaje a la Legislatura, avisando que con fecha 22 del mismo había sometido a la consideración del Poder Ejecutivo Nacional, "sus ideas respecto a la defensa de nuestras fronteras y de la conveniencia de trasladarlas a los ríos Negro y Colorado de Patagones; y contando, agrega, con que interpreta fielmente

²³ Esto decíamos en la primera edición; pero después de publicada han ocurrido hechos que comprometen seriamente la paz, a consecuencia de avances cometidos por Chile en contra de la República Argentina. Sin embargo, vuelve a hablarse de arreglos.

los sentimientos de V. H. y del pueblo de la Provincia, se permitió ofrecer al Exmo. Señor Presidente de la República los recursos con que aquélla podía concurrir eficazmente a la realización de un propósito, que juzga ser el único capaz de asegurar una vez por todas, la vida y la propiedad de los habitantes de esa porción del territorio y de facilitar el desarrollo de nuestra industrial rural."

El Gobierno de la Nación, terminada apenas la guerra del Paraguay, se veía envuelto en la lucha civil promovida por la rebelión de López Jordán, de manera que ni tenía ocasión de pensar en un sistema definitivo de fronteras, ni disponía de recursos y de ejércitos capaces de darle forma práctica. Así lo expresaba el ministro Dr. D. Mariano Varela en oficio de 25 de julio del mismo año, contestando a los ofrecimientos de la Provincia. El ministro decía:

"En las actuales circunstancias, el país está comprometido en una lucha de honor y de propia conservación, que absorbe la actividad de los poderes públicos de la Nación y en cuyo éxito se hallan interesados la moral, la justicia y los más altos intereses del país. No es posible dedicar las tareas, ni los elementos del gobierno por el momento, a una operación que, como la traslación de la frontera, requiere preparación tan seria y estudios previos tan importantes, si no se quiere exponer al país a ver defraudadas sus esperanzas por la precipitación en la ejecución de tan grande como difícil empresa. Para atender a ella es menester ante todo concluir con la rebelión, y para reunir esta primordial necesidad, el señor Presidente cuenta con el mismo patriotismo y cooperación que

V. E. le ofrece a fin de dejar despejado el camino para emprender en seguida la grande obra de asegurar definitivamente nuestras fronteras.”

Por esta misma época el senador Llerena volvía a agitar la cuestión en la cámara de que formaba parte, provocando un proyecto reglamentario de la ley de 1867, el cual fue suscrita por los senadores Mitre, Victorica e Ibarra²⁴. Sancionado en el Senado no tuvo curso en la otra cámara; pero la iniciativa dio por resultado importante asociar por un acto parlamentario, la autorizada opinión y el importante concurso del brigadier general D. Bartolomé Mitre a los partidarios de la línea del río Negro.

En 1871 el coronel Gainza, ministro de Guerra y Marina, hacía saber al Congreso que se preparaba a dar cumplimiento a la ley sobre traslación de las fronteras al río Negro. La noticia fue recibida con júbilo, pues era el primer paso que se daba oficialmente, después del decreto sobre la ocupación de Choele-Choel, con el propósito de coronar aquella empresa nacional, sobre la cual el mismo senador Llerena había interpelado al Ministerio un año antes.

En 1872, la Memoria del Ministerio de Guerra anunciaba un hecho de trascendencia: la doble exploración del río Negro y de los territorios adyacentes.

El teniente coronel Guerrico, comandante de un buque de guerra, había recibido orden de navegar el río Negro, a fin

²⁴ Diario de sesiones del Senado, 1870, Pág. 224 y sigts.

de conocer exactamente el curso, configuración y altura de costas, profundidad y corrientes de aquél y de los ríos Limay y Neuquén. Esta expedición fracasó algunas leguas arriba de Choele-Choel, por razones que en otro capítulo analizaremos.

Más feliz, porque iba a lomo de caballo, el oficial encargado de la exploración terrestre llegó a su destino sin tropiezo. En efecto el Ministerio de la Guerra había dispuesto que simultáneamente y a título de nueva verificación de tratados (dice la Memoria de Guerra de 1872) el comandante militar de Patagones emprendiese la exploración del territorio. La exploración duró cuatro meses, a las órdenes del sargento mayor Mariano Bejarano y llegó hasta las tolderías de Shalyhueque en las Manzanas.

Complementando el cuadro de las opiniones contemporáneas, trazado a grandes pinceladas, sobre la necesidad de ocupar la línea estratégica del río Negro, citaremos los trabajos del coronel D. Alvaro Barros, que han visto la luz pública desde 1871 hasta 1878, en tres volúmenes titulados *Fronteras y territorios federales de las pampas del sur*, *Cuestiones económicas* y *La guerra contra los indios*.

El coronel Barros concurre al estudio de la cuestión Frontera con el auxilio de la historia y de la geografía, haciendo conocer en la primera de sus obras algunos documentos inéditos de oficiales distinguidos como García, Undiano y otros.

Piensa como el senador Oroño, que es necesario combinar un proyecto de colonización en alta escala de los territo-

rios del río Negro, como medio de garantizar la eficacia de la Expedición.

Creemos que la colonización es necesaria, aunque no irá con los ejércitos. Estos tienen la misión de conquistar y limpiar el campo, que aquélla fecundará; pero sin garantías previas, sin plena defensa de los territorios del sur, la colonización no podrá derramarse en ellos, porque faltará la confianza y la seguridad, sin las cuales los elementos activos y emprendedores no encuentran alicientes para lanzarse al desierto.

Juzgando la cuestión del punto de vista militar el coronel Barros la presenta bajo una fórmula concisa y perfectamente de acuerdo con la ley de 1867. El mal, dice, ha llegado a su colmo y la opinión pública empuja al gobierno hacia el río Negro; pero es necesario marchar con cautela y sobre un plan serio, que asegure los resultados. El coronel Barros lo halla en las siguientes bases de la ley:

1º Encerrar a los indios en el desierto, cortándoles todas sus comunicaciones con el norte del río Negro.

2º Perseguirlos en el mismo desierto sin darles tregua ni cuartel.

En efecto, no puede ser otro el objetivo capital de la gran operación. Tenemos ideas más avanzadas aún sobre el éxito. Una vez encerrados los indios en ese desierto llamado Patagonia²⁵, sin ganados, sin vicios, sin recursos vitales, y

²⁵ Palabra que significa país de las colinas, según la etimología quichua, publicada por el Dr. D. VICENTE FIDEL LÓPEZ. Dice este autor: "Pata significa colina, collado; y cuna o más bien qunya, es la partícula disfija característica de los plurales quichuas; Patagunya significa las colinas o más bien los campos ondulados." (Revista de Buenos Aires, t. 20, pág. 618.)

luchando con la aridez del territorio, ¿qué harán sino buscar provisiones y ropa en una sumisión discrecional? Es necesario tener en cuenta que los indios de hoy no son los que vio Villarino, y que los bárbaros mezclados ya con elementos civilizados, obedecen a la exigencia de grandes necesidades, que en su primitiva vida no conocieron, y que no podrán satisfacer una vez arrojados al desierto patagónico.

Uno de los jefes superiores que no ha tenido más plan de frontera que el de la ocupación del río Negro, es el general D. Julio A. Roca, hoy encargado de la cartera de Guerra y Marina. El estudio y la experiencia le habían enseñado que, cuando se quiera hacer a la República el inmenso servicio de garantizar la seguridad de sus campañas, habrá que pensar en aquellas grandes líneas trazadas por la naturaleza previsoras, en los confines del desierto, cuya conquista se anhela.

Era todavía coronel el señor Roca cuando el presidente Sarmiento lo llamaba para exponerle un plan de avance de la frontera sobre los valles del oriente de los Andes.

El señor Sarmiento era consecuente con las opiniones manifestadas en 1850, en su conocida obra *Argirópolis*, escrita y editada en Santiago de Chile. Crítica en ella la guerra defensiva de acantonamientos en medio de la pampa, y señala como empresa digna del valor y de la misión del ejército nacional, la ocupación y fortificación del río Colorado, base para llevar en seguida el dominio de nuestras armas al río Negro²⁶.

²⁶ DOMINGO F. SARMIENTO *Argirópolis o la Capital de los Estados Federales del Río de la Plata*. (Santiago de Chile, Imprenta de Julio Belin, 1850.) Págs. 127 y 128.

En 1875 el general Roca, comandante en jefe de la frontera sur del Interior, fue llamado a Buenos Aires con urgencia. Celebrábase un consejo de Estado para discutir y realizar el plan de avance de la frontera, presentado por el ministro de la Guerra doctor Alsina, y el Presidente de la República deseaba oír en el seno del gabinete la opinión del general. Si de lo que pasó hemos de juzgar por lo que refirieron los diarios de la época, resultaría que el general Roca y el doctor Alsina estaban en desacuerdo.

Partidario el primero de la línea del río Negro, no podía contentarse con la de Carahué. A su vez el doctor Alsina, a pesar de su energía y carácter emprendedor, no se creía suficientemente preparado para lanzar la orden de marcha al río Negro. Creía que los indios podrían detener nuestra marcha dándoles así mayor importancia y exagerando su poder.

El sospechado desacuerdo no tardó en subir a las columnas de la prensa. La República había hecho alusión a la conferencia y tiraba la lengua al general Roca, que no se hizo esperar mucho para contestar.

Con fecha 24 de abril de 1876, escribía desde el Río Cuarto a aquel diario:

"Estimulado por sus benévolos conceptos vengo a manifestarle ligeramente mis ideas a este respecto, porque pienso que es un deber de los que estamos al frente de las fronteras, encargados de su guarda y su adelanto, presentar al estudio de todos los hombres ilustrados, el producto de nuestras meditaciones y experiencia, en esta cuestión de vida o muerte para la riqueza agrícola de este país.

Estas opiniones no son nuevas en mí, por otra parte, y responden al pensamiento antiguo de hacer del río Negro la frontera de la República.

Mi idea es ésta: creo que sin grandes sacrificios se puede avanzar la línea de San Rafael sobre el río Diamante hasta el río Grande o Colorado o bien hasta el Neuquén.

No solamente ofrecería esta operación grandes beneficios para el país, por los riquísimos campos regados por los numerosos ríos y arroyos que se desprenden de la Cordillera, y que se ganarían para la Provincia de Mendoza, o para la Nación; sino por las ventajas que reportaría para la seguridad de nuestras fronteras actuales, el hecho de interceptar y cortar para siempre el comercio ilícito que desde tiempo inmemorial hacen con las haciendas robadas en la República Argentina.

No veo pues por qué no se ha de apresurar nuestro gobierno a tomar posesión de la parte oriental de los Andes, si no hasta donde ha alcanzado Chile, por lo menos hasta el río Grande o Neuquén, obteniendo así la doble ventaja de aislar a los habitantes de las Pampas y adquirir territorios fertilísimos, aptos para toda clase de cultivos y cubiertos de pastos, aguas y bosques abundantes.

La carta abunda en indicaciones geográficas y económicas, que acusaban la consagración que el general Roca había dedicado al pensamiento de la nueva línea definitiva de la frontera sur de la Nación. Así, pues, cuando fue promovido al Ministerio de la Guerra los partidarios de aquella solución radical sabíamos cuál era su programa al respecto y nos felicitábamos.

Cerramos aquí esta ligera reseña histórica sobre la empresa trascendental de que sigue preocupándose el ministro de la Guerra. Es posible que hayamos omitido muchos datos y que ignoremos la existencia de otros trabajos, fuera de los que hemos analizado; pero la urgencia con que nos era reclamado este libro, nos ha obligado a ser muy parcos en la redacción y a reducirnos a nuestra propia biblioteca y archivo²⁷.

La opinión pública está ansiosa de llegar a la solución radical del problema de tres siglos. Cuando se inició en 1870 la ocupación de la línea del río Negro, se operó un movimiento de verdadero regocijo. El señor D. Eduardo Olivera, presidente de la Sociedad Rural Argentina, lo describía así en 1870:

"Hemos visto al gobernador de la Provincia ofrecer al Gobierno Nacional todos los recursos de que ella dispone para expedicionar y asegurar las fronteras sobre los ríos Negro y Colorado; ir más lejos, no esquivar nada y poner su persona a la disposición de ese mismo Gobierno para llevar a cabo un tan gran bien.

Los hacendados, como una sola persona, han apoyado tan grande empresa, y se les ha visto reunirse en nuestros

²⁷ En 1864 apareció por la imprenta del Mercurio un folleto titulado Fortificación y Colonización de las Fronteras del Sur de la República Argentina, por D. ÁNGEL PLAZA MONTERO.

Contiene un proyecto e informe presentado el 1° de diciembre de 1857 al gobierno de Buenos Aires, sobre la ocupación de una línea definitiva, por D. Angel Plaza Montero y el ingeniero militar mayor Bianchi.

Este es un trabajo ligero y deficiente del punto de vista geográfico, porque en aquella época las exploraciones no habían avanzado hasta donde llegan hoy; pero en el fondo sostiene la verdad en materia de solución radical del problema.

salones y en una acta, adonde se ven las firmas de cerca de trescientos de los principales ganaderos y propietarios del país, ofrecer toda su cooperación para concluir una vez por todas con el tributo vergonzoso, que hace siglos pagamos al pampa.”

Hoy se producirán en análogo sentido, porque la empresa es siempre fecunda para la riqueza pública y para nuestro porvenir político. Nuestra población marcha al norte y al oeste con mayor rapidez y con bases más sólidas que al sur; y sin embargo, una alta previsión estratégica debe hacernos volver los ojos al vasto territorio austral de la República. Es necesario poblarlo para afianzar nuestros dominios, y para poblar el desierto es forzoso desplegar el ejército a vanguardia.

Se ha anunciado ya que el general Roca irá al río Negro. Si supiéramos que vacila, y que necesita estímulo, le dirigiríamos en nombre de una gran aspiración nacional, la siguiente frase de aliento, que ha llevado tan lejos a los norteamericanos en la conquista de sus comarcas salvajes: *Go ahead.*

CAPÍTULO II.
EXPLORACIONES (1553-1875)

Los jesuitas en Nahuel-Huapi. - Su abnegación. - Asesinato de los misioneros. - La señora española. - El camino de Bariloche. - Primera navegación del Limay. - Proyectos de Valdivia sobre los valles orientales. - Reconocimiento practicado por Villagra en 1553 - Peregrinación de sus soldados. - Fundación de una ciudad en la pampa. - Otros reconocimientos. - Ocupación de la boca del río Negro. - Reconocimiento sobre el río Colorado. - El célebre viaje de Villarino. - Análisis y aclaraciones de su Diario. - Su desgraciada muerte. - El coronel Crámer. - Exploraciones de 1833. - El *Beagle*. - Estudios sobre el río Negro por Descalzi, y sobre el Colorado por Chicliana. - Nuevos reconocimientos en las Manzanas. - Viaje de Olavarría. - Expediciones de Amigorena. - Éxito de Hers y Fonck. - Cautiverio de Mr. Guinnard. - D. Guillermo Cox. - El Livingstone sudamericano. - Viaje del capitán Ramírez. - Estudios del comandante Guerrico. - El Diario del mayor Bejarano. - Viaje del señor Moreno.

- Del Carmen a Valdivia. - Deficiencias geográficas de las exploraciones.

LOS PRIMEROS esfuerzos para redimir las tribus indígenas esparcidas al oriente de los Andes, al sur del río Negro y para explorar y poblar sus tierras, partieron de Chile y se deben a la Compañía de Jesús. Fueron intrépidos y valerosos padres los que descubrieron las nacientes del río Limay, que junto con el Neuquén da origen al río Negro²⁸.

El célebre misionero Nicolás Mascardi, cuyas campañas a la sombra de la Cruz, y cuyos largos padecimientos han inspirado extensas y conmovedoras crónicas a varios de los padres que admiraron sus virtudes, fue el primer europeo que holló el manto de nieve tendido sobre las espaldas de los Andes, para descender sus faldas orientales al sur de Arauco, y emprender la reducción de los Puelches²⁹. En 1690 el padre Mascardi, que se había distinguido en los trabajos evangélicos de Chillón, fue comisionado para llevar la propaganda de la fe al misterioso e ignorado país de Nahuel-Huapí, no lejos del cual la fábula hacía existir la encantada ciudad de los Césares, que ha sido el Eldorado de las comarcas meridionales, en los siglos pasados. Mascardi llegó a Nahuel-Huapí, y después de

²⁸ Bebemos nuestros datos en la fuente más auténtica; en las relaciones que hicieron los misioneros o en sus manuscritos, todo lo que fue aprovechado por el jesuita MIGUEL DE OLIVARES en su famosa obra *Historia de la Compañía de Jesús en Chile* (1593 a 1750) publicada en 1874 como tomo VII de la *Colección de Historiadores de Chile*, con una Introducción biográfica y notas por D. Diego Barros Arana. En la primera edición no comprendíamos las exploraciones anteriores a 1690 y en la presente nos remontamos hasta 1553.

²⁹ Puelches. Voz araucana compuesta. Puel significa "el Esté" y Ché "gente": gentes que viven al este de los Andes.

permanecer algunos años entre los salvajes, fue muerto por éstos.

En 1702 el jesuita alemán Felipe van der Meren, conocido en historia por el padre Felipe Laguna, como traducción de su apellido flamenco, dice Oliveras, encontró en las islas de Calbuco, en la falda occidental de los Andes, algunos indios pampas que habían pasado la cordillera, y quienes le dieron minuciosas noticias del padre Mascardi, contando que les había enseñado a no embriagarse y a rezar. Pidieron, en fe de que decían verdad, que el padre Felipe los confesara y le rogaron que bajara al oriente para enseñar a sus hijos.

El benemérito padre, lejos de sospechar la doblez y perfidia del pampa, cayó en las redes de aquel hipócrita fervor religioso y no omitió diligencia hasta obtener la venia para lanzarse a las regiones del Limay. Efectivamente, el 23 de agosto de 1703 salió de Santiago de Chile, acompañado del jesuita José Guillermo, que se distinguió considerablemente. Este cayó en el camino y tuvo que quedarse, pero el padre Laguna continuó la marcha, y después de trabajos, riesgos de la vida y tanto como padeció entre los indios intermedios, dice el cronista, llegó a Nahuel-Huapí³⁰.

Poco después se le incorporó el padre Guillermo, y en 1704 habían construido una iglesia y derramado en aquellas comarcas las semillas de las sabrosas frutas que les han dado su nombre: Las Manzanas. Los dos misioneros fueron envenenados con chicha, bebida preparada por los indios con veneno, a consecuencia de la llegada de una Virgen, que los

³⁰ Nahuel-Huapí. Voz araucana compuesta, que quiere decir Isla del Tigre, porque Nahuel es "tigre" y Huapí, "isla".

intrépidos sacerdotes habían recibido de Lima, para su nueva y solitaria iglesia. Los indios la llamaban por desdén señora española; y los adivinos anunciaron con su autoridad profética, que ella venía a vengar la muerte del padre Mascardi, y que era forzoso anticipársele en la obra destructora.

El espectáculo de estas conmovedoras desgracias no intimidó a los padres Manuel de Hoyo y José Elguea, que pasaron a suceder a los anteriores; pero éstos fueron muertos también a bola perdida y a flecha.

La sublevación de los bárbaros era general a la sazón en ambas faldas de los Andes, y la misión de Nahuel-Huapí, reducida a escombros por el fuego, fue totalmente abandonada, a la vez que se perdieron las misiones de occidente en 1723, a consecuencia del alzamiento o rebelión de los indomables araucanos.

La ciencia tuvo muy poco que aprovechar del sangriento sacrificio de los misioneros de Nahuel-Huapí, pues, a excepción del padre Guillermo, los demás vivían consagrados exclusivamente a la propaganda de la fe. Desde 1711, este jesuita buscaba un camino, que había oído ponderar a los indios, y que permitía pasar cómodamente de una a otra falda de los Andes, camino que los indios y el padre misionero llamaban de Bariloche.

La exploración de este pasaje era tenazmente contrariada por los indios Puelches de Nahuel-Huapí, quienes, dice Olivares, pugnaban el descubrimiento de tal camino, recelando que por allí viniesen los españoles de Chile a infestar sus tierras. No obstante, un araucano les dio cierta señal decisiva,

asegurándoles que el camino partía de los manantiales llamados Los Baños.

Se sabe, dice una nota del señor Barros Arana a Olivares, después de los últimos descubrimientos geográficos, que abundan allí las aguas termales, algunas de las cuales fueron conocidas por los españoles.

Concluida la iglesia de Nahuel-Huapí el padre Guillermo púsose en campaña con su gente para descubrir el camino de Bariloche, lo que realizó felizmente en 1715 y no en 1717, como por error afirma Olivares. Este cronista refiere así el éxito de la expedición:

"Porque entrando por Los Baños y siguiendo los rastros y señales que dos años antes habían dejado los que fueron en su busca, fue fácil el ir abriendo y desmontando las malezas que embarazaban el paso. De suerte que pudieron pasar mulas y llegar a Rahun que, como se ha dicho, era el puerto para embarcarse a Chiloé."

El camino de Bariloche corre por una inmensa quebrada de los Andes, cuyo sistema hidrográfico permitirá quizá la comunicación fluvial entre una y otra de sus faldas. Fuera de esta campaña, muy poco han contado los padres a Olivares, y éste ha aprovechado escasamente sus manuscritos respecto a la naturaleza del país.

En 1766 el jesuita Guel se propuso volver a la misión de Nahuel-Huapí, con el propósito de explorar las tierras del Limay. Llegó a su destino y construyó canoas con las cuales pudo ver las ruinas de la obra de sus predecesores, y descender algunas leguas por el Limay, sobre cuyos saltos de piedra

se despedazaron las débiles embarcaciones, obligándolo a regresar a Chile. Una expedición análoga fue realizada en 1792 por el padre Menéndez, quien navegó el lago y el Limay varias leguas afuera de su origen hasta una toldería de indios pampas, hospitalarios y dueños de grandes rodeos de ganados. Después de visitarlos, el explorador retrocedió hacia el lago y regresó a Chile en seis días.

Esto hacían los misioneros a la sombra de la cruz. Veamos, en cuatro palabras, lo que hacían los hombres de espada con el propósito de explorar y conquistar el mismo país.

El primero y más importante reconocimiento practicado en los valles andinos del sur de Mendoza, fue ordenado por el conquistador de Arauco, don Pedro de Valdivia, allá por el año de 1551³¹.

Nombró al general D. Francisco de Aguirre para que conquistara los territorios que median entre la cordillera de los Andes y la ciudad de Santiago del Estero, y a dos jefes más, Villagra uno, y otro, cuyo nombre no guarda la historia, para que conquistara el territorio de Cuyo.

Sabedor Valdivia por comunicaciones de Villagra, que el territorio de Cuyo era regado por ríos que desembocaban en el Atlántico, pensó que convendría al mejor servicio del rey fundar un puerto en aquel mar, sobre la costa patagónica, que sirviera a la vez de punto de apoyo a los conquistadores que había lanzado al este de los Andes; y en consecuencia, resolvió pasar él mismo a bordo de un buque, a elegir aquel puerto.

³¹ Véase la obra histórica del Dr. D. JOSÉ A. SÁEZ, Límites y posesiones de la Provincia de Mendoza, págs. 92-96.

Por entonces tuvo lugar un levantamiento general de los indios araucanos, y Valdivia no pudo realizar su plan, confiando la operación a D. Francisco de Ulloa³².

Como lo veremos después, creíase en aquella época que el río Diamante se unía al río Negro. Villagra con cien hombres costó el río Diamante a lo que parece, y descendió en canoas al Chadileuvú, creyendo que desaguaba en el Atlántico y que llegarían a darse la mano con Valdivia en la desembocadura.

El Chadileuvú desagua en la Amarga, laguna situada en plena pampa, y al llegar a ella los expedicionarios se hallaron en medio del desierto y sin la salida al mar que habían soñado.

Fundaron allí cerca una población, que fue según se cree, la que dio origen a la mitología de los Cérares, y fraternizaron más tarde con los indios, a excepción de Villagra y algunos otros que volvieron a Chile, a costa de horribles padecimientos, atravesando inmensas e inhospitalarias comarcas pobladas de fieras y de indios³³.

Es este también el lugar de recordar las quince expediciones militares que en el siglo pasado, y a principios del actual, salieron de Mendoza sobre los campos del sur, a las órdenes del Maestre de Campo D. José Francisco Amigorena. Ellas no fueron fecundas para la ciencia; pero lo fueron para la Humanidad. Batió siempre con éxito a los indios, rescatando centenares de cautivos, millares de cabezas de gana-

³² Véase PÉREZ GARCÍA, Historia de Chile, cap. 12, libro IV.

³³ Tal es la tradición y lo sostenido por algunos escritores reputados, y entre ellos el Dr. Sáez, ya citado. Sin embargo, es un punto histórico oscuro todavía.

do y hasta joyas robadas por los vándalos en los campos de Buenos Aires.

Entre tanto había llegado el momento en que las exploraciones de los territorios argentinos del sur comenzaban a partir de los países del oriente de los Andes. En 1778, efectivamente, se hizo a la vela del puerto de Montevideo la expedición de don Juan de la Piedra que arribó el 7 de enero a la bahía San José, en la cual dieron fondo las naves españolas en 80 brazas de agua³⁴.

El 13 de febrero salió de San José un bergantín destinado al reconocimiento de la barra y desembocadura del río de los Sauces o Negro, dando fondo en la boca buscada, el día 22, a las 5 de la mañana, con tres brazas de agua. Se reconoció que había bajíos y se arriaron las lanchas, entrando al río sonda en mano. La marea repuntó bien pronto y el bergantín ancló en tres brazas de agua río arriba, bajando la gente a tierra, donde halló vegetación lozana y abundante caza. El reconocimiento continuó aguas arriba hasta el 28 de marzo, en que el bergantín largó su paño poniendo proa a San José.

El distinguido empleado del rey D. Francisco de Viedma, de quien ya nos ocupamos en el capítulo anterior, dejó el establecimiento de San José, donde había quedado de gobernador, por haberse retirado a Buenos Aires D. Juan de la Piedra, y llegó a la barra del río Negro el 28 de abril de 1778, dando fondo a tres leguas de la boca en suficiente agua. Viedma pobló el sur del río; pero una creciente y desborde cubrió el terreno con tres pies de agua, durante media hora

que tardó en descender la marea, habiéndose refugiado los pobladores arriba de los ranchos.

A consecuencia de este incidente, la población fue trasladada al sur, donde Viedma delineó un fuerte que se ejecutó inmediatamente, en paraje fuera del alcance de las crecientes. El fuerte tenía 30 brazas en cuadro con foso y artillería. Su torre de piedra se conserva aún.

En 1779 salió Villarino al norte y Viedma al sur continuando las exploraciones de las costas patagónicas. Villarino llegó a la boca del río Colorado tres veces, en 1780, en 1781 y en 1783 y la reconoció ampliamente, balizando uno de los canales accesibles, de los diferentes que constituyen aquel delta. El reconocimiento por tierra alcanzó hasta veinticinco leguas; pero la impresión que produjo en los viajeros no pudo ser más desfavorable. Como lo observa atinadamente Martín de Moussy³⁵, la vecindad del río Negro, río de más importancia, atrajo a Villarino, que abandonó toda idea de ulteriores trabajos sobre el Colorado.

En el capítulo anterior bosquejamos las razones políticas que habían dado origen a la célebre navegación del río Negro desde el Carmen de Patagones hasta los Andes, consumada heroicamente por el piloto español D. Basilio Villarino, soportando grandes fatigas con ejemplar perseverancia y luchando diariamente con los poderosos obstáculos que la naturaleza y el hombre oponían a la expedición.

³⁴ Seguimos en esta parte las relaciones de viajes y expediciones que publicó DE ANGELIS en el t. V de la *Colección* y los documentos del Archivo General de la Provincia. (*Colección Río Negro*.)

³⁵ MARTÍN DE MOUSSY, *Description de la Confédération Argentine*, t. I, pág. 164.

El conocido Diario de navegación de este piloto ha sido anotado por Viedma con alguna injusticia hacia el primero; todo por una leve cuestión de amor propio, de que la Historia debe prescindir, para rendir a Villarmo el homenaje a que le dio derecho su atrevida y feliz empresa.

El 28 de setiembre de 1782, se dio a la vela este piloto, del fuerte del río Negro, con cuatro embarcaciones de uno y dos palos, pesadas; inadecuadas para su objeto, llamadas San José, San Iuan, San Francisco de Asís y Chamarán, de 2 y 3 pies de calado, artilladas con pedreros y con 62 hombres por todo equipaje, para internarse en un país totalmente desconocido, poblado de indios salvajes y sanguinarios, que más tarde habían de amagarlo en tal número como yerbas hay en los campos, según palabras de su propio Diario.

El 21 de octubre recibió quince caballos para silgar las embarcaciones, los que llegaban muy oportunamente, pues el 23 la corriente, en el paraje denominado Siete Islas, era tan violenta y tan recio el viento de N.O. que el San Francisco rompió cuatro vergas sin poder vencer la fuerza de aquella.

El 6 de noviembre, Villarino supo por una india que se hallaba en Choele-Choel, cuyo paraje describe. Desde el 6 hasta el 12 navegó la expedición por las vueltas del río en aquella isla. El 12 mandó dieciocho marineros a cortar postería para construir en un potrero natural el fuerte, que hasta hoy lleva su nombre, sobre el brazo del sur del río, y que artilló con seis pedreros, obedeciendo al propósito de conservar expeditas sus comunicaciones con el Carmen. El 6 de diciembre llegaron a Choele-Choel los auxilios de víveres que esperaba Villarino para continuar su viaje, habiendo dejado

de navegar cuarenta y cinco días a causa de esta expectativa. El día 21 volvió a emprender la penosa exploración a vela, remo y silga.

El 23 de marzo navegaba a la vela con viento E.S.E. arrimándose a las barrancas coloradas del sur, tocando a las 7.15 p. m. en una isla que cubría la confluencia de dos ríos: el Grande Desaguadero (Negro) y el Sanquel o Diamante, de cuya confluencia había recibido noticias por los indios tres días antes. El insigne piloto confundía el Diamante con el Neuquén (voz que significa correntoso); pero este error se explica en aquellas épocas, y es el mismo en que incurren casi todos los documentos que tendremos ocasión de analizar.

El 24 cambió de fondeadero, amarrándose una milla y media arriba en el río Limay (que llama siempre Gran Desaguadero) y salió en bote a explorar el Neuquén, determinando la posición geográfica de la confluencia. Navegó algunas leguas arriba y retrocedió, no por la fuerza de la corriente, como asegura Moussy³⁶, porque hasta el paso de los indios es buena la navegación, sino porque luego que se parte, por dos islas que "tiene en medio, en cuatro arroyos, que se distribuyen entre todos su caudal, no permitía paso para la chalupa".

Al día siguiente continuó navegando al sur, tocando mayores dificultades, porque el fondo del río empieza a presentar piedras que el viajero compara con botijas. El día 12 de febrero veía la cordillera muy cerca y el cerro del Imperial.

Villarino navegaba por el Limay, pensando que era un afluente del río Negro y cometiendo el error de creer que el Colloncurá, que se echa en el primero, era el principal, es

³⁶ *Obra citada*, pág. 166.

decir el Negro. El plan de Villarino consistía en navegar al sur para tener comunicación con Valdivia; pero el 12 hizo una exploración a pie y dice que vio muchos saltos y despeñaderos que imposibilitaban la navegación en la disposición en que estaba el río, que era lo más bajo que podía darse; y agrega, que estando algo crecido pueden pasar por allí embarcaciones que carguen mil y más quintales.

Villarino se hallaba precisamente en la confluencia del Limay con el río Colloncurá que él designa como río que viene de Huechun Lavquen. El piloto dice:

"Ya cerciorado de lo imposible que me es continuar mi navegación por este río he determinado volver a emprenderla por el principal brazo o río Negro, y con harto sentimiento, pues por él no tengo noticia ni esperanza de hallar establecimiento alguno nuestro."

Es necesario aclarar este punto capital de la exploración. El río que con dolor abandona Villarino es el Limay, y el que sigue, confundiéndolo con el principal, es su afluente, Colloncurá, que echa sus aguas al Limay a los 40° 20' próximamente, después de recibir en su curso de norte a sur, el caudal de agua de los ríos Caleuyú, Quenquentrué, Catapuliche y Chirrehuin, que es la prolongación al sur del anterior.

El candoroso desconsuelo de Villarino aumenta el día 13, y lo explica así:

"A las 7 volví el río aguas abajo, pero con indecible desconsuelo, porque habiendo estado la mañana muy clara, estu-

ve mirando la cordillera tan clara y tan cerca, que si no hubiera venido hecho cargo de esta expedición, solito yo, y a pie como me hallo, me pondría en camino para ella. Hace una vista bellísima, sus cerros están cubiertos de nieve.”

La expedición sigue, pues, al norte fijo remontando el río que baja de los Andes y que con los nombres sucesivos de Catapuliche, Chimehuin y Colloncurá lleva su tributo de aguas al río Limay. La navegación se hace con inconvenientes graves, porque el agua está en su máximo de bajante. El día 26 observa Villarino, en efecto, que hace cinco meses que no llueve.

Desde el 13 de febrero hasta el 14 de marzo, el viaje no tiene accidentes notables, fuera de la ímproba labor de aquella ejemplar y heroica marinería.

El 14 estaba Villarino en la Cordillera, navegando por un cauce encajonado limitado al E. y al O. por graníticas murellas. Quiso explorar una de ellas y lo logró; pero sin que le quedaran deseos de repetir la hazaña, como lo declara terminantemente en este pasaje del Diario:

“Hay peñasco que apenas se le toca, baja rodando por aquellos ríos, de modo que causa admiración ver rodar aquellos promontorios y la facilidad que tienen en separarse los unos de los otros, y de largar sus cimientos: y es cierto que si fuese por intereses propios míos, por 50.000 pesos no volvería a la eminencia adonde estuve, a cuya eminencia pudo obligarme el servicio del Rey.”

Desde esta altura, Villarino contempló la silueta nevada de los Andes y el cerro del Imperial, que desde días atrás lo orientaba. Del 14 al 16 las observaciones son de carácter descriptivo, y las aprovecharemos oportunamente. El 26 la expedición llega a la confluencia de dos ríos, Catapuliche, que viene del norte con el Chimehuín que corre al sudoeste.

Villarino ignoraba esto; pero su orientación fue más exacta pocos días después, gracias a los informes de los indios. El 31 de marzo se hallaba a siete leguas del cerro del Imperial.

El 1° de abril el piloto descubre su plan. Navegaba en demanda del río Huechun originario del lago andino Huechun Lavquen³⁷, pues por informes de indios, de allí la comunicación con Valdivia era corta y facilísima. ¿Por qué deseaba Villarino mandar chasque a Valdivia? Acaso lo dominaba ya la fatiga o lo amedrentaba el peligro? ¡No! Quería prepararse para empresas más vastas todavía. Preveía que en veinte días de navegación por el río Negro o sus afluentes llegaría a San Luis o a Mendoza. Por eso en su Diario, nota de 1° de abril, escribe:

“En esta atención y en la de que tengo intentado llegar a la laguna de Huechun Lavquen (siendo por mí su nombre propio la Deseada), a tiempo que pueda pasar o mandar chasque a Valdivia, para que de allí me socorran y auxilien con víveres, para finalizar y examinar hasta lo último el conocimiento de estos ríos y del Diamante; pues emprendiendo su navegación en las crecientes no tengo duda en llegar a Men-

³⁷ Laguna del límite. Huechun, "limité", lavquen "laguna, mar".

doza, mandé se compusiese lo preciso hasta llegar a la esperada laguna.”

La primera novedad de importancia desde el 1° de abril, ocurre el día siete. Es el encuentro de la expedición con las iridiadas de Chulilaquin, que tres días antes de hallar la confluencia de los ríos Neuquén y Negro, habían estado con Villarino, quien celebró un tratado de alianza con esta tribu para defenderla y defenderse de los indios aucas, sublevados por la fortificación de Choele-Choel, y que buscaban el exterminio de Chulilaquin, a consecuencia de la amistad leal con que recibía a los expedicionarios³⁸.”

Anunciáronle que venían a batirlos tantos indios como yerbas había en los campos, y Villarino adoptó medidas precaucionales, construyendo un campamento atrincherado para la tribu aliada y cubriendo él mismo el frente del río con sus cuatro naves artilladas. Ideó exagerar su poder por medio del aparato, haciendo que un grupo de marineros con hachas de abordaje no dejara sauce en pie, operación que realizada en un abrir y cerrar de ojos y acompañada de descargas de metralla, que barrían la llanura, deslumbraba a los indios.

Pronuncióles una arenga, ponderando el omnipotente poder del Rey de España, que estando tan lejos de Buenos Aires que se tardaba caminando de día y de noche seis y siete lunas, atravesando la mar sin ver tierra hasta donde estaba,

³⁸ Según documentos que hemos leído en el Archivo General de la Provincia, tres años antes se había celebrado un tratado de paz entre el superintendente de Patagones y Chulilaquin. El Virrey de Buenos Aires envió de regalo a este cacique un gran bastón, como símbolo de autoridad gubernativa. Villarino dice que Chulilaquin se le presentó ostentando ese bastón.

todos le obedecían; y agregó que con los cañones que el Rey le había dado, aniquilaría todos los indios que pudiesen venir y que aun los mismos Andes se estremecerían sobre sus cimientos.

Los indios juraron lealtad y obediencia, viviendo al Rey de España y obsequiaron pródigamente a Villarino. Los días anteriores recorrieron los campos exhalingo verdaderos aullidos como perros asustados, de miedo de los aucas; pero el piloto les enseñó que el hombre no debe llorar ante el peligro, sino esperarlo con resolución y dignidad.

Allí supo entonces su verdadera situación. Una legua más arriba de su fondeadero desagua en el Catapuliche el río Huechun Huechun, que baja del oeste, del lago del mismo nombre. En el paraje en que se había fortificado Villarino el río era ancho y hondo; pero no daba agua para seguir al norte. El piloto lo remontó en el bote tres leguas e hizo alto, porque ya no era navegable, a los 39° 35' de latitud S. y el regreso de la expedición quedó decidido ese día.

Esperando las crecientes pudo remontarse al norte; pero la falta de víveres y la anarquía reinante entre los indios, hacían imposible obtener auxilios de Valdivia.

Supo también allí Villarino que el río que abandonó al torcer al norte era caudaloso y desaguaba en el mar, y lo denominó río de la Encarnación, que no es más que el Limay, y el mar el lago Nahuel-Huapí, del cual nace. Los indios le dijeron que allí habían estado unos europeos años antes, con intención de navegar el Limay de sur a norte, pero que las canoas se les habían roto en las piedras, existiendo aún sus

despojos. Se referían, sin duda, a la expedición del padre Guel.

Villarino, acosado por falta de víveres y por las averías de las naves, dióse a la vela aguas abajo el 4 de mayo, fondeando al son de salvas de artillería el 25 de mayo de 1783, en el fuerte del río Negro. La navegación fue feliz, porque las aguas habían subido de un modo considerable. Para mejor inteligencia de este análisis del Diario de Villarino, acompañamos copia del plano levantado por él mismo. Ninguno de los exploradores de este río ha podido superar a Villarino; y el premio que éste obtuvo en aquella época de intrigas y de cortesanos, fue una acusación de traidor, porque el copista de su Diario lo había mostrado al brigadier portugués Saa de Fariás, que solicitaba plaza en los ejércitos de España.

En 1782 Villarino fue propuesto para teniente de navío, pero murió sin haber gozado tan merecido ascenso³⁹.

Don Ignacio Núñez en la obra que sirvió a Parish, al redactar su libro sobre el Río de la Plata, dice al hablar del desgraciado fin de Villarino, lo siguiente:

"Más tarde D. Basilio Villarino, piloto de la marina real, navegó dos veces en toda la extensión del río Negro, y en su viaje de 1783, habiéndose avanzado demasiado al sur, fue asesinado por los indios salvajes.⁴⁰"

³⁹ Manuscrito en el Archivo General de la Provincia (Colección Río Negro).

⁴⁰ *Esquisses historiques, politiques et statistiques de Buenos Aires, des autres Provinces Unies du Río de la Plata et de la République Argentine, etc., etc.*, par Mr. IGNACIO NÚÑEZ, traduite de l'espagnol avec des notes et des additions, par M. M. VARAIGNE, Paris, 1826.

Estos datos son erróneos. Villarino no navegó más que una vez el río Negro en toda su extensión. En cuanto a su muerte, fue heroica y acaeció en un combate con los indios.

En 1784 había sido combinada una batida del desierto que sería realizada al sur de Mendoza, por las tropas del teniente coronel Amigorena, y al noroeste del Carmen de Patagones por una fuerza al mando del superintendente D. Juan de la Piedra. Batida por los indios esta expedición, perecieron en ella De la Piedra y Villarino, que lo acompañaba. El autor de esta matanza fue el cacique Negro, quien la consumó por medio de la asechanza, inmediatamente después de regresar de Buenos Aires, adonde había venido para celebrar un tratado de paz.

En 1822 realizóse el reconocimiento de la costa patagónica, en las desembocaduras de los ríos Negro y Colorado por el coronel D. Ambrosio Crámer. Su informe, datado el 15 de abril, es breve y sin importancia científica.

Describe el fuerte del río Negro, recuerda que los inconvenientes que ofrece la barra del río, se deben a que es mal conocida e indica los canales que facilitan su acceso, todo ligeramente.

A fines de diciembre de 1821 exploró la bahía de Todos los Santos y la bahía Brettman, reconociendo en la primera un buen fondeadero. Estudió las islas de Gamas, Rosa y San Blas; luego navegó en la bahía de la Unión, cuyos canales e islas reconoció.

La desembocadura del río Colorado fue objeto de una carta hidrográfica, que se conserva en el Departamento de Ingenieros de la Provincia, donde la hemos consultado. Des-

pués de recorrer su delta y de dar ligeras noticias sobre los canales que lo forman, mareó al norte hallando a nueve leguas del Colorado la bahía Brettman, que los mapas modernos traen con el nombre de Brighmana.

El 15 de febrero de 1822 salió del río Negro en una goleta de 18 toneladas y llegó el 18 a la bahía de San José, dando fondo en 60 brazas de agua. De allí navegó reconociendo lo que llama Crámer El taco de San Antonio, que hoy forma el golfo de San Matías, volviendo el 26 al río Negro.

Después de este reconocimiento ligero y simplemente de practicaje, no conocemos otros trabajos hasta los que originó en 1833 la Expedición al Desierto, trabajos que siguen en orden de mérito y de utilidad a los de Villarino.

El piloto D. Nicolás Descalzi formaba parte de la división expedicionaria del general D. Juan Manuel de Rosas y navegó el río Negro hasta algunas leguas al oeste de Choele-Choel. La carta geográfica que levantó Descalzi, y de la cual nos ocuparemos en su lugar, ha sido ya publicada.

Descalzi es el único explorador del río Negro, después de Villarino, que ha contribuido con datos exactos o a lo menos obtenidos por medio de los métodos de observación científica, al adelanto de la geografía de aquellas regiones.

Las tablas de sus observaciones permanecían completamente ignoradas, a pesar de la publicación de su plano y Diario de viaje. De consiguiente, habiéndolas tenido originales en nuestras manos, hemos extractado de ellas lo que ofrecía importancia.

La serie de observaciones comenzó en junio de 1833, en el cuartel general de Rosas, sobre el río Colorado.

LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

Para obtener la latitud de este campamento, situado en pleno desierto, deducida por medio de la altura meridiana del sol y de la luna, Descalzi siguió el procedimiento indicado por el siguiente cuadro de observaciones, que hemos formado teniendo a la vista sus anotaciones:

Mes	Día	Altura meridiana	Latitud
junio	25	Del sol	39° 37' 58" 5 sur
junio	26	Del sol	39° 38' 56" 8 "
Junio	26	De la luna	39° 39' 8" 3 "
Julio	1°	Del sol	39° 38' 39" "
Julio	2	Del sol	39° 38' 42" 5 "
Julio	8	Del sol	39° 39' 3" 7 "

Lo que da seis observaciones cuyo total es de 237° 52' 28" 8 sur, o sea una latitud media para el cuartel general sobre el río Colorado, de un sexto de esta suma, igual a 39° 38' 44" 8 sur.

La longitud del mismo punto fue deducida en dos observaciones, por varias distancias del borde claro de la luna al borde más cercano del sol, dando una media en tiempo de 4h. 19m. 36s. oeste del meridiano de París, con una variación de la aguja de 15° 19' 18" N.E. La longitud observada en grados dio 64° 54' oeste del meridiano de París.

Del Cuartel General sobre el Colorado pasó Descalzi al Carmen de Patagones, punto de partida de su célebre exploración; y comenzó las observaciones el 16 de julio, obteniendo los siguientes elementos para dar la latitud del punto, deducida por las alturas meridianas del sol y de Júpiter:

Mes	Día	Altura meridiana	Latitud
julio	16	Del sol	40° 48' 35" sur
julio	18	Del sol	40° 47' 24" “
julio	21	Del sol	40° 48' 53" “
diciembre	3	De Júpiter	40° 48' 28" “

Es decir, cuatro observaciones con una suma de 163° 13' 20", I sur, de donde resulta que la latitud sur de Patagones, deducida por cuatro observaciones es 40° 48' 20".

¿Cuál es la longitud de Patagones según los cálculos de Descalzi? He aquí la sencilla operación por medio de la cual la obtuvo el piloto.

Calculó la diferencia de longitud entre el Cuartel General sobre el Colorado y Patagones, obteniendo 32' oeste, y dijo:

Longitud observada en el Colorado	64° 54' oeste de París
Diferencia de longitud a Patagones	<u>32' " " "</u>
Longitud de Patagones	65° 26'

deducida por las observaciones del Colorado y equivalentes en tiempo a 4h. 2m. 44s.

Ahora es interesante comparar, la latitud de Patagones con la del cuartel general de Rosas, y se tiene:

Latitud sur en el colorado	39° 38' 44" 8
Latitud sur de Patagones	<u>40° 48' 20"</u>
Diferencia de latitud sur	1° 9' 35" 2

LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

Rumbo en línea recta del Colorado a Patagones, deducida de la derrota del ingeniero D. Feliciano Chiclana, sur $19^{\circ} 30'$ oeste.

Descalzi buscó la latitud de Patagones por medio de otro método. Practicó 41 observaciones y halló los siguientes resultados para Patagones:

Longitud oeste de París 1/40 en tiempo	4 h 21m 43s 3t
Longitud oeste de París 1/40 en grados	65° 25' 45" 45
Diferencia de longitud entre Patagones y cuartel general sobre el Colorado, este	32
Longitud del cuartel general deducida por 41 observaciones	64° 53' 45" 45

Resultado que rectifica el primero que ya había obtenido el astrónomo de la expedición.

El 4 de agosto la variación de la aguja era de $16^{\circ} 45' 14''$ N. E.

Ahora bien, conocida la longitud respecto al meridiano de París, es sencillo reducirla al de Buenos Aires.

La tabla siguiente da este resultado:

Longitud de Buenos Aires según	
Mossotti	60° 39' 30" oeste de París
Longitud de Patagones deducida por Descalzi	65° 25' 45" 45 oeste de París
Longitud de Patagones, oeste de Buenos Aires	4° 46' 15" 45 oeste de París
Diferencia al cuartel general del Colorado	32'
Longitud del cuartel general oeste de Buenos Aires	4° 14' 15" 45 oeste de París

Después de salir del Carmen navegando el río Negro, Descalzi determinó la situación de algunos lugares y uno de ellos fue la vuelta al este de las Taperas de Barragán. Obtuvo el siguiente resultado, por varias alturas meridianas del sol en el horizonte artificial, observadas el 6 y 7 de setiembre:

Latitud media sur	40° 26' 3"
Diferencia de longitud desde Patagones hasta este punto, deducida de la marcha del cronómetro según los horarios practicados en Patagones y en este punto	0° 39' 42" 30"
Variación de la aguja deducida de varias alturas del centro del sol en el horizonte artificial	16° 24' 0" N. E.

Frente a la toldería de Paillareo existía una isla cuya posición determinó con este resultado:

Latitud media deducida por dos alturas del borde inferior del sol, en el horizonte artificial, sur 39° 50' 20".

Longitud oeste de París en tiempo	4h 27m 6s 17t
” ” ” ” en grados	66° 46' 34' 15"
” ” ” Buenos Aires	60° 39' 30" 0"

” de la isla oeste de Buenos Aires 6° 7' 4" 15"

Variación de la aguja, deducida de varias alturas del sol con el teodolito	16° 50' 20" N.
--	----------------

E.

Analicemos ahora los cálculos de Descalzi para determinar la situación geográfica del puerto de la Encarnación de Choel-Choel, verificados en octubre.

Latitud media deducida de 6 observaciones de Júpiter, Aldebarán, Rigel y Orión, $39^{\circ} 18' 55'' 40'''$ sur.

Longitud oeste de París en tiempo	4h 32m 24s 11t
Idem en grados	$68^{\circ} 6' 2'' 45'''$
Idem de Buenos Aires	$60^{\circ} 39' 30'' 0'''$
Idem de puerto Encarnación, oeste del meridiano de Buenos Aires	<hr/> $7^{\circ} 26' 32'' 45'''$
Variación de la aguja, deducida por va- rias distancias del sol con el teodolito	$16^{\circ} 42' 7''$ N.

E.

La latitud de la extremidad oeste de la isla General Pacheco, deducida según los métodos anteriores era de $38^{\circ} 42' 58'' 20'''$.

El coronel D. Feliciano Chiclana remontaba también el río Colorado como geógrafo militar, desde su desembocadura hasta las ramificaciones de los Andes. Ignoramos el paradero de la carta original; pero hemos estudiado la copia que existe en el Departamento de Ingenieros de la Provincia. Chiclana determinó los rumbos magnéticos de dos en dos leguas y señaló los pasos del río Colorado así como su profundidad.

Corresponde al mismo año de 1833 el reconocimiento operado por el almirante Fitz Roy en el célebre viaje del Beagle, que traía a Darwin a su bordo, sobre la barra y entrada del río Negro. La carta ha sido publicada, y hasta los trabajos de sondaje y balizamiento de los canales, llevados a efecto por el teniente coronel Guerrico, de la armada nacional, los

sondajes de Fitz Roy eran la guía del navegante. Por lo demás la carta es esencialmente náutica, reducida a la descripción de la barra y del río en un corto trayecto hasta el Monte de la Dirección.

Del lado de Chile no se había desprendido ninguna exploración desde 1795, en que el Gobernador de Valdivia intentó, sin poderlo realizar, un reconocimiento al oriente de los Andes.

La primera expedición posterior a ésta salió en 1854; pero fracasó, siguiéndola otra en 1855, que tenía por baqueano a don José Antonio Olavarría. Este sujeto formó parte de la caravana de 1795, a la edad de catorce años. Los viajeros llegaron a Nahuel-Huapí; pero probablemente no se orientaron, pues no supieron explicar con claridad el paraje reconocido, desde el cual retrocedieron.

En 1856, dos alemanes, personas de saber y de energía, colonos de Llanquihué al sur de Valdivia, pasaron los Andes, enardecidos por el amor al progreso científico: eran Mr. Hers y el Dr. Fonck. Cedamos la palabra a Martín de Moussy sobre este viaje:

"Estos señores partieron de puerto Mont, centro de la colonia en el golfo de Reloncavi, y fueron a cuatro leguas de allí a embarcarse en el puerto Varas, Llanquihué, y atravesaron este lago a lo largo.

Pasaron al pie del volcán de Osorno, alto de 2.295 metros; se embarcaron en Todos los Santos y desembarcaron

cerca de la embocadura del Peulla, hasta allí seguían el itinerario del padre Meléndez⁴¹.

Subieron al valle de Peulla, hasta el pie del Tronador y abriéndose camino al través de los bosques, con grandes dificultades, llegaron a la laguna de los Cauquenes, cuyo asiento juzgaron como punto de división de las aguas entre los dos mares.

Subiendo luego a un cerro vecino, cuya elevación calcularon en 1.470 metros, y denominaron el "12 de Febrero", apercibieron desde la sierra las azuladas aguas del Nahuel-Huapí, que huían a lo lejos hacia el oriente y parecían ocultas detrás de una línea de montañas lejanas.

La vista era inmensa y magnífica; el gran lago, la masa imponente del Tronador, los bosques inmensos, todo contribuía a hacer de esta región un paraje realmente grandioso.

Al mismo tiempo un río ancho y profundo venía del Tronador a desembocar en el ángulo extremo oeste del Nahuel-Huapí.

Los viajeros exploraron sus orillas, y llegando a la ribera del lago, hallaron pedazos de madera medio podridos que debían ser de las piraguas de 1792.

Construyeron allí una embarcación, desgraciadamente muy débil, y cuatro hombres reconocieron la gran isla de Mascardi, pero los vientos que reinaban no les permitieron hacer la travesía del lago, donde habían corrido grandes peligros.

⁴¹ El verdadero apellido es Menéndez.

Los demás hombres recorrían entre tanto los alrededores, y descubrieron un pasaje mucho más corto para volver al Peulla.

Esta garganta que denominaron "Boquete de Pedro Rosales", era muy accesible y podía permitir la abertura de un excelente camino.

Fonck y Hers llevaban un barómetro aneroide, que se descompuso al principio y se vieron obligados a calcular las alturas con el termómetro por el grado de ebullición del agua.

Es su opinión, nada más fácil que abrir sin grandes gastos un buen camino carril del lago de Todos los Santos al río Frío, el día en que la población de la Colonia sea bastante considerable para tener interés en la importación de los productos al otro lado de la cordillera por la vía del río Negro.

El joven francés M. Guinnard cayó cautivo entre los manzaneros en 1856, y permaneció entre ellos o con los indios de la pampa durante tres años. De regreso a Francia, en 1861, fue bien recibido en la Sociedad Geográfica y publicó una obra, de la cual nos ocuparemos en otro lugar.

Ha adquirido ya merecido renombre el explorador chileno D. Guillermo Cox, que siendo joven aún, intentó en 1857 el paso de los Andes y la navegación del Limay y el Negro hasta Carmen de Patagones. Su intento fue ineficaz; pero no se dio por vencido a pesar del primer contraste.

En 1862, efectivamente, emprendió un segundo viaje, partiendo del puerto Mont en la Provincia de Llanquihué, al sur de Chile, cruzó en botes el lago de Llanquihué, salvó la Cordillera de los Andes y atravesó el lago Nahuel-Huapí.

Desde allí, Cox navegó al norte, siguiendo el Limay aguas abajo, hasta que un naufragio los detuvo en los 40° de latitud aproximadamente. A consecuencia del siniestro y luchando además con la oposición con que los indios le impedían la marcha al este por el río Negro, tuvo que renunciar a su plan de explotarlo y regresó a Chile en 1863. El resultado de este viaje, célebre en la historia de las exploraciones de nuestros territorios del sur, dio material para una obra de mérito, que es muy escasa en Buenos Aires.

Otro viajero intrépido y abnegado, conocido en Europa por el Livingstone sudamericano, es el capitán Musters de la marina inglesa, que salió en 1869 de Stanley, en las Malvinas para Punta Arenas y luego llegó a la desembocadura del río Santa Cruz, permaneciendo algunos días en la casa del comandante Piedra Buena, en la isla de Pavón, mientras arreglaba con los baqueanos indígenas su viaje. Desde allí se internó al oeste, explorando las inmediaciones del lago Viedma, y tomó rumbo al norte por el corazón de la Patagonia, hasta que llegó al río Limay. El pensamiento de Musters era orillar los ríos Limay y Negro, desde el origen del primero hasta Carmen de Patagones sobre el Atlántico; pero los indios se lo impidieron, hubieron de matarlo y finalmente lo alejaron de las orillas de aquellos ríos, llevándolo por el desierto patagónico del sur hasta la altura del golfo de San Matías, a corta distancia de la costa del océano.

Musters arribó sano y salvo en 1876 al fortín General Conesa de la línea de frontera de Patagones, pasó a Inglaterra y publicó su conocido libro *At home with the Patagonians*, cuyas láminas se aproximan a la verdad de las cosas tanto cuanto es

humanamente posible, y cuyas narraciones acreditan al intrépido viajero como un observador discreto y sagaz.

En 1868 salió de Buenos Aires el capitán de marina don Ceferino Ramírez, comisionado para explorar el río Negro hasta Choele-Choel, preparando así el cumplimiento del decreto de la Administración del general Mitre, que ordenaba la ocupación de aquella isla.

El croquis del viaje del capitán Ramírez se ha perdido del Ministerio de la Guerra; y el Diario de navegación, cuyo manuscrito hemos revisado, no es útil sin tener el croquis a la vista⁴².

No obstante, nuestro amigo Ramírez, hoy teniente coronel, ha tenido la fineza de suministrarnos los datos que aprovechamos en este libro.

Las exploraciones de 1872 fueron ordenadas por el Ministerio de la Guerra, ocupado por el coronel Gainza y debían realizarse, como se ha visto, por agua y tierra.

El 21 de febrero de 1872 marchó a Patagones el teniente coronel Guerrico, oficial de la marina argentina. Disponía de los vaporcitos Río Negro y Neuquén. El explorador comenzó sus estudios desde la desembocadura del río Negro con un personal que se componía de tres soldados, tres marinos y varios entre oficiales y maquinistas. En cierta parte, arriba ya del río Negro, la marcha se hizo por tierra con la eficaz cooperación del cacique Inacayal⁴³, que tiene su toldería en la laguna Nahuel-Huapí y que encontró a la expedición.

⁴² Manuscrito en el Archivo del Ministerio de la Guerra.

⁴³ Este cacique, que recibe raciones del gobierno argentino, se ha hecho célebre por la decidida y humanitaria protección con que en el desierto ampara y defiende

Para remontar el río más adelante, se llevaba una pequeña lancha en un rodado, el cual no pudo pasar de Balcheta, a causa de los tupidos montes, que se extendían con un espesor de cuatro leguas. Fue menester abrir una picada y al cabo de tres días de penosa labor sólo se había adelantado una legua. En tan mal camino se rompió el carro, y sin poder componerlo en aquel desierto, los intrépidos expedicionarios se conformaron con seguir a pie dejándolo oculto hasta su regreso.

El 4 de agosto la expedición estaba en Choele-Choel. Allí fue examinada la isla y el río, en una jangada que tiraba un indio muy nadador y que fue vencido por la corriente, deshaciéndose la jangada con pérdida de víveres, municiones, etc., aunque no de vidas. En la isla comenzó el teniente coronel Guerrico a levantar dos planos del río Negro, con innumerables sondajes a muy corta distancia unos de otros.

La expedición continuó avanzando aunque sin mejor éxito. Los exploradores tuvieron la desgracia de perder al aspirante don Antonio Rodríguez, que cayó en manos de los indios, y su cadáver fue hallado cubierto de heridas y horriblemente mutilado. Este joven, llevaba consigo un pequeño instrumento musical, que sirvió para alegrar la salvaje borrachera de los indígenas quienes le hicieron tocar el acordeón y cantar durante toda la noche asesinándolo en la madrugada.

No fue ésta la única desgracia que tuvo que lamentar la expedición, pues el valiente timonel Nicanor Martínez, cuyos servicios habían sido de mucha importancia, pereció ahogado en un momento de peligro para todos los expedicionarios.

a los exploradores. Cox y Musters le deben inmensos servicios y lo recuerdan con gratitud en sus obras.

Con todas estas contrariedades, reducidos a un corto número de personas y agotado el combustible, los exploradores retrocedieron después de haber remontado el río Negro algunas leguas arriba de Choele-Choel.

El 30 de setiembre de 1872, el comandante militar de Patagones avisaba al Ministerio de la Guerra que el sargento mayor don Mariano Bejarano se había internado en el desierto hasta las Manzanas, a fin de conferenciar con los caciques Shayhueque y Reuquecurá, aprovechando la ocasión para tomar todos los datos posibles sobre los territorios, número de indios que los pueblan, calidad de los campos, clase y situación de las aguadas y cuanto pudiese interesar al conocimiento de esas regiones. El mayor Bejarano regresó después de cumplir su comisión con felicidad, en cuatro meses de viaje.

Este oficial es el que ha ido más lejos después de la famosa campaña de Villarino. Bejarano llegó al sur hasta el lago Nahuel-Huapí, y estuvo en las ruinas de la misión; y por el norte subió hasta el río Mallen, que sale de la cordillera de Villa Rica, recorriendo esas sierras nevadas en el rigor del invierno.

En 1875 tuvo lugar la última exploración a lo largo del río Negro, realizada por el joven don Francisco P. Moreno. Fuimos consultados por ese joven desde que concibió la idea, y no cesamos de exhortarlo a coronarla, induciéndolo a realizar su viaje bajo los auspicios de la Sociedad Científica Argentina, como aconteció. Ella votó mil duros, y obtuvo otros mil duros del Gobierno de Buenos Aires, los cuales fueron entregados al señor Moreno.

Al ser leída la petición del joven viajero en la asamblea de la Sociedad el 15 de setiembre de 1875, improvisamos las palabras siguientes que extractamos del acta de la sesión⁴⁴:

"Señores socios: Las sociedades científicas tienen por objeto primordial fomentar los progresos de la ciencia, buscando y descubriendo lo nuevo y lo desconocido.

De ahí la importancia de las grandes sociedades europeas, algunas de las cuales, como la Geográfica de Londres, han unido su nombre al célebre explorador Mr. Livingstone.

Por otra parte, para buscar novedades y descubrimientos benéficos al desenvolvimiento de la ciencia, es indispensable salir del radio de las capitales en que existen las sociedades, para explorar los parajes poco conocidos o inexplorados.

La única asociación nacional que puede acometer empresas de este género es la Científica Argentina; y es evidente que tanto aquí como en el exterior, se robustecerá su crédito, rodeándose de valiosas simpatías.

Tiene, además, el proyecto del señor Moreno, que acabáis de oír leer, una importancia que podría llamarse geográfica, en el doble sentido de que abrirá el camino para la determinación exacta de lugares y zonas de tierra poco o nada conocidos; y de que es un precedente que viene a estimular a la juventud y a los miembros de la Sociedad a dedicarse a las exploraciones y estudios geográficos sobre el terreno, cosa tanto más útil, cuanto que diariamente palpa la República Argentina la necesidad de contar con un cuerpo de ingenieros geógrafos, que produzcan mapas exactos y útiles.

⁴⁴ Anales de la Sociedad Científica Argentina, t. I, 1876.

La falta ha sido sentida desde largo tiempo atrás y es esta la causa de que los gobiernos hayan adoptado oficialmente cartas geográficas que olvidan lamentablemente los derechos argentinos a la Patagonia.

Un cuerpo de exploradores y de geógrafos más vinculados al país nos pondrá a cubierto de estas ligerezas.

Bajo el punto de vista político conviene también que el señor Moreno realice su pensamiento, porque una nación que posee inmensos territorios, debe procurar explorarlos, tomar posesión de ellos y darlos a conocer para incitar su colonización.

(El autor hizo la historia ya conocida de los viajes de Cox y de Musters, continuando como sigue:)

Pero para vencer los inconvenientes que han detenido la marcha de Cox y de Musters, cuenta el señor Moreno con la amistad de uno de los caciques que tienen sus tolderías en los manzanares, inmediatas a Nahuel-Huapí. Dicho cacique, célebre por la protección que prestó a Cox y Musters, aunque no tan decidida como la que ahora ofrece, se llama Inacayal, recibe raciones del gobierno argentino y cruza una vez al año el desierto, desde los Andes al Atlántico, para recibirlas en Carmen de Patagones.

Además el señor Moreno se servirá de otros medios que ya lo esperan en Patagones, de manera que contando con tan eficaces auxiliares es dado esperar de la exploración resultados felices. He dicho."

Votado el proyecto, después de estas palabras, fue unánimemente aprobado, y el señor Moreno se ponía en viaje pocos días después.

Emprendió el viaje a caballo orillando el río Negro, acompañado por una tribu de indígenas que se internaba y no halló oposición entre los salvajes. Visitó las tolдерías de Shayhueque en las Manzanas a la orilla del río Caleuvú, pasó ligeramente por las cercanías de Nahuel-Huapí, y otros alrededores del norte y regresó a Patagones el 1.º y de febrero de 1876, habiendo salido el 6 de diciembre de este punto.

El viaje del señor Moreno no ha dado resultados para la geografía de aquel territorio ni para la hidrografía de sus corrientes de agua. Sus principales trabajos se refieren a la etnografía de las tribus indígenas.

De esta sucinta exposición resulta que las exploraciones del río Negro por Villarino y Moreno tenían por objetivo pasar a Valdivia, y que la chilena de Cox obedecía al anhelo de cruzar a la inversa, es decir de Valdivia a Carmen de Patagones; pero ni los primeros ni el último pudieron vencer la porfiada oposición que hacen los indios manzanares a semejante propósito. Esta oposición tiene su origen en la profunda desconfianza de los indios, temerosos de que, combinadas las fuerzas de ambas repúblicas, sus tierras les sean arrebatadas y se lleve a efecto la expedición definitiva que tanto sobresalto les inspira.

De las exploraciones que hemos pasado en ligera revista sobre el curso completo del río Negro, la más importante y más completa del punto de vista científico es la de Villarino,

así por su trabajo diario sobre toda la extensión del río, como por las posiciones geográficas que fue el único en determinar.

De la sección comprendida entre Choele-Choel y el Carmen, hay dos exploraciones eminentemente científicas: la de Descalzi en 1833 y la de Guerrico en 1872.

Dedúcese de lo expuesto que es necesario realizar exploraciones para el adelanto de la Geografía y a fin de obtener un conocimiento exacto de los lugares desde Choele-Choel al oeste, pues hasta hoy y fuera de las situaciones geográficas calculadas por Villarino, todos los demás parajes y distancias son dados al tanteo. Musters ha tenido la franqueza de advertir esta deficiencia del éxito de sus viajes en Patagonia, previniendo la inexactitud científica de sus datos geográficos, a consecuencia de la dificultad de usar instrumentos en aquellas circunstancias. A pesar de todo, la obra del capitán Musters es de las más verídicas y concienzudas que hemos leído sobre los territorios del sur y sus salvajes moradores⁴⁵.

⁴⁵ Hubiéramos deseado completar este capítulo analizando el Diario del general D. Ángel Pacheco, comandante de la vanguardia en 1833; pero ignoramos el paradero de aquel documento inédito.

CAPITULO III
EL RIO NEGRO Y SUS AFLUENTES

Origen del río Negro. - EL lago de Nahuel-Huapl. - El río Limay. - Sus tributarios. - Ríos Chimehuin y Catapuliche. - El Colloncurá. - Sus afluentes. - El Neuquén. - Su origen y curso: - Confluencia con el río Negro. - Descripción general de este río. - Colinas. - Islas. - Cauce. - Corrientes. - Profundidad. - Naturaleza de su fondo. - Crecientes y bajantes extremas. - Volumen de agua. - Sondajes de Descalzi, de Ramírez y de Guerrico. - Análisis de los Diarios de los exploradores. - Obstáculos y bancos. - Tablas de sondajes y corrientes. - Condiciones generales de navegabilidad.

EL RÍO NEGRO, llamado por los indios araucanos Curuleuvú (Curú, negro, y leuvú, río), se forma de la unión de los ríos Limay y Neuquén, que descienden de las faldas de los Andes entre los 37° y 41° de lat. S.

Propiamente hablando, el río Negro no es más que la continuación del Limay, que cambia repentinamente su dirección del sur al norte, para atravesar la planicie de O. a E.

A fin de estudiar con método su curso, conviene, pues, dividirlo en tres grandes secciones, en este orden:

Primera: de Nahuel-Huapí al Neuquén o río Limay. *Segunda:* del Neuquén a Choele-Choel. *Tercera:* de Choele-Ghoel al Atlántico.

I. El Limay-leuvú (Limay, especie de sanguijuela; leuvú, río) nace del lago andino de Nahuel-Huapí (Isla del Tigre), llamada por los indios Tehuel-Malal (corral del sur), según el señor Moreno. Fue descubierto y explorado por el padre Mascardi, por los misioneros que siguieron sus desgraciadas huellas, como se ha visto. El padre Olivares no trae, en su citada obra, noticias útiles para el hidrógrafo; y las escritas por los mismos misioneros del Nahuel-Huapí, se han perdido manuscritas, o son muy raras las publicadas; de suerte que nada podemos utilizar de aquellas fuentes primitivas. Lo único que ofrece Olivares como producto de observaciones de los misioneros, es la noticia de que en Nahuel-Huapí los fríos y nevadas son muy intensos, lo que recuerda a fin de elogiar a un padre que, en medio de aquellos rigores del clima, madrugaba mucho para ocuparse de los ingratos indios.

Nos desconsuela esta falta de datos antiguos en nuestra modesta biblioteca americana, porque en dos siglos han podido sufrir cambios de importancia los accidentes físicos de aquellas alejadas comarcas, dada la variabilidad relativa de ciertos fenómenos de la naturaleza, cambios cuya comparación con los hechos actuales es de la mayor importancia.

Cox fue el primer viajero que complementó en 1862 la exploración del gran lago de Nahuel-Huapí, reconociendo sus contornos del este. Según este viajero, que navegó el lago,

su extensión de oeste a este es de 60 kilómetros y de 20 kilómetros su mayor anchura. Recibe las aguas de la cordillera por varios ríos que a él se arrojan, siendo el más notable el río Grande.

La navegación del Nahuel-Huapí no ofrece inconvenientes. Cox la hizo en malas embarcaciones, con bastante peligro de zozobrar, porque las ráfagas del viento helado que sopla de los Andes, agitan las aguas cuyo oleaje es formidable. Al oeste se halla estrechado por altas murallas de piedra que las olas azotan con furor. Al noroeste hay siete islas en una gran bahía, quedando la mayor de éstas sobre la orilla oriental. Las isletas, dice Cox, tenían un aspecto encantador y las arboledas hacían el efecto de poblaciones de los campos.

El desagüe del lago en el río Limay fue prolijamente examinado por la expedición chilena, que encontró una corriente de diez millas por hora en el origen de dicho río. A 500 metros de su salida del lago se señaló un rápido, que no ofreció dificultades; y desde allí todo su curso es regular y majestuoso, con aguas cristalinas y sabrosas.

Cox refiere que el fondo del río se halla lleno de piedras redondas como de veinte pulgadas de diámetro, en lo que concuerda perfectamente con Villarino, que escribió, al margen del mapa de su exploración, que el Limay arrastraba y detenía piedras chicas como botijas de aceite, lo que hacía incómoda su navegación en la época de la mayor bajante.

Resulta también de las observaciones de Cox, que el Limay tiene en un trayecto de dos millas desde su nacimiento, 80 metros de ancho, de 3 a 4 metros de profundidad y una corriente de 7 millas por hora, o sea tres menos que en su ori-

gen. Preferimos reproducir su descripción general del Limay⁴⁶.

“Su lecho parece un acueducto formado por la mano de la naturaleza para transportar una masa de agua desde un punto a otro del mismo nivel, haciéndola pasar más arriba que el fondo del valle más bajo. El río sigue rápido pero uniforme, conservando su dirección general al norte, orillando casi siempre la ribera izquierda, encontrando varias islas bajas con arbustos; navegamos sin accidente hasta las 10 de la mañana.

El fondo variable de uno a cuatro metros; la corriente de seis a siete millas.

En fin, a las 12 estábamos otra vez en el agua, habiendo hecho hasta allí unos 32 kilómetros.

A la una encontramos el río dividido en 3 ó 4 brazos iguales.

Antes habíamos encontrado ya algunas islas, mas la gran diferencia de anchura que aparecía en los brazos no permitía la indecisión y era fácil escoger entre ellos.

Aquí eran todos iguales, escogimos con bastante suerte, pero engañados al fin por la apariencia de la superficie, tomamos un brazo de poco fondo; la embarcación tocaba y todos por un movimiento instintivo saltamos al agua para aliviarla, y la arrastramos hasta encontrar más agua.

Apenas embarcados nos esperaban peligros de otra clase.

⁴⁶ Como ésta es una obra de aplicación práctica, que servirá para los oficiales que hagan la expedición al río Negro y aun a los nuevos exploradores de aquellas regiones, debemos ser muy minuciosos en los detalles, para encaminar en cuanto sea posible a los viajeros futuros.

El río corría allí por entre rocas desnudas y perpendiculares, dando numerosas vueltas; la mayor profundidad estaba en la concavidad siempre, pero temíamos encontrar rocas, y siguiendo la cuerda del arco teníamos menos fondo.

Resolvimos pues, cortar derecho, bogando con toda fuerza.

Al principio salimos bien, obrando de este modo, porque los codos no estaban muy cerca unos de otros, pero cuando se sucedían inmediatamente, dirigidas sus curvas en sentido contrario, la maniobra era muy difícil, porque pasado un peligro era preciso cambiar bruscamente de rumbo para evitar el siguiente.

A las cuatro y media el lecho del río era más estrecho, la situación más crítica, las piedras no eran como antes, una, dos, a flor de agua y todas cerca de la orilla, sino que algunas había en la orilla y otras al medio, aquéllas mostrando su cabeza sobre la superficie, éstas ocultas, pero indicada su presencia por violentos remolinos y grandes penachos de agua.

En este punto el río era más ancho, la corriente entre seis y ocho millas; en los rápidos era incalculable, porque sólo nos ocupábamos de la maniobra cuando los pasábamos; la profundidad general había variado entre uno y cuatro metros.

Veíamos delante la superficie del agua que subía y bajaba produciendo olas marcadas, pero eso no nos infundía temor, porque ya habíamos visto que, a pesar de su profundidad considerable, una piedra aun pequeña, situada en un fondo liso producía olas sencillas en la superficie.

A las cinco nos pusimos otra vez en medio de la corriente; navegamos como un cuarto de hora; según nuestros

cálculos debíamos hallamos a corta distancia del punto adonde habían alcanzado los españoles en 1782; cuando al doblar una punta el río se declara en un impetuoso torrente, luego se presentan grandes olas y remolinos, enormes penachos blancos en todas direcciones, dando a conocer la presencia de grandes piedras.”

Pocas cuadras más arriba llegaron a una vuelta rápida del río, donde las aguas forman un pequeño maelstrong y el bote zozobró, con el peligro de la vida de los tripulantes, que se salvaron milagrosamente. Reunidos algunos indios, se adquirieron víveres para regresar a Chile.

Los datos del capitán Musters son incompletos sobre el Limay, pues viajaba a caballo y apenas nos da una descripción del paisaje, que concuerda con la de Cox. El oficial inglés pasó el Limay a seis leguas al oeste de los toldos de Shayhueque sobre el arroyo Caleuvú, encontrando tal hondura que los caballos nadaban.

Esta misma sección fue visitada aunque de paso por el señor Moreno en 1875. Él escribe lo siguiente en su relación de viaje, que es todo lo que dice en ella sobre el Limay⁴⁷:

"Desde los toldos al paso del Limay descrito por Musters en la relación de su viaje, hay seis leguas de camino muy cómodo por entre valles estrechos; pero pasando este punto después de cruzar el manantial de Tran Manzana-Geyú (manzano caído), el río corre por entre rocas, haciendo sumamente penoso el camino. Estas rocas son generalmente

⁴⁷ Anales de la Sociedad Científica Argentina, t. I, 1876, pág. 195 y siguientes.

volcánicas, traquita, basalto y grandes cantidades de lava compuesta de piedra pómez, cenizas y canto rodado.

El río tiene numerosos saltos que abrazan toda su anchura. Las sierras están cubiertas de bosques de tuyas o pujas, hasta una gran altura, tanto que muchas veces las nubes los escondían a nuestra vista. Con excepción de las inmediaciones de la laguna, donde el cacique Inacayal tiene sus tolderías y donde en otro tiempo hubo una misión jesuítica, no hay terreno capaz de producir.”

El curso del Limay al norte fue reconocido por Villarino hasta el punto en que el río, bajando desde el Neuquén hacia el sur, dobla al oeste por espacio de algunas leguas, recibe el Colloncurá y vuelve a seguir al sur. Así, el trecho que media entre este punto y aquél donde naufragó Cox, es de escasa importancia, pues solamente alcanza a cuatro leguas geográficas. Del punto en que Villarino retrocedió para seguir el Colloncurá confundiénolo con el río Limay que buscaba, hasta las nacientes de éste, hay catorce leguas geográficas de 21, 38 al grado.

La sección del Limay comprendida entre el Colloncurá y el lago de Nahuel-Huapí o el mar (Lavquen) como dijeron los indios al piloto español, es el río que éste llama de la Encarnación en su carta.

Villarino salió de la confluencia del Neuquén con el Limay, surcando las aguas de éste, con rumbo al S.O., corrigido, y el primer día sufría un huracán del S.E. que le rompió el palo mayor del Champán. Durante los días 29 y 30 de marzo, la navegación marchó bien por espacio de siete y media mi-

llas. De este paraje al punto de partida en la confluencia hay veintitrés millas, debiendo notarse que la navegación al empezarla en el Limay fue muy feliz, alcanzando a doce millas en el día.

Estaba, pues, Villarino a veintitrés millas del Neuquén, y dice:

"El río sigue al S. y el camino de los indios va desde aquí por tierra adentro; y esto es porque no hay otro remedio, pues por su orilla no se puede transitar, ni por la banda del norte ni por la del sur, por que de una y otra son las barrancas perpendiculares y tocan sus cimientos en el río mismo."

A veintisiete millas del Neuquén, Villarino encontró grandes saltos en que el agua no medía más que palmo y medio de hondura, en su época de máxima bajante, y no pudo avanzar este día más que una milla, abriéndose paso por los saltos a pico y azada.

A veintinueve millas del Neuquén presenta el río un murallón que avanza del sur en forma de tajamar, según el Diario del piloto, y enfrente hay otro cerro perpendicular y tajado, pasando el río por entre ambas murallas con una anchura de 500 varas. El día 6 de marzo los navegantes del Limay se hallaban a 39½ millas de su confluencia con el Neuquén, en un paraje que llamó profundamente la atención de Villarino, quien lo describe así:

"A la legua navegada después de mi salida, hallé unas barrancas que parecen grandes edificios desmoronados; inme-

diato a éstas hay dos que parecen perfectamente dos hornos de tejas; y al extremo hay una que tendrá 200 varas de alto y termina en punta o tajamar, y en ella hay una pirámide, casi tan alta como la barranca, dividida de ella; pero es corto el intervalo que media entre una y otra, que me parece no pasa de cuatro varas. Mirándola de lejos, como de una o dos leguas de distancia parece un gigante de rodillas, de modo que hacen estas barrancas figuras bien extrañas. Pasando ésta, ya se ensancha el valle, y se hallan mejores tierras y corre el río por medio de la llanura.”

El señor Moreno visitó este paraje en 1875 y experimentó la misma impresión que Villarino, pues nos dice:

“Subiendo la travesía del Chalcun se encuentra un Wali-chu o piedra que puede llamarse sagrada. Consiste en una arenisca amarillenta con figuras quizá dibujadas por alguno de los que componían la expedición de Villarino. Lo único que distinguí con claridad fue una cruz, aunque los indios creen ver allí rastros de avestruz e impresiones de pies humanos y de león.

Esta travesía, que mide seis leguas, concluye en una bajada penosísima a la vez que peligrosa. Como su nombre lo indica, Chocongeyú, es célebre entre los indígenas, por haber perecido en ese punto toda una familia india, a quien los indios pehuenches arrebataron los caballos.

En la pendiente de la sierra se ven nueve tumbas en forma de conos, construidas de piedras sueltas y cubiertas de ramas secas. Todo indio que pasaba por allí ahora 10 años,

cuando la memoria del suceso estaba aún fresca, arrojaba en el sitio en que se hallaba cada cadáver una piedra; pero la devoción ha disminuido con el tiempo y hoy día se contentan con colocar respetuosamente una rama y algunos pedazos de poncho o chiripá.

Este paraje es el mismo que Villarino describe en su viaje, diciendo que las sierras parecen ruinas de edificios. A la verdad, de noche se asemeja a una ciudad edificada en piedra roja con sus iglesias, cuyas cúpulas parecen verdaderas desde alguna distancia.

Muy cerca de este punto se halla Frerau geyú o paradero de los loros, donde una especie de éstos vive por millares en los sauces de las islas. Este paraje está señalado en el mapa de Petermann con el nombre de distrito de Ruca-Choroy (de ruca, casa y choroy, loro).

Allí desagua el Picun Lefú, o río del norte, que corre al pie de una colina elevada, trayendo en la primavera las aguas de las nieves de la Cordillera. Ya en este último punto se encuentran manzanos.”

La navegación de Villarino hasta la confluencia del Limay con el Colloncurá se hizo sin gran dificultad, caminando cinco y seis millas por día. En aquel punto la expedición dobló al norte entrando a un afluente del río principal, que confundió con éste, como hemos visto.

Las demás exploraciones del río Limay, han sido pasajeras y avanzan poco. El señor Moreno, que es el último viajero que ha recorrido aquellas comarcas, lo hizo a caballo, y por consiguiente nada puede informarnos sobre cuestiones hi-

drográficas. Algunos de los datos que trae no son serios ni verosímiles, debido precisamente a que no ha navegado el río ni lo ha visto de una manera continua, sino en trechos, y cuando el terreno de las barrancas permitía el tránsito a las cabalgaduras.

A tres leguas de Manzana-geyú Bejarano pasó el arroyo Piquin-Puranmi, que desemboca frente al arroyo Hechicero, afluente del este del Limay; y a veinte cuadras antes de llegar a aquel arroyo, reconoció Bejarano un salto, que debe ser forzosamente el Salto de los Mosquitos de Villarino y que no fue visto por el señor Moreno en 1875, pues equivocó su situación.

En efecto, el último viajero dice en su relación de viaje:

"Pasada la sierra se halla la Pampa Morada o Cum-belfem, que con Cum-cum-geyú forma los valles extensos del Limay. Entre estas dos abras existe una colina, alta de 600 pies, cortada a pico sobre el río.

Allí Villarino coloca el Salto de los Mosquitos, pero lo busqué en vano. Creo que como este río cambia muy a menudo de curso, hoy las piedras del salto están cubiertas por arena".

Sin embargo, Villarino sitúa el salto antes de las colinas.

El señor Moreno no había leído al emprender su explotación el Diario del mayor Bejarano, así es que no se preocupó de verificar la situación precisa del salto visto por dicho oficial, que en nuestra opinión no puede ser sino el Salto de

los Mosquitos de Villarino. Bejarano lo describe en estos términos:

“Unas veinte cuabras antes de llegar a dicho arroyo (el Piquin-Puranmi), se halla el salto de piedra formado por la aproximación de la sierra. Este salto que probablemente opondrá dificultades a la navegación, tiene próximamente un ancho de veinte cuabras y de altura un par de varas.”

Los afluentes del Limay entre el Neuquén y Colloncurá no merecen el nombre de ríos. Son arroyos más o menos importantes que corren por el este y el oeste. El más considerable de ellos es el Caleuvú, muy conocido por existir en sus orillas las tolderías del rey de las Manzanas, cacique Shayhueque.

Son más importantes los afluentes que descienden del noroeste, porque originarios de la cordillera y de sus ramificaciones, traen al Limay el caudal de agua proveniente de los derretimientos de nieve y de las lluvias.

A 41 millas del Neúquén halló Villarino uno de estos pequeños tributarios que llama Pichi-Picun-Leuvú (pichi, pequeño; Picun, norte; leuvú, río). Este río tiene cinco varas de ancho, una de profundidad y una corriente de una milla por hora. Es el mismo de que nos habla el señor Moreno bajo el nombre de Picun-Lefú, que es un nombre mal escrito, porque lefú no es voz araucana, sino leuvú, río.

Después de caminar 24 leguas al sur del Paradero de los Loros, el mayor Bejarano⁴⁸ halló el paraje Manzananicó, donde vio tres manzanos. Este dato es importante, pues aquellas tres plantas parecen colocadas allí por la mano de Dios para orientar al viajero. Son los mismos tres árboles que vieron los marineros de Villarino en 1773, es decir, justamente un siglo antes que Bejarano. El Diario del piloto (10 de marzo) dice hablando de una partida que salió de descubierta:

“Condujo una rama de un manzano que él quebró de un árbol, y dijo que él no había visto más que tres; pero que tenían poco más de un estado de alto.”

Había caminado 71 leguas el mayor Bejarano, desde su salida del Neuquén, siguiendo las sinuosidades del Limay, cuando llegó al río Colloncurá (Collon, máscara; curá, piedra). El señor Moreno describe este río así:

“Con esa creencia cruzamos el río Colloncurá, o máscara de piedra, nombre dado por los indios a una piedra que dicen ellos tiene formas de mujer. Ese río que Villarino recorrió en una gran extensión, a costa de grandes dificultades, por no haber podido ascender el Limay, por los numerosos y rápidos saltos, no lo creo navegable, siendo su corriente mayor que el de la anterior. Tiene numerosos pasos para los caballos.

También, como los otros doce ríos o arroyos que desagan en el río Negro, el Colloncurá es un antiguo torrente

⁴⁸ Diario de la expedición a los toldos de Shayhueque, por el mayor Mariano Bejarano (Memoria de Guerra y Marina de 1873).

que en otro tiempo ha arrastrado grandes cantidades de piedras rodadas.”

Resulta de las observaciones de los señores Moreno y Bejarano que el Colloncurá es un afluente del Limay, lo que rectifica el error de todas las cartas que dan aquel nombre a una sección del último río.

El croquis del viaje del mayor Bejarano que publicamos en otro lugar, contiene este sistema de afluentes del Limay vadeados todos por él.

En cuanto a la avanzada opinión de que el Colloncurá no sea navegable, no ha sido fundada como era de esperarse. Al contrario, el señor Moreno se contradice al afirmar en un mismo párrafo que no "cree navegable" el río que "Villarino navegó en una gran extensión".

Si lo navegó el piloto español con buques pesados, de vela y mal contruidos, ¿por qué no ha de ser navegable hoy que se construyen vapores de seis pulgadas de calado?

El Quenquentrué es otro arroyo que baja de los Andes, corriendo de noroeste a sudeste, hasta unirse, según Bejarano, al Colloncurá para desaguar en el Limay. El Diario de este oficial dice, efectivamente:

"El 29 de julio vadeé el río y fui a un parlamento con el cacique Shayhueque, en la parte sur del río, en la horqueta que forma el arroyo Quenquentrué con el Colloncurá⁴⁹."

⁴⁹ El mayor Bejarano fue perfectamente tratado por los indios. El cacique Shayhueque organizó una real boleada de avestruces en honor del huésped. Los boleadores, y entre ellos Bejarano, alcanzaron en el rigor de las nevadas hasta Nahuel-Huapí, donde el 20 de agosto dice este oficial: "Vi los cimientos de un

El Chimehuin sale por la vertiente oriental de los Andes a los 39° 40' de l. S., desde la laguna Quilquihue corre algunas leguas al este, inclinándose ligeramente al sur hasta la gran serranía que atraviesa de norte a sur las Manzanas, cambiando allí de dirección al sur fijo para unirse con el Colloncurá, con el cual desagua en el Limay a los 40° 20' aproximadamente.

Villarino llegó el 26 de marzo a la confluencia del Colloncurá con el Limay, y anotó en su Diario lo siguiente:

“Al salir el sol me fui en el bote a reconocer el río que entra en el principal por la parte del sur, llevando conmigo al carpintero: entré en él y lo navegué una legua aguas arriba por su orilla, por la parte del oriente.

Este río viene del S.O. con mucha rapidez y por un canal profundo y angosto, tiene algunas islas con muy pocos y ruinas sauces.

En la confluencia de estos dos ríos hay una isla chica que es donde acampé, y la circunda la mayor parte del río principal, junto con el que viene del sur.

Este río es del tamaño del Diamante, su agua clara y muy fina; la calidad del fondo es la misma que la del río principal que son piedras redondas y lisas siendo las mayores del peso de una arroba poco más o menos. La separación de este río me hace más dificultosa la del río principal.

antiguo establecimiento de misioneros, situado distante 10 ó 12 leguas de los toldos, son de piedra y de una altura de vara y media".

Este río tiene en su desagüe 200 varas de ancho, 5 pies de profundidad y su velocidad es de 8 millas marítimas por hora; pero así, este río como todos, aumenta o disminuye su profundidad según la menor o mayor rapidez de la corriente.”

La confluencia fue situada por Villarino a los 40° 10' de lat. S. y 72° de long. O. A las 8½ millas, según el derrotero del piloto se encontró con el desagüe en el río Chimehuin (que él llama Huechun) de otro río que viene de S.O., descendiendo la cordillera con rápida corriente. La cordillera distaba de las naves expedicionarias tres y media leguas rumbo al O. corregido. El río del S.O. desagua por ocho bocas y no puede ser navegado. Era el río Malleu.

Más arriba de este punto de confluencia entran al río las rocas de la falda de la Cordillera, produciendo saltos que dificultan la navegación; pero que no la hacen imposible, pues Villarino pudo muy bien avanzar con sus bastimentos de tres pies de calado, en aguas bajas.

El día 12 llegó a otro punto característico, un cerro distante 4½ millas de la confluencia del Quenquentrué y Colloncurá de cuyo cerro dice que:

“Si no supiera que estas tierras estaban habitadas sólo por salvajes, creería firmísimamente que en él estaba un castillo con dos baluartes al río, con ocho cañones montados”.

Algunas millas más arriba el río se divide en tres brazos formando isla.

Quince millas al norte, el 14 de abril, la expedición pasa por la confluencia de dos ríos. El Catapuliche que navegaban, lo que ya sabía Villarino por noticias de los indios y el que llama Huechun-Huechun que era el Chimehuin, cuyo origen señalamos ya y que se une al Catapuliche para echarse al Limay.

El 15 de abril el piloto observó la latitud $39^{\circ} 33'$, es decir, que se hallaba muy cerca del anhelado río Huechun-Huechun, que nace de la laguna del mismo nombre y corriendo al este directo lleva sus aguas al Catapuliche. La expedición hizo alto allí, en la toldería de Chulilaquin, señalada en la carta de Villarino anexa al capítulo anterior.

El 23 el piloto se adelantó con un bote remontando el Cata-puliche, y envió gente a reconocer por tierra el Huechun-Huechun.

“Yo llegué a la boca del Huechun-Huechun, dice, y reconocí su entrada; baja por un despeñadero con rapidísima corriente, por entre espesas peñas y es de tanto caudal como el Catapuliche. Desde su boca hasta la cordillera en línea recta hay una legua. Seguí el Catapuliche y habiéndolo navegado una legua aguas arriba, arrastrando por el fondo del botecito vacío, llegué adonde displayándose un poco el río, no permitió paso para el bote. No pudiendo pasar más adelante volví a las cuatro de la tarde.”

La confluencia del Huechun y Catapuliche según las observaciones del piloto tiene lugar a los $39^{\circ} 40'$ de lat. S. y 73° de long. O. de París.

He ahí el término al norte del famoso viaje de Villarino. El regreso de su expedición fue feliz, pues en 21 días navegó aguas abajo los ríos que había remontado en siete meses, debiendo notarse que a la ida las aguas alcanzaban su máximo de bajante y a la venida del Limay, dice Villarino, había aumentado su profundidad a tres pies y la navegación se hizo sin serios obstáculos.

La región andina del Catapuliche no ha sido aún bien explorada y hay mucho que adelantar en las investigaciones científicas sobre constitución y la topografía del terreno, así como respecto a la hidrografía de aquellas corrientes de agua.

El Limay, dice Cox, tiene dos grandes crecientes periódicas, una en el invierno, en los meses de junio y julio, y otra en el verano con el derretimiento de las nieves, en diciembre y enero.

II. Río de orden inferior, el Neuquén ha pasado casi inadvertido de los viajeros y sabios, a términos de que la última obra del Dr. Burmeister sobre la República Argentina, apenas lo recuerda de paso como afluente del río Negro, en el capítulo de los ríos de la Patagonia⁵⁰. No obstante el Neuquén merece la atención de la ciencia y particularmente del Estado Mayor del ejército argentino, porque es la base de operaciones en la región andina para resolver radicalmente el problema de la frontera.

El Neuquén recoge el caudal de agua de una cuenca de mil leguas cuadradas, recibéndola directamente por los accidentes del terreno o por medio de sus numerosos afluentes

⁵⁰ Dr. H. BURMEISTER, *Description physique de la République Argentine d'après des observations personnelles et étrangères.* (T. I, París, 1876).

andinos del oeste; y las sierras avanzadas sobre la pampa del este, derraman también sus aguas en él.

Los afluentes principales son al oeste: el río Moncal, que nace de la cordillera Pillan Mahuida (Pillan, Dios, Mahuida, sierra), río que recibe un afluente originario del cerro de Porcura, y fue cruzado por Cruz en su célebre travesía de 1805; el río Calbunco más al norte, que parece corresponder con las vertientes occidentales del río Laja de Chile, pues ambos nacen de la cordillera de Pichachen; finalmente el río Sanquel, formado por dos corrientes que cruzan los valles adyacentes al volcán Trilope.

Del este recibe el Neuquén las aguas que arrojan a su cuenca las sierras de su mismo nombre, Piré-Mahuida y de las Barrancas, las cuales forman el río Culifén, cuya confluencia con el Neuquén tiene lugar según parece a los 38° 28' de lat. S. Y 70° 30' de long. O. del meridiano de Greenwich.

El origen del Neuquén no era bien conocido, pues los geógrafos se ocupan muy poco o nada de este río, como hemos advertido. Martín de Moussy, que nos merece crédito, por sus serios estudios sobre la geografía argentina, habla así de aquel río:

“El Neuquén, afluente del río Negro, del norte, es navegable en una parte de su curso; pero como las riberas son exclusivamente ocupadas por los indios tenemos muy cortas noticias sobre su valle”,

y agrega que nace del paso del Cerro Florido, a los 36° 30' más o menos.

En efecto, las cartas modernas dan por origen del Neuquén las cordilleras andinas que corriendo al norte directamente desde los 38° de lat. S. doblan al este en ángulo recto a los 36° 22' aproximadamente, para volver al norte después de algunas leguas. Estas cordilleras arrojan al oriente y al occidente un copioso caudal de agua, que se refunde en los ríos Neuquén del lado argentino y Nuble y Maule del lado de Chile.

El río Neuquén no ha sido explorado, según nuestros estudios, sino en sus extremos. Efectivamente, en 1783 lo remontó Villarino algunas leguas desde su confluencia con el Limay, y Cruz lo vadeó varias veces en 1805 a la altura de Raipi, a Tilqui, o sea a los 37° 20' de lat. S. Antes que por Cruz, había sido ligeramente reconocido por Molina, que estudiaba un camino desde Chile a Buenos Aires, partiendo de Alicó (alim, caliente, có, agua).

Las noticias sobre las nacientes del Neuquén dadas por Cruz, son generalmente desconocidas entre nosotros y no las citan las descripciones físicas de la República que gozan de mayor crédito. Helas aquí⁵¹:

"El río Neuquén viene de norte a sur, al pie del poniente, (por el lugar de la capilla) de la cordillera de Suconi-Maguida o Clollol-Maguida, como otros dicen, y descabezándola para tomar su curso hacia el levante, recibe a distancia de tres le-

⁵¹ Tomada de la memoria titulada *Descripción de la naturaleza de los terrenos que se comprenden en los Andes poseídos por los pebuenches y los demás espacios hasta el río de Chadi-leuvú reconocidos por D. Luis de la Cruz, alcalde mayor, provincial del ilustre Cabildo de la Concepción de Chile.* (Colección de Angelis, t. I).

De la Cruz sirvió más tarde a las órdenes del general San Martín.

guas de Butacurú, como dije, a Rinqui-leuvú, y luego al Tocaman.

En ese atraveso a la capilla le entran al Neuquén, de O. a E., Rarin-leuvú, Lig-leuvú, Butale-leuvú, Tubanco, Daquegue, Iguera-leuvú; y del E. al O., Millancehico, Gutalon, Barbarco, Itahilincó y Pichin-Barbarco.

Como he dicho, el Neuquén, desde las puntas de Rinqui-leuvú, y el Tocaman, toma al E. hasta salir de los Andes, y en esta carrera desde aquel punto, se le introducen por la ribera del sur, Buta-leuvú, Raqueco, Trinquico, Taquimilá y Pichi-Neuquén, que es el estero de las Salinas Grandes, desde cuyas puntas se le incorporan el río Macu-leuvú, que baja al este de las cordilleras, desde cuya incorporación, ya el Neuquén se titula Mucum-leuvú; cuyo nombre disfruta, el espacio de cincuenta leguas hasta juntarse a Limay-leuvú. En todo este intermedio sólo le entra a Mucum-leuvú, el río de Cubunco, y esto a distancia de legua y media de haberse juntado con el Neuquén.

Volviendo a Neuquén en las puntas de Rinqui-leuvú, de norte a sur, le entran el río Leudi-leuvú, que se forma de los esteros Businichingú, Luilmaque, Daquen, Coritun, del Azufrado, Trincan-malal y de Ligcó.

Más al oriente, a distancia de tres leguas, se le introduce el estero de Tilquí, y otros muchos de menos consideración, pues hay tantos arroyos en aquellos montes, como quebradas o bajos tienen los cerros, y en todos ellos hay mallinares. Todos estos ríos y esteros que he nombrado, los he conocido, o vi sus embocaduras, y muchos de ellos pasado, como se verá en el Diario; a excepción de Pichi-Neuquén, y Mucum-leuvú,

que él es el río más grande que nace al este de estos montes que quedaron al sur.

Nadie podrá dudar que el Neuquén, desde las puntas de Leudi-leuvú, sea navegable de embarcaciones menores; y por él sería fácil introducirse a Limay-leuvú, y por éste, hasta la costa patagónica.”

El Limay-leuvú, que corre desde Nahuel-Huapí al norte, por espacio de 120 kilómetros oblicuo al este, describiendo un grande arco, y se reúne al Neuquén según Villarino a los 380 42' de lat. S. y 71° 10' de long. O. de París y 68° 50' de Greenwich. Ya hemos visto que aquel piloto no pudo navegar el Neuquén en su embarcación al intentarlo en 1783 a causa de haber tropezado con varias islas, en un punto donde se bifurca el río no dándole paso.

El Neuquén corre cerca de su confluencia por un valle profundo, bastante ancho, formando muchas islas cubiertas de vegetación, especialmente de sauces y mimbres. Villarino observó que sus corrientes eran impetuosas en mayor grado que las del Limay y del Negro. Éste es el río que el benemérito piloto español confundió con el Diamante, haciendo incurrir en el mismo error a geógrafos y escritores de los dos siglos.

El mayor Bejarano pasó el Neuquén en 1872 con el agua al encuentro del caballo, habiendo sido informado por los indios de que el río estaba bajo.

Finalmente el señor Moreno visitó el río Neuquén en 1875 y lo único que sobre él nos dice en su relación de viaje es lo siguiente:

“El paso del Limay se halla muy cerca de la unión de éste y del Neuquén o Comoé⁵² con el río Negro, en una playa ancha llamada Cheguan-Gueyú; en este punto el río tiene de ancho cerca de 250 m. y llevaba una corriente muy rápida por haber empezado recién el deshielo en la Cordillera.

Lo cruzamos en una jangada...”

En presencia de lo deficiente de las noticias sobre el Neuquén, particularmente entre el Negro y Raypí, el Estado Mayor General tendrá que consagrar una atención preferente a la exploración de su cuenca y a los accidentes y condiciones generales del río, cuya importancia como línea natural de frontera ha sido reconocida, cual ya se ha demostrado, por la opinión de los que en el siglo pasado y en el actual se han preocupado de un modo fundamental de la guerra contra los indios.

Amigorena ha hecho quince expediciones en el siglo pasado sobre los indios de las tolderías del Neuquén, llegando en 1781 hasta cerca de su confluencia con el Limay. Sin embargo, no conocemos resultados geográficos de estas excursiones.

No es menos vago todo lo que los viajeros modernos nos dicen sobre el curso del río Negro, desde su confluencia con el Limay-leuvú hasta Choele-Choel.

⁵² Este nombre es usado por Petterman. El señor Moreno llevaba la carta geográfica de este autor, publicada en 1875 por Justus Perthes, de Gotha, carta que no es exacta en las indicaciones que se refieren a nuestra frontera y que tampoco puede serlo en la sección de las Manzanas, según las relaciones de Villarino, Bejarano y del mismo Moreno.

Nadie ha navegado esta sección después de Villarino, de suerte que solamente podemos considerar utilizable lo que este ilustre piloto consignó en su Diario de navegación. Lo seguiremos, en consecuencia, extractando las observaciones fundamentales sobre las condiciones generales del río⁵³.

Los vientos contrarios, a veces de proa, fueron el inconveniente capital que menciona Villarino en este trayecto, circunstancia que unida a la fuerza de las corrientes, hacía necesario navegar alternativamente a remo, silga y poco a vela. Las distancias recorridas con este ímprobo trabajo, fueron las que expresa el cuadro siguiente con rumbos corregidos, formado con los extractos prolijos que hemos hecho de su Diario de navegación:

	Fechas	Millas	Rumbos
1 ^a	Diciembre 20 de 1782	7	N. O.
2 ^a	” 21	6	N. O.
3 ^a	” 22	4½	O. NO.
4 ^a	” 23	8	O. NO.
5 ^a	” 24	10	NO. ¼O.
6 ^a	” 25	9	O. NO. 5° N.
7 ^a	” 26	4¾	O. NO.
8 ^a	” 27	7	O. NO.
9 ^a	” 28	4	O. NO.
10 ^a	” 29	1	O. SO.
11 ^a	” 30	4	O. ¼ NO.

⁵³ Undiano remitió en 1810 al coronel García algunos datos geográficos sobre la pampa, y entre ellos dice: "El río Negro se ha situado por el plano que levantó de él el piloto D. Basilio Villarino que lo navegó en 1783 hasta donde señala la carta; y aunque nada tenga de las invenciones modernas en orden a las longitudes, no se puede negar que tanto el citado plano, como el prolijo Diario que formó, es lo mejor que se ha hecho de este río, y que mientras no se haga otro reconocimiento más formal, es menester estar a él."

LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

12 ^a	”	31		2	O.
13 ^a	Enero	1° de 1783	4½		O. SO.
14 ^a	”	3	3		O. SO. 5° O.
15 ^a	”	4	4		O. ¼ SO.
16 ^a	”	5	5		O. ¼ SO.
17 ^a	”	8	2		O. SO. 5° S.
18 ^a	”	9	3		O. SO.
19 ^a	”	10	3		O. SO. 5° O.
20 ^a	”	13	3		O. ¼ SO.
21 ^a	”	14	6		O.
22 ^a	”	15	12		O. ¼ NO.
23 ^a	”	17	8		O. SO. 5° O.
24 ^a	”	18	4		O.
25 ^a	”	20	11½		O.
26 ^a	”	21	4		O. NO.
27 ^a	”	22	4½		N. O.
28 ^a	”	23	5		O. ¼ NO.

Estaba Villarino en la confluencia del Neuquén y del Limay, habiendo recorrido desde su salida de Choele-Choel 145 millas. Ahora bien, para que nuevos exploradores puedan corregir o confirmar los datos del piloto, es necesario conocer los inconvenientes con que el río detenía su marcha cada día, de modo que relacionando este dato, con las respectivas distancias y rumbos, se tendrá la situación de los obstáculos.

Hasta las 35 millas arriba de Choele-Choel la navegación fue regular, en bastante hondura, aunque los malos vientos y la fuerza de la corriente hacían más pesada la marcha.

El día 25 (número 6 de la tabla anterior) es decir, a aquella distancia del punto de salida, Villarino dice en su Diario:

“Toda esta tarde tuve viento fresco, por el este pero, incapaz de romper la rápida corriente de este río y en algunos parajes a remo y vela no pudieron romperla las embarcaciones, siendo preciso por esta causa traer siempre a los marineros hasta medio cuerpo metidos en el agua, tirando la silga.”

El 26 (número 7) a 45 millas de Choele-Choel, los expedicionarios empiezan a observar con creciente extrañeza que el agua del río es totalmente encarnada, lo que atribuye Villarino a algún barro que disuelven las aguas; suposición exacta, pues, sin duda aquel color proviene de la arenisca terciaria de las barrancas que más adelante hallaron al paso.

Del 27 al 29 (números 8 a 10) llega la expedición con dificultades que no dependen del caudal del agua del río hasta las 61 millas del punto de partida. El Diario del 29 dice:

“A las 10½ arrimé a tierra por ser el viento y la corriente tan fuertes, que con toda la gente no fue posible, sacar adelante las embarcaciones una a una.”

El 31 (número 12) dice Villarino:

“A las 4½ de la mañana me largué, siguiendo mi viaje al remo y silga, con calma por la parte del norte. A las 10 pasé a la parte del sur, por no serme posible romper la corriente por aquel lado.”

Esto sucedía a las 67 millas de Choele-Choel, paraje hoy denominado Chichinal, de cuya importancia estratégica he de ocuparme oportunamente.

A las 79½ millas, el 5 de enero (número 16) la expedición halló escasez de agua. En efecto, allí el río es poco profundo y vadeable a caballo en época de mayor bajante. El canal es estrecho y se concentra tanto la corriente, que treinta hombres no podían arrastrar una chalupa. A las 81½ millas, el Diario del 8 de enero (número 17) dice:

“Al amanecer salí con dicho viento (S.O.) pero más bonancible; navegué hasta las 9 del día, y hasta esa hora ya, no pudiendo pasar, volví al mismo sitio de donde había salido, a buscar otro canal y seguí con viento y corriente contrarios.”

Los obstáculos fueron menores entre 8 y 18 de enero (números 17 y 24), pues los vientos eran más favorables y la hondura del río mayor. El 18 estaba Villarino a 12½ millas del fuerte de su mismo nombre y encontró varios malos pasos que dificultaron la navegación, aunque no explica si por falta de agua o por la fuerza de la corriente. A las 136½ millas es decir el 21 de enero (número 16), el río corre por entre altas barrancas que distan media legua de su curso, y que se elevan sobre cimientos rojizos de arenisca terciaria. El piloto la describe así:

“Por la parte del río son estas barrancas inaccesibles, parecen castillos muy altos, particularmente las blancas, con sus cornisas o molduras. No producen sus cumbres ni sus faldas,

ninguna especie de yerba, sólo algunas muy pocas y chicas matas de maleza espinosa; pero tan raras y ruines que jamás llegó a mi imaginación que en todo el globo de la tierra pudiese haber alguna tan infeliz como ésta: no se ven rastros, ni animales; ni tampoco pájaros”.

Las embarcaciones llegaron al Neuquén sin otra novedad. El viaje fue feliz, sin grandes tropiezos, quedando evidenciada la navegabilidad del río Negro entre Choele-Choel y el Limay, en cuyo trayecto Villarino empleó 28 días, hallando menores dificultades que entre Choele-Choel y Carmen de Patagones⁵⁴.

La autoridad de Villarino no nos es ya necesaria, porque sus trabajos han sido confirmados y ampliados en 1833 por el piloto D. Nicolás Descalzi, por el capitán de la Armada D. Ceferino Ramírez en 1869, y en 1872 por el teniente coronel D. Martín Guerrico.

Descalzi navegó el río desde Carmen de Patagones hasta Choele-Choel y desde Choele-Choel seis leguas arriba, habiendo suspendido la navegación a la altura de la vuelta del Dolor.

Indica Descalzi los inconvenientes de la marcha en los contornos de Choele-Choel y señala los trayectos en que es necesario emplear la silga. Dividiéndose el río en dos brazos, que rodean aquella isla, el piloto los sondó y marcó los datos

⁵⁴ Según las jornadas calculadas por el mayor Bejarano entre Choele-Choel y Chichinal hay veinte leguas, y entre Choele-Choel y el Limay cuarenta y tantas leguas.

Este cálculo parece exacto por tierra. Villarino anotó por agua 145 millas igual a 48 leguas y una milla, lo que enseña que el curso del río Negro es poco sinuoso.

siguientes: brazo del sur, profundidad variable entre $2\frac{1}{2}$ a $3\frac{1}{2}$ brazas de agua; brazo del norte, entre 2 y 4 brazas.

La profundidad entre Carmen de Patagones y Choele-Choel varió constantemente entre 2, 3 y 5 brazas, lo que daba suficiente agua para navegar el río en aquella estación con los buques de gran calado.

La corriente fue observada en las secciones normales del río, dando una velocidad de 2, 3 y 4 millas por hora. Era mayor en las angosturas y disminuía en las vueltas, estableciéndose entonces la relación de 2 a 4 millas por hora. Entre Choele-Choel y Carmen de Patagones, teatro de estas observaciones, el fondo del río acusaba alternativamente arena, fango y canto rodado.

Las observaciones que en 1872 realizó el comandante Guerrico, sobre los caracteres generales de esta sección del río Negro, concuerdan con las de Descalzi poco más o menos. Para facilitar el análisis he aquí los resultados sintéticos reducidos a términos de comparación

	Descalzi, 1833	Guerrico, 1872
Corriente	2, 3, 4 millas	3 a 4 millas
Profundidad	12, 18, 24 pies	9 a 30 pies

Estos datos difieren con las posiciones de los observadores y con la fecha en que fueron practicados; pero en general revelan cierta conformidad entre los resultados de las expediciones de 1833 y 1872, lo que abona en favor del crédito que merecen ambos observadores.

El comandante Guerrico afirma que en términos medios la profundidad general del río en esta sección varía de 10 a 15 pies. El sondeo de 30 pies lo tomamos de su carta hidrográfica, correspondiendo a la altura de Choele-Choel, donde la profundidad oscila entre nueve y treinta pies. Además, obsérvese que el comandante Guerrico aprecia en 4 millas la velocidad de la corriente ordinaria y en 5 millas la corriente excepcional del período de las crecientes; pero hace subir aquella velocidad, por cálculo de 7 a 8 millas en las angosturas.

Los estudios de los señores Descalzi y Guerrico se armonizan con los del insigne piloto Villarino, quien navegó con facilidad entre Carmen de Patagones y Choele-Choel en bastante agua, con una sola varadura, y haciendo jornadas que llegaron a 12 leguas al día. Él observó la variabilidad de las corrientes en las angosturas y vueltas y reconoció las islas del tránsito, así como los dos brazos del río en Choele-Choel.

La relación de viaje del comandante Guerrico trae varias y muy importantes observaciones prácticas sobre la navegación de Carmen de Patagones a Choele-Choel⁵⁵. Este laborioso oficial observó que a medida que se remonta el río Negro, su profundidad es mayor gradualmente, lo que concuerda con los sondeos de Descalzi, que le dieron tres brazas término medio abajo de Choele-Choel y seis brazas arriba de esta isla.

⁵⁵ Puede consultarse la Memoria del comandante Guerrico sobre el río Negro en la Memoria de Guerra y Marina de 1873. En 1874 la publicamos con notas en los *Anales Científicos Argentinos*, de los que fuimos directores y fundadores, en unión con nuestros amigos D. José María y D. Francisco Ramos Mejía.

Así, pues, a medida que se remonta el río Negro, van desapareciendo lo que el comandante Guerrico llama malos pasos, o sea parajes en que la profundidad baja hasta 5 pies en el eje del canal, considerando al río en la bajante de las aguas. Entre el fortín Conesa y la travesía denominada Balcheta, encontró el comandante Guerrico seis malos pasos, mientras que al avanzar desde Balcheta a la punta del este de Choele-Choel solamente encontró dos. A la inversa, bajando el río desde el fortín nombrado, hasta la guardia General Mitre, el número de trechos de agua baja es mayor y aumenta desde este último punto hasta Patagones, habiendo contado diez con menos hondura, es decir con cinco pies; pero, observa el explorador, estos pasos que podían oponer obstáculos al navegante, son muy cortos, pues no miden cien metros de longitud. Ha tenido la precaución de señalar en su carta los trechos excepcionales, prestando así un servicio importante a la futura navegación.

Corroborando los sondeos que Descalzi hizo hasta la vuelta del Dolor, arriba del Choele-Choel, el comandante Guerrico dice:

“En los brazos del sur y norte de Choele-Choel, aunque se nota una disminución en la profundidad, es por lo demás uniforme con la anterior. De esta isla arriba aumenta el río su profundidad de un modo notable; el agua que encontramos allí en el espacio que recorrimos era de 16 pies la menor y la mayor de 32, hondura que sólo se encuentra enfrente de la hacienda de D. Gabino Crespo.”

La sonda dio a Descalzi seis brazas o sea 36 pies, en el mismo paraje en que el comandante Guerrico marcó 32 pies, diferencia que depende de la estación en que uno y otro observaba, y que no altera en nada el principio general de que la profundidad aumenta a medida que se remonta el río.

La misma observación nos ha sido corroborada por una carta hidrográfica del río Negro, construida en 1834 por la Comandancia de Ingenieros y que existe en el archivo del Departamento Provincial del ramo, donde la hemos estudiado. Esta carta, hecha quizás por el coronel D. Feliciano Chiclana, contiene sondajes que dan desde 20 pies hasta 48 pies, a medida que se avanza al oeste; pero no trae explicaciones sobre la estación y el estado del río en el momento de las observaciones.

Se ha dicho ya que la corriente es más violenta en todos los parajes en que el río sigue una dirección regularmente recta, mientras que se debilita en las vueltas, porque se quiebra sobre las barrancas; pero su impetuosidad adquiere el máximo en las angosturas, parajes característicos de la navegación de Carmen de Patagones a Choele-Choel y que el comandante Guerrico describe en estos términos:

“Las corrientes que son de mayor consideración, por su mayor fuerza, son las que se experimentan en las angosturas, donde sufre el cauce un cambio brusco en su amplitud, y así, después de recorrer las aguas un canal de 400 metros de ancho, éste viene a reducirse a uno de 120, poco más o menos, y allí donde se detienen un momento las aguas para lanzarse con mayor rapidez, la que calculamos de siete a ocho millas.

Estas angosturas, sólo tienen de 100 a 120 metros de longitud, y se encuentran unas ocho en todo el espacio que hemos reconocido.”

Además de los precedentes trabajos recordaremos que en el Departamento de Ingenieros de la Provincia se conserva una carta hidrográfica de la desembocadura del río Negro, carta que no trae fecha ni nombre de autor. Hemos extractado sus indicaciones de mayor importancia que se reducen a las siguientes:

“El establecimiento de la marea es a las 11¼ a. m. En días de luna llena sube de 2 ½ brazas y si el viento que sopla es S.O. alcanza hasta 3 brazas.”

Este plano trae otros datos para tomar la barra, operación ya muy común, y comprende el curso del río desde aquélla hasta el fortín San Gabriel, que se halla en la margen sur del río cinco leguas arriba de Carmen de Patagones.

El capitán Ftatnárez navegó el río con felicidad desde Carmen de Patagones hasta Choele-Choel en setiembre de 1869, época de bajante, en el vapor de hélice Choele-Choel que cala cinco pies. Encontró siete malos pasos entre aquellos puntos, con un fondo de 5 a 6½ pies.

El comandante Ramírez concluye que el río puede ser navegado sin dificultad en esta sección por vapores de cuatro pies de calado.

IV. El río Negro corre desde su origen, en la confluencia del Limay-leuvú con el Neuquén, cuya situación geográfica,

dada por Villarino, hemos anotado antes, hasta el Atlántico, en el cual desagua a los 41° 2' de lat. S. y 4° 2' de long. O. del meridiano de Buenos Aires, conservando su rumbo al S. 60° E., y con una anchura variable entre 120 y 160 metros.

Este río tiene su cauce perfectamente guarnecido por dos colinas que surgen entre los médanos de la costa del mar y que se internan a lo largo de su cauce, apartándose unas veces, estrechándose otras, como murallas levantadas por la naturaleza para asegurar la invariabilidad de su curso. Se pronuncian las colinas con una altura de 50 a 60 pies y siguen elevándose a medida que se interna el río, hasta que al oeste de Choele-Choel, en el Chichinal, las colinas asumen el carácter de verdaderas serranías con una elevación de 500 pies, según nos lo escribía desde allí mismo el señor Moreno en 1875⁵⁶.

En la confluencia de los ríos que constituyen el Negro, las sierras se abren también al sur y al norte, amurallando a los afluentes de este río, de suerte que su caudal de aguas se halla bien defendido de los accidentes que pudieran debilitarlo, como serían, verbigracia, los derrames en las pampas áridas y absorbentes del este, donde las aguas se perderían estérilmente, como la de tantos arroyos y ríos andinos. Las cuchillas, dice el comandante Guerrico, forman un valle cuya longitud es de 362 millas aproximadamente y cuya anchura media es de 9 millas, en medio del cual corre caprichosamente el río, ya por el eje del valle, ya faldeando una u otra cuchilla. Si el lector observa alguna carta geográfica de la Pa-

⁵⁶ Manuscrito en nuestro archivo particular sobre las exploraciones de la Patagonia.

tagonia, notará en el acto las prolongadas colinas que Petterman, por ejemplo, limita el trayecto del océano a Choele-Choel llamándolas Barrancas del norte y del sur, mientras que estas verdaderas serranías, como ya se ha dicho, siguen el curso del río en su total internación; estrechándolo cada vez más, a medida que se sube al oeste. La mayor amplitud del valle corresponde a la famosa travesía de Balcheta, denominada por el mismo geógrafo travesías del norte y del sur. Desde Choele-Choel al Neuquén las colinas aumentan de elevación, y al torcer al sur asumen ya la importancia de sierras elevadas, que encajonan el cauce del río cuyo lecho corre por las faldas de la cordillera de las Manzanas.

Villarino describe las barrancas del Limay como altísimos cerros de piedra viva. El señor Moreno corrobora estas observaciones diciendo:

“Desde los toldos al paso del Limay, descrito por Musters en relación de su viaje, hay seis leguas de camino muy cómodo, por entre valles estrechos, pero pasado este punto, después de cruzar el manantial de Tran-Manzana-geyú (manzano caído) el río corre entre rocas, haciendo sumamente penoso el camino. Estas rocas son generalmente volcánicas, traquita, basalto, y grandes cantidades de lava compuesta de piedra pómez, cenizas y canto rodado. El río tiene numerosos saltos que abrazan toda su anchura. Las sierras están cubiertas de bosques de Thuja, hasta una gran altura, tanto que muchas veces las nubes las escondían a nuestra vista.”

Muchas son las islas que este río presenta, pero no todas ellas pasan de ser accidentes ligeros de la configuración de su cauce. Generalmente no dificultan la navegación, pues la permiten con facilidad, si se tiene cuidado de elegir los brazos más caudalosos del río. Las más importantes de las islas son las de Choele-Choel, cuya exploración y descripción ha dejado ya de ser rara, a causa de la facilidad de su acceso y del número de viajeros que las han recorrido.

En el archivo del Departamento de Ingenieros se conserva un plano de marcas levantado en la isla, el cual merece los honores de publicidad, pues lo creemos inédito y en esta virtud lo acompañamos a este capítulo, dejando la verificación de su exactitud a nuevas exploraciones.

La isla de Choele-Choel tiene una longitud de 27 millas, por 3 de latitud, según el teniente coronel Guerrico, quien rectifica en este punto a Descalzi, según el cual las dimensiones de la isla eran 42 por 18 millas.

La distancia calculada por el comandante Guerrico entre la boca del río Negro y la isla es de 270 millas.

El mismo oficial describe así las islas que siguen en importancia a la anterior:

“Unidas a la de Choele-Choel hállanse tres islas, notables por su extensión y riqueza de pastos. Rodeadas de hondos canales, presentan sus costas poco acceso, en razón de ser muy barrancosas.

La isla que hemos llamado de Villarino, cuya extensión se verá en el plano que hemos levantado, está situada a 9 millas abajo de la punta de Choele-Choel. Más baja que la

anterior, tiene más abundancia de pastos, no siendo igualmente hondos los brazos que la forman, y siguen las aguas la dirección del canal del norte. La isla de Gama Blanca o Nuestra Señora del Carmen, como se denomina allí generalmente, última de que nos ocupamos, por ser las demás que hemos visto de una área menos considerable, se halla situada a dieciocho kilómetros, poco más o menos, del fortín General Conesa. Está separada mejor que las demás del valle, por hondos canales y sólo es accesible a caballo por un punto.”

Las islas del Limay, señaladas por Villarino en su Diario, tienen la importancia excepcional de las anteriores; creemos que poco deben interesar las noticias del piloto sobre ellas, pues, además de que no son islas utilizables, la verdadera situación de sus canales y su hondura, han debido sufrir variaciones que reclaman nuevos reconocimientos.

En la sección de Choele-Choel desarrolla el cauce del río Negro las mayores sinuosidades, en curvas cerradas y de radio pequeño, que debilitan la impetuosidad de las corrientes. El teniente coronel Guerrico ha marcado en su carta las vueltas principales entre el fortín Conesa y la travesía de Balcheta. Nos han llamado la atención las vueltas que arrancan al oeste del puesto del Maestrito y que corren hasta el puesto de Bonifacio; desde allí sale otra vuelta que va hasta las islas del Carmen, laguna del Pescado, Rincón del Palo y de Navarro, desde donde el río se rectifica hasta Balcheta.

La corriente del río Negro que en la sección del Limay, como ya se ha demostrado, varía entre 7 y 8 millas por hora, se debilita gradualmente a medida que avanza al este, redu-

ciéndose a 3 millas como término medio. Una corriente en estas condiciones y dado el incremento que adquiere en las angosturas, ni es extraordinaria, ni puede ser un obstáculo para los progresos contemporáneos de los recursos de la navegación.

Por otra parte, el río Negro tiene una profundidad uniformemente mayor de cinco pies, siendo, como dijimos, ésta la hondura de los malos pasos; mientras que en trechos sube a más de 30 pies en épocas de creciente. En consecuencia, las zonas del Negro entre el Neuquén y el Choele-Choel, y entre este punto y Carmen de Patagones, constituyen dos canales de fácil navegación.

El fondo del río en este largo trayecto es naturalmente inofensivo a la quilla y hélice de los buques, y se forma de arena, fango y canto rodado, pero hay obstáculos artificiales, que es necesario evitar, desplegando vigilancia en la navegación: tales son los que opone la tronquería.

El Diario de Villarino no habla de sus consecuencias en el río; pero Ramírez y Guerrico tuvieron ocasión de tropezar con troncos, que deteniéndose en los canales forman el punto de concentración de las arenas y obstruyen el tránsito con bancos repentinamente levantados. Guerrico tocó un tronco al remontar el río, y a los seis meses, cuando volvía de Choele-Choel, se había formado allí un banco de arena.

Los bancos del río Negro no son fijos ni se levantan en los canales, porque las corrientes impiden su formación, y como los de los ríos caudalosos, aparecen y desaparecen sin cesar, burlando la más severa vigilancia del experto navegan-

te. El comandante Guerrico ha marcado con precisión y esmero en el plano los barcos notables que halló en su camino.

La tronquería era muy numerosa en 1872, debido sin duda a arrastres de los afluentes que se precipitan desde los Andes, porque en las márgenes del río Negro no hay vegetación que pueda arrojar al río obstáculos serios. Sin embargo, no debe temerse que estos troncos, que no molestaron a Villarino, ni detuvieron a los demás viajeros, resistan a los recursos con que el arte y la corriente del río destruirán sus efectos.

El cauce del río Negro no está sujeto a cambios radicales de curso, como los que frecuentemente experimentan los ríos del interior de los desiertos arenosos, donde la menor desviación de las aguas despeñadas con impetuosidad abre nuevos lechos; pero experimenta transformaciones parciales, debidas a la acción mecánica de los aluviones. El Limay, encastillado entre serranías, debe también tener uno fijo, a pesar de que el señor Moreno dice, sin aducir fundamentos, que cambia a menudo de cauce. No hemos encontrado en sus predecesores la más ligera alusión a esta circunstancia capital, que no hubieran olvidado; y por otra parte nos hace creer que el señor Moreno ha incurrido en error, la geología de los terrenos en que el Limay serpentea, según las descripciones de Villarino y las suyas mismas.

El comandante Guerrico comienza su descripción de la cuenca del río con esta frase:

“La masa de agua que el río Negro arroja en el Océano Atlántico, se deposita en una cuenca cuya extensión es de 2.500 leguas cuadradas aproximadamente.”

El dato es deficiente, pues dividiendo, como atinadamente lo hace aquel oficial, la cuenca del río Negro en dos grandes zonas, la andina y la pampeana, se puede ver fácilmente que abrazan una extensión superficial mayor, que corre desde las vertientes del Neuquén hasta las del Limay y desde ellas al este, formando un inmenso trapecio cuya base mayor está en los Andes y cuya base menor se extiende sobre el Atlántico.

El río Negro tiene una cuenca fecundísima, que en la región andina recibe los derretimientos de las nieves y el agua de las lluvias copiosas; mientras que, en la región de las pampas, a medida que se adelanta al oriente, el contingente de aguas es menor, porque a la falta de afluentes del río principal, se agrega la poca frecuencia y debilidad de las lluvias.

Pero la esterilidad de una zona queda bien compensada con la fecundidad de la otra, de suerte que siempre conserva el río Negro un abundante caudal de agua. Su volumen fue medido por el comandante Guerrico, dando 34 millones de metros cúbicos cada veinticuatro horas.

Este caudal de agua sufre las consiguientes alternativas con las estaciones, que determinan el máximo de sus crecientes y de sus bajantes. A este respecto, no conocemos noticias más claras e importantes, que las siguientes que leemos en informe del comandante Guerrico:

“Las crecientes, cuyo origen es el derretimiento de las nieves de la cordillera de los Andes y las copiosas lluvias que se experimentan en esa misma zona, por los meses de junio, julio y agosto, son periódicas, y tienen lugar, por lo general, uno o dos meses después de la estación de las lluvias.

Las crecientes se sostienen por lo regular de cinco a siete meses durante el año, y sufren muchas alteraciones en su nivel, el cual siempre aumenta en los primeros tres meses, esto es, hasta octubre o noviembre en que empiezan ya a declinar.

Por lo que respecta a su marcha, en su ascenso o descenso, es muy regular, como ya se ha dicho antes, aumentando ora con rapidez, ora con lentitud. Así, lo vemos elevarse unas veces a cincuenta centímetros en 24 horas y otras a cinco en el mismo lapso y permanecer estacionadas durante uno o más meses del año.

La diferencia entre el alto y bajo nivel, en 1872, ha sido de 2 metros y 20 centímetros aproximadamente, no siendo ésta de las mayores.

Como llevamos ya dicho, las grandes crecientes que antiguamente se experimentaban y por las cuales las aguas salían de su cauce natural, han desaparecido, sin duda por la amplitud mucho mayor que hoy tiene aquél, o por el cambio que se ha operado en la temperatura de la Patagonia.

Por lo demás, las crecientes son de gran importancia en el período mencionado, aunque la corriente media aumente casi siempre en una milla; pues con ella desaparecen todos los obstáculos que presenta el río, como los pasos de poca agua,

troncos y el gran arrufo que tienen muchos canales en el descenso de las aguas.

En los brazos del sur y norte de Choele-Choel la velocidad de las corrientes se disminuyen sensiblemente a dos millas, aunque se encuentren algunos pasos que tienen tres millas en distancias muy pequeñas. Una vez remontada la isla vuelven las corrientes a adquirir su velocidad.

Los repuntes del río se anuncian por la aparición de espuma que se ve flotar sobre la superficie de las aguas, en grandes fragmentos, y luego por el tinte rojo que adquieren éstas.”

Este es el mismo tinte rojo que llamó la atención de Villarino y que las aguas adquieren al lamer las barrancas de arenisca terciaria, cuando suben de su bajo nivel.

Para facilitar el juicio sobre las condiciones de navegabilidad del río Negro, después de lo que dejamos expuesto, conviene emprender un estudio comparativo de las investigaciones de los señores Descalzi y Guerrico, realizadas con intervalo de treinta y nueve años, estudio cuya falta se nota señaladamente.

Haciendo el análisis comparativo de los trabajos de ambos exploradores, encontraremos las observaciones del uno corroboradas por las del otro, en todos aquellos casos en que las modificaciones naturales que sufren los ríos no han producido cambios notables.

Determinar las variaciones, experimentadas por el río Negro entre Choele-Choel y Carmen de Patagones hasta

1872, respecto a lo que se examinó en 1833, es también asunto importante y útil para la navegación.

El piloto Descalzi lo navegó en la época de las crecientes, desde el mes de agosto hasta el mes de noviembre. En 1833 habían caído en la cuenca del río Negro lluvias torrenciales, que lo llenaron hasta desbordarse en los campos.

El comandante Guerrico comenzó su exploración en junio, época de la bajante, y la terminó en diciembre. El año 1872 fue de pocas lluvias, pues, según los Anales de la Oficina Meteorológica de Córdoba el agua caída en Buenos Aires durante aquel año alcanzó una proporción mediana.

Descalzi llevaba una goleta que calaba a popa cuatro pies y medio y cuatro pies escasos a proa. Este buque navegó perfectamente en todo el trayecto recorrido, a pesar de calar pie y medio más que los del insigne piloto Villarino.

El 4 de noviembre de 1833 se hallaba la expedición varias leguas arriba de Choele-Choel; pero recibió orden de Rosas de regresar a Patagones. La vuelta del río donde alcanzó a Descalzi la orden de regresar, fue denominada por éste Vuelta del Dolor para expresar, dice el viajero,

"mi sentimiento de no haber seguido más adelante la exploración de tan hermoso río".

El comandante Guerrico, como se ha visto, navegó con dos vaporcitos, de menor calado que los buques del piloto Descalzi; pero que carecían de la fuerza y de las ventajas convenientes para la navegación, razón que, unida a la falta de

combustible, lo obligó a volverse desde cinco leguas arriba de Choele-Choel.

Las diferentes estaciones en que aquellos exploradores hacían sus sondajes, por una parte, y por otra, las diferencias entre las lluvias caídas en los años 1833 y 1872, explican perfectamente algunas discordancias entre sus trabajos, las cuales no son, sin embargo, abultadas, como se verá en las tablas comparativas que he formado calculando cuidadosamente sobre los sondajes de los planos de uno y otro.

Estudiando con detención la serie de cuadros comparativos que ofrezco a continuación, no solamente quedará evidenciada la perfecta y fácil navegación del río Negro, sino que facilitamos al mismo tiempo la empresa a los marinos que se lancen a agitar aquellas aguas, llamadas a servir de vehículo a la riqueza de un inmenso territorio. Para mejor inteligencia de estos cuadros obsérvese que he dividido el río en secciones, a fin de hacer con facilidad algunas observaciones ilustrativas, dejando de tomar en consideración la parte comprendida entre la desembocadura de aquél y los 5° de long O. de Buenos Aires, porque esta parte del río es perfectamente navegable por buques de mayor calado.

Descalzi medía el fondo en brazas de dos varas, que he reducido a pies para uniformarlas con los sondajes de Guerrero.

Ambos marinos cuentan en sus cartas la longitud oeste del meridiano de Buenos Aires, cuya longitud respecto del de París, según Mossotti, es de 60° 31' 30". Hemos tomado el número total de sondajes cada 5' de longitud calculando la media correspondiente.

Los oficiales Ramírez y Guerrico me han informado particularmente que el río ha sufrido considerables modificaciones desde el tiempo en que Descalzi lo navegó. Han desaparecido islas, brazos y grandes esteros que éste dibuja en su plano.

Las islas sufren incesantes modificaciones como los bancos que les dan origen. Formada una isla, la primera creciente la destruye en su parte que mira al oeste, mientras que el este aumenta, porque recibe allí los arrastres de las aguas superiores: así las islas se forman y deshacen sucesivamente.

Del movimiento de los aluviones y de su influencia sobre los bancos e islas dependen también la formación y desaparición de grandes brazos de río. Los señores Ramírez y Guerrico aseguran que el riacho al norte del río Negro que Descalzi dibuja como límite de la isla General Pacheco, no existe ya.

Sobre el brazo del norte del río, el teniente coronel Ramírez dice en su Diario de navegación:

“Setiembre 5... A las 8 hs., 30 m., a. m. emboqué por la parte del norte la isla de Choele-Choel y navegué hasta las 9 h., 15 m., a. m. hora en que varé en la punta de una isla. A las 10 h. a. m. puse el buque a flote, e inmediatamente me puse en marcha cambiando de camino; pero varé nuevamente de mal modo, pues no tan sólo tuve que descargar completamente el buque, sino también el agua de la caldera para conseguir ponerlo a flote. A la 1 h, p. m, mandé nuevamente llenar la caldera y personalmente fui con el bote a sondar los pasos que había por la proa, y no encontrando agua sufi-

ciente, pues no había más de cuatro pies, calando el buque cuatro y medio en su menor carga, mandé un chasque al señor coronel Murga con tal noticia.”

La expedición regresó de allí. El coronel Murga con 150 hombres hacía un reconocimiento por tierra y arrebatava en Choele-Choel algunos ganados que los indios llevaban de Buenos Aires.

En cuanto a los esteros, han desaparecido en grandes extensiones a consecuencia del levantamiento y consolidación de los terrenos. Las inundaciones de los campos adyacentes al río Negro son menos frecuentes por esa razón y a causa de que las lluvias parecen ahora menos copiosas en aquella región que en otras épocas.

Según los estudios de Ramírez y de Guerrico, el río presenta menor número de malos pasos a medida que se sube al oeste y aumenta la fuerza de la corriente al mismo tiempo; lo que permite pensar que la navegación entre Choele-Choel y el Limay será tal vez más fácil con vapores de gran fuerza, que entre Carmen de Patagones y Choele-Choel.

Estudiando la carta del comandante Guerrico, se ven marcados los malos pasos, que en resumen son ocho: con la situación y fondo que extractamos en seguida:

Entre el puesto del "Maestrito" y el de "Bonifacio": 6 pies de agua.

Entre "Bonifacio" y la isla del "Carmen": 6 pies.

Entre la isla del "Carmen" y el "Rincón del Palo": 7 pies.

Entre el "Rincón del Palo" y "Rincón de Navarro": 6 pies.

Entre "Navarro" y "Balcheta": 8 pies.

Entre "Balcheta" y la travesía del mismo nombre: 5 pies.

Entre la travesía de "Balcheta" y la "Cabeza del Negro":
7 pies.

Estos malos pasos no coinciden con los que da Descalzi en su carta, lo que debe atribuirse a la constante movilidad de los bancos del río Negro; y comparada una carta con otra, se nota que el curso del río ha sufrido serias alteraciones, a las que, por otra parte, ya nos hemos referido. Estos mismos fenómenos del curso del río deben inspirar el mayor cuidado a los marinos en la futura navegación.

Dadas estas explicaciones sobre las circunstancias en que fueron levantados los planos del río que estudiamos, y señaladas las causas principales que explican sus diferencias, formemos las tablas comparativas del fondo y de las corrientes, tablas que son un manual útil para el navegante, a la vez que un elemento importantísimo de comparación para los exploradores.

De la discusión precedente de las observaciones verificadas durante un siglo, resulta en evidencia:

1° Que el río Limay es navegable en todo su trayecto, por buques de 3 pies de calado.

2° Que lo son sus grandes afluentes andinos Colloncurá, Chimehuin, Catapuliche y Neuquén en condiciones análogas.

3° Que los inconvenientes que sus rápidos opongan a la navegación en la época de las mayores bajantes, no resistirán a los recursos de la ciencia y del arte moderno; mientras que

en la época de las crecientes desaparecen, como lo corrobora la feliz navegación de Villarino en su regreso.

4° Que el río Negro es perfectamente navegable a vapor en todo su trayecto, admitiendo con seguridad en épocas de bajante buques de tres a cuatro pies de calado y en las crecientes extremas buques de gran capacidad.

De la organización del servicio y recursos convenientes para hacer eficaz esta navegación nos ocuparemos en capítulo separado, apoyando nuestras vistas en la experiencia y en las sabias lecciones que de ella ha sacado el arte de navegar en esta dase de cursos de agua.

CAPÍTULO IV

EL RIO COLORADO

Escasez de datos sobre este río. - Su origen. - Sus afluentes. - Territorio que recorre. - Trabajos de Villarino, Cruz, Peña, Concha, Bathurst, Chiclana y Rosetti. - Carta geográfica del último. - Profundidad del río Colorado. - Su navegación en 1833. - Plano de sondajes de Chiclana. - Plano de la marcha del general Pacheco de regreso del río Negro. - Corrientes. - Fondo. - Islas. - Bancos. - Saltos. - Montes. - Lagunas inmediatas. - Desembocadura en el Océano. - Canales de acceso. - Exploraciones de Villarino y Crámer. - Islas y bahías. - Sondajes en los canales y en el río. Reconocimiento de 1878. - Discusión de sus resultados. - Condiciones generales de navegabilidad. - Estudios futuros.

EL RÍO COLORADO ha pasado casi desapercibido de los hombres de ciencia que han visitado los territorios del sur, a términos de que no se conoce más que una sola exploración que lo haya remontado hacia el interior. A esta circunstancia se debe la carencia de estudios y de datos sobre sus acciden-

tes e importancia, lo que exige emprender un nuevo y formal reconocimiento sobre todo su curso.

La boca del río y la sección comprendida entre el mar y Choique Mahuída han sido, al contrario, reconocidas y descritas por varios exploradores, con acopio de datos para la geografía.

El río Colorado figura en las primitivas cartas y en las crónicas de los primeros tiempos de la conquista bajo el nombre de Desaguadero, que daba también al río Negro, queriendo indicar así la circunstancia de que por ellos hallaban salida al océano Atlántico las grandes masas de agua procedentes del derretimiento de las nieves y de las lluvias.

En 1779 tuvo lugar lo que Angelis llama el descubrimiento de las bocas del río Colorado por el piloto D. Basilio Villarino; y se dice descubrimiento con razón, porque hasta entonces nadie había visitado aquel punto, a consecuencia tal vez de desaguar en una bahía sembrada de escollos y de bancos, que lo había sustraído a las observaciones de los navegantes, pues al reconocer el cabo San Antonio mareaban afuera esquivando la peligrosa travesía. Villarino volvió a las bocas del Colorado en 1780 y en 1781, obteniendo los resultados de que trataremos en seguida.

En 1794 salieron dos nuevas expediciones desde el río Negro, con el designio de reconocer el Colorado. La primera a las órdenes del capitán de fragata D. Juan Gutiérrez de la Concha, que más tarde ascendió a gobernador de Córdoba, en cuyo empleo lo tomó la Revolución de Mayo y fue fusilado en la Cruz Alta, deslinde de Santa Fe y Córdoba, por orden de la junta Gubernativa de Buenos Aires. El Diario de las

exploraciones del Colorado por este oficial se perdió, sin duda a consecuencia de su desgraciado fin.

La otra expedición iba a las órdenes de un piloto afamado, D. José de la Peña, de cuyo Diario dice Angelis que nada adelanta de lo que ya se sabía del Colorado, habiéndose ocupado más especialmente de reconocer las bahías adyacentes a su desembocadura.

No vagaremos al acaso entre las conjeturas de los antiguos sobre el origen del río Colorado, pues el ingeniero D. Emilio Rosetti ha publicado un informe oficial, en el cual derrama luz sobre el problema de sus nacientes⁵⁷.

El señor Rosetti sostiene que el río Grande (Gobu leuvú de los indios) sigue atravesando la pampa con el nombre de Colorado. El mapa con que acompaña su informe este ingeniero se reduce a la sección andina comprendida entre los 34° y 36° de latitud sur, que es precisamente la zona de la cuenca de las nacientes del río Colorado.

Debiendo el ferrocarril proyectado cruzar el río Grande un poco arriba de su confluencia con el de las Barrancas, el señor Rosetti dibujó con esmero la cuenca andina de aquellos dos ríos que, unidos a 36° 23' de latitud sur y 69° 15' de longitud oeste de Greenwich aproximadamente, forman el río Colorado.

En consecuencia, a fin de describir el origen de este río y los diferentes cursos de agua que se reúnen para formarlo,

⁵⁷ EMILIO ROSETTI: *Informe sobre la practicabilidad de un Ferro-Carril Trasandino en dirección al paro llamado Planchón en el sur de la provincia de Mendoza*. Abril de 1870. Buenos Aires, "Imprenta del Siglo".

analizaremos la carta de nuestro antiguo y estimado catedrático de ciencias físicas y exactas, el señor Rosetti⁵⁸.

Desde el paralelo 35 la línea de las cumbres de los Andes, que tiene 3.000 pies de elevación sobre el nivel del mar, en el paso de las Damas a 34° 59' de latitud sur y 70° 26' longitud oeste de Greenwich, comienza a elevarse al sur, alcanzando en el cerro Colorado a 3.954 metros, descendiendo otra vez, siempre al sur, en una ondulación que baja a 3.233 m. en el Descabezado Chico y vuelve a subir a 3.756 m. en el cerro del Campanario. El punto culminante de esta región andina es, por consiguiente, el cerro Colorado. Los Andes forman allí tres declives que determinan otros tantos derrames sobre los ríos orientales y occidentales en este orden:

Al norte del cerro Colorado, las aguas despeñadas para Chile, forman una serie de arroyos y ríos que nutren copiosamente al Teno, el cual baja de los Andes con el nombre de Colorado, desde el paso de las Damas, de donde arrancan también varios afluentes de nuestro río Grande.

Al sur del cerro Colorado las aguas se dividen formando al occidente los ríos Lantué y Colorado (y van tres del mismo nombre)⁵⁹; y al sudeste una serie de afluentes de que vamos a ocuparnos.

⁵⁸ Mapa de una parte de la cordillera de los Andes en el sur de la Provincia de Mendoza, que demuestra la traza del Ferrocarril Trasandino proyectada por el Planchón y los principales pasos de los Andes, por el ingeniero Emilio Rosetti.

⁵⁹ El señor Rosetti dice en el informe: "Es preciso tener atención en la repetición de los nombres que desgraciadamente se encuentran a cada instante cuando se trata de la Cordillera de los Andes y. g. infinitus est numerus de los ríos Colorados, ríos Claros, ríos Negros, Valles Hermosos, etc."

Al este se derraman las aguas de las cumbres de las Damas y Tinguirica (4.478 m.) formando las nacientes del río Atuel.

La cordillera forma entre el Descabezado Chico y el volcán de Petroa, los valles de los Ciegos y de Valenzuela, por donde corre el torrente del mismo nombre. El valle de este río tiene 300 metros de amplitud y da numerosas vueltas. La misma vertiente alimenta a los ríos de las Peñas y de las Cuevas, que unidos al anterior, se precipitan al río Tordillo. El origen de aquellos tres ríos queda, pues, geográficamente marcado entre los $35^{\circ} 12' 26''$ latitud sur y $70^{\circ} 33' 21''$ de longitud oeste de Greenwich.

El Tordillo es el río que corre por el valle Hermoso. Nace de las cumbres que corta el paralelo 35 y corre al sur recibiendo las aguas de los valles del Somado y de Santa Elena, las cuales forman los ríos del Cobre, de Santa Elena y de las Vacas, originario este último de un lago que se halla en la falda sudeste del cerro de Santa Elena. Así engrosado el Tordillo se une a los ríos Valenzuela, de las Cuevas y de las Peñas, describiendo un arco al sudeste ya con el nombre de río Grande, que después de recibir el tributo de las Barrancas, corre hasta el Atlántico bajo el nombre de Colorado o Coluleuvú (Cola, colorado; leuvú, río).

En consecuencia, las nacientes del río Colorado se encuentran en la zona de los Andes orientales comprendida entre los $34^{\circ} 59'$ y los $35^{\circ} 17' 30''$ de latitud sur y los 70° y $70^{\circ} 87'$ de longitud oeste del meridiano de Greenwich, según la importante tabla de situaciones geográficas de los Paros y

Cerros de los Andes reconocidos por el ingeniero Rosetti en 1870.

Las aguas del cerro del Campanario y cordillera inmediata se precipitan al occidente para engrosar el río Maule y al oriente para formar el río de las Barrancas, que corre al este, con ligeras inclinaciones al sur, hasta unirse al río Grande a la altura antes indicada. El cerro del Campanario se halla situado a los 35° 57' lat. sur y 70° 28' long. oeste.

El señor Rosetti reconoció una parte del río Grande y nos dice:

“El río Grande es muy turbio y caudaloso, con anchura media de 20 m., encerrado entre barrancas de unos 8 m. de altura. Su agua, si no hubiese numerosos riachuelos a sus lados, sería necesario hacerla depositar en estanques artificiales para el ejercicio del ferrocarril. No lleva grandes piedras sino cascajo y arena... En su valle no hay vegetación arbórea, ni piedra de construcción; pero sí hay hermosos campos, cubiertos de excelentes pastos y buena tierra para hacer ladrillos.”

Desde la confluencia del río Grande con el de las Barrancas hasta Cobuleuvú aquél no ha sido explorado. Desde Cobuleuvú lo examinó Cruz en su viaje de 1805, por un espacio de catorce leguas geográficas, pero no trae más dato descriptivo que lo siguiente, que es muy poca cosa:

“Este río, desde donde nos apartamos de él empieza a hacer un medio círculo, tomando al sur y pasando por el pie

del norte de la citada cordillera Auca-Mahuida (sierra alzada) se dirige al nordeste hasta unos cerrillos de tierra blancuzca y otra a manera de castillo: desde cuyo sitio toma su carrera al este-sudeste y sudeste para los llanos, que se conocen muy bien desde este punto, porque le forma caja, un cordón de lomillas y cerrillos, que se distinguen superiores hasta después que la vista no alcanza a los llanos.”

Estos datos corresponden en el itinerario de Cruz, que traen los mapas modernos, a la sección comprendida entre Cobuleuvú y Quenicó.

La gran exploración del río Colorado realizada por la división del coronel Ramos en 1833, pasó de Auca-Mahuida, llegando hasta la confluencia de los ríos Grande y de las Barrancas, donde regresó después de recorrer la misma sección del río de que nos habla Cruz. Ahora bien, con este dato estamos ya habilitados para afirmar que el río Colorado ha sido explorado en todo su curso, en esta forma:

1° Desde sus nacientes hasta la confluencia de los ríos Barrancas y Grande por el ingeniero D. Emilio Rosetti en 1870.

2° Desde este paraje hasta su desembocadura en el mar por las columnas de la Expedición al Desierto en 1833, con excepción de trechos de alguna importancia.

Desgraciadamente estos reconocimientos, o fueron con propósitos ajenos a la Hidrografía, como el del señor Rosetti, o eran demasiado ligeros, deficientes y de carácter práctico sobre todo, como el de 1833.

No conocemos el Diario de este cuerpo de ejército, pero tenemos copia de la carta levantada por el coronel D. Feliciano Chiclana, que se conserva en el archivo del Departamento de Ingenieros de la Provincia y que acompañamos a este capítulo.

Es una carta incompleta y su exactitud científica debe ser verificada por nuevas exploraciones. Es de advertirse que la carta del coronel Chiclana, que conserva el archivo público a que nos hemos referido, no trae leyenda alguna. Pensamos que los sondajes del río en ella marcados como resultado de su navegación en botes fueron tomados en brazas, pues no es creíble que el río Colorado tuviera en la época de aquellas observaciones y en algunas partes solamente un pie de agua. La profundidad de dos y cuatro brazas que la carta da al Colorado, se explica por las grandes lluvias e inundaciones de 1833, de que dimos noticia al tratar del río Negro.

La misma carta trae para la desembocadura del Colorado las siguientes observaciones: la hondura variaba desde 1½ hasta 4 brazas, formando el río allí varias islas a causa de su ramificación en muchos canales. Desde las islas al interior la hondura era de 1 a 2½ brazas. Desde el campamento donde zarpó el capitán general de marina el 19 de marzo de 1833, el agua variaba de 1 a 4 brazas a medida que se remontaba el río hasta el campamento de la División, en el paso del camino de Bahía Blanca a Patagones, donde el agua variaba ya desde una a tres brazas.

Angelis, hablando de la expedición. de 1833, dice:

“Mientras la goleta San Martín penetraba por la boca del río, dos botes que se construían en las inmediaciones del campamento debían seguir los movimientos de la División Ramos, para elevarse hasta donde les era posible hacerlo. La San Martín muy cargada y calando nueve cuartas, pasó por la barra, y el 27 de julio fondeó a dos cuabras del campamento, que según las observaciones del astrónomo del ejército se hallaba en los $39^{\circ} 37' 58'' 5'''$ de latitud y a los $64^{\circ} 53' 55'' 30'''$ de longitud al oeste del meridiano de París.”

Esta situación corresponde al moderno fuerte General Paz, distante pocas leguas geográficas de la costa del mar.

La síntesis de las observaciones hidrográficas en la expedición se lee en la Gaceta Mercantil de Buenos Aires, correspondiente al 18 de julio de 1833, en estos términos:

“El río Colorado, según se colige del Diario del ejército, corre sobre arena, y tiene de ciento a doscientas varas de ancho. Sólo da paso en el invierno, pues en verano está siempre lleno y muy profundo: los indios lo pasan en balsas de sauce. Sus costas son poco barrancosas, y pobladas en lo general de árboles de sauce colorado y blanco. Cuando está crecido en verano, inunda una parte de los grandes llanos que se abren en sus márgenes.”

La exploración del río en botes fue sostenida hasta la sierra Auca-Mahuida a los 68° de long. oeste de Greenwich aproximadamente; y esa extensión comprende la carta de Chiclana que adjuntamos a este capítulo.

Después de estos trabajos ya no nos quedan sino los que se refieren a la desembocadura del río Colorado en el Atlántico, que pasaremos revista por orden cronológico. Dijimos ya que el insigne piloto D. Basilio Villarino, había reconocido tres veces el río Colorado, pero no se conoce más que el Diario de la exploración de 1781, editado por Angelis en su famosa Colección.

Aunque aquellos parajes sean hoy más conocidos, son sin embargo poco frecuentados por la navegación, y conviene que se conozcan las indicaciones prácticas del piloto sobre la manera de ganar la boca del río Colorado; navegando de sur a norte. Extractamos del Diario, pues, lo siguiente:

“A la 1^{3/4} entré en los Bajos de Punta Rubia, sobre los cuales pense largase la quilla esta embarcación; pero, ya varando, ya saliendo, estuve hasta las dos, que doblé dicha punta y salimos a más agua y en este tiempo metí en vuelta del O.N.O. barajando la costa a distancia de un cable.

A las 4 de la tarde me hallé entre la isla de las Gamas, y tierra firme, en tres brazas de agua, y di fondo en este sitio por ser abrigado, a fin de hacer aquí algunos reconocimientos. A las 4^{1/2} eché el bote al agua, y fui a reconocer el brazo de mar que entra entre la tierra firme y la península de los Jabalíes, por haberme parecido desde el tope laguna.”

Villarino se refiere a las bahías contiguas de San Blas y de San Antonio, de las cartas contemporáneas. ‘Al día siguiente envió un destacamento a reconocer la isla de Gamas; pero era tan baja y anegadiza, que después de recorrerla por

espacio de dos leguas de pantanos, los marineros regresaron a bordo desencantados y rendidos. Debe hallarse en tierra firme en la península de los jabalíes, un arroyo que Villarino llama del Baradero, por haber varado en su embocadura con un bote, en que exploraba la costa. Al día siguiente reconoció la árida isla de Borda e hizo noche en ella.

El día 18 de mayo, Villarino navegó en aguas bajas de 3 a 7 palmos a excepción de algunos pozos o cañadejos muy angostos, hasta que llegó a la isla de Uristi, con 2 y 3 brazas de agua. Todos los contornos son bajos y constituyen un intransitable laberinto de juncales e isletas, siendo todo el fondo y ellas de fango profundo.

El 25 de mayo la embarcación varó tres o cuatro veces, a los $40^{\circ} 14'$ latitud sur. Al día siguiente volvió a varar hasta zafar y dar fondo en 5 brazas en la misma latitud. El 27 gobernó al N. $\frac{1}{4}$ N.O. y halló siempre $3\frac{1}{2}$, $4\frac{1}{2}$, 5 y 6 brazas de agua, dando fondo en $2\frac{1}{2}$ brazas a una milla de la isla de Borda, demorando ésta por su medianía al N. $\frac{1}{4}$ N.O. Latitud observada $40^{\circ} 3'$. El 1° de junio se empleó en reconocer la punta de Lobos al sur de la Bahía de la Unión de los mapas modernos, y la sonda marcó 5 brazas de agua. Finalmente el día 3 de junio, estaba en la boca del Colorado, que intentó reconocer con un bote, varando y perdiéndose en una red de arroyuelos pantanosos e intransitables.

El día 14 el bergantín fondeó en el brazo principal del Colorado. Villarino describe con entusiasmo la belleza y fertilidad del terreno que se extendía a su mirada.

El 1° de junio el piloto, en un caballo que llevaba a bordo, recorrió el río por seis leguas hacia el interior, y aseguraba que cuanto más arriba, era aquélla mejor tierra.

El 11 de junio llegó D. Francisco de Viedma, superintendente de los establecimientos de la costa patagónica, quien había salido por tierra de Carmen de Patagones para incorporarse a Villarino.

Concluye el Diario con una muy importante serie de amonestaciones a los marinos sobre la manera de hacer la navegación de ida y vuelta entre el río Negro y Colorado, de cuyo capítulo no nos ocuparemos por ser innecesario a nuestro objeto.

En el Diario inédito de 1780, Villarino trae las siguientes notas descriptivas del río Colorado:

“Este río tendrá la cuarta parte del caudal del río Negro, o menos. Yo lo pasé a caballo, y donde era más hondo me llegó el agua al basto del lomillo. En su desagüe no se ve reventazón; pero pienso sea de poco fondo, por lo muy desplayado y por los muchos bajos que se descubren en la bajamar. La pleamar es una hora más tarde que en la boca del río Negro. Los dichos bajos están sembrados por la parte de adentro, de las islas que forman, lo que pareció puerto a los de la chalupa.

El río tendrá de ancho 60 a 70 varas. Su agua es algo gruesa y muy inferior a la del río Negro; esto procede de un arroyo de agua salada que, según me dijo un indio, le entra muy arriba de su desagüe. Las lagunas que hay en sus márgenes son saladas, y lo mismo las que se hallan en el espacio

comprendido entre estos dos ríos, cuya distancia, prudencialmente calculada, es de 24 leguas: esto es, del Colorado al primer pozo, 3 leguas; del primero al segundo 10; y del segundo al Fuerte del Carmen 6.”

El reconocimiento que le sigue es el del coronel D. Ambrosio Crámer, cuyo informe que reza fecha 15 de abril de 1822, lo tenemos a la vista. De su Diario tomamos las siguientes noticias sustanciales:

“De la bahía de Todos los Santos pasé a la de la Unión. Los canales que conducen de una a otra tienen poco fondo: sólo las chalupas los pueden atravesar. Reconocí al pasar, la isla Larga y la de Borda; pero una y otra ofrecen muy pocos recursos. La bahía de la Unión, a más de prometer las mismas ventajas que la de Todos los Santos para la pesca, tiene también mejores fondeaderos; el canal para entrar es bastante ancho con cinco brazas en bajamar. El río Colorado desemboca en esta bahía por dos canales: un canal chico y otro canal grande. A la pleamar las chalupas pueden pasar por el canal chico. El grande tiene 3 brazas de agua casi en toda su extensión, de modo que los buques pueden fondear en este brazo del Colorado con la mayor seguridad.

Creo que en toda la costa no hay punto que ofrezca las ventajas de esta bahía; porque, además de ser bastante bien abrigada a pesar de su gran extensión, ese puerto también es el único paso para pasar al Colorado; porque las bocas de afuera de este río están casi siempre impracticables, aun para chalupas más chicas.

Entré en el Colorado, por el canal chico; este río se divide en una porción de brazos que forman otras tantas islas, pero todas anegadizas y pantanosas. La corriente baja con mucha fuerza y trae arena que tapa los canales. Al salir del río, para seguir la costa hacia el norte, encontramos tan poca agua, que varamos con una canoa chica.”

Finalmente el capitán D. Guillermo Bathurst, que marchó en la división izquierda de la expedición al desierto en 1833 como comandante general de marina, redactó el 31 de mayo de aquel año un parte, dirigido al jefe de la goleta de guerra San Martín, dándole cuenta de los reconocimientos practicados en el puerto del Colorado.

El capitán Bathurst condensa sus observaciones en los siguientes términos que no son susceptibles de extracto y que es oportuno reproducir para facilitar su conocimiento a los marinos:

“Llegando a la latitud de $39^{\circ} 55'$ sur se tendrá la boca del río al sur $67^{\circ} 30'$ O.; en dicha latitud, a la distancia de 2 ó 3 millas de la boca se encuentra la profundidad de 4 brazas y se observan unos médanos o cerrillos de arena al N. $78^{\circ} 45'$ O. marcados con letra B en el plano que acompaño, y un árbol sólo, el más notable letra D en la misma dirección de la entrada de la boca que es S. $67^{\circ} 30'$ O.

El canal de la boca se distingue por la corriente colorada que se nota en medio de aguas quebradas encima de los bancos. Al entrar en la boca tendrá una y media brazas sin el flujo; y con éste una braza más; y habiendo entrado como

media milla para dentro se encuentran dos brazas sin aquél y tres con él; donde se fondeará cerca del arenal grande de la mino derecha, demorando entonces al N. 45° O. los médanos primeramente observados y el árbol de que se ha hecho referencia al rumbo S. 67° 30' O., demorando también unos pequeños médanos al S. 40° O.

Aunque de este fondeadero para arriba las corrientes son bien rápidas, en las horas de flujo se puede avanzar unas millas más inclinándose siempre a la costa de la derecha hasta enfrentara la primera isla de la izquierda.

Al tomar la boca es preciso prevenirse para no dejarse abatir por la corriente que es violenta hacia el N. Las profundidades que he referido se han hallado sondando en el refluj o bajamar.”

Los rumbos expresados son con relación al norte magnético⁶⁰.

La situación geográfica de la boca del río Colorado ha sido materia de divergencia entre los pilotos y capitanes. D. Basilio Villarino halló 39° 57' de latitud sur. El capitán Motell dio 39° 49'⁶¹ y el capitán Bathurst 39° 55'

En el Departamento de Ingenieros de la Provincia existe archivada otra carta del río Colorado, original de Chiclana y que se la creía extraviada.

⁶⁰ Parte de la Comandancia de Marina de la división izquierda. Colección de Angelis t. 6. Véase el plano. El plano a que alude no ha sido publicado, dice Angelis, pero yo creo que es el mismo de Chiclana, que, como se puede ver, trae todas las indicaciones que se acaban de leer.

⁶¹ MORELL, *A narrative of four voyages to the South Sea*. Nueva York, 1882.

Comprende la sección del río Colorado entre el cerro Choique Mahuida y el Paro de Pacheco, marcada en todas las cartas modernas.

El río ha sido escrupulosamente dibujado en sus numerosas y violentas vueltas.

La carta trae también el itinerario de la división de vanguardia, que regresando del río Negro, cruzó las arenas del desierto de Choele-Choel a la orilla sur del Colorado, costéandolo hasta el citado paso.

Los rumbos que sirvieron para confeccionar esta carta eran corregidos y tomados de punta a punta de las cuchillas con arreglo a las vueltas del río.

Las distancias contadas en leguas son calculadas por horas de camino al paso del caballo; pero las que se señalan en varas, fueron medidas con cuerda.

Los senos del río, que son otros tantos potreros naturales, no han sido medidos, sino calculados a golpe de ojo; pero una leyenda que trae la carta asegura que están dibujados con exactitud en cuanto a su forma.

Después de dar estas indicaciones generales, ofrecemos un extracto analítico de aquella carta, dividiendo el río en los mismos trechos en que ella lo hace, a partir del camino de Choele-Choel al este:

I. - Trecho de dos leguas. - Hondura del río Colorado de dos y media a tres brazas de agua. Rumbo O. 74° 30 N. Hay un salto de piedra frente a Choique Mahuida. Arboles en ambas márgenes.

II. - Trecho de una legua y media. - Hondura de una y media a tres brazas. Rumbo E. $15^{\circ} 30'$ N. Hay una isla grande.

III. - Trecho de tres leguas. - Hondura de una y media a tres y media brazas. Rumbo E. $66^{\circ} 30'$ N. Hay cuatro islas.

IV. - Trecho de dos leguas. - Hondura de dos a cuatro brazas. Rumbo E. 38° N. Hay una isla grande con monte.

V. - Trecho de dos leguas. - Hondura de una y cuarta a cuatro brazas. Rumbo E. 38° N. Hay varios saltos de piedra. En este trecho existe el Paro Grande.

VI. - Trecho de dos y media leguas. - Hondura una y cuarta a tres y cuarta brazas. Rumbo E. $21^{\circ} 30'$ N. Cuatro islas con monte, varios saltos de piedra.

VII. - Trecho de tres leguas. - Rumbo E. 38° N. Hondura dos y media a tres brazas. Monte en las riberas.

VIII. - Trecho de una legua y media. - Hondura dos a cuatro brazas. Rumbo E. $65^{\circ} 30'$ N. Hay cuatro islas con monte. Al sur aparecen dos lagunas a unas dos leguas del río.

IX. - Trecho de 9.000 varas. - Hondura dos a cuatro brazas. Rumbo E. $15^{\circ} 30'$ N. Hay cuatro islas con monte. Arboledas en las márgenes del río.

X. - Trecho de 15.500 varas. - Hondura tres y media a cuatro brazas. Rumbo E. $23^{\circ} 30'$ N. Árboles en las márgenes del río.

XI. - Trecho de 11.900 varas. - Hondura de una y media a dos brazas y media. Rumbo E. $10^{\circ} 30'$ N. Hay cinco islas con monte. Una laguna al sur del río.

XII.- Trecho de 16.400 varas. - Hondura de dos a cuatro brazas. Rumbo E. $5^{\circ} 30'$ N. Hay tres grandes islas. Al este de

la mayor, que está situada al naciente de este trecho, se ve un gran banco de arena. Arboledas en las costas.

XIII. - Trecho de 12.600 varas. - Hondura una y media a cuatro brazas y media. Rumbo E. 4° 30' N. Hay una isla con monte.

XIV.- Trecho de 11.310 varas. - Hondura tres y media a cinco brazas. Hay dos pasos, el de General Pacheco y otro al noroeste de la isla más grande de las cuatro que hay. Rumbo E. 4° 30' N.

Según esta carta el río Colorado como el Negro, corte estrechado por dos colinas que se internan encajonándolo en un valle angosto y fértil.

Estas colinas van a confundirse con las sierras Choique Mahuida, en el paso del río Colorado del camino a Choele-Choel.

El fondo del río en todo el trayecto estudiado en esta carta es de arena, fango y piedras.

Las barrancas y las islas están cubiertas de vegetación arbórea, descollando el sauce colorado.

En el año corriente el ministro de Guerra y Marina destacó al comandante D. Lorenzo Winter, para que, al frente de su división y con un ingeniero, hiciera un reconocimiento del río Colorado, hasta donde le fuera posible llegar.

El 6 de octubre partió la columna del fuerte Nueva Roma, compuesta de 350 hombres y 700 caballos. Marchó 90 leguas en un país desconocido, regresando con varios prisioneros y entre ellos el cacique Marcelino Catriel.

Esta expedición, que de ida y vuelta recorrió 180 leguas, apenas perdió 40 caballos en las piedras.

Aunque no nos son conocidos todavía los detalles de las observaciones verificadas sobre el río, en una sección de 50 leguas, es decir, hasta Pichi-Mahuida⁶², tenemos noticias generales, debidas a los partes oficiales de los jefes, y a las relaciones de particulares⁶³.

El río Colorado no es angosto, habiendo dado en algunos puntos de barranca a barranca más de 20 metros.

Su cauce se divide en dos secciones, por decir así. En los lados, desde el pie de la barranca, había generalmente bancos con dos pies de agua; pero limitaban un canal navegable, cuya profundidad variable estaba en todas partes a nado de los caballos. Tres soldados perecieron ahogados al atravesar el canal.

La corriente calculada por minutos da un término medio de dos millar por hora, lo cual confirma nuestras observaciones anteriores en este sentido y rectifica la creencia del comandante Donovan, de que el río tenía una corriente de seis millas⁶⁴.

Sería ésta una corriente torrencial, inexplicable en un río que se desenvuelve lentamente en un inmenso llano y que recorre grandes distancias.

⁶² Pichi, pequeño, Mahuida, sierra: Sierra chica.

⁶³ *Expédition du commandant Winter au río Colorado. Journal d'un volontaire.* Publicado en *Le Courrier de La Plata* de Buenos Aires, el 20 de noviembre de 1878.

⁶⁴ Parte oficial del reconocimiento del Colorado por la ribera derecha, verificado por el teniente coronel D. Antonio J. Donovan (5 de noviembre de 1878). Manuscrito en el Archivo del Ministerio de la Guerra.

El fondo observado ha sido de arena, toba y piedra. En muchos puntos los bancos de toba ostentaban su cresta sobre las aguas, como señalando los escollos.

Concuerdan estos datos con los que consigna la carta de Chiclana a que acabamos de referirnos.

Nótese también que el río no estaba crecido al reconocerlo el comandante Winter, sino en una situación mediana.

Al llegar a Pichi-Mahuida deja de ser navegable para buques de pequeño calado, como lo era hasta allí. En este punto la sierra avanza sobre su lecho y lo atraviesa dejando interrumpido el curso de las aguas con su ondulante silueta. Probablemente se formará allí una hermosa catarata en la época de las crecientes.

Desde Pichi-Mahuida a Choique-Mahuida, no ha sido explorado detenidamente esta vez. Sin embargo, los datos que nos dejó Chiclana, cuya exactitud ha sido confirmada por el último reconocimiento, nos hacen saber que en esa sección del río hay profundidad suficiente para navegarlo; pero que no son escasos los bancos de piedra.

Las islas del Colorado son numerosísimas. Las unas inestables, formadas de las arenas viajeras, bancos más bien que islas. Las otras fijas, consolidadas y ricas en una vegetación que se levanta con vigor y en la cual se ven desde el pasto tierno hasta los árboles corpulentos.

El mayor Lucero, destacado por el jefe de la expedición para llegar hasta Choique-Mahuida, informa que el río se estrecha a medida que se avanza hacia la sierra, y que au-

mentan los saltos de piedra y la impetuosidad de su corriente⁶⁵.

El río Colorado corre, como dijimos, por un valle pequeño, en el cual sus aguas han profundizado fácilmente el cauce, porque el territorio es arenoso.

Las barrancas cortadas a pico alcanzaban una altura de diez metros en algunos puntos; pero no impiden que las aguas del río fertilicen los valles en los tiempos de grandes avenidas.

El curso del Colorado es fijo. Como es el del río Negro, corre estrechado por altas colinas, que se elevan a medida que se avanza al interior, con cuya observación están conformes los exploradores de 1833 y de 1878.

Esta misma conformidad de resultados da definitivamente la razón a todos los que nos hemos opuesto a la adopción del río Colorado, como línea definitiva de frontera, fundándonos en que distaba mucho de ser una arteria de fácil comunicación, como lo es el río Negro.

Tales son los datos que conocemos sobre las diferentes exploraciones del río Colorado; datos deficientes que reclaman una nueva explotación científica.

Es todavía desconocido, en efecto, todo lo que se refiere con exactitud a las leyes a que obedecen las corrientes, profundidad, volumen de agua, período de las crecientes, obstáculos y bancos, y demás accidentes de su curso.

En consecuencia carecemos de base para lanzarnos a especulaciones relativas a las condiciones de navegabilidad de

⁶⁵ Parte del teniente coronel D. Lorenzo Winter (11 de noviembre de 1878). Manuscrito en el Archivo del Ministerio de la Guerra.

este río. Empero, y mientras nuevas exploraciones no ratifiquen los datos conocidos, es dado pensar que el río es navegable en ciertas partes.

¿Cuáles son los obstáculos que tendrá que vencer esta posible navegación? He ahí la incógnita que despejarán los futuros estudios hidrográficos sobre todo el curso del río.

CAPÍTULO V
RIOS ANDINOS Y DE LA PAMPA CENTRAL

El río Diamante. - Errores sobre su curso. - Rectificaciones. - Observaciones de Sourriére de Souyllac, de Moussy, Burmeister y Rosetti. - Últimos reconocimientos practicados por los ingenieros Host y Tapia. - Discusión de sus informes. - Viaje del ingeniero Casaffoush. - Datos del coronel Bustos. - El Atuel. - Origen, afluentes y curso de este río. - El Salado de los Andes. - Otros derrames orientales andinos. - El río Malargüe. - Lago de Yacanelo. - La laguna del Bebedero. - El Salado de la Pampa. - Viaje de don Luis de la Cruz. - El río Ocupal. - Expedición militar de 1833. - Fuga de un cautivo. - Su peregrinación a lo largo del Chadi-leuvú. - Llegada al Bebedero. - Navegabilidad de los ríos. - Urre-Lavquen. - Mariano Rosas. - Errores geográficos.

EL DIAMANTE, línea actual de la frontera de Mendoza, no es ya un río desconocido y cuyo origen y curso ofrezcan dudas.

Sourrière de Souyllac decía en 1805 que el río Diamante nace al pie de un gran cerro de este nombre; pero el dato no es del todo verídico⁶⁶.

El doctor Burmeister, en su noticia hidrográfica sobre el Diamante, dice que con el Atuel son dos brazos de un río de la cordillera, que baja a través de los distritos del norte hasta las estepas de la Patagonia, refiriéndose sin duda al Chadi-leuvú⁶⁷.

Según De Moussy g⁶⁸ el Diamante nace al pie del volcán de Maipo, y en las inmediaciones del cerro de la Cruz de Piedra. Atraviesa de oeste a este el valle de Uco, encuentra en seguida una serie de bajas colinas y luego se precipita al desierto.

Abriendo la carta de nuestro antiguo profesor señor Rosetti sobre esta sección de los Andes y su sistema hidrográfico, encontramos que De Moussy no se ha aproximado a la verdad, puesto que ha confundido un afluente del Diamante con el río principal. No conocemos exploración científica alguna posterior a la del señor Rosetti, sobre las nacientes de este río, y a ella nos atendremos⁶⁹.

En la falda oriental de los Andes, entre el volcán de Maipo (5.384 m.) y el paso de la Cruz de Piedra, existe un

⁶⁶ J. SOURRIÈRE DE SOUYLLAC, *Descubrimiento del gran río Diamante, que corre a la orilla de un cerrito aislado de las pampas*. (Colección de Angelis, t. 6.) El título es demasiado pomposo para lo poco o nada con que el autor concurre al estudio de aquel río.

⁶⁷ Hemos visto ya que el Dr. Burmeister hace llegar la Patagonia hasta el río Colorado.

⁶⁸ MARTÍN DE MOUSSY, *Descrip. Physique et statistique de la Republique Argentine*, t. I, pág. 163.

gran lago, atravesado por el paralelo 349, de donde deriva un arroyo que corre al sudeste, recibiendo en su tránsito las aguas de varias corrientes de la cordillera, entre la Cruz de Piedra y el cerro de la Paloma. Este caudal forma el arroyo de la Paja que se echa en el río Diamante algunas leguas antes del cerro del mismo nombre al este, afluente que De Moussy confundió con aquel río. Al oriente del arroyo de la Faya, se echa el principal arroyo Hondo y al este el arroyo del Carrizal.

La cordillera comprendida entre el lago que se halla al pie del cerro Diamante (hay dos cerros del mismo nombre quedando al este el que antes nombramos) y el Alto de los Mineros, vierten sus aguas al occidente por una red de canales que forma el caudaloso río Cachapoal, que pasa al sur de Rancagua, mientras que al naciente alimenta menor número de arterias formando el río Diamante, que faldea la cordillera con rumbo casi directo al este, arrancando sus dos brazos principales del lago del primer cerro de su mismo nombre y del Alto de los Mineros.

Desde el segundo cerro Diamante al este, el río no recibe afluentes y sigue su caudal con abundancia hasta que cae perpendicularmente en el Chadi-leuvú, algunas leguas al sur de la laguna del Bebedero, y en los campos que sus derrames convierten en pantanos. La desembocadura del Diamante en el Chadi-leuvú (Chadi, salado; leuvú, río) tiene lugar por una serie de bocas que forman un delta fangoso. El curso principal de este río, observa el Dr. Burmeister, es entre los 34° 30'

⁶⁹ El Dr. Burmeister, en su *Descripción Física de la República Argentina*, ha utilizado los trabajos del señor Rosetti. Véanse en efecto notas 34 y 37. Pág. 368. Y nota

y 35" de lat. sur. De Moussy dice que es muy poco conocido, no teniendo en la parte inferior de su curso más que tolderías de indios.

El distinguido viajero francés ha incurrido en error. El doctor Burmeister no ha explorado el río y no ha podido darnos en este asunto sus propias observaciones científicas, pero el Diamante ha sido perfectamente reconocido después de publicados los trabajos del señor Moussy y desde antes era línea de frontera sur de Mendoza.

En los archivos militares existen datos para la descripción de este río, sobre el cual se han practicado varios reconocimientos y proyectado o construido fortines, desde San Rafael al este hasta el Chadi-leuvú.

No hemos tenido el tiempo necesario para hacer pacientes investigaciones en el archivo del Ministerio de la Guerra, por las razones que hemos explicado en otro lugar; pero conocemos los últimos reconocimientos practicados por el sargento mayor D. Federico Host⁷⁰ en 1876, y por el ingeniero nacional don Zacarías Tapia en 1878⁷¹.

Las observaciones de uno y otro no concuerdan a veces en todos sus detalles; pero en general se armonizan. Debe tenerse presente, por otra parte, que aquellas discrepancias pueden ser originadas por las diferentes estaciones en que los viajeros realizaron sus estudios, lo que influye naturalmente sobre el caudal de agua de los ríos y sobre los fenómenos que producen la fuerza de las corrientes, variable con las estaciones, es decir, con las crecientes y bajantes que éstas determi-

77, Págs. 376 y 377 del primer tomo.

70 Manuscrito en el Archivo del Ministerio de la Guerra.

nan. El informe del ingeniero militar D. Federico Host, trae fecha 13 de setiembre de 1876, con una carta geográfica y se titula: "Relación topográfica de la traza del camino y la línea de fortines entre las Villas de Mercedes (frontera de San Luis) y San Rafael (frontera de Mendoza)."

Este oficial describe la confluencia del río Diamante con el Salado o Chadi-leuvú, en estos términos:

“Del paso de la Carreta continúa la traza del camino a las Islas del Diamante distantes diez kilómetros al S. 19° O. Piso en todo el trayecto firme y llano; las islas se han formado de los brazos del Diamante con la confluencia del Salado. En el día ha quedado en seco el cauce principal del Diamante y de sus brazos en las juntas del Salado, y el agua que se encuentra en estos parajes es de un gusto salobre, que queda estacionada en profundos pozos que forman las crecientes durante el período de las lluvias en el centro del lecho de los diferentes canales del Diamante, por los cuales derrama sus aguas de nieve el río Salado (Chadi-leuvu). El río Diamante se ha abierto un cauce nuevo a los 35 kilómetros al este de San Rafael, haciéndose tributario del río Atuel, y los derrames alcanzan en su antiguo cauce a 35 kilómetros más al naciente donde se pierden en la arena.”

Detengámonos a discutir este punto. En todas las cartas geográficas argentinas que gozan de alguna reputación se verá, en efecto, cinco leguas al este de San Rafael, un arroyo denominado Cauce Viejo, que unía los ríos Diamante y

⁷¹ Manuscrito en el Archivo del Departamento de Ingenieros de la Nación.

Atuel, en el punto en que éste describe una curva aproximándose al primero.

De Moussy⁷², refiriéndose a esta unión dice:

“Pero hace cerca de medio siglo, que los aluviones han obstruido su lecho de ese lado, y se ha abierto un curso directo hacia la prolongación del Desaguadero, cuyas aguas aumentan considerablemente al principio del estío.”

Según la observación del mayor Host, sucede hoy lo contrario de lo afirmado por el Dr. Moussy, en el pasaje citado de su célebre obra⁷³.

El Dr. Burmeister, alude al mismo en estos términos:

“El río Atuel se acerca mucho al Diamante, y en los años de abundancia de agua, se une a éste por un brazo que sale arriba de San Rafael. Por lo menos esta unión ha existido en otro tiempo.”

El ingeniero Tapia, en fin, visitó el paraje en 1878 y dice que el arroyo o Cauce Viejo sale del Diamante y va al Atuel sin asumir importancia alguna; y agrega que una alcantarilla de cuatro metros es suficiente para establecer la continuidad del camino entre Villa Mercedes y San Rafael.

Dedúcese de esta nueva observación que el ingeniero Host ha atribuido demasiada importancia al Cauce Viejo, el cual, como lo afirma Moussy y lo hace comprender el señor

⁷² Obra citada, t. I, pág. 163.

⁷³ *Ibíd.*, t. I, pág. 306.

Tapia, está cerrado hasta presentarse más bien como un zanjón que como arroyo. El mismo ingeniero Host agrega en otra parte de su informe que el cauce del Diamante no está permanentemente seco al este de San Rafael, pues dice que,

"el paso de la Horca no ofrece ninguna dificultad. El lecho del río, agrega, se compone aquí de ripio duro y mucha piedra rodada, que arrastran las crecientes de la próxima cordillera".

El ingeniero Tapia dice que al este de San Rafael las barrancas del río miden 15 y 20 metros de altura. Es entonces probable que no sean desproporcionadas a estas medidas todas sus barrancas y ellas amurallarían el río de tal manera que sería muy raro y difícil un cambio de curso. Lo que hay de cierto en todo esto es que el Cauce Viejo era el antiguo curso del Diamante, que fue cerrado, como lo observa De Moussy.

Por otra parte hemos hablado con el joven ingeniero don Carlos Casaffousth, que acompañó al señor Tapia, y los datos que nos ha comunicado, como fruto de sus concienzudas observaciones, son los que contiene la carta siguiente que tuvo la deferencia de redactar a invitación nuestra.

Señor Dr. D. Estanislao S. Zeballos.

Estimado amigo:

Sobre los datos que me ha pedido usted de la zona comprendida entre San Rafael, el Diamante, el Atuel y el Salado

sólo podré darle generalidades que conservo como recuerdos de la expedición para la traza de la carretera desde San Rafael a Villa Mercedes.

En su aspecto general frente a San Rafael, esta zona, encajonada entre el Nevado y las barrancas de San Rafael, tiene la forma de un gran talweg, perpendicular a la cordillera, surcado por los ríos que se desprenden de ella con los nombres de Diamante y Atuel.

Estos dos ríos, bastante separados en su nacimiento, tienden a convergir antes de llegar a San Rafael para volver a divergir por corto trecho, dirigiéndose en seguida paralelamente hasta el río Salado.

Como la naturaleza del terreno varía a medida que se costea el Diamante de oeste a este, le describiré los diversos aspectos que presentan las bandas de terreno de norte a sur.

San Rafael se halla edificado en la margen norte del Diamante en un terreno arenoso, poco elevado. En este punto el Diamante está bastante encajonado, es sumamente correntoso, sus aguas son turbias, su lecho ripioso, con fondo de arena. La margen sur es fértil, poco elevada, aumentando la altura del terreno insensiblemente a medida que se avanza hacia el Atuel. El suelo tiene poca arena, poco ripio, y mucha tierra vegetal.

A la salida de San Rafael se levantan altas barrancas ripiosas, cubiertas de algarrobos y jarillas, que costean el Diamante hasta unos 15 kilómetros, poco antes de llegar al Cuadro Nacional.

En este trecho el Diamante corre torrencioso, turbio y ripioso. A la salida de San Rafael el mismo se presenta expla-

yado y da paso para ir a la margen sur, que se halla poblada, cultivada y es sumamente fértil.

A partir del kilómetro 20, la margen norte está poblada y cultivada hasta el kilómetro 30, donde se halla el Cuadro Nacional, en terreno elevado y fértil. La sección correspondiente del Diamante sigue correntosa, con menos ripio y más arena. La margen sur es poblada y fértil, con algunos montes de chañates, algarrobos y jarillas. En el kilómetro 24 se encuentra el Cauce Viejo o el arroyo Atuel que vimos lleno de agua y de unos 4 m. de ancho.

Desde el kilómetro 30 hasta el 45 la margen norte es des poblada, arenosa, accidentada y cubierta de escaso monte. El lecho del río no contiene ripio, es sumamente arenoso y flojo, hay menos corriente y el agua es turbia. La margen sur está poblada hasta el kilómetro 32, en un trecho fecundo, donde aumenta la proporción de arena y el monte compuesto de jarilla, chañar y algarrobo muy tupido; existen cañadones cubiertos de yerba y empieza la margen a tener barrancas a pique de 4 a 5 metros. En el kilómetro 45 se halla el paso del Corral de la Horca, que es algo fangoso.

Desde el kilómetro 45 o sea el paso de la Horca, la izquierda es impracticable por ser compuesta de arena floja y de médanos. El lecho del río es arenoso y más blando que antes, sin ripio. Las riberas son elevadas y a pique en ciertas partes. En la margen derecha sigue aumentando la proporción de arena, y en el kilómetro 73 existe el médano del Rincón Grande, a pesar de lo cual el suelo es firme, cubierto de vegetación salvaje y pasto amargo.

Del kilómetro 73 al 99 sigue la margen izquierda elevada, barrancosa, arenosa, y el terreno cubierto de médanos. El lecho del río siempre arenoso y flojo; pero la corriente es menor.

La margen derecha alimenta montes de chañares, algarrobos y hay cañadas. En el kilómetro 99 hubo una población y hacienda llamada Ovejería; los ranchos y los corrales destinados a recogerlas haciendas están abandonados. Esta población fue devastada por los indios.

Del kilómetro 99 al 135 continúa la margen izquierda en el mismo estado. El lecho del río siempre arenoso y flojo y menos correntosa el agua. La margen derecha despoblada. En el kilómetro 135 se halla el Fuerte Nuevo abandonado, así como los demás ranchos que lo rodean.

Poco después del Fuerte Nuevo se divide el Diamante en varios brazos formando un delta llamado Las Islas, en terreno bastante arenoso, firme y cubierto de pajonales. En esta parte hay bastantes animales alzados. Frente a Fuerte Nuevo se halla un paso del Diamante, llamado Paso Nuevo o de Los Algarrobos.

Siguiendo la margen izquierda del Diamante, disminuye la corriente, y en las islas el terreno es arenoso, con médanos y grandes pajonales. Por esta margen se llega al río Salado, y remontándolo hasta el kilómetro 173 se encuentra el paso de las Carretas. Cuando lo cruzamos el río tendría unos 20 metros de ancho, el agua es sumamente pesada y saturada de salitre. Este río debe haber tenido muy fuertes crecientes, pues sus márgenes barrancosas se hallan muy distantes, comprendiendo un gran displayado cubierto de salitre.

Por lo general la banda de terreno comprendida entre el Diamante y el Atuel es salitrosa, lo que se deja ver por los depósitos que han dejado las aguas evaporadas. Las plantas salvajes son alcalinas; entre ellas se encuentran la yampa y el jume, que al arder lo demuestran por la llama amarilla y violenta.

Parece que el Diamante rara vez tiene agua desde poco después del paso de los Algarrobos, a pesar de traerla abundante de su origen, lo que se explica por lo absorbente de su lecho flojo, que consume toda el agua antes que llegue a las Islas.

La población de San Rafael no excederá de 3.000 almas con casas de adobes crudos. Tiene una fábrica de aguardiente. Los trigos abundan en la margen sur donde existen haciendas y grandes potreros. Hay también haciendas importantes en los alrededores del Cuadro Nacional en la margen norte. El comercio de esta comarca tan fértil se halla paralizado por falta de medios de transporte que den salina a la abundancia de cereales.

Perdóneme el estilo y la letra; pero he escrito al correr de la pluma, pues de ayer a hoy poco tiempo disponible he tenido. Sin embargo los datos que le doy son ciertos.

Siempre que crea usted puede serle útil en cualquier cosa, disponga de su servidor y amigo.

CARLOS A. CASAFFOUSTH

Esta es la noticia más minuciosa que conocemos sobre la sección del Diamante entre el Salado y San Rafael. El mayor Host ha podido ver seco el río durante la estación de la ba-

jante, en el trayecto inmediato a su confluencia con el Chadi-leuvú, lo cual se explica, como se ha visto, por la naturaleza absorbente del terreno aluvional que riega. En el período de las avenidas, saturado el terreno de humedad, las aguas corren en abundancia sin duda, hasta el Chadi-leuvú.

En el informe del mayor Host encontramos el siguiente dato de importancia:

“Determiné las juntas del Diamante con el Salado cuya afluencia se encuentra 10 kilómetros más al sur del fortín 5⁷⁴ y dio por resultado 34° 37' lat. S. y 66° 40' 12" longitud oeste de Greenwich u 8° 15' 33" del meridiano de Buenos Aires y 427 metros sobre el nivel del mar.”

Finalmente y como una prueba de que el territorio del Diamante ha sido muy recorrido en los últimos tiempos, no olvidaremos los documentos firmados por el coronel D. Ignacio Segovia, ex comandante en jefe de aquella frontera, los cuales, sin tener carácter científico traen importantes datos prácticos y de aplicación militar.

El coronel D. Eugenio Bustos, que conoce palmo a palmo la pampa, ha dado al coronel D. Alvaro Barros datos que ratifican también las afirmaciones precedentes. Dice:

“Fácilmente se comprende la imposibilidad que hay de que exista el río Nuevo o Viejo desde que está reconocido que el Tunuyán desagua en las ciénagas, pues si bien varias corrientes pueden, como tributarias, formar un solo curso, no

⁷⁴ El mayor Host ha numerado en su carta los fortines que proyecta.

es posible que éste se divida en dos o más que vayan a morir a puntos diferentes; sabido es que toda corriente que se bifurca si no vuelve a unirse después de recorrer un cierto espacio, una de las ramas absorbe todo el caudal de la otra.

El coronel Bustos atribuye la causa de estos errores a que en las épocas de grandes lluvias o avenidas todos aquellos ríos se desbordan, y sus aguas se extienden por aquellas comarcas, presentando ante la vista de un observador poco escrupuloso, el aspecto de nuevas corrientes, las cuales tan pronto como dejan de ejercer su acción los motivos que las engendran, como es natural, desaparecen⁷⁵.

En otro tiempo, treinta años atrás, el río Diamante doblaba al sudeste, abajo de San Rafael, por el Cauce Viejo y echaba sus aguas al Atuel; pero un vecino establecido entre San Rafael y el Chadi-leuvú, cerró el Cauce Viejo por medio de unos pies de gallos y las aguas del Diamante corrieron entonces al este fijo, abandonando su antigua dirección sudeste y siguiendo la que hoy lo lleva al Chadi-leuvú. Este nuevo talweg ha sido abierto por la fuerza misma de las corrientes en el terreno arenoso que caracteriza aquellas regiones.

De Moussy sostiene que el río Atuel nace del valle del Planchón, corre al sur del valle de Uco y ofrece terrenos pantanosos que se extienden hasta el cordón de Lulunta, prolongación norte del cerro Nevado. Atraviesa este cordón, formando una alta y ruidosa cascada, y describiendo una cur-

⁷⁵ Coronel ÁLVARO BARROS, *Fronteras y territorios federales de las pampas del sur*. (Buenos Aires, 1872, Pág. 331.)

va a través del desierto va con el nombre indígena de Chadi-leuvú, a unirse con el Desaguadero. El citado autor agrega:

“Continúa entonces su corriente al sur a través de terrenos perfectamente horizontales y por consiguiente sembrados de lagunas y de bañados, hasta el gran lago salado llamado la Amarga o laguna de Currú-Lavquen, que en tiempo ordinario no tiene canal alguno conocido de desagüe; pero al decir de los indios en los años de grandes abundancias de agua, los bañados de esta laguna comunican con el río Colorado, arrojándole sus rebalsamientos; todo este terreno, por otra parte, es muy mal conocido, pues es exclusivamente habitado por indios pehuenches que miran muy mal a los cristianos que allí se lanzan. Lo que se sabe es lo que ha sido confirmado primeramente por la expedición de 1833, luego por la hecha en 1854 por el Gobierno de Mendoza, al sur de esa provincia, y es que todos esos llanos son bajos, sin ondulaciones, con pequeñas ollas de trecho en trecho como el de Ingue Gatel cerca de la Amarga y que en los años lluviosos forman inmensos bañados.

En 1833 el general Benavides de lo alto del cerro Ruca Mahida (debe ser Auca-Mahuida) pudo ver a la vez la Amarga al este-nordeste, y el Colorado que corría a sus pies a corta distancia, de este gran lago.”

El río Atuel, según la carta del ingeniero Rosetti, nace por el 34° 45' de latitud sur aproximadamente, absorbiendo por medio de varios canales de desagüe las avenidas de la falda oriental de los Andes entre los pasos de Tinguirica y de

las Damas (4.478 m. a 3.000 m.), corriendo al sudeste por las faldas del este de las sierras de la laguna Blanca hasta unirse al río Salado. El paso del Planchón, de donde Moussy hace derivar este río, queda más al sur del paso de las Damas.

El Dr. Burmeister no acepta los errores de Moussy y al contrario dice con razón en términos generales que el río Atuel tiene sus fuentes entre los 34° 40' y 35° 20' de latitud sur, aproximándose a las del río Grande.

Esta observación es exacta e interesante. En efecto, las fuentes de ambos ríos son las vertientes orientales de los Andes entre Tinguirica y el cerro Colorado, es decir, entre dos alturas de 4478 m. para el primero y de 3.934 m. para el segundo. Esta depresión de los Andes es la que divide sus aguas al sur, norte y este entre los ríos Grande y Atuel, alimentando por el oeste a los ríos chilenos.

La confluencia del Atuel con el Salado de los Andes tiene lugar, según el Dr. Burmeister, por el 69° 25' de long. O. del meridiano de Greenwich. Desde esta confluencia el Atuel dobla bruscamente al nordeste en dirección a San Rafael, pasa por entre las sierras del Diamante y del Rincón, acercándose a ese río frente a San Rafael describe un arco al este por espacio de pocas leguas y luego gira al sudeste, atravesando la pampa de la Varita, para unirse al Chadi-leuvú o Salado de la pampa en Vutaloo⁷⁶.

El Dr. Burmeister dice sobre su curso al partir de la confluencia del Salado de los Andes:

“Este se dirige desde luego al nordeste para rodear la sierra de Pallén que allí se extiende sobre la llanura paralelamente a las cordilleras y es dominada, según se dice, por un pico nevado de 4.900 m.”

El río Atuel en aquel trayecto atraviesa una pampa dilatada, que tiene por el este al cerro Nevado, al sur las cordilleras de Malargüe, al oeste los cerros de los Buitres y Alquitrán con las cordilleras adyacentes y al norte las sierras que bordean el Diamante.

El Atuel recibe como afluente principal al Salado de los Andes, río que nace de la falda oriental de los cerros que vierten sus aguas orientales al río Tordillo, y que reúne los derrames del valle de las Amarillas y de la sierra del Malargüe, uniéndose al Atuel por los 69° 25' de long. O. de Greenwich.

Al sur del río Salado corren algunos arroyitos sin importancia llamados Chacaycito y Chacay perdidos en grandes esteros extendidos al sudeste de la laguna Yancanelo, orillando al oeste el gran lago que se halla en la pampa limitada al este por el cerro Nevado y al oeste por las sierras de Malargüe. El río de este nombre tiene un curso poco conocido y creemos que sin importancia alguna general, aunque la tiene sin duda, militarmente estudiado. Los indios pasan el Malargüe a la altura de los 69° long. O. de Greenwich. El Dr. Burmeister dice que el río Malargüe desagua al pie de la sierra Pallén y que no se derrama en los ríos cercanos, a pesar de

⁷⁶ Vuta, alto, loo, médano, Vutaloo, es el verdadero nombre de la Comandancia de la frontera sur de Santa Fe llamada Ita-lo y Witalobo por ignorancia de la lengua araucana.

que las nevadas de la sierra adyacente a la laguna, le echan abundante cantidad de agua.

El lago de Yancanelo se encuentra al sudeste del Malargüe en medio de la pampa antes citada; y es un punto importante de tránsito, sobre el camino de los indios que baja de los Andes hacia la llanura sudeste y que pasa por los pozos de Chicaicó y Tricalcó. En aquel lago se derraman los grandes cañadones a que antes nos referimos, tributarios también del río Malargüe.

El Dr. Burmeister nos dice sobre la famosa laguna del Bebedero en San Luis:

“De la cima del alto Pencoro, cerca del cual corre el Desaguadero, yo percibí a lo lejos en el horizonte la laguna Bebedero, como una vasta napa de agua descubierta; pero nada puedo decir de positivo, pues jamás la he visto de cerca⁷⁷.”

Las gentes del país cuentan muchas cosas sobre ella y afirman que tiene un canal de desagüe subterráneo, lo que seguramente es erróneo. La evaporación continua de una superficie de agua tan extensa como poco profunda, en un territorio donde llueve rara vez, basta para explicar la constancia del nivel.

Según las observaciones del señor De Moussy, la laguna del Bebedero mide 24 millas de norte a sur y 18 millas de este a oeste, con una altura en sus bordes de 400 m. sobre el nivel del mar aproximadamente. Este viajero, como el Dr. Bur-

⁷⁷ Puede verse la obra ya citada t. I, pág. 306 y nota 76, y la obra alemana del mismo: *Reisse Under la Plata Staaten*, t. I, pág. 352.

meister, no estuvo en la laguna, pero la vio perfectamente desde la posta del Balde, en el camino de San Luis a Mendoza, distante 5 millas de ella. Aquella elevación sobre el nivel del mar es la de la posta citada, y cree De Moussy que muy poca diferencia hay entre ese punto y los bordes de la laguna.

La laguna, cuya profundidad se ignora, aunque debe ser navegable, es de agua muy salada y alimenta algunas especies de peces. Sus contornos son terrenos arenosos, sujetos a las corrientes variables de los vientos que forman y deshacen médanos incesantemente. La vegetación muere al contacto de sus aguas salinas; pero asimismo no lejos de ella hay grandes bosques.

De Moussy consigna los siguientes datos interesantes:

“El Bebedero recibe una parte de las aguas del río Desaguadero, que como ya lo hemos dicho, no lo une a ella más que en un solo brazo continuando el otro hacia el sur, a través de los terrenos baos inundados en la mayor parte del tiempo; pero algunas veces completamente secos. La cantidad de agua traída por el Desaguadero es extremadamente variable; hay años en que es nula y por consiguiente el lago baja mucho. Cuando al contrario esta cantidad es considerable, las gentes del país no se dan cuenta de la evaporación y piensan que el Bebedero tiene conductos de desagües subterráneos que llevan sus aguas al mar. Dan por motivo de su opinión la sonoridad extraordinaria del suelo al sur de este recipiente, suelo que retumba bajo el casco de los caballos como si fuera hueco. Cuando el Desaguadero tiene mucha agua, este mismo terreno muy arcilloso naturalmente, sobre

el cual se desbordan a la vez el lago y el río, se cubre de extensos bañados.”

Tenemos otras noticias ligeras, sin carácter científico, aunque con el mérito de ser escritas por un testigo ocular, en la relación que hace D. Santiago Avendaño de su fuga de los indios ranqueles, entre quienes vivió nueve años cautivo, fuga que tuvo lugar en noviembre de 1849.

Avendaño dice:

“Marché desde la salida del sol, siguiendo siempre el rastro de la hacienda vacuna que al parecer pastaba por allí; había también terneros, por su rastro. Como a las diez de la mañana vi el cerro de Vareta indicado por Baigorrita y Nahuel maíú; hube de ir a él en busca de agua; pero calculando que distaría como dos leguas no me resolví por no atrasar mis caballos en esos campos guadalosos.

Me resigné por tanto a continuar con la esperanza de hallar agua más adelante. En esto descubrí una gran laguna; rodeada de bosques ralos al sur, al poniente y al nordeste; la laguna era inmensa y por lo tanto comprendí que era la llamada Bebedero. El río ya se me alejó del todo, lo veía por el listón verde que tomaba al noroeste; yo tenía que pasar por una isleta en cuya dirección caminaba; al llegar a ella vi más frescos aún los rastros de las vacas y terneros.

Efectivamente allí había unos zanjones con agua, que aunque horrible, las vacas alzadas la tomaban por no tener otra mejor. Habíame puesto al costado de la gran laguna Bebedero, cuando percibí en la dirección que llevaba, una cosa

como sierra azulada. Se veía como entre niebla, grité de alegría; pero mis gritos no podían resonar allí, porque la sed me impedía hasta la respiración. Llegué a la costa de un gran bosque sin más guía que la sierra que apenas distinguía. Este monte es el que va desde Patagones, pasa por Bahía Blanca, de vez en cuando entrecortado por llanuras más o menos extensas, y penetra en el corazón de las provincias del norte⁷⁸."

De la laguna del Bebedero sale el río Salado de la pampa o Chadi-leuvú⁷⁹, que va a morir en la laguna Amarga, llamada por los indios Urre-Lavquen (Urre, niebla; Lavquen, laguna).

Si hay en la pampa una región mal explorada y científicamente poco conocida es la que recorre el Chadi-leuvú y la que rodea a la laguna Amarga. En 1833 ha sido recorrido este territorio por las expediciones militares del general Benavides y del general Aldao, pero antes que ellos Cruz en 1806, había dejado algunas noticias sobre el Chadi-leuvú con motivo de su famoso viaje. Además Avendaño recorrió una gran extensión de dicho río en 1849.

Reside en Buenos Aires el joven Mariano Rosas, indio ranquel, sobrino del famoso cacique de aquel nombre, y que cursa sus estudios en el Colegio Nacional de esta ciudad. Rosas, de quien somos amigos, conoce la pampa que corre entre el Diamante y el río Colorado, como la palma de su mano, y

⁷⁸ SANTIAGO AVENDAÑO, "La fuga de un cautivo", en la Revista de Buenos Aires, t. 14, págs. 601 a 603.

⁷⁹ Algunos lo llaman Chalileo entre el Bebedero y el Atuel; pero no hay para qué complicar la nomenclatura y preferimos llamar simplemente Chadi-leuvú a este río, en toda su extensión del Bebedero a Urre-Lavquen. Chalileo es una abreviatura de su verdadero nombre Chadi-leuvú (Río Salado.)

nos ha dado nuevos informes sobre algunas regiones, informes que hemos controlado comparándolos a algunos de otro origen, con los cuales armonizan muy bien.

El 23 de mayo de 1806 De la Cruz se movía en Chadicó (Chadi, salada; có, agua) hacia el Chadi-leuvú⁸⁰.

“Este río, dice, es de bastante agua, corre al sur, cuarta al sud-este; su ribera es de enca o batrú, y carrizo; por ambas partes forma algunas preciosas islas. Sus aguas muy claras, pero algo salobres. De su otra parte al sudeste, a distancia de una cuadra del paso tiene una loma montuosa de arbustos y piedra de amolar, que se titula por esto Limen-Mahuida.”

Cruz pasó el río en balsa, midiendo 98 varas de ancho por 2 de profundidad, con corriente suave. La claridad de las aguas era tal que se podía ver su fondo pastoso.

Pero éste no era el río Chadi-leuvú en la actualidad, sino uno de sus afluentes más ignorados, que al parecer nace al oriente de la sierra Malargüe y atraviesa la pampa al sudeste, dividiéndose en dos brazos que se juntan y vuelven a separarse y a unirse, echándose al Chadi-leuvú en la isla de Pincheira, a los 66° 44' de long. O. de Greenwich y 37° 56' de lat. S. aproximadamente.

Los indios informaron a Cruz que este río se llamaba antes Ocupal, y que bajaba de la cordillera de Malalque (mala escritura de Malargüe); agrega el Diario del insigne viajero:

⁸⁰ Diario citado en la Colección de Angelis. La carta geográfica de Petterman, a que antes nos hemos referido, trae un buen itinerario del viaje de Cruz. Lo traen muchas otras y entre ellas la que viene al fin de la citada obra del coronel Alvaro Barros.

“Corría antes su mayor cuerpo de aguas por el cajón de Potrol, que ayer pasamos y cité en el Diario; y a causa de un derrumbe, siguió este curso, quedando allí muy pequeña parte y muy salada, como que aseguran todos estos indios que en llegando a él, antes de algún temporal de lluvias, puede de su ribera tomarse bastante sal y buena. También dice que a cinco leguas de distancia de este punto se junta dicho Potrol con este río, por ahí mismo, donde éste confluye al siguiente, que según reconozco es el del Desaguadero, así por la graduación en que está, como porque el mismo Puelmanque, que es muy práctico, asegura que el río del Diamante que sale del lugar de Cura corriendo hacia al oriente se le emboca a este río que nos resta y con él toma al sur, formándose en todos estos bajos inmensas lagunas hasta juntarse con este Chadi-leuvú, cinco leguas poco más de aquí, desde donde juntos corren como diez más hasta reunirse en un gran lago.”

Si se corrigen los nombres y se lee Ocupal donde dice Chadi-leuvú y Chadi-leuvú en vez de Desaguadero, se ve que el famoso baqueano de Cruz, el indio Puelmanque (Puel, Este; manque, cóndor) le había dado datos exactos.

El 25 de mayo después de recorrer el territorio entre los ríos Ocupal y el verdadero Chadi-leuvú, llegó la expedición a éste. Los campos intermedios son medanosos, y cubiertos de arbustos. Cruz pasó el río en una balsa habiendo medido 116 varas a lo ancho por 6 de profundidad. La situación de este

paso es aproximadamente a los 36° 38' de lat. S., 66° 47' de long. O. del meridiano de Greenwich.

Los indios lo pasan a nado, cuando está crecido como lo vio Cruz, pues encontró allí una invasión que regresaba con arreo. Entre el paso y el pajonal de Tripaque, en la travesía sin agua de dos leguas de camino hasta Minucó (Miau, adentro, hondo; có, agua) menciona Cruz un nuevo río propiamente hablando, de 40 varas de ancho y 1 de hondura. Corre, dice el Diario, por entre carrizales, formando grandes y preciosas lagunas.

Después de Cruz recorrió Avendaño en 1849, el Chadi-leuvú por espacio de muchas leguas desde la altura de una laguna denominada Thecau-Lavquen (Thecau, loro; Lavquen, laguna), distante según él 15 a 16 leguas del río. Esta laguna famosa por la abundancia de tigres que en ella habitan, no ha sido marcada en las cartas geográficas; pero la reconoció en 1872 la expedición del general Arredondo⁸¹. Avendaño llegó a la orilla del Chadi-leuvú en una jornada, es decir, salió a la madrugada de Thecau-Lavquen y a mediodía estaba en aquella corriente de agua, que orilló hasta su origen en la laguna del Bebedero.

Avendaño hace notar, como Cruz, que la corriente no era violenta, y la profundidad, era escasa. El agua presentaba color gredoso, estaba muy turbia y no era potable. Costeó el río por la margen en el este, siguiendo una senda que casi se extinguía y dice:

⁸¹ Véase el capítulo siguiente.

“Tuve ocasión de ver la maravilla del Chadi-leuvú, en partes angosto y encajonado, cubiertas sus orillas de fragantes y distintos arbustos, en partes con una anchura de seis a diez cuabras, con hermosos islotes de varios tamaños, con uno que otro algarrobo, cuya monstruosa altura sorprende. Me fijé también en aquella parte donde el río se presentaba angosto, como de 15 a 20 varas de ancho, el agua era turbia pero buena; y donde se extendía mucho, era clara, azulada y desabrida. Yo seguía costeándolo ya atravesando espaciosos carrizales, que me cubrían con su altura, y que en tiempos de lluvia habían sido inmensos bañados y grandes totorales, recién asomando sus primeros retoños, por haber sido arrasado por la voracidad de las llamas de alguna quemazón (Culan).

De cuando en cuando me acercaba al río para ver si el agua era buena y hasta allí la encontré salada. El río más salado, aun tanto que por sólo haber probado el agua se me agrietaron los labios hasta verter sangre. Con esto creció mi desconsuelo. La sed hacía progresos, lo que me ofrecía serios temores; ya mi garganta silbaba. En este supremo apuro se me aumentaba el desaliento, viendo una playa tan inmensa que parecía una lápida de mármol blanco. Era una salina cuyo suelo ofrecía a la vista un guadal⁸² de harina. Cuando el sol estuvo por entrar sentí los efectos de una sed espantosa. Los caballos ya no sudaban y el calor había disminuido muy poco su fuerza. Me acerqué de nuevo al río, siempre muy cerca y a mi costado izquierdo. El río en esa parte era encajonado y profundo, con muy poca agua, y ésta amarillenta. Dejé a mis

⁸² Terreno blando, pantanoso, en que se hunde el caballo, muy común en la pampa.

caballos en la orilla y me descolgué tomándome de las ramas de los arbustos. Llegué al fondo y como el estado de sequía en que me hallaba no permitía andar con ceremonia, extendí las dos manos juntas para alzar agua hasta la boca. Tomé sin sentir su gusto; pero al pasar por la garganta me vino una arcada: ¡tan amarga era!”

Hemos copiado los precedentes detalles que la relación de Avendaño hizo de su fuga, publicada en la obra antes citada; porque es el único viajero y pinta a lo vivo el desamparo y peligro de la travesía de los campos adyacentes al Chadi-leuvú sobre el cual da también algunas noticias, aunque vagas, no sin interés⁸³.

De Moussy, en la parte ya citada de su obra, dice:

“Parece que el Chadi-leuvú y el Salado tienen mucha agua. Cruz que pasó el primero en 1806 y el coronel Velazco, que reconoció los dos en 1833, están de acuerdo sobre este punto y convencidos de su navegabilidad.”

Hay confusión en este párrafo, pues aquellos dos ríos no son más que uno; y como ya lo hemos observado la confusión viene desde Cruz.

Mariano Rosas ha conversado detenidamente con nosotros sobre esta región de la pampa, y nos ha mostrado un croquis geográfico que construye, sobre la base de la carta De

⁸³ Santiago Avendaño desempeñaba en 1874 el cargo de Intendente de indios. Tomó parte en la revolución de setiembre de ese año y habiendo sido hecho prisionero por fuerzas del ejército gubernativo, fue entregado a los indios que lo pedían para lancearlo. Así lo hicieron.

Moussy, corrigiéndola en la pampa, y marcando una serie de importantísimos lugares estratégicos, caminos y lagunas, solamente conocidos de los indios que él ha visitado infinidad de veces al recorrer esos campos desde el Diamante al río Negro y desde las estancias de Buenos Aires hasta los Andes.

Tenemos motivos para creer muy exactas las noticias que Mariano Rosas nos ha suministrado, porque las que se refieren a zonas conocidas como las del Diamante y las del Bebedero, concuerdan perfectamente con las relaciones de los pocos viajeros que las visitaron.

Por ejemplo, Rosas nos dijo que cuando él hacía vida indígena, había recorrido el Chadi-leuvú desde la Amarga hasta el Bebedero, en diferentes ocasiones, apartándose convenientemente a menudo en busca de las aguadas; y nos hablaba de una senda antigua y estrecha que corre por el este del río, tan cerca de la barranca como lo permiten los accidentes del terreno. Recuérdese que concuerda en este dato con Avendaño que menciona esta senda, la cual según Rosas, es uno de los caminos que siguen generalmente las pequeñas partidas de indios que van del sur a San Luis y Mendoza, especialmente de los ranqueles de Leuvucó (Leuvú, arroyo; có, agua.) El general Aldao recorrió en 1833 una parte de este camino.

El Chadi-leuvú según Mariano Rosas, riega campos bajos, que en la época de las crecientes se convierten en bañados dilatados y en las bajantes ostentan inmensos arenales salitrosos, alternando con bosques más o menos tupidos de chañares, molles y algarrobos. Las aguas son salobres, turbias, muy densas, debido a la gran proporción de materias salinas

de que están saturadas, predominando, según el ingeniero Casaffousth que las vio en la confluencia con el Diamante, los cloruros y los sulfatos.

Mariano Rosas ha visto muchas veces el Chadi-leuvú, siempre con agua, desbordándose sobre grandes áreas en la época de las avenidas y reduciéndose a su cauce barrancoso en unos parajes y casi al nivel de la pampa en otros, sobre todo al sur cuando cesan los derrames andinos.

Estos fenómenos se operan periódicamente en la primavera y el invierno. En aquélla no hay duda que podría ser navegable el Chadi-leuvú, pues su lecho no ofrece los inconvenientes de los ríos que cruzan territorios rocallosos; pero en invierno las bajantes suelen ser considerables, aunque rara vez se seca el río.

Mariano Rosas jamás lo vio sin agua.

A medida que avanza al sur el terreno es más bajo y cenagoso, llegando al fin a una inmensa depresión u olla pampeana, entre áridos y absorbentes arenales, donde se encuentran las aguas del Chadi-leuvú en el fondo del terreno, con el nombre de laguna Amarga o Urre-Iavquen de los indígenas. La aridez del territorio y la salazón de las tierras arenosas es tal, que la vegetación apenas vive; y Mariano Rosas asegura que ciertos árboles como los chañares, espinillos y aun algarrobos crecen allí lánguidamente, criándose con la mayor lentitud y miseria.

Se ha creído por algunos que la laguna Amarga tenía desagües al oeste y en el siglo pasado algunos escritores mencionaban el cauce de un río originario de ella, que vaciaba sus aguas en Bahía Blanca sobre el Atlántico. Interrogamos con

interés a Mariano Rosas sobre este punto y nos ha asegurado que la laguna Amarga no tiene desagües. El la ha visto en época de grandes avenidas, cuando salía de madre, inundando las depresiones adyacentes; pero al sur y al este de ella las aguas se detienen entre médanos más o menos elevados. Después de sus derrames en épocas de crecientes de los ríos del norte, no se encuentra agua en aquel territorio bajo y ondulado, cubierto a trechos de inmensos y guadalosos juncales.

La evaporación y absorción se efectúan en la Amarga y en el Chadi-leuvú de una manera extraordinaria. Lo primero a consecuencia de los calores intensos bajo un sol de fuego en el verano, según lo hace notar Avendaño. Lo segundo, por la naturaleza esencialmente porosa del territorio, desde el Bebedero a la Amarga.

Aquellas evaporaciones forman una niebla que oscurece el horizonte, y en este fenómeno se inspiraron los indios para llamar Urre-Lavquen al paraje, es decir, "Laguna de las Brumas".

Un viajero contemporáneo, el señor Moreno, incurre en un error geográfico fundamental, al decir que el río Diamante desagua en esta laguna Urre-Lavquen o Amarga⁸⁴. Así se creía en el siglo XVIII; pero el error está desvanecido desde principios del siglo actual, como se ha demostrado al consignar el resultado de las últimas explotaciones.

⁸⁴ Véase la relación de su viaje a la Patagonia Septentrional, pág. 185 del t. I de los Anales de la Sociedad Científica Argentina, donde dice: "Crucé el cordón de médanos que principiando en las cercanías del mar de la Cabeza de Buey, concluye en la laguna Curu-lauquén, donde desagua el río Diamante."

CAPÍTULO VI

DESCRIPCIÓN DEL TERRITORIO

Extensión. - Límites. - División en grandes secciones. - Región andina. - Volcanes. - Boquetes. - El paso de Villa Rica. - Altitud métrica de los Andes. - Población chilena en el Neuquén. - Región del río Negro. - Entre Ríos del sur. - El país del Diablo. - Del río Colorado al Diamante. - Región Central del territorio. - La ciudad de los Césares.- ¿Dónde estaba situada? - Solución probable del problema. - Estudio sobre la manera de aclarar el misterio. - Las pampas del río Quinto. - Pastos. - Aguadas. - Montes. - Caminos. - Salinas. - Médanos - Reconocimientos modernos. - Constitución física del suelo. - Su potencia productora. - Pampas fértiles y pampas estériles. - Establecimientos al sur de Mendoza. - El Diario del coronel Velazco. - La campaña de 1833. - Climatología. - Deficiencia de los elementos para su estudio. - Generalidades sobre el clima y los vientos. - Datos suministrados por los indios. - La Sabandija. - Fauna de la Pampa.

I. SON CONTRADICTORIAS las noticias que existen sobre la extensión superficial del territorio inmenso de la Pampa; pero todas ellas difieren porque los cálculos han partido de bases diferentes, comprendiendo unos mayores extensiones territoriales que los otros. Hemos dicho ya en el Capítulo Primero que Undiano calculaba hace un siglo en 17.000 leguas el territorio comprendido entre la frontera de la época y el río Negro, cálculo muy aproximado a la verdad.

El Censo Nacional de 1869 estima en 16.000 leguas cuadradas o sea 498,880 kilómetros cuadrados, el territorio de la Pampa, limitado al oeste por los Andes, al sur por el río Negro, al este por las fronteras de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba y San Luis, al norte por el río Diamante, frontera de Mendoza⁸⁵.

El Dr. Burmeister dice que estima el territorio de la Pampa en 20 grados y admite la cifra de 6.000 millas cuadradas. Los autores de la obra La República Argentina presentada a las exposiciones de Filadelfia y París, han copiado al Dr. Burmeister traduciendo "leguas geográficas alemanas cuadradas" lo que el autor llama *milles graphiques de 15 au degré*. La interpretación es mala y hará suscitar confusiones⁸⁶.

⁸⁵ Página 609 del Censo, cap. I de la Pampa. Buenos Aires, 1872. La reducción de leguas a kilómetros está equivocada. En vez de 498.880 kilómetros cuadrados, deben ser solamente 432.000.

⁸⁶ La diferencia del valor lineal de la milla varía mucho y como un ejemplo de ello, he aquí una pequeña tabla de los valores:

Austria: una milla mide	7.586m455.
España " "	1.393m
Francia " (marina) "	1.831m 832.
Holanda " "	5.856m.
Italia " "	1.654m.
Prusia " "	7.523m
Sajonia " "	9.074m

Por nuestra parte creímos que lo más prudente era apelar al mismo Dr. Burmeister, cuya amistad tenemos el honor de cultivar. El nos informó que para interpretar su dato debía tenerse presente que cuenta millas cuadradas geográficas de 21, 5 por cada grado de la superficie de la tierra, mientras que la legua argentina es de 21, 5 en grado, lo que da según cálculo del ilustre sabio 9.000 leguas cuadradas para la Pampa, como equivalente de las 6.000 millas de que hemos hablado⁸⁷.

El Dr. Burmeister se refiere al terreno central o Pampa propiamente dicha; y prescinde de los valles andinos y de los desiertos del sur del Colorado, a los que denomina estepas patagónicas.

El cálculo de Undiano es exacto, dijimos, y lo es el del censo, porque éste mide menos territorio que aquél, a consecuencia del avance de la frontera ocurrido entre una y otra época.

Por nuestra parte llamamos territorio de la Pampa al que tiene por límites al sur el río Negro, al oeste los Andes, al norte el Diamante y al este la frontera militar más avanzada, territorio que mide una área de 14.632 leguas cuadradas, con un error que no excederá seguramente de 100 leguas cuadradas. Así, pues, hemos adoptado 15.000 leguas como área general del territorio, porque sobrepasa esta cifra si se cuen-

La milla marina alemana es mayor todavía, pues mide 10.126 yardas iguales a 9.868 m. Por lo menos éstos son los datos que traen algunos autores.

⁸⁷ El cálculo del Dr. Burmeister y las explicaciones escritas que ha tenido la bondad de darnos, dejan subsistente la confusión. En efecto, la legua argentina no es de 21,5 el grado sino de 21,38. Por otra parte, siendo 20 los grados y 6.000 las millas que asigna a la Pampa, cada grado debía tener en vez de 15 millas, 17,3. Esta confusión se explica por la falta de adopción de una medida uniforme en nuestras publicaciones oficiales.

tan los campos entre fronterizos, es decir, los comprendidos entre la primera y segunda línea defensiva de Buenos Aires, cuya seguridad y defensa no están aún consolidadas.

II. No es posible leer las relaciones de los viajeros sobre los valles orientales de los Andes sin experimentar hondas emociones y el vivo anhelo de vivir bajo las bendiciones de aquella naturaleza benigna y exuberante.

El Dr. Lorentz, que ha publicado obras importantes sobre la Flora Argentina, con el auxilio del eminente sabio alemán Grisebach, dice que el pie de las cordilleras y el de sus ramificaciones orientales está rodeado en una extensión de varias leguas por una zona rica y espléndida⁸⁸. Aquel escritor encuentra allí el Edén de la República Argentina, porque la suavidad y majestad de la naturaleza se hermanan a una feracidad admirable, que ha sorprendido a los amantes de la botánica, ofreciéndoles un nuevo e inagotable teatro de investigación científica.

Las montañas del sur se hallan cubiertas de grandes bosques del tipo antártico, que prosperan a favor del clima de carácter húmedo y marino, a consecuencia de las grandes condensaciones de vapores producidas sobre las cimas de los Andes. Los viajeros han hecho notar hayas en la cordillera austral y son de todos conocidas las famosas araucarias, que en su nombre y en su origen recuerdan el vasto imperio andino de la raza de indios batalladores e indómitos, con la cual tratamos hoy de terminar el sangriento duelo de tres siglos.

⁸⁸ G. NAPP, *La República Argentina*, Bs. As., 1877. Dr. P. G. LORENTZ, *Cuadro de la vegetación de la República Argentina*, Pág. 79.

La feracidad de la región andina es naturalmente mayor en las ramificaciones de la cordillera que corre al norte, donde asume un carácter bien definido subtropical; pero los valles andinos entre los 34° y 37' de lat. S. no desmerecen de aquellos territorios privilegiados.

La esterilidad existe en todo su rigor a los 4.000 m. sobre el nivel del mar. La misión de la gigantesca cordillera se reduce allí a atraer las inmensas evaporaciones del Pacífico, condensándolas sobre sus cimas para derramarlas en los valles, como savia vivificadora. A tales alturas y en sus faldas está situada la formación de la Puna de los botánicos⁸⁹ y aparecen las rocas cubiertas de la planta Yareta o Llareta (azorela madreporica) cuya raíz resinosa es un excelente combustible⁹⁰. Estas plantas suelen aparecer aisladas en la pradera; pero son características de las altas regiones andinas.

Las gramíneas empiezan a pronunciarse abajo de los 4.000 m. a medida que el nivel declina, la vegetación se enriquece, pasando desde la Yareta al arbusto y desde éste a las arboledas, con fecundos pastos a su sombra; pastos cuya zona empieza a los 2.500 m.

La región de los bosques de carácter alpino corre desde los 34° de lat. S. hasta el Estrecho, remontándose a grandes alturas, mezclándose en la cuenca andina que vierte sus aguas en el río Negro, con los inmensos manzanares, debidos, como se ha visto, a la población de Nahuel-Huapí por los jesuitas. Los árboles que como el alerce (Fitz Roia Patagónica)

⁸⁹ Dr. LORENTZ, *ob. cit.*, pág. 131.

⁹⁰ MARTÍN DE MOUSSY, *op. cit.*, t. I, Pág. 191.

crecen corpulentos en las faldas bajas, en las alturas apenas son arbustos.

El señor Moreno que ha visitado la cordillera en las inmediaciones del Limay, dice lo siguiente:

“En ocho días visité los pehuen (*araucaria imbricata*) de los cuales medí dos troncos, uno de 4.62 m. y otro de 3.92 m. de circunferencia. Las montañas cercanas estaban cubiertas hasta cierta altura de magníficos bosques de estos árboles; pero no me fue posible acercarme.”

Otra de las peculiaridades de aquellas comarcas son las inmensas extensiones de frutillas (*Fragaria Chilensis*) silvestres, exquisitas y de un tamaño muy superior a las de nuestras tierras.

El mayor Bejarano recorrió en 1872 las orillas del río Malleu en los Andes, cerca de Villa Rica, y se encantaba en la contemplación de inmensos bosques de pinos y de robles a la vez que sus caballos hallaban inmensos prados cubiertos de frutilla.

La vegetación arbórea desenvuelve allí ese vigor que revelan las magnitudes de los troncos de araucarias medidos por Moreno, asumiendo todo el carácter severo y gigantesco de las plantas de los climas fríos.

El padre Falkner hacía la siguiente descripción de la región andina:

“Estas montañas producen tan grandes pinos como los de Europa, siendo su madera más sólida y más dura que la

nuestra. Es también muy blanca y se hacen de ellas diferentes mástiles y otros materiales para fábrica de navíos; de manera que, como observa Ovalle, los navíos construidos en los mares del sur duran frecuentemente 40 años. Del fruto cocido de estos pinos hacen provisiones para muchos días; teniendo el gusto muy semejante a la almendra cocida. Producen también estos árboles mucha trementina o goma, que se cría en una masa algo más dura y más seca que nuestra resina, pero mucho más clara y transparente, aunque no tan amarilla. Los españoles la llaman y usan como incienso, pero es un error, pues no tiene otra fragancia que la resina, si bien es un poco más fina.

Los valles al pie de la cordillera son en algunos parajes muy fértiles, regados por riachuelos, pues producen estando bien cultivados, excelente trigo y variedad de frutos, abundando asimismo las manzanas silvestres, con que los indios hacen una especie de sidra para su uso diario, ignorando el modo de conservarla⁹¹."

El capitán Musters, que es el Falkner moderno, trae la siguiente noticia descriptiva sobre el país andino de Nahuel-Huapí.

“Descendimos al llano, cruzamos el río en los bancos donde la paja o pasto de la Pampa crece en abundancia, así como la especie de bambú o cañas de las cuales los araucanos hacen los cabos de sus lanzas y una planta llamada Talka por

⁹¹ T. FALKNER, *Descripción de la Patagonia* (t. I de la Colección de Angelis, Pág. 7)

los chilenos, cuyo tallo parecido al ruibarbo, es refrescante y dulce.

Sobre las cumbres y laderas de las montañas del norte alzábanse a nuestra vista esbeltos pinos de sesenta pies de altura, los cuales aunque me impedía observarlos una insalvable barrera de piedra, parecerían ser especies de araucaria. Algunos habían sido arrancados por los aluviones y yacían destrozados en la ladera de la montaña. El aumento de temperatura, después de pasar el derrame de las aguas, era muy sensible, subiendo desde siete a diez grados, y la vegetación crecía más lujuriosa, presentando las plantas algunas formas hasta entonces desconocidas en la región del oeste.

La variedad de las flores hacía de aquel paraje un Edén encantador. Los racimos de las silvestres y bellas trepadoras, los algarrobos, y ricas y brillantes flores parecidas a las olorosas caléndulas y otras flores del campo, embalsamaban el aire con sus aromas y deleitaban la vista con el encanto de su belleza⁹².”

Las maderas andinas son las mismas en ambas faldas de la gran cordillera. Las provincias chilenas de Chiloé, Llanquihué, Valdivia y Arauco tienen una de sus principales fuentes de riqueza en el corte y preparación de la madera.

Nos faltan datos estadísticos de toda la zona que comprenden aquellas provincias; pero, sin embargo, tenemos el dato oficial correspondiente a Chiloé, donde anualmente hay 4.740 hombres labrando maderas y producen entre otras cosas 300.000 durmientes.

⁹² G. MUSTERS *At home with the Patagonians*, págs. 157 y 158.

Las selvas de Arauco son colosales, ofreciendo obstáculos insalvables a veces, a la marcha del ejército de Chile, y a los indios agricultores que se ven obligados a arrasar grandes montes por medio del fuego, para tener tierras en qué sembrar⁹³.

Entre las maderas de construcción y vegetales clasificados por la ciencia del lado de Chile y que existen en la falda argentina, son importantes los que expresa la siguiente lista con referencia a las latitudes en que prosperan⁹⁴.

Muesno (*eucryphia cordifolia*), árbol grande, crece desde los 38° de lat. S., alcanzando hasta doce metros de altura y suministra tablas muy estimadas.

Luma (*mirtus luma*), de madera muy dura, alcanza hasta 15 metros. La misma latitud.

Temu (*eugenia temu*), de algunos metros de altura. La misma latitud.

Canelo (*drimys chilensis*), árbol magnífico por su belleza y el perfume agradable que derrama su follaje, alcanza hasta 10 metros de altura. Es el árbol sagrado de los araucanos, que celebran las funciones solemnes a su sombra y los Illatunes o rogativas públicas. Los indios lo consideran el mejor remedio contra las plagas.

Lingue (*Persea lingue*), llega hasta 18 metros, y su corteza se emplea para curtir cueros. Los araucanos hacen de su fruta un licor que estiman mucho.

⁹³ Anuario estadístico de la República de Chile, correspondiente a los años 1868 y 1869 (Santiago de Chile Imprenta Nacional, 1872).

⁹⁴ *Le Chili tel qu'il est*, por Eduard Séve, tomo correspondiente al año 1876. Tomamos de esta obra los datos siguientes sobre la vegetación.

Peuno (*criptocarya peumus*), árbol muy considerable, de aplicación en las curtiembres.

Tigue Laurel (*laurelia aromática*), árbol hermoso, que alcanza hasta 30 metros de elevación, con un follaje tupido adornado de flores y frutas. Su madera sirve a los araucanos para fabricar los utensilios domésticos.

Coihue (*sagus dombeya*), árbol colosal, que alcanza a 50 metros y forma la base de los vírgenes bosques de la Araucaria, con un follaje hermosísimo. De su madera hacen canoas los indios y su fruto da una chicha excelente.

Raulí (*sagus procerá*), más raro que el anterior y poco menos corpulento, da una madera superior a la de la encina para todas las construcciones.

Pehuen (*araucaria imbricata*), árbol soberbio, el más bello que se encuentra en todo el territorio indígena, crece exclusivamente en este territorio, sin pasar al norte de los 39° de latitud. Corona las cimas de la cordillera central con su oscuro follaje, y sus ramas regulares forman a los 30 metros de altura una copa de verdura de aspecto encantador. Su tronco cilíndrico y resinoso en casi toda su altura, lo hace muy adecuado para construcciones navales. La fruta llamada piñón, encierra una sustancia farinácea, predilecta de los indios.

Len (*libocedras chilensis*), el ciprés de nuestros cementerios, sube hasta 15 metros y da excelentes maderas de construcción.

Mañiu (*saxegothea conspicua*), árbol muy elevado y de buena madera de construcción.

Yaque (*prumonopitus elegans*), árbol de altura mediana menos importante por su madera que por su fruta.

Quillai (*yuillaja saponaria*), árbol de 10 metros, poco abundante en estas latitudes. Su madera es mala; pero su corteza se aplica a varios usos industriales.

Malle (*litrea moye*), árbol mediano, cuya madera es excelente para fabricar instrumentos de labranza.

Litre (*litrea venenosa*), árbol más elevado que el anterior y cuya madera adquiere con el tiempo tal dureza que sirve para reemplazar el hierro. Con él se hace la reja de los arados. De sus frutas, sacan los indios una bebida.

Las frutas silvestres no son numerosas y descuellan entre ellas los piñones de los pehuen, cuya cosecha es uno de los acontecimientos más notables de la vida de los indígenas araucanos, que por vivir en esta región han tomado de aquellos árboles gigantescos el nombre de pehuenches, gentes de los pehuen.

El poñi o papa (*solannun tuberosum*), es un precioso tubérculo originario de la Araucaria, donde crece con un vigor extraordinario. Se cultivan numerosas especies de él y según toda probabilidad su sustancia reemplazaba el trigo entre los araucanos.

Yevuin, o avellana (*quinina avellana*), es un bello arbusto, cuyo fruto redondo, con fécula, ácida, sirve como el precedente para hacer una harina muy agradable al paladar, al mismo tiempo que de su vástago nuevo, tan liviano como sólido, se sacan instrumentos para el juego favorito de los naturales, la chueca y mazas naturales que en manos de los indios son tan poderosas armas de guerra.

Llahuen o frutilla (*fragaria chilensis*), planta de fruto sabroso y perfumado, de todos conocida, tiene por patria el territorio araucano.

El copiu (*pagelia rosea*) y el caguil (*lardisabala bitarnata*); son dos frutos indígenas, comunes en la región andina; tienen la forma y semejanza de prismas romboideos llenos de una pulpa azucarada y un poco jugosa. Crecen abundantemente en los bosques y cubren con sus guirnaldas floridas la desnudez de los troncos seculares.

El Yanyan (*gautheria sespitosa*), pequeño fruto muy abundante en los lugares elevados, donde se encuentra mezclado con las fresas, cargado de granos que parecen de coral trasparente, insípidos; pero muy buscados por los indígenas.

Entre las plantas medicinales o industriales más conocidas se mencionan las siguientes:

Voge o canelo (*drimy chilensis*), la decocción de la corteza de este árbol es usada por los araucanos para curar toda clase de heridas y muy frecuentemente con éxito.

Caucha (especie de *Sinautheria*), es tal vez de las más preciosas entre las plantas medicinales.

Se administra a las personas picadas por la terrible araña que llaman en el país pallú (*Latrodectes formidabilis*), simultáneamente en cataplasma sobre la herida y en bebida. Este insecto temido se encuentra en las llanuras y ondulaciones áridas de los valles de los Andes en cantidades considerables, y produce con su picadura convulsiones nerviosas, acompañadas de dolores agudos que empiezan a disminuir después de veinticuatro horas. El antídoto, aunque descubierto hace poco tiempo, se aplica siempre con éxito completo.

Relbun (*galuim chilensis*), raíz cuyo jugo sirve para teñir de rojo.

Guayú o bollen (*kagenekia oblonga*), arbusto de anchas hojas amargas, del que se saca un color amarillo que los indígenas emplean para teñir los tejidos de lana.

Quillai (quillaja saponaria). Aunque la leña de este árbol sirve para la construcción, su corteza tiene propiedades análogas a la del jabón y que le son aún superiores para lavar la lana.

El Coiron, yerba permanente, crece en todos los valles y en su mayor parte es el único alimento de los ganados.

Los indígenas la hacen crecer, quemando sus hojas cuando están secas.

El mallin es una gramínea que crece en los valles elevados de la cordillera, es considerada como muy superior al coiron, sobre todo para el pastoreo de los animales de la raza caballar.

Se puede añadir a esto la yerba llamada ratonera, de la cual se sirven los naturales, como del coiron para hacer a sus casas un techo liviano e impermeable. Los valles son exuberantes. Reposan sobre la conocida formación de los guijarros, o sean las piedras quebradas y rodadas entre viento, nieve y granizo, que en Sudamérica constituyen depósitos inmensos en extensión y profundidad.

El Dr. Burmeister ha escrito esta formación de origen andino en los *Anales del Museo de Buenos Aires*⁹⁵ y la estudió en las inmediaciones de Mendoza, donde cubre toda la parte

⁹⁵ *Obra citada*, pág. 188.

más elevada al oeste de la ciudad, formando una capa muy gruesa.

Pero esta formación corre con los Andes porque tiene su origen en las desagregaciones de sus rocas, y avanza muchas leguas sobre las pampas del sudeste. En efecto, el señor Moreno la examinó en el Chichinal, veintiséis leguas arriba de Choele-Choel y en este mismo punto.

“Estas colinas, dice, están cubiertas de una capa de canto rodado de 15 pies de espesor en Choele-Choel. En Chichinal he visto de 40, y cerca de la cordillera, en la orilla del arroyo Calfucó alcanzaban según mi cálculo a 200 pies.”

La regla general es que, a cierta distancia al oriente de los Andes, los cantos rodados están cubiertos de capas de tierra vegetal más o menos espesas. La profundidad de las capas de guijarros en toda la región de las faldas de los Andes, da origen a un terreno inconsistente y de fácil conmoción.

Hemos pensado muchas veces que esta circunstancia debe influir poderosamente, en el sentido de aumentar los desastres de los temblores de tierra. Los sacudimientos no ejercen acción tan alarmante, cuando las poblaciones están edificadas en terreno firme; pero en las comarcas cuyo subsuelo es de guijarros, un pequeño temblor produce mayores efectos, a consecuencia de la facilidad con que se conmueven las capas desagregadas e inconsistentes de la tierra.

Por lo demás el humor disfraza perfectamente la formación de los cantos rodados, produciendo pasto en exuberan-

cia, sobre los valles muy bien regados por los desagües andinos.

Como una prueba evidente de la feracidad de estas regiones nos basta citar los grandes pastoreos chilenos y de los indios que existen en los valles orientales del Neuquén donde la hacienda engorda sólidamente y con rapidez⁹⁶.

Desde los tiempos más antiguos los indios de la taza araucana han dominado y poblado los valles andinos de oriente, por la abundancia de recursos vitales que les ofrecían, por la excelencia de los pastos y de las ricas y puras aguas que se despeñan de la región de las nieves permanentes.

No son solamente los indios los que, apercebidos de la fertilidad de estos valles, los han poblado desde tiempos remotos.

Son también vecinos, jefes y hacendados de la República de Chile, quienes como pobladores o como comerciantes con los indios ladrones, se han establecido en las tierras argentinas que nos ocupan.

El justificativo más autorizado que podemos traer en apoyo de estos asertos, es el Censo de la República de Chile, levantado en 1875⁹⁷. La comisión encargada de empadronar la provincia del Nuble, dice, en cuanto a falta de anotaciones, que:

⁹⁶ Véase la carta del general D. Julio A. Roca, a la Redacción de La República publicada en 1876 y fechada en el Río Cuarto a 24 de abril del año indicado.

⁹⁷ Quinto Censo general de la población de Chile, levantado el 19 de abril de 1875, compilado por la Oficina Central de Estadística de Santiago. (Valparaíso, Imprenta de *El Mercurio*, 1876).

“En la época en que se levantó el censo, un crecido número de individuos se encontraban en los campos de ultracordillera, comerciando con los indios... Agrega, también que entre las dos fajas de altas cordilleras hay una numerosa población chilena, ocupada en el pastoreo y crianza de ganado, que tampoco ha sido inscripta en los padrones, y calcula que esta población asciende más o menos a cinco mil personas⁹⁸.”

Es difícil estimar con fidelidad el número de ganado que los chilenos compran a los indios, y crían en sociedad con ellos; pero hay motivos para creer que estos hacendados del Neuquén poseen arriba de 80.000 animales vacunos.

Al sur del boquete del Planchón, cuya altitud es de 3048 m. a los 35° 11' de lat. S., hay varios volcanes apagados y uno sólo activo, que tiñe de cuando en cuando con el reflejo de sus llamaradas, la nieve de las montañas circunvecinas.

La situación geográfica de estos volcanes, referida a la longitud del meridiano de Santiago de Chile, ha sido dada por Pissis⁹⁹, de cuyos trabajos tomamos los siguientes datos:

Nombres de los volcanes	Latitud sur	Longitud de Santiago	Altitud en metros
Apagado de Petroa	35° 12'	0° 3' O	3.615
“ Descabezado Chico	35° 30'	0°	3.330
“ Descabezado	35° 36'	0° 10' O	3.888
“ Cerro Azul	35° 39'	0° 10' O	3.760
“ De las Yeguas	35° 59'	0° 17' O	3.657

⁹⁸ *Obra citada*, pág. 11.

⁹⁹ AMADEO PISSIS, *Geografía Física de la República de Chile*.

LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

“ Nevado de Chillán	36° 48'	0° 53' O	2.904
Activo de Antuco	37° 23'	0° 50' O	1.918
Apagado de Collaqui	37° 53'	0° 52' O	2.972
“ Lonquimay	38° 18'	1° 3' O	2.952
“ Llaima	38° 46'	1° 11' O	3.500
“ Villa Rica	39° 27'	1° 23' O	3.200
“ Quetopillán	39° 27'	1° 54' O	3.588
“ Riñihué	39° 54'	1° 30' O	2.659
“ Osorno	41° 8'	1° 52' O	2.198
“ Michi-Mahuida	42° 47'	1° 53' O	2.400
“ Melimayú	44° 6'	1° 13' O	2.400

El mismo autor da la situación exacta de los diferentes boquetes de los Andes, frecuentados diariamente por los indios en su comercio con los chilenos, y por los chilenos que pasan a comerciar al este de los Andes. Hemos formado con sus datos el siguiente cuadro demostrativo de los boquetes al sur del Planchón:

Nombre de los Boquetes	Latitud Sur	Longitud de Santiago	Latitud en metros.
Lontué	35° 28'	0° 4' E.	2.703
Invernada	35° 40'	0° 8' E.	1.800
Laguna del Maule	36° 7'	0° 10' E.	2.204
Pichachen	37° 28'	0° 35' O.	2.176
Cupulhué	37° 33'	0° 34' O.	2.233
Trilope	37° 50'	0° 36' O.	2.310
Raucó	40° 7'	0° 16' O.	--
Pérez Rosales	41° 10'	0° 14' O.	1.500
Oyarzum	42° 22'	0° 7'	--

El comandante Olascoaga, en su carta ya citada, marca el paso de Villa Rica indicando que mide una milla de ancho, y que está abierto en todo tiempo. El camino que siguen los indios desde Villa Rica hasta Valdivia, pasa por Penehué, Cachipulli y Quinchilcó. El nivel de los Andes empieza a bajar desde el Planchón, es decir, desde los 3.048 m. hasta 1.500 m. que es el paso más bajo o sea el boquete de Pérez Rosales, frente a Nahuel Huapí.

Nada se sabe sobre el clima del territorio andino de la República al sur del paso del Planchón, que esté fundado en observaciones científicas; y aun del lado de Chile, donde la población, como se sabe, va hasta Magallanes, los estudios y datos son incompletos todavía.

No obstante, se conocen las observaciones meteorológicas realizadas en Chiloé y Valdivia. Ellas dan una idea del clima de la región argentina, limitada al oeste por los Andes y al este por los ríos Limay y Neuquén, por cuya razón hemos reunido los siguientes datos:

Localidad	Latitud Sur	Agua caída	Temperatura Media
Ancud	41° 47'	2m. 166½	10° 60
Puerto Montt	41° 29'	2m. 289	10° 67
Valdivia	39° 49'	2m. 383	10° 65

Las observaciones de Ancud, provincia de Chiloé, corresponden a todo el año de 1874. El termómetro empleado es el Reaumur. Las lluvias fueron torrenciales y cayeron durante 187 días al año.

LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

El clima de la provincia de Llanquihué no es extremo. Las lluvias son abundantísimas, como lo demuestran las observaciones verificadas en Puerto Montt. Llovió durante 207 días del año.

La temperatura del Puerto Montt y de Valdivia, es dada por el termómetro centígrado. En Valdivia llueve 160 días del año.

Como la zona chilena que estudiamos es análoga a la argentina del Limay, no solamente por hallarse en la misma latitud austral, sino también por su constitución física, el clima de ambas debe ser sino idéntico, muy poco diferente.

Conviene entonces estudiar los trabajos climatológicos hechos del lado de Chile, por la luz que arrojan sobre la climatología del territorio andino del este.

Sintetizando las publicaciones del Observatorio Meteorológico de Chile, podemos formar el siguiente cuadro correspondiente a la región andina del sur:

Localidades	Latitud Sur	Estaciones	Temperatura Media	Lluvia	Total
Talca	35° 26'	Verano	21°, 64	0m, 011	0m, 527
		Otoño	14°	0m, 155.6	
		Invierno	7°, 88	0m, 275.4	
		Primavera	14°, 42	0m, 84.5	
Concepción		Verano	18°,70	0m, 057	1m. 364
		Otoño	13°, 61	0m, 268	
		Invierno	9°, 24	0m, 868	
		Primavera	14°, 31	0m, 171	

Valdivia	Verano	14°, 76	0m, 375	2m. 557
	Otoño	11°, 26	0m, 706.9	
	Invierno	7°, 14	1m, 003.5	
	Primavera	10°, 89	0m, 472	
Corral	Verano	13°, 88	0m, 437.4	2m. 745
	Otoño	11°, 40	0m, 822.9	
	Invierno	7°, 74	0m, 093.4	
	Primavera	11°	0m, 391.5	
Puerto Montt	Verano	15°, 43	0m, 501	2m. 333
	Otoño	11°, 95	0m, 686.6	
	Invierno	8°, 44	0m, 733.8	
	Primavera	11°, 79	0m, 411.6	
Ancud	Verano	14°, 8	0m, 426	2m. 035
	Otoño	11°, 24	0m, 534	
	Invierno	8°, 25	0m, 700	
	Primavera	10°, 58	0m, 375	

El clima es tanto más seco cuanto más al sur se observa. Así, en Punta Arenas de Magallanes el agua caída al año fue de 0 m. 495. Cae nieve allí.

Los precedentes datos tienen por base los trabajos de la Oficina Central Meteorológica de Chile, a cargo de don José Ignacio Vergara, y representan la media de las observaciones anuales.

III. La segunda zona abraza la cuenca de los ríos Limay y Negro. Hemos dicho en otro capítulo que el río Negro corre estrechado entre dos altas murallas, que se levantan sobre

ambas orillas al sur y al norte, desde 40 hasta 600 pies sobre el nivel del suelo.

Estas dos cuchillas limitan, pues, pequeños valles sobre cuya fertilidad hay dudas y los viajeros no están de acuerdo, aunque la verdad es que no todos ellos han podido observar detenidamente los campos en vastas extensiones, habiéndose limitado al contrario a ver el terreno que pisaban.

Analicemos las noticias de los exploradores, cuyas relaciones de viaje nos son conocidas, haciendo notar sus discordancias a fin de señalar con exactitud los recursos que ofrecen los campos y los reconocimientos que es necesario efectuar para aclarar el resultado de las exploraciones anteriores.

El piloto D. Basilio Villarino presentó un informe sobre la importancia de los establecimientos de la costa patagónica, fechado en Carmen de Patagones a 24 de abril de 1872. En este documento hallamos la siguiente noticia sobre el valle del río Negro:

“La llanura o valle por donde baja este río en las 60 o 70 leguas que yo anduve, tiene bellísimos pedazos de tierra dispersos o separados unos de otros, y son aquellos parajes que logran el beneficio del riego que frecuentemente le prestan las corrientes del río. Desde Choele-Choel para abajo, esto es siguiendo el río aguas abajo hasta su desagüe, se pueden establecer muchas familias, o hacer muchas poblaciones chicas

dispersas o separadas unas de otras, en la misma conformidad como están los buenos terrenos¹⁰⁰.”

Poco dijo Villarino de los campos adyacentes al río Negro desde Choele-Choel al Neuquén. En este río comenzó a preocuparse del aspecto general del país, y de cuando en cuando nos da algunas noticias que revelan el estado de tristeza en que se hallaba su espíritu, en medio de la soledad de aquellas regiones y de los inconvenientes abrumadores que se oponían a su paso.

El día que remontó algunas leguas el Neuquén escribió lo siguiente:

“Las tierras de sus llanuras son estériles y salitrosas, y estrechísimas las de las montañas: barrancas coloradas o precipicios que ponen término a la llanura. Los campos que siguen tierra adentro de las barrancas, no producen pastos, ni árboles, ni están llenos de espesos bosques, como quiere Falkner; antes bien, en lo que he visto, por lo contrario, se hacen estos campos intransitables, a excepción de las orillas de los ríos; porque en ellos falta el agua, la caza y el pasto para las bestias¹⁰¹.”

Este es, en efecto, el carácter prominente de la región que se extiende entre el Neuquén al oeste, el mar al este, los ríos Negro y Colorado, al sur y al norte.

¹⁰⁰ Tomo 6 de la Colección de Angelis, págs. 119 y 120 de la última parte: *Viajes y Expediciones*.

¹⁰¹ Diario de Villarino, en la Colección de Angelis, t. 6, pág. 16.

En el paso, es decir, en la confluencia del Neuquén y del Negro, Villarino señala grandes extensiones de territorio fértil y productivo.

El Diario de navegación del piloto Descalzi trae algunas noticias descriptivas sobre los valles del río Negro, que extractamos en seguida.

El trecho del río hasta la isla de Calvo, era hermoso, con islas y tierras aptas para toda clase de plantíos.

En todo el camino se veía el terreno cultivado por vecinos, que vivían en cuevas cavadas en las cuchillas que festonan el valle del río Negro.

En la jornada hasta la isla de Guardiola, el aspecto general y calidad del terreno no varían; pero al acercarse al rodeo de Zelarayán, empiezan a descubrir en el valle lino y cáñamo.

A la altura de la isla Hermosa hay un territorio fértil, adecuado para una población.

El campo en las inmediaciones del potrero de Francisco y este potrero, son excelentes para el cultivo y la cría de ganado. Los pastos cerca del río son muy buenos, habiéndose notado trigo, cerraña, lengua de vaca y nabo.

Enfrente del potrero del Negro Muerto el río ofrecía particularidades que Descalzi señala así:

“En la vuelta que da el río en Cavayú-Cuatiá hay un remanso muy grande, por cuya razón los correntinos de la tripulación dieron este nombre a este paraje, recordando que así llaman a un remanso famoso del río Paraná. No encontré fondo con diez y media brazas de sondalesa.”

El teniente Elsegood que mandaba la goleta exploradora Encarnación, decía en su Diario sobre Choele-Choel.

“El riacho del sur de la isla es mucho mejor que el del norte. Su fondo por lo general es de arena; en algunas partes es fangoso y rara vez es cascajo.

La hondura alcanza en ciertos puntos hasta cinco brazas. El mínimo es de braza y media. La corriente es de tres millas por hora.”

Estudiando la topografía de la isla, Descalzi anotó lo siguiente, que puede servir a guisa de explicación del plano de niveles de Choele-Choel dado en otro capítulo:

“Calculé la altura del médano Argentino sobre el nivel del río y la hallé de doce varas, menos dos pulgadas. La loma de la isla es de igual altura, salvo algunos puntos en que alcanza hasta doce varas.”

Después de estas noticias lo más útil y práctico para una expedición militar, es el Diario de viaje del mayor Bejarano, por las indicaciones que trae sobre aguadas y pastos. Este Diario permanece ignorado en la Memoria de la Guerra de 1872; pero es oportuno reproducirlo en forma de extractos de lo sustancial.

EXTRACTOS DEL DIARIO DE VIAJE DEL
SARGENTO MAYOR D. MARIANO BEJARANO,
DESDE CARMEN DE PATAGONES HASTA

LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

NAHUEL-HUAPÍ E INMEDIACIONES ORIENTALES
DE VILLA RICA

Fecha	Distancia Del Carmen	Observaciones
20 de junio	7 leguas	En el camino se encuentran bosques de chañar, jarilla y algarrobilla, mucha piedra.
21 de junio	9 leguas	Llegada a Potrero Cerrado.
22 de junio	17 leguas	El ancho del río Negro es de 2 a 3 cuadras; desde aquí se sigue la costa sur del río.
2 de julio	20 leguas	Buenos pastos: cebadilla, cola de zorro, gramilla, trébol de olor, pasto fuerte. Hay un desfiladero de treinta cuadras por la costa del río.
5 de julio	32 leguas	Buenos pastos y caminos como los anteriores, desfiladero de 1½ legua, denominado La Segunda
8 de julio	40 leguas	Angostura.
9 de julio	50 leguas	Del Corral Carancho al Rincón del Chocorí, buenos campos y abundancia de pastos.
11 de julio	59 leguas	La distancia del paso Chocorí hasta la bajada de Balcheta es de 10 leguas, siendo 5 de ellas de buenos pastos y las otras 5 de monte y piedra.
13 de julio	68 leguas	Llegada a la punta debajo de la Isla de Choele – Choel, por buenos campos y pastos.

		Hasta la punta de arriba de Choele- Choele, buenos campos y pastos. La isla tiene mucho monte de sauce, al sur principalmene, y éste se encuentra en toda la margen del río, a ambos lados.
14 de julio	78 leguas	Es de advertir que desde el rincón de Chocorí en adelante, no puede andar ningún rodado por las travesías. El río se puede pasar a nado.
15 de julio	88 leguas	Llegada a Matalbaca. En este camino hay una travesía de 4 leguas de monte y piedra, sin pastos. Abunda allí la zarzaparrilla. El río se halla encajonado y el ancho del valle es a lo sumo de treinta cuadras.
16 de julio	94 leguas	Llegada a Clelforó. Travesía de monte, piedra y nieve.
17 de julio	107 leguas	Llegada al paso del Chichinal. Buen camino y buenos pastos. Pasó al norte del río con el agua al encuentro del caballo, estando en gran bajante el río; al norte buenos campos y pastos.
18 de julio	108 leguas	Llegada a Fresno Menoco, al norte del río.
19 de julio	122 leguas	Pasó el río Neuquén con el agua al encuentro del caballo. Llegada a Chamel Langueyú. Algunos trechos de monte y sin pastos. Las sierras corren una al norte del Neuquén y al sur y norte del río Negro.
		Después de recorrer 14 leguas llegó a Cha-

LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

20 de julio	132 leguas	leupuyú. Campos con buenos pastos y manzanos silvestres. En el camino como 14 leguas más al sur, hay un potrero natural de 4
21 de julio	144 leguas	leguas en circuito con sólo 2 entradas. Este potrero está formado por la sierra y un brazo del río.
22 de julio	156 leguas	Llegada a Thecau-niyó (paradero de los loros). Travesía sin pastos y abundancia de nieve.
23 de julio	166 leguas	Llegada a Tuniyú. Hay una travesía de 2½ a 3 leguas de mucho monte, quedando este punto como 3 leguas al S.O. del arroyo Pi-quin-leuvú.
24 de julio	169 leguas	Llegada a Manzana-Niyó. Buenos campos y pastos, notándose en este punto los tres famosos manzanos que en la época de Villarino apenas medían un estado y que Bejarano vio ya muy grandes.
27 de julio	179 leguas	Llegada a Nembucó, Pasaje del arroyo Pi-quin-Puranmí, 2 o 3 leguas al sur del Manzana-Niyó. Campo con mucha piedra y monte. Encuentro en Nembucó de los primeros tol-dos. El camino se desvía por la parte N.O. alejándose del río y sigue entre serranías.
29 de julio	180 leguas	Mal campo y malos pastos.
30 de julio	185 leguas	Llegada a las nacientes de Nembucó. Llegada al río Collon-curá. Campos de regular pasto. Hay un desfiladero de una legua

26 de agosto	195 leguas	más o menos que no da paso sino a 3 o 4 hombres de frente.
27 de agosto	203 leguas	Paso del Collon-curá. Entrevista con el cacique Shayhueque a una legua del arroyo Quenquentrué y Collon-curá. Llegada a los toldos de Shayhue que en la costa del río Caleuvú. Campos de sierra, pasto regular. Marcha para los toldos de Reuque-curá. Llegada al río Chimehuin, habiendo pasado por entre montes de manzanos, palmas, cipreses y grandes frutillales. Llegada a los toldos de Nancu-cheo. Ocho leguas del Chi mehuin en la costa del río Mallen, al pie del cerro nevado de Villa Rica ¹⁰² .

Los días que faltan son los que el mayor Bejarano destinó al descanso de las cabalgaduras y a los paseos con los caciques. Durante los diez últimos días de julio y principios de agosto, vióse detenido por inmensas nevadas, que cubrían el suelo hasta una altura considerable. Las notas del regreso nada agregan.

Nos queda por analizar la relación del viaje del señor Moreno. Según este viajero, entre Carmen de Patagones y el

¹⁰² El cacique Nancuqueo fue muerto en diciembre de 1878, por las fuerzas expedicionarias de Carhué, que a las órdenes del coronel Levalle, llegaron hasta Nahuel Malal, o Corral del Tigre.

Chichinal hay 120 leguas; pero el mayor Bejarano no da más que 94.

¿De quién es el error? Uno y otro calculaban por el paso del caballo; pero, sin duda, el señor Moreno daba demasiado crédito a los datos de sus guías, que eran indios, quienes jamás comunican algo exacto sobre sus tierras, temerosos de que sea aprovechado en daño de ellos.

Respecto a la faz general del territorio, el señor Moreno se expresa así:

“Por lo que vi hasta allí, creo que los campos del río Negro no merecen la fama de espléndidos de que gozan. Exceptuando las cercanías del pueblo de Patagones en una extensión de 30 leguas, no hay un pedazo de tierra que pueda cultivarse en grande escala.

El río, resto de un antiguo torrente, corre generalmente hacia un lado de las colinas, con vueltas muy bruscas y numerosas, de modo que en casi la totalidad el camino va sobre aquéllas, siendo el terreno en extremo guadaloso a alguna distancia de la costa. Lo único utilizable son los rincones, pero no tienen extensión suficiente para que una colonia agrícola pueda establecerse en ellos con buen resultado. El valle en ciertos peajes, a las orillas del río, tiene pastos regulares, pero por lo general se halla cubierto de carrizo y orozú o de chañar, piquillines y jarilla en las inmediaciones de las colinas.

Además, los médanos y las grandes cantidades de piedra rodada, hacen imposible el crecimiento de pastos tiernos y aunque en ciertos parajes crece bien el trébol amarillo, no es

en cantidad que baste al alimento de los animales durante largo tiempo.

La travesía sobre las lomas (las colinas) o Phichi Huincul, son muy penosas, sobre todo en el lado norte, la del Negro Muerto, y en el sur la que se extiende desde Choele-Choel hasta Chilforó y desde Chichinal hasta el Limay.

Sobre ellas no hay agua ni pasto para los animales, continuando así por centenares de leguas cuadradas, hasta Balcheta y el río Chubut, donde existen praderas; pero no de gran importancia.

Creo que debía abandonarse completamente la idea de colonización en grande escala en el río Negro y Chubut para pensar en Bahía Blanca y Santa Cruz, donde he visto parajes convenientes para la cría de ganado.

Los principales paraderos son Choele-Choel, del cual hablaré más adelante¹⁰³, y Chichinal. Sin embargo en este último punto, los 60 caballos que llevábamos no encontraron qué comer, después de tres días de permanencia.”

Las observaciones del señor Moreno, estaban, pues, en desacuerdo sobre algunos puntos con el Diario del sargento mayor Bejarano, hombre práctico y de campo, enviado especialmente en busca de datos positivos sobre pastos, aguadas, leña y demás recursos para la vida militar sobre el río Negro.

Creímos, en presencia de esta contradicción, que lo acertado era provocar una conferencia con el mayor Bejarano. Ella se realizó, comenzando por la lectura de las precedentes observaciones del señor Moreno.

¹⁰³ El señor Moreno no vuelve a hablar de Choele-Choel en su Memoria.

El mayor Bejarano nos manifestó que no eran del todo exactas, en cuanto se refieren a la calidad de los campos; agregando que tal vez aquel joven viajero había sido engañado por sus guías y acompañantes indígenas, en cuanto a los recursos del territorio y a las distancias.

Sabido es en efecto, el tenaz empeño con que los indios ocultan a los blancos todos los datos que pueden ser útiles en la guerra que sostiene la Nación contra ellos.

Relativamente a la calidad de los campos, el mayor Bejarano nos ha escrito un nuevo informe, explayando sus observaciones de 1872, en los términos que a continuación se leen:

Sr. Doctor D. Ertanislao S. Zeballos.

Estimado amigo:

Le adjunto los datos que Vd. me pidió respecto al río Negro hasta el río Neuquén. Si precisa algunos otros más hasta las Manzanas puedo dárselos, lo mismo que del río Colorado.

Lo saluda S. S. y affmo.

MARIANO BEJARANO

Norte del río Negro de Patagones. 1° Saliendo de Patagones hasta el Potrero Grande los campos no son buenos para sementeras; pero lo son para pastoreo. Los pastos son fuertes, de buena calidad, y en los bajos hay cebadilla y mucho alfilerillo. Los montes son bajos, de chañar, piquillín y jarilla y en su mayor parte raros.

En la costa, del río hay sauces blancos, colorados y morados; y en algunos rincones de la costa se puede sembrar, aunque no en mucha extensión.

En una angostura que hay hasta la China Muerta se ve alfalfa.

2° Del Potrero Grande hasta la primera Angostura, los campos son buenos para la sementera y pastoreo. Allí el valle se extiende más de una legua hasta llegar a la cuchilla o colina. Los pastos en esta extensión son de buena calidad, a saber: cebadilla, gramilla, cola de zorro, trébol de olor, alfilerillo; en la cuchilla hay pasto fuerte y en algunas partes está mezclado con los pastos antedichos. Las maderas son más abundantes y los montes más espesos.

En el valle no hay monte: porque éste sigue la cuchilla.

3° De la primera Angostura hasta la salida no es bueno el campo para sementera en una extensión de seis leguas; pero lo es para pastoreo. Los pastos son fuertes y las maderas de la misma calidad. Los montes son raros y bajos. Del fortín General Conesa hasta la travesía del Negro Muerto los campos son buenos para la sementera y pastoreo, los pastos dulces y muy abundantes; la extensión del valle será de legua y media hasta la cuchilla, donde el pasto es fuerte, el monte espeso y las maderas abundantes. A la altura de la travesía del Negro Muerto hay otra clase de maderas duras cuyo nombre ignoro.

4° De la travesía del Negro Muerto hasta el camino que baja del río Colorado al Negro, que viene de Salinas Grandes, en una extensión de diez a once leguas no es bueno el campo por el mucho monte y su espesura; hay rincones que se pueden utilizar en la sementera, pero son pequeños.

En el monte hay poco pasto debido quizá a la espesura de aquél. Es de creerse que así como esos montes fuesen desapareciendo aumentaría la vegetación herbórea considerablemente. En algunos bajos que hay en este trayecto he visto pasto y de muy buena calidad; pero estos bajos son de corta extensión.

5° De la bajada del camino hasta el Chichinal, en una extensión de 25 leguas, el campo es bueno para sementera y pastoreo; sus pastos en el valle son de buena calidad y en las cuchillas son fuertes. La extensión del valle es de más de legua y media y las maderas abundan de las mismas calidades ya dichas. Teniendo sus tolderías en ese campo la tribu del cacique Queupo que consta de 300 a 400 indios de lanza, fuera de la chusma, es de suponer que por lo menos alimentarán de cuatro a cinco mil animales en esa zona. En el punto denominado Chichinal hay un campo de primera clase para la sementera y en su cuchilla o colina para pastoreo. En este punto empiezan las sierras. Es de advertir que en el año 1872 cuando yo hice mi viaje a las Manzanas, venían dos comisiones de indios de Patagones, de recibir sus raciones, que arreaban mil vacas cada comisión, mil para el cacique Shayhueque y otras mil para Reuquecurá, lo que hace un total de 2.000 animales, sin contar los caballos y yeguas que traían para su viaje y los que traíamos nosotros, que harían por todo un total de 2.500 animales, los que bien se podían tener allí por toda la vida sin que les faltase nunca pasto; y no sé cómo puede decir el señor Moreno que 60 animales no tenían qué comer a los tres días de permanencia en dicho punto. Yo estuve allí y en las horas que permanecí en el Chichinal pude

recorrer sus buenos campos y ver la excelente calidad de los pastos.

6° Del Chichinal hasta el río Neuquén o Comoé, como lo llaman los indios, en un trayecto de 15 leguas, sólo hay unas 7 leguas de campo bueno para la sementera y pastoreo y la otra parte es montuosa; pero por esto no dejará de servir para pastoreo, porque como he dicho antes, así que vaya desapareciendo el monte se aumentará el pasto; allí mismo hay algunos rincones chicos que se pueden utilizar en la labranza, aunque no en grande escala.

Las maderas son de la misma calidad que las que quedan citadas, pero en mayor abundancia. En Fresco Menoco, dos leguas más adelante, antes de llegar al paradero Sauce Grande, hay tres árboles de manzano a la orilla del camino.

Sur de Patagonia. - 1° Saliendo del pueblo de Patagones hasta el Sauce Blanco, en un trayecto de 16 leguas, el campo es bueno para las sementeras y el pastoreo; los pastos son cebadilla, gramilla, cola de zorro, alfilerillo y trébol de olor y en algunas partes alfalfa; peto ésta en pequeña escala.

En dicha parte la cuchilla o colina se encuentra a una distancia de la costa del río de dos leguas y en algunas partes sus maderas son las mismas que en el norte. Del Sauce Blanco hasta la bajada de Balcheta, con muy pocas excepciones, todos los campos son buenos para sementeras y pastoreo, sus pastos son de buena calidad y sus maderas de igual clase a las del norte. Desde Balcheta hasta la punta de arriba de la isla de Choele-Choel, hay también algún campo malo para la sementera, por haber una travesía de cinco a seis leguas (es de advertir que se llama travesía cuando hay que desviarse de la

costa del río a una distancia de una o dos leguas afuera); pero no por esto es malo para el pastoreo, porque siempre hay pasto y en algunos bajos bueno, como ser cebadilla, alfilerillo y trébol de olor.

En el restante es bueno el campo para la sementera y pastoreo y abundan las maderas como en el norte. De la punta de arriba de la isla de Choele-Choel hasta el Chichinal, en su mayor parte es malo el campo para la labranza; sin embargo, hay algunos rincones que se pueden utilizar para dicho objeto, y en algunos de ellos se pueden sembrar hasta cuarenta fanegas de trigo: no por esto es malo para pastoreo, en la cuchilla siempre hay pasto fuerte.

Del Chichinal hasta la embocadura del Limay el campo es malo para la sementera por el mucho monte, pues éste llega hasta la costa del río; sin embargo, creo que esto no será un obstáculo para que se pueda utilizar en el pastoreo, pues hay abundancia de pastos fuertes y a medida que el monte vaya desapareciendo se podrá también cultivar, siendo sus tierras de excelente calidad.

Es de advertir que los campos de ambas márgenes del río Negro son malos o buenos según la distancia a que se hallen de la cuchilla o la colina, porque en los valles hay pasto dulce y en la cuchilla pasto fuerte.

Buenos Aires, 27 de julio de 1878.

M. BEJARANO

Importa mucho también conocer con exactitud las distancias a través de estos campos, tan escrupulosamente examinados por un jefe de la Nación. Para lograr aquel dato, hemos creído que lo mejor era poner en términos de comparación las distancias dadas por los viajeros que han explorado el río Negro, agregando las notas y aclaraciones pertinentes.

En consecuencia, procedimos a extraer las distancias del Diario de Villarino y reuniendo las de los que siguieron sus huellas formamos el cuadro que insertamos a continuación¹⁰⁴:

PUNTOS	B. Villarino (Viaje de 1782-1783)	Nicolás Descalzi (expedición de 1833)	M. Bejarano (Viaje de 1872)	Francisco P. Moreno (Viaje de 1875)

¹⁰⁴ Descalzi da en globo la distancia de Choele-Choel al Chichinal con diferencia de 1/3 de legua con Villarino. El señor Moreno no da la distancia entre Chichinal y Neuquén.

LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

De Carmen de Patago-nes a Choele-Choel	67	65	68	100
De Choele-Choel al Chi- chinal	26½	42	26	20
Del Chichinal al Neuquén	16		14	--
Totales:	109½	107	108	120

Hemos extractado el Diario de Villarino tomando sus distancias directas y no las que recorrió por las sinuosidades del río, que también anotaba prolijamente; así, por ejemplo, en las vueltas del Choele-Choel dos millas por agua dieron 180 varas de camino en línea recta.

Los datos de Villarino y de Descalzi son científicamente tomados, mientras que el mayor Bejarano calculaba prácticamente por la marcha de su caballo, y el señor Moreno probablemente por las referencias de los indios que le servían de baqueanos. Obsérvese que es tanta la exactitud con que aprecia las distancias el mayor Bejarano, que apenas ha cometido el error de una legua sobre la distancia total de 109 1/3 y 107 leguas halladas respectivamente por los pilotos Villarino y Descalzi.

IV. Esta sección comprende los territorios áridos que forman la zona bañada al este por el Atlántico y limitada al norte y al sur por los ríos Colorado y Negro, por cuya razón se la ha llamado Entre Ríos del sur.

La región es poco o nada conocida, por su misma aridez; y lo que de ella se sabe tiene origen en las referencias de los indígenas.

Según ellos este territorio es arenoso, estéril, sin aguadas y sin pastos, intransitable para los mismos indios, a excepción de parajes especiales que según lo que se sabe no forman más que un camino: el de Choele-Choel al paso del Colorado, siguiendo hacia Salinas Chicas.

Desde el siglo XVIII era proverbial la inhospitalaria naturaleza de esta comarca, que en ciertas épocas del año, cuando cesan las avenidas, no ofrece leña, ni pasto, ni aguas.

En medio de vastas planicies formadas de arcillas arenosas, movedizas al soplo de los vientos, suelen hallarse oasis y bosques raquíuticos, que sirven a los indios de parada en sus rápidas peregrinaciones de tránsito por aquella región.

Este territorio ofrece como faz característica prolongadas cadenas de médanos que los vientos agrandan o desmoronan sin cesar.

Debe comprenderse también en esta sección las tierras del norte adyacentes al río Colorado. El padre Falkner, describiendo el territorio que media entre las sierras de la Ventana y el río Colorado dice:

“Los pampas que van al río Colorado, se dirigen desde el Volcán más cercano¹⁰⁵ a la costa y pasan entre el Casuhatí¹⁰⁶ y

¹⁰⁵ Véase su citada obra, t. I. Colección de Angelis. Volcán dice Falkner probablemente por la sierra, pues en las cordilleras del S.E. de Buenos Aires no hay volcanes; vulgarmente se dice Sierra del Volcán por Vuulcanque, voz araucana, que significa cerros abiertos en su base.

¹⁰⁶ Casuhatí, cerros altos.

el mar cerca de 15 leguas al este de la montaña, y casi otro tanto desde el mar al poniente, para evitar un desierto arenoso, llamado Huecubu Mapú o País del Diablo, donde ellos y sus familias se perderían si hubiese viento al tiempo de pasarlo.”

En las inmediaciones de la costa, es decir, entre Salinas Chicas y el mar, el territorio fue últimamente reconocido por el señor Moreno. El viajero relata así su regreso de Salinas Chicas:

“De allí pasé a las Escobas, pequeña salina a cuya orilla hay un manantial, situada también en la ladera sur de los médanos y a dos leguas al este de Chasicó¹⁰⁷. Desde este punto crucé al sur, dejando a la derecha a Potrili Hintrei, hasta las Calaveras, aguada importante, cerca de un salitral en medio de las colinas y médanos que nacen en las orillas del mar, y siguen paralelos a los anteriores; y pasando por las ruinas del fortín Romero Grande, célebre por los atentados cometidos allí muy a menudo por los indios malones de Pichun, llegué al Fortín Mercedes en el río Colorado.

Todo el terreno recorrido es muy árido, alternando el paisaje con algunos pequeños grupos de chañares a cuya sombra descansan avestruces, ciervos, liebres y guanacos, únicos habitantes de estos parajes.”

Reuniendo los reconocimientos que han dejado los expedicionarios de 1833 y los que suministran los baqueanos y los indios, podemos recordar las siguientes líneas de aguadas:

¹⁰⁷ Este nombre ha sido mal escrito. No es Chasicó, sino Chadicó, de chadi salado y có agua.

1ª Saliendo de Bahía Blanca para el Colorado en dirección a la isla del Chocorí se pasa por la laguna Amarga, del Salitral y de Salinas Chicas, que tienen ojos de agua dulce.

2ª Saliendo de Bahía Blanca, para el Paso de Pacheco en el Colorado, recorriendo aquellas mismas lagunas, se encuentran sucesivamente tres lagunas y una cañada a menos de una jornada unas de otras.

3ª El camino de Choele-Choel que pasa el Colorado al sur de Choique Mahuida (Choique, avestruz; Mahuida, sierra) sigue al norte por las siguientes lagunas dulces: Thravó Lavquen (Thravá, carancho; lavquen, laguna), Utracan (asador clavado) y Agua Fría.

Al oeste de este camino hasta la Amarga o Urre Lavquen corre la travesía sin agua y el territorio alimenta montes de algarrobos, chañares y varios arbustos que, como en otro lugar hemos dicho, no alcanzan gran desarrollo.

Entre Salinas Grandes y la Amarga hay un camino que pasa partiendo del primer punto por la laguna de Agua Fría, Etruv-quethral (sacar fuego) de Lemutué (Lamedero) y Caichigue (Purgante) concluyendo en la Amarga.

Desde Caichigue sale otro camino al norte, que cruza la travesía sin agua, por entre grandes montes de algarrobos y va al paraje denominado Nahuel Mapú (Nahuel, tigre; Mapú, territorio, país).

A pesar de la deficiencia de los datos generales, una operación militar en estos campos, tiene grandes probabilidades de seguridad y de éxito, por la facilidad de hallar buenos baqueanos en Bahía Blanca entre los indios reducidos, y aun en el ejército mismo, pues no pocos de sus oficiales han hecho

ya prolongadas excursiones en esta zona, antes desconocida y misteriosa.

Los datos que se tenían sobre la aridez inhospitalaria del territorio limitado por el Colorado y el Negro, o sea el Entre Ríos del sur y el que costea la margen norte del primer río, han sido corroborados en un todo por el reconocimiento de 1878, efectuado a las órdenes del comandante Winter.

Los partes oficiales ya citados, así del comandante en jefe como de los jefes subalternos, están de acuerdo en presentar aquellas tierras como desiertos arenosos en una parte y pedregosos al oeste, donde las zonas de campos adecuadas para el pastoreo y aun para las paradas de un ejército son escasas.

Los senos del río, o sea los potreros naturales formados por sus vueltas violentas, contienen una vegetación lozana en la que alternan la selva y las gramíneas. Estos senos, que son varios, daban hospitalidad a las tropas expedicionarias y abundante alimento a las cabalgaduras.

Con todo, los jefes aseguran que estos recursos no alcanzan sino para una columna de 500 hombres a lo sumo.

La vegetación general de las orillas del río Colorado es hermosa y la yerba abundante y tupida, pero las colinas presentan una aridez que hace contraste, y que no alimenta más que yerbas secas y amargas.

Los arenales que se derraman al norte del río Colorado, con oasis de hermosos pastos, pero con grandes sabanas áridas, donde solamente crecen raquíticos y con timidez algunos arbustos espinosos, fueron llamados por sus primeros exploradores El País del Diablo, según hemos visto.

Los indios lo llamaban así: Huecubu-Mapú, y nuestros antepasados no hicieron más que traducir el nombre.

Hablábase de tormentas de arena, que envolvían caravanas enteras; y el cristiano y el indio guardaban un temor misterioso a esa región.

En el centro de la serie de ondulaciones de arenas, de bajos y de médanos, la Pampa forma una honda depresión, lo que se llamaría en propiedad una olla pampeana.

Allí acuden las aguas que corren desde el sur de San Luis, formando el cauce del río Chadi-leuvú (chadi, salado y leuvú, río), cuyo origen existe en la famosa laguna del Bebedero al sur de San Luis, y que corre rectamente de norte a sur.

En su curso, que se abre paso a través del corazón de la pampa arenosa, en una región en que los terrenos del este y del oeste forman su inmensa y prolongada cuenca, recibe las aguas de los Andes que le traen los ríos Diamante y Atuel y otro situado más al sur, cuya importancia, dirección y nombre actuales se ignora; pero que vadeó y sondó D. Luis de la Cruz en 1805, oyendo nombrarlo Ocupal.

Todo este caudal de aguas, encajonado a veces entre altas murallas, y que según el coronel Velazco, jefe de vanguardia del Fraile Aldao en 1833, es navegable por fragatas en ciertos períodos del año, refluye con el nombre de Chadi-leuvú, que otros llaman Chalileo por abreviatura, a la vasta depresión a que antes hemos hecho alusión, situada en el centro del famoso País del Diablo.

Allí se derrama entre los bajos que limitan las cadenas de médanos, formando en las épocas de crecientes aquella mis-

teriosa e inexplorada laguna llamada Urre-lavquen, y constituyendo profundos pantanos o guadales en las épocas de bajante de las aguas.

Sospéchase, a la luz vacilante de las viejas crónicas de la Conquista, que aquel lago desagua al sur, siguiendo los pliegues del terreno, en el río Colorado, del cual lo separan diez o doce leguas; y que hace dos siglos el río Salado salía al mar en Bahía Blanca, habiéndose borrado su curso bajo montañas de arenas acumuladas por el huracán.

El terreno que rodea a Urre-lavquen era solamente conocido de los indios y apenas transitable por pasos dados.

Allí han vivaqueado tranquilos los mil veteranos que conducía el coronel Levalle a fines de 1878.

Así, nuestros soldados pueden decir con orgullo que el País del Diablo de la Conquista es el país de su merecida gloria.

El coronel Levalle ha llegado con mil hombres en diciembre de 1878 hasta los contornos de la famosa y desconocida laguna Urre-lavquen.

¿Qué significa Urre-lavquen?

Hemos dicho ya en otras ocasiones que la nomenclatura indígena es esencialmente descriptiva.

El hombre primitivo se inspira en la calidad, en las propiedades o en los caracteres exteriores de los objetos para darles una denominación.

Así, hemos visto cómo llamaron Vuta-loo el paraje que ocupa el coronel Nelson, porque hay allí un médano alto; y en este mismo capítulo se ha dado la traducción del nombre del río Chadi-leuvú, fundada en la salazón de sus aguas.

Ahora bien: Urre significa nieblas, brumas. Un indio en Londres habría llamado a esa metrópoli Urre Cará, es decir "ciudad de la niebla".

Urre-lavquen, vale tanto como decir Lago de las Brumas.

Y en efecto, su cielo aparece cubierto a menudo por inmensas cortinas de vapores, que cambian de colores con las evoluciones del sol, que a veces parecen jirones de tules flotantes en el espacio, desgarrados por el soplo furioso del vendaval y el embate de las columnas de arena, que cabalgan en alas de los vientos, y que otras se asemejan a las nubes sombrías condensadas para alimentar el ruidoso aparato de las borrascas del verano.

Aquellos celajes tienen su origen en la inmensa evaporación, a veces miasmática y sin duda malsana, que producen en la descrita olla pampeana, los colores extremos del sol, al actuar sobre las aguas saladas.

A esta constante transformación del agua en flotantes vapores, se debe el aumento gradual de los mantos de sal que cubren el haz del terreno.

¡Pues bien!

El Lago de las Brumas ha sido al fin sorprendido en su apartada situación.

El misterioso asustador que lo envolvía ha desaparecido, como se desvanecen sus vapores arrasados por el viento fresco de la tarde. El denso velo que ocultaba aquellas regiones al ojo audaz y al soldado invencible de la ciencia, ha sido rasgado al fin, y las brumas de aquel lago serán el meteoro que orientará la planta del explorador y del guerrero en la nueva vida de redención que se inaugura para el desierto.

El "Lago de las Brumas" pasará también a la Historia, para señalar una de las más fecundas y honrosas jornadas consumadas por las armas argentinas bajo la bandera universal y sagrada de la civilización.

V y VI. Estas secciones comprenden los grandes territorios que se extienden al este del Chadi-leuvú hasta la frontera militar y al oeste hasta los Andes, territorios cuya analogía es completa, razón que nos ha decidido a agruparlos en un mismo párrafo.

Ellos constituyen propiamente hablando la pampa¹⁰⁸ voz de origen quichua que significa llanura; y que hace innecesario el empleo de la palabra pampasia, usada por Martín de Moussy para designar las sabanas de nuestro desierto.

Este inmenso territorio no alimenta en las secciones del este más arboledas que las plantadas por la mano del hombre; pero internándose hacia el centro de la llanura, el terreno forma una inmensa depresión montuosa, cuyo menor nivel corresponde a la zona comprendida entre el Bebedero y la laguna Amarga.

En esta región y en sus contornos por espacio de muchas leguas se ven grandes montes de árboles espinosos, bosques casi vírgenes, conocidos de los indios solamente y que ocupan alternativamente vastas extensiones de tierra, sombreando los pastos de la pampa, que el Dr. Burmeister ha comparado a un mar ondulante de verdura.

¹⁰⁸ Sigo aquí algunos capítulos de mi obra *Estudio Geológico sobre la Provincia de Buenos Aires*, págs. 6 y sigts., que tratan de la formación cuaternaria.

Los campos de la pampa son lo que en la República llamamos quebrador, es decir, interminables sucesiones de bajos y tomadas, a excepción de las pampas de Buenos Aires, donde se alzan dos cadenas de sierras que hasta hace poco se las creía ramificaciones de los Andes, de los cuales están, sin embargo, separadas por un inmenso desierto.

El primero y principal surge del mar en el Cabo Corrientes, por el 38° 15' lat. S. meridiano de París, aproximadamente y corre al O. con inclinaciones al N.O. hasta el 37° 20' de lat. S. con los nombres de Volcán, Paulino, Tandilevú, Tandil, La Tinta, Los Huesos, Huellucatel o Azul y Amarilla, que declinan hasta confundirse con la llanura en sus últimas ramificaciones, denominadas sierras de Tapalquen, Quillanquen y Curicó.

El segundo grupo de serranías, situado más al sur, limita un valle fértil y extenso, denominado por algunos geógrafos Entre Sierras, con llanuras cubiertas de espléndidos pastos.

El terreno es elevado y recibe el riego de numerosos arroyos, que descienden al Atlántico desde las faldas de las sierras o que se derraman en el valle mismo.

Este grupo surge de la pampa al norte de Bahía Blanca y corre al oeste formando varias agrupaciones principales llamadas sierras de la Ventana, Pillahuincó, Curramalal y Guaminí, que es la última ramificación al oeste.

En las sierras de Pillahuincó se encuentra establecida una comandancia de frontera¹⁰⁹ y con este motivo varios oficiales las han estudiado, levantando planos completos y minuciosos

¹⁰⁹ Pillahuincó es un punto estratégico, a causa de los pasos por donde entran y salen los indios en sus excursiones vandálicas. Hoy están ocupados militarmente.

entre los cuales citaré como más notable el del capitán D. Ingensott Brown, que ha servido de base a los publicados por orden del Ministerio de la Guerra¹¹⁰. El origen de la formación de la pampa nos ha sido perfectamente revelado por la Geología, que ha explicado su constitución física, sintética y analíticamente.

En efecto, arriba de las formaciones terciarias del globo, los geógrafos han constatado la existencia de un depósito de arena, arcilla y guijarros. Abarcan estos depósitos diferentes y extendidas zonas de tierra. La naturaleza especial de la formación, las huellas de sumersiones prolongadas y violentas, constituyen para los geólogos el cataclismo a que aluden las referencias del Diluvio Universal, confirmadas por las tradiciones religiosas de los indios, judíos, polinesios, griegos y otros pueblos.

Los sedimentos formados en ocasión de esa sumersión han recibido, pues, los nombres de diluvium o terreno diluviano. D'Orbigny acepta la denominación de formación Pampeana, sin duda porque ella constituye la de la pampa y de las llanuras sudamericanas. Darwin la llamó pampean mud. Bravard aceptó la clasificación de formación cuaternaria; y a mi vez la he recogido y adoptado, porque ella armoniza con la ciencia geológica y con su situación en el orden de las capas del suelo.

Arriba de la formación terciaria, la composición del terreno cuaternario, es poco complicada. Sus elementos primordiales son arena y arcilla. A veces, en la mezcla

¹¹⁰ *Anexo a la Memoria de la Guerra, 1873*

predomina la arcilla y otras la arena. Se suele encontrar capas de arena pura, y capas de arcilla también aislada.

¿Cuál es el origen de esta interesante formación? Los autores han discutido extensamente el asunto y están muy poco conformes en sus opiniones.

D'Orbigny atribuye la formación pampeana al levantamiento repentino de la cadena de los volcanes andinos, que debió producir el agotamiento de los terrenos adyacentes a los Andes y la inundación de las llanuras por grandes masas de agua de mar. Pero Burmeister observa, con razón, que el levantamiento se ha operado lenta y sucesivamente, obedeciendo a fuerzas impulsivas, originadas en el interior del planeta, y no con la violencia de un verdadero cataclismo.

Darwin también vaga en las hipótesis para explicar el origen de los depósitos de limo pampeano.

De las teorías de este autor¹¹¹, resulta que la formación de lo que él llama Pampean mud, proviene de depósitos marinos del grande estuario, existente en otros tiempos, en toda la zona que hoy comprende la desembocadura del Plata y sus afluentes. También Burmeister ha salido victoriosamente al encuentro de Darwin, sosteniendo que tal conjetura es infundada, pues se observan los mismos depósitos en el interior del territorio a cientos de leguas de aquel extinguido estuario.

Bravard, desencantado de las opiniones de aquellos dos ilustres viajeros, atribuyó a grandes depósitos de arena toda esta formación. Tales depósitos agitados y trasladados sin

¹¹¹ CHARLES DARWIN, Viaje a bordo del "Beagle", 1832 a 1836. *Geological Observations on South America*, 1851.

cesar por los vientos, hubieron de producir sucesivamente el levantamiento del terreno o sea el limo pampeano actual.

Martín de Moussy, que se abstiene de lanzar una nueva hipótesis, tributa toda su admiración a Bravard; pero se ha demostrado hasta la evidencia que los vientos no han podido sedimentar la formación cuaternaria, que es debida a otro agente de sedimentación más eficaz: al agua¹¹², por ejemplo.

Woodbine Parish¹¹³, opina lo siguiente:

“Pero lo que sabemos hasta ahora de estas vastas llanuras llamadas pampas que se extienden desde las vertientes orientales de los Andes hasta las riberas del Paraná y Uruguay, parece que son formadas por una inmensa capa aluvional de materia compuesta, en su mayor parte, de arcilla rojiza que contiene concreciones calcáreas más o menos duras. Éste sería el limo arrastrado en el transcurso de los siglos por innumerables ríos descendentes de los Andes, hacia un antiguo y profundo mar, cuyo fondo se ha ido agotando sucesivamente por estos sedimentos.”

El doctor Lund ha encontrado en las cavernas del Brasil un limo rojizo enteramente análogo al pampeano, y se inclina a darle un origen semejante al que le señalaba D'Orbigny.

Burmeister, en fin, piensa que:

“La acumulación de los terrenos diluvianos, no es el producto de una causa sola, sino de muchas, sucesivamente

¹¹² H. BURMEISTER; *Anales del Museo Público de Buenos Aires*, pág. 102. Buenos Aires, 1852.

activas, y que el grande espesor de los depósitos no atestigua otra cosa sino el largo período durante el cual han obrado estas diferentes causas para la acumulación de depósitos tan considerables.”

Parish, es, sin duda, el autor que con menos audacia y más acierto, ha explicado el origen de esta formación, en las palabras copiadas más arriba; y el doctor Butmeister en la obra ya citada, dice que lluvias fuertes y avenidas frecuentes han traído materiales a los depósitos diluvianos sucesivamente de las montañas vecinas, dejándolos en los valles elevados, y levantando también las partes bajas del suelo, hasta la época de los aluviones modernos, que comienzan con un cambio de la constitución climatológica del país.

Es propio de los sabios lanzarse a conjeturas más o menos extraviadas, pero siempre muy peligrosas, para explicar los fenómenos geológicos.

No emitiremos una nueva hipótesis, y por consiguiente datemos nuestro juicio sobre el debate de los sabios, del cual nos hemos enterado con interés y con señalada atención. La formación cuaternaria no es de origen marítimo.

Acaso, el levantamiento de los Andes ha interceptado en alguna parte aguas marinas, y las ha arrojado a la olla pampeana, en la cual han permanecido hasta su evaporación y absorción completa. Pero al aceptar esta hipótesis es como un hecho aislado simplemente y no como una causa generadora de la formación.

¹¹³ *Buenos Aires y las Provincias del Río de la Plata*, Pág. 318. Buenos Aires, 1852.

Creemos firmemente que el limo pampeano que constituye esta formación es un depósito aluvional, formado como el de las islas del Delta del río Paraná y toda la formación de los aluviones modernos.

Se dirá que la formación cuaternaria tiene demasiado espesor para ser obra de los sedimentos aluvionales; mas contestamos que también es el producto de un número considerable de siglos y que basta contemplar en un corte geológico la estructura del terreno de los aluviones modernos comparándola con el cuaternario, para convencerse de que se han formado por idéntico procedimiento.

Un cálculo sencillo demuestra que en veinte o treinta mil años de acciones incesantes, los aluviones han podido formar los depósitos pampeanos. Dentro de muchos siglos, la formación de los aluviones modernos tendrá de treinta a cuarenta metros de profundidad.

Sobre la tierra cuaternaria se forma ya una nueva, aunque todavía débil capa de tierra negra, vegetal o humus, que ha recibido geológicamente el nombre de formación moderna o aluvional y que marca el último período de la humanidad sobre el haz del planeta o sea la época contemporánea.

La botánica no ha llevado todavía su afán de investigación hasta el seno misterioso de las soledades de la formación de la Pampa; y los botánicos, que, como el Dr. Lorentz, han descrito los territorios desde el punto de vista de su especialidad, han confesado con franqueza su falta de datos, ateniéndose a lo asegurado por Heusser y Claraz, que han residido largo tiempo en la pampa y que han hecho una obra importantísima sobre la constitución física de Buenos Aires.

Por nuestra parte cedemos la palabra con placer a los mismos autores:

“Los habitantes de la campaña distinguen dos especies de pastos realmente diversas; una de ellas ha recibido el nombre general de pasto fuerte y la otra el de pasto tierno. La primera consta de verdaderas gramíneas que producen, hasta la época de su florescencia, un alimento excelente, el cual, a causa de su longitud y dureza, es mejor para las vacas y caballos que para las ovejas. Después de florecer se secan; sus hojas entonces se vuelven tan duras como la paja, pierden la mayor parte de sustancia nutritiva, ofreciendo, no obstante, a los animales un alimento, por medio del cual, aunque poco nutritivo, subsisten durante algunos meses.

El pasto tierno está constituido por gramíneas más o menos tiernas y sabrosas; el habitante del país las comprende bajo el nombre de gramillas, hallándolas mezcladas con otras plantas herbáceas y sabrosas. De estas últimas, sólo citamos las más generales: dos especies de trébol, el trébol ordinario y el trébol de olor; una especie de erodium llamada alfilerillo, particularmente en un suelo arenoso, y el cardo abigarrado (cardo asnal), cuyas hojas son un alimento apetecido por las ovejas y por las vacas. Estas plantas constituyen, hasta el momento de la formación de las semillas, un alimento verdaderamente excelente y sabroso, con especialidad para las ovejas, pero después de la formación de las semillas, estas plantas anuales se secan por completo, dejando el suelo desnudo cuando hay una seca extraordinaria; de manera que los animales deben reducirse entonces a las semillas de estas

hierbas y sus vástagos secos. Se encuentran dilatadas porciones; particularmente en la parte meridional de la provincia de Buenos Aires, que todos los veranos quedan tan privadas de vegetación, que los animales, no encontrando alimento en ellas, deben ser transportados a otro punto. En las porciones vírgenes de la pampa las dos hierbas se mezclan: en los puntos elevados predomina en general el pasto duro; el trébol y el alfilerillo sólo se ven entre los grupos aislados de las gramillas, es decir, el trébol en la tierra arcillosa del norte, y el alfilerillo en el suelo arenoso del sur.

La última planta esparcida hasta la República de Chile, retoña después de un aguacero y en toda estación; la primera tiene igualmente esta propiedad, pero también tiene la desventaja de que sus frutos forman lo que aquí se denomina carretillas, que se pegan a la lana, disminuyendo el valor de este artículo. En las partes más bajas de la verdadera Pampa, predominan el trébol de olor y las gramíneas tiernas; en los bañados se encuentra además una vegetación europea, y con varias especies de *Carex*. Las plantas de este género son las que el gaucho llama pastos amargos, a la inversa de todas las otras ya mencionadas que denomina pastos dulces. En las orillas de los ríos y de los lagos se halla una vegetación acuática que también corresponde a la de Europa, es decir, son los mismos géneros, representados por especies diferentes: una *Tipha*, un *Phalaris*, etc. Existe una especie de *Gynerium*, propio de las pampas, planta bastante esparcida, y cuyo tamaño es una prueba de la humedad y excelente calidad del suelo; aquí se llama cortadera. Se encuentran luego algunas especies del grupo de las agaves, llamadas cardas, que es ne-

cesario no confundir con los cardos ya mencionados. Las primeras son plantas que pertenecen a la flora natural del país, mientras que las otras son importadas, aunque muy esparcidas. El suelo y la vegetación se presentan al sur cada vez más salados, eflorescencias salinas se encuentran desparrramadas en los terrenos de toda la provincia de Buenos Aires, apareciendo al sur y al oeste verdaderas salinas, compuestas de sal común, más o menos pura. A la orilla de estas salinas y en varios puntos de las costas, se ve una vegetación de plantas saladas, de las cuales las más comunes son las salicornias (denominadas aquí jume).

Esta distribución de la sal, tan abundante en los campos de Buenos Aires, les da una gran ventaja sobre los más septentrionales. En las partes centrales de la provincia de Entre Ríos vemos ya que los animales recorren distancias de varias horas buscando tierra salada para lamer.”

La pampa sin monte suele presentar un arbusto de menos de un metro de altura cuya madera quema admirablemente produciendo brasas duraderas. Es el combustible de las tribus nómades en sus correrías y lleva por nombre una voz araucana compuesta: Currúmanuel (Currú negro,manuel leña, palo) y que la ciencia ha colocado entre las Rhau-meas bajo el nombre de *Collectia Cruciata*, Gell y Hook.

Las lagunas de la pampa son generalmente saladas, porque las aguas disuelven los depósitos salinos del terreno; pero las aguas potables no son escasas en ciertas zonas que los indios han cruzado de anchos caminos, siguiendo las líneas naturales de las aguadas.

El camino de Cruz es un ejemplo de ello, pero hay otros más importantes, conocidos por las referencias de los indios y por las relaciones de algunos oficiales viajeros.

El del río Quinto a Leuvucó, asiento de los caciques ranqueles, verbigracia, es conocido ya del ejército, pues lo recorrió el coronel Mansilla en su célebre *Excursión a los Indios Ranqueles*, levantando un itinerario prolijo que marca las aguadas de los caminos al río Cuarto y al río Quinto.

Es imposible describir con exactitud estos territorios, ni situar convenientemente las fuentes de agua potable de que se tiene noticia, por cuya razón debemos esperar los adelantos con que la expedición militar va a contribuir a ilustrar la geografía de la pampa.

Sobre ella levantan sus tolderías quince mil indios, de origen araucano, con un total de tres mil lanzas más o menos, que nos exigen el ejército permanente de seis mil hombres, armado, equipado y acantonado con todos los recursos del arte militar contemporáneo, porque nuestro principal enemigo es el desierto desconocido en sus recursos y accidentes, y por eso se dice que ocupando el río Negro se suprime tan formidable adversario.

La pampa presenta, como dijimos, lomas y bajos, que se suceden con la uniformidad de las olas del mar, ondulando en toda la dilatada superficie que abarca la vista a la redonda.

Las aguas de las lluvias corren a los bajos más hondos y forman cañadas unas veces, lagunas o arroyos las otras.

En ocasiones impregnan el terreno, a la larga lo ablandan de tal manera que queda completamente fofo, oculto a la vista por los altos pastizales o pajonales. El viajero suele caer

en este terreno hundiéndose con el caballo. Esta clase de malos caminos se llama guadal.

¿Qué es guadal?, se pregunta el coronel Mansilla y contesta:

“Guadal se llama un terreno blando y movedizo que no habiendo sido pisado con frecuencia, no ha podido solidificarse.

Es una palabra que no está en el diccionario de la lengua castellana, aunque la hemos tomado de nuestros antepasados, pues viene del árabe, y significa agua, río.

La pampa está llena de esta clase de obstáculos.

¡Cuántas veces en una operación militar, yendo en persecución de los indios una columna entera ha desaparecido en medio del ímpetu de la carrera!

¡Cuántas veces un trecho de pocas varas ha sido causa de que jefes muy intrépidos se viesen burlados por el enemigo en esas pampas sin fin!

¡Cuántas veces los mismos indios han perecido bajo el filo del sable de nuestros valientes soldados fronterizos, por haber caído en un guadal!

Las pampas son tan vastas que los hombres más conocedores de los campos se pierden a veces en ellas..

El caballo de los indios es una especialidad en las pampas.

Corre por campos guadalosos, cayendo y levantándose, y resiste a esa fatiga hercúlea asombrosamente, como que está educado al efecto y acostumbrado a ello.

El guadal suele ser húmedo y suele ser seco, pantanosa y pegajoso, o simplemente arenoso.

Es necesario que el ojo esté sumamente acostumbrado para conocer el terreno guadaloso. Unas veces el pasto, otras veces el color de la tierra son indicios seguros; la mayoría de las veces el guadal es una emboscada para indios y cristianos.

Los caballos que entran en él, cuando no están acostumbrados, pugnan un instante por salir, y el esfuerzo que hacen es tan grande que en los días más fríos, no tardan en cubrirse de sudor y en caer postrados, sin que haya espuela ni rebenque que los haga levantar. Y llegan a acobardarse tanto que a veces no hay poder que los haga dar un paso adelante cuando pisan el borde movedizo de la tierra. Y eso que es de todos los cuadrúpedos destinados al servicio del hombre, el más valiente. Picado con las espuelas parte como el rayo y salva el mayor precipicio¹¹⁴.”

En 1872 tuvieron lugar las expediciones militares sobre el desierto. La primera a las órdenes del general D. José Miguel Arredondo, salía de la frontera de San Luis y tenía por objetivo los indios ranqueles; y la segunda a las órdenes del teniente coronel D. Hilario Lagos marchaba desde el oeste de Buenos Aires sobre los indios del cacique Pincen.

De los trabajos geográficos practicados por ambas columnas vamos a ocuparnos sucintamente.

El sargento mayor de ingenieros D. Federico L. Melchert acompañaba al coronel Lagos. El informe sobre el as-

¹¹⁴ Lucio V. MANSILLA, *Una Excursión a los Indios Ranqueles*. Edición de Leipzig, 1877, t. I, págs. 24 y 25.

pecto general y topografía del territorio recorrido carece hoy de importancia en su mayor parte, porque se refiere al país comprendido entre el fuerte General Paz y la laguna Thencúll lavquen¹¹⁵, territorio ya conquistado y bien explorado.

Del último punto para el oeste, el camino de los indios es ancho, con aguadas permanentes de trecho en trecho hasta Langheló¹¹⁶, que es donde Pincen tenía sus toldos.

De allí parten anchos caminos para los toldos de los ranqueles y salineros, distantes unos y otros entre 35 y 40 leguas de Pincen¹¹⁷. Los pastos en toda esta zona son muy buenos y el campo accidentado y con grandes cadenas de médanos y extensas cañadas.

El ministro de Guerra pidió al general Arredondo un informe sobre la topografía del terreno recorrido por la expedición a Leuvucó, con la situación respectiva de las aguadas, pastos, etc., con expresión de la distancia que media entre las primeras, las facilidades o inconvenientes del camino y demás detalles de interés¹¹⁸.

La columna expedicionaria llegó hasta el punto denominado Huada¹¹⁹ situado a 90 leguas de Villa de Mercedes, recorriendo campos hospitalarios, con aguadas hermosas y abundantes.

¹¹⁵ Thencúll lavquen, laguna redonda. De Thencú, redondo y lavquen, laguna. Este punto ha sido ocupado por la división a las órdenes del coronel D. Corvado Villegas.

¹¹⁶ Langheló: sepulturas.

¹¹⁷ Véase la *Memoria del Ministerio de Guerra y Marina*, 1873, Págs. 180 y 181.

¹¹⁸ Véase la misma *Memoria*, pág. 145.

¹¹⁹ Huada, voz araucana que significa zapallo: el zapallar.

Se reconoció un ancho camino secular, perfectamente trillado; pero del cual no es posible salir sin sepultarse en el guadal.

Los pastos no son uniformemente buenos. En la pampa, donde el guadal cubre extensiones considerables, la vegetación consiste en paja brava; pero en los bajos y alrededores de las aguadas y a la sombra benéfica de los montes, hay pastos de la mejor calidad y en pródiga abundancia.

El aspecto general es el mismo en toda la pampa. Interminables sucesiones de lomas y bajos, aquí cadenas de médanos, allá grandes pajonales que cubren los guadales, acá montes tupidos y seculares, allí zonas alternadas de buenos y de malos campos, es tal la fisonomía del desierto.

El general Arredondo decía en su parte:

Por lo demás el desierto está cruzado de caminos en todas direcciones, que salvan en lo posible los guadales, que sólo recorren los salvajes para ejercitar sus caballos, o cuando los amenaza algún peligro y se ven obligados a no aparecer por las sendas conocidas.

Nada más podría añadir a V. E. que no fuera exagerado, porque el desierto que hemos cruzado no presenta otro aspecto, que el de un suelo accidentado y guadaloso, pobre de vegetación, con grandes lagunas de distancia en distancia, desierto solitario y escaso hasta de animales silvestres y de aves; si se exceptúa un solo punto en toda la pampa, la laguna denominada la Verde, donde parece que se hubieran citado para hacer su nido todos los pájaros y lotos del desierto, que cruzan ese cielo en bandadas infinitas, produciendo un ruido indescriptible.”

Las lagunas y las distancias intermedias, según el informe que analizamos son las siguientes, referida la primera a Villa de Mercedes como punto de partida:

Laguna Sayahe, 7 leguas, buenos pastos.

Laguna del Guanaco, 1½ leguas, con mejores pastos que la anterior.

Laguna del Tala, 5 leguas, campos regulares, pastos mezclados de dulce y amargo.

Pozos del Tala, una legua, campos regulares, pastos en las mismas condiciones que la anterior.

Laguna de Santiago Poso, 3 leguas, campo bueno, pastos dulces.

Laguna de Los Barriles, 6 leguas, campo malo en la pampa circunvecina, buenos pastos en el bajo de la laguna.

Laguna del Corralito, 8 leguas, malos campos en la pampa y buenos en el bajo de la laguna.

Laguna de Las Tunas, 3 leguas, en las mismas condiciones que las anteriores.

Laguna de los Chañares, 2 leguas, campos muy buenos.

Laguna Patanalanguen, 2 leguas¹²⁰, buen campo en el bajo.

¹²⁰ Es lamentable que los nombres indígenas hayan sido y sean generalmente tan mal escritos. Llamamos la atención de los señores jefes y oficiales del ejército fronterizo sobre esta deficiencia. Si cualquiera de ellos, encargado de una comisión delicada, preguntara a un indio por uno de aquellos parajes, el indio no lo entenderá, porque los nombres están radicalmente alterados. Debe procurarse escribir bien las voces araucanas o preferir la lengua castellana. Sería altamente útil que los jefes y oficiales se iniciaran en los conocimientos de la lengua araucana, sobre la cual hay gramáticas y vocabularios excelentes escritos por los padres Febre, Valdivia y varios otros.

Laguna Pichi-carrí-lavquen, 2½ leguas, buen campo en el bajo.

Laguna del Bagual, 10 leguas, buen campo en el bajo.

Laguna Ranquelco, 3 leguas, mal campo alrededor, bueno en el monte inmediato.

Laguna del Médano Colorado, 6 leguas, muy mal campo en general.

Laguna la Verde o laguna de los Loros¹²¹, 2½ leguas, al naciente campo regular, malo al poniente y en el bajo peor.

Laguna Trelauctué, 2½ leguas, campo regular.

Laguna Aillanco, 2½ leguas, buen campo en general.

Jagüeles de las Brujas, 1½ legua, buen campo en general.

Laguna y río de Leuvucó, 8 leguas, mal campo en la pampa, sólo entre el monte es bueno.

Laguna Poitana, 9 leguas, mal campo en general.

Laguna Huada, 1½ leguas, mal campo en la pampa, solamente entre el monte es bueno.

Estas expediciones no llevaban un geógrafo, y de ahí la falta de situaciones obtenidas por los medios que la ciencia ha consagrado.

No nos explicamos cómo se ha podido enviar columnas al desierto sin una persona capaz de levantar una carta geográfica del territorio recorrido.

Este es, por otra parte, el único modo y el más económico de obtener el mapa general de la Pampa, de que aún carecemos, pues los estudios parciales han de dar aquel resultado una vez agrupados discretamente.

¹²¹ Don Santiago Avendaño emprendió su fuga de la laguna de los Loros donde lo tenían cautivo. Véase el capítulo anterior.

El teniente coronel D. Marcelino E. Freyre nos escribía en diciembre de este año, desde Guaminí, adonde acababa de llegar de regreso de una excursión sobre los toldos, diciéndonos lo siguiente:

“El plano general de la Pampa¹²² es deplorablemente inexacto. El que se guía por él se entrega a la Providencia. Como verás por el croquis que te adjunto, Utracan no queda en el camino llamado vulgarmente de los chilenos, sino en el de Pichi Carhué, punto de la mayor importancia, por sus aguadas, montes y hermosos campos, y que, sin embargo, no figura en el mapa.”

El comandante Freyre recorrió dos caminos, partiendo de Guaminí y halló las siguientes aguadas, y campos de pastoreo, generalmente con monte:

Al sudoeste Massayé, las Tres Lagunas, las aguadas de Salinas Grandes, el campo de Chilhué, donde ha residido largo tiempo Namuncurá, y Thravo Lavquen.

Al oeste, con una ligera inclinación al sur, el camino que parte de Massayé y sigue por el Médano del Corral, Tapera de Calderón, Pichi Carhué, Leuvucó, paraje que no debe confundirse con el que ocupó el cacicazgo de los ranqueles, Utracan y Calalcó. De Pichi Carhué sale otro camino al oeste, que pasa por Ñunco.

El cacique Pinthen, con quien hemos hablado largamente sobre la calidad de los campos del sur, nos decía que

¹²² La carta levantada bajo el Ministerio del Dr. Alsina y que encabeza su *Atlas de la Frontera*.

Leuvucó era preferible a Carhué, porque era mayor la extensión de los buenos pastos.

Son también de la mayor importancia las observaciones practicadas por nuestro amigo el coronel D. Conrado Villegas en su reciente expedición sobre los toldos de Pinthen. Le escribimos pidiéndole un croquis de su marcha, afanados como estamos hace años en dar impulso a la geografía de la Pampa, y él tuvo la deferencia de enviarnos un croquis esmerado, que levantó el subteniente D. Jorge Rohde, del 2° batallón de infantería de línea.

La situación de los lugares no ha sido determinada por medio de observaciones astronómicas; no obstante, se tomaron las siguientes precauciones para alcanzar la mayor aproximación:

La dirección de la línea de marcha se ha fijado por dos agujas de marear y de noche también por las estrellas. La distancia se calculó según el paso de caballos seguros y bien conocidos. Por hora se caminó casi siempre una legua y tres cuartos y desde la noche del 4 hasta el 5 de noviembre, dos leguas y cuarto. Además se ha apuntado minuciosamente las horas y minutos, en que se han pasado las lagunas, los médanos, montes, etc., no solamente durante la ida, sino también durante el regreso y se ha podido hacer de esta manera un cálculo bastante seguro.

Dados estos antecedentes podemos ya extractar el itinerario, tanto más importante cuanto el coronel Villegas se internó en la Pampa Central, hasta donde aún no había llegado la planta del hombre civilizado. La primera jornada fue de 11 y $\frac{1}{2}$ leguas, rumbo al oeste y se reconoció las lagunas si-

güientes: de la Leña a la derecha del camino y varias pequeñas a la izquierda de Huadalóo o médano del zapallo, en cuya parte norte existe la aguada, la laguna Mary-may con varias leguas menos cerca, y la laguna de Thrapalóo, médano del prendedor, con una aguada y varias otras inmediatas. Las distancias fueron éstas: de Thencúll Lavquen a Huadalóo 3 leguas y media al oeste, y de Huadalóo a Thrapalóo rumbo sudoeste con declinación S., S.O., 8 leguas.

Todas las lagunas, con excepción de la laguna de la Leña, tienen agua dulce. Los pastos encontrados son trébol de olor, arvejilla y gramilla. Todos estos pastos son de primera y desaparecen con la estación. Por consiguiente, los pastos que hay en el resto del año son fuertes.

La segunda jornada fué de 13 ½ leguas, habiendo encontrado numerosas lagunas pequeñas, y médanos con agua y las siguientes aguadas de importancia: Quetrelóo o médano cortado, 12 leguas al S.S.O. de Thrapalóo y Renancó legua y media al oeste de la anterior.

Hora y media de camino de Thrapalóo al oeste se encuentra la gran laguna de Ranquelco, llamada vulgarmente Sanquilcó (Ranquel, cañaverl y co, agua). Se halla en un bajo muy grande y mide 2.250 varas de norte a sur y 1.200 varas de este a este.

Media hora de camino de Ranquelco, se halla un médano con agua que, según el itinerario, se llama Usanrepuilóo, desde donde salen tres caminos: al sur para Salinas Grandes, al sud-oeste para Toay, y al oeste para Vutalavquen (laguna grande) y Trenel lavquen (laguna del recado).

El camino sigue orillado por lagunas y médanos con agua potable, siendo la principal de las primeras Loncomari (Lonco, cabeza; mari, diez) que está cuatro horas y media de camino de Renancó, que mide aproximadamente legua y media de circunferencia. Está rodeada de médanos y de campos con pastos mejores a los de los puntos precedentes.

A la hora y media de camino de Loncomari, empiezan los montes en que predomina el algarrobo. Allí mismo se encuentra la laguna de Yapenqué, situada en un bajo dilatado, rodeada de buenos pastos y que ofrecen un campamento seguro y cómodo.

Diez leguas al S. S.E. de esta laguna se encuentran los montes y laguna de Toay. El camino que sale de Usanrepui-lóo y pasa por Toay, va según los indios hasta Chile, por los ríos Colorado y Negro.

Tres leguas al norte de la mencionada laguna de Toay está el monte de Garay, el cual debe su nombre a un episodio de la vida militar¹²³.

¹²³ En una expedición que en 1877 hizo el coronel Villegas a Vuta lavquen, los indios mataron cerca de ese punto y en el monte, al soldado Felipe Garay, del 3 de caballería de línea.

El veterano, solo, asediado por un enjambre de chuzas, supo morir como un héroe, luchando hasta el fin.

La columna del coronel Villegas atravesaba otra vez victoriosa en 1878 el monte testigo de la heroica escena, cuando un soldado dio aviso de que allí estaban los huesos de Garay.

Allí estaban, en efecto, descarnados, blancos y esparcidos en todas direcciones, como si las fieras hubieran celebrado un festín sangriento con las carnes del valiente. Los huesos yacían alrededor de un corpulento algarrobo, en que él había querido buscar apoyo, sin duda, en el trance terrible de su muerte; pero estaban incompletos y sin cráneo.

Algunos jirones de paño y botones militares, indicaban claramente que aquellos eran los últimos restos del noble veterano.

El rumbo del camino desde Renanco-lóo hasta Yapenqué es O. N.O. y la distancia intermedia de 19 leguas y media. El camino desde Yapenqué adelante pasa por los puntos que enseguida indicamos con rumbos y distancias:

De Yapenqué hasta Agni-y-anel rumbo N.O. 4 leguas. De aquí al O. N.O. hasta la punta del Monte Liconche 3 leguas y media, debiendo notarse que en la última legua el camino tuerce al S.O. De Punta de Liconche a Liconche rumbo N. N.O. dos leguas de distancia.

De Liconche a Vuta-lavquen, rumbo N.O. una legua y media. En suma 11½ leguas desde Yapenqué. El paraje conocido por Vuta Lavquen contiene montes, médanos. y una laguna muy grande. El paisaje es hermosísimo. En el monte se encuentran los siguientes árboles: espinillo, caldén, chañar, algarrobo y molle, todos verdes y una parte en flor, en noviembre de 1878.

Eran aquellos árboles muy corpulentos, dos hombres no podrían abrazar algunos de ellos. Sus troncos están cubiertos de audaces y floridas enredaderas. Los pastos son inmejorables.

La laguna mana una agua muy rica, cuyo color es un poco blancuzco. Su extensión de N. a S. de 400 varas y de O. a E. de cerca de 600. Los médanos y las plantas silvestres, rodean la laguna por todas partes.

Al N.O. de Vuta Lavquen y a tres leguas de distancia está Malal (corral) otro hermoso paraje, con campo fértil, agua y monte, que es donde el famoso cacique Pincen tenía

El coronel Villegas mandó guardarlos para darles piadosa sepultura en tierra amiga, y la orden general anunciaba que desde ese día aquel paraje sería llamado:

su toldería, y al cual se llega por el mismo camino que se ha indicado, pasando por las lagunas Lonco che (cabeza de gente) y Luanlavquen (laguna del Guanaco).

VII. Los médanos o colinas de arena que interceptan la visual a cada paso sobre la llanura, son productos de la acción de los vientos sobre las arenas del desierto y de la costa del mar, procedentes éstas a su vez de la desagregación de las rocas primordiales.

Son estables e inestables. Los últimos desaparecen arrastrados por el viento y sus arenas van a alimentar a los otros; pero suele suceder que se cubren de vegetación y entonces se consolidan.

La planta característica de los médanos es el *erymus arenarius*, que crece en abundancia sobre las costas arenosas del mar Báltico.

En la costa del Atlántico son muy generales los médanos, y se extienden de este a oeste, ya en líneas, ya formando semicírculos y a veces círculos, que dejan una olla ocupada generalmente por aguas de lluvias.

Martín de Moussy habla de médanos de 30 a 40 metros de elevación en las costas marítimas de Buenos Aires.

Los médanos no se ven solamente en las costas del Atlántico, donde proceden de las arenas que el mar arroja a la playa y que, secas al sol, vuelan al impulso de los vientos.

Se ha observado que a lo largo de las costas del río Salado hay una cadena de médanos que corre hasta el interior, y hemos estudiado muchos de ellos personalmente. Son poco

consistentes y sufren las acciones violentas del pampero y de los vientos del este, que suelen soplar con fuerza por espacio de varios días consecutivos. También en esos médanos crece el *eryrnus arenarius* en bastante abundancia.

Las capas arenosas aumentan considerablemente a medida que se avanza al oeste de la provincia, pues se nota que el humus va disminuyendo hacia el desierto.

Por datos recogidos de personas competentes, como el ingeniero argentino D. Luis A. Huergo, que ha estudiado el río Salado siguiéndolo hasta el corazón de la pampa, sabemos que a la altura de la laguna del Chañar la pampa presenta una vegetación característica de terrenos arenosos.

En Pichi-Huenthrú, la Verde, Fuerte Gainza y otros puntos se encuentra mayor abundancia de arena, lo cual se verifica en mayor proporción a medida que se camina al oeste.

Sobre el terreno pampeano se notan salitrales y salinas de importancia. Las salinas deben ser estudiadas en el período cuaternario, porque en realidad son sus contemporáneas. Predominan en ellas las sales de potasa y sosa: pero algunas eflorescencias salinas suelen contener salitre y se las llama salitrales.

He aquí cómo ha sido explicada la formación de algunos salitres¹²⁴:

“Vamos a analizar rápidamente las condiciones indispensables de la nitrificación.

La primera es la composición química idónea en el terreno que ha de formar salitre.

Deben encontrarse en él álcalis en abundancia para poder ser nitrificados.

La cal y la magnesia son también favorables.

Es necesario además, la presencia de una materia orgánica de la naturaleza del humus, pues, según parece, se verifica por intermedio de ella la fijación del nitrógeno y oxígeno atmosférico en la producción de los nitratos.”

El jume es el vegetal característico de las salinas como el *erymus* lo es de los médanos.

Las eflorescencias se encuentran muy esparcidas en Buenos Aires, desde los suburbios de la ciudad; pero las grandes salinas propiamente dichas, están situadas en el territorio indio del sur.

El Dr. Burmeister, en su citada obra, ha explicado concienzudamente el origen de las salinas en la pampa, salinas que a su vez son la causa de la salazón de los ríos y lagunas, y vamos a traducir sus opiniones fundamentales.

“En lo tocante al origen de las sustancias solubles contenidas en el suelo argentino, no existe duda alguna de que son formaciones secundarias, que no se hallaban bajo la misma forma en las rocas antiguas descompuestas para suministrar materiales a los depósitos diluvianos. Se han formado más tarde de la materia de esas rocas, desarrollando nuevas pro-

¹²⁴ Apuntes sobre la composición química de un salitre de la Provincia de Santiago del Estero, por Pedro N. Arara (*Anales de la Sociedad Científica Argentina*, entrega

ducciones epigenéticas. La existencia de estas sales en la tierra diluviana es demostrada por las eflorescencias casi constantes de su superficie, cerca de los arroyos que atraviesan este depósito. Generalmente la superficie de las barrancas de las riberas está cubierta de estas eflorescencias de sal blanca; los cristales que las componen son muy pequeños para ser percibidos a simple vista; pero su existencia se rebela al gusto, sobre todo si se disuelve una cierta cantidad de esta tierra en el agua¹²⁵.”

Las selvas de la pampa, llamadas generalmente montes, no han sido todavía objeto de examen científico, por su aislamiento en el seno del desierto; pero sobre ellas tenemos las relaciones de viajeros y de escritores inteligentes que las han visitado. Cruz en su ya citada travesía de Chile a Buenos Aires en 1805, Avendaño en su cautiverio de siete años de 1841 a 1849, Guinnard en su cautiverio de tres años de 1856 a 1859 y el coronel Mansilla en su famosa *Excursión*, contemplaron los bosques salvajes de la pampa, sin admirarse ante ellos, como acontece a la faz de la vegetación subtropical. Los árboles predominantes en esos montes son el espinillo, el algarrobo, el chañar y el caldén. El algarrobo es, según el coronel Mansilla, el árbol más útil de la pampa, pues su leña, excelente para el fuego, arde como carbón de luz; su fruta engorda y robustece los caballos como ningún pienso, comunicándoles fuerzas y bríos admirables, a la vez que sirve al hombre para elaborar espumante y embriagadora chicha, para

I, 1876).

¹²⁵ *Description Physique de la République Argentine*, t. II, pág. 183.

hacer patay pisándola sola, y pisándola con maíz tostado una comida agradable y nutritiva¹²⁶. En las grandes travesías una bolsa de algarrobo sacaría de apuros al soldado, porque las vainas de algarrobo se chupan, a la manera que los coyas del Perú mascan la coca.

Los montes se hallan cruzados por sendas o rastrilladas¹²⁷ en todas direcciones, formando una verdadera red. Los corpulentos algarrobos, chañares y caldenes de fecha inmemorial, los mil arbustos nacientes que desvían la línea recta del camino, obligan a llevar el caballo recogido sobre las riendas para no tropezar con ellos, o enredarse en sus vástagos espinosos y traicioneros¹²⁸.

Los indios vuelan, por decir así, entre los bosques; pero el soldado tiene que detenerse constantemente ante el peligro de rodar o de quedar colgado de una rama.

VIII. La economía de las aguas, es decir, el estudio de las leyes climatológicas a que obedecen y sus relaciones con la tierra y la agricultura, entraña un problema de la más alta trascendencia científica, sobre el cual la ciencia no ha dicho aún la última palabra. El gobierno francés, por ejemplo, nombró en 1877 una comisión encargada del estudio del asunto en Francia.

Entre nosotros sobre la dilatada pampa, a veces sedienta hasta agrietarse y otras saturada de agua e inundada, el pro-

¹²⁶ MANSILLA, *ob. cit.*, t. II, Pág. 45.

¹²⁷ Rastrillada se llama a los caminos que se forman por el continuo tránsito de hacienda y aun a las señales que deja en pos de sí todo arreo o cabalgata.

¹²⁸ *Ibid.*, t. I, pág. 153.

blema envuelve cuestiones más graves y más importantes que comprometen seriamente el porvenir de nuestra producción.

Hay épocas del año en la pampa, durante las cuales empieza la seca con tanto rigor que es necesario abrir pozos para abreviar los ganados, encontrándose el agua a profundidades variables; pero generalmente a poca hondura en el terreno medanoso.

En otras ocasiones las lluvias torrenciales se desbordan de tal manera sobre nuestro suelo, que las inundaciones se producen con pasmosa rapidez, arrasando los campos por espacio de muchas leguas y causando la mortandad de millones de cabezas de ganado. En 1877 se calculaba que la inundación abarcaba doscientas leguas cuadradas y que se habían ahogado de cinco a seis millones de animales en Buenos Aires.

Las lluvias torrenciales en las regiones argentinas se explican perfectamente por la célebre teoría de Maury, sobre los movimientos de la atmósfera.

Según esta teoría las evaporaciones que tienen lugar en la zona ecuatorial saturan el aire, que corre al norte y al sur, cubriendo las regiones intermedias hasta condensarse en los Andes del sur, que un glosador de Maury¹²⁹ llama uno de los focos más grandes de precipitación del globo, lo que ha sido corroborado por los viajeros que refieren la abundancia de lluvias en las nacientes del río Negro. El agua cae allí a torrentes en ciertas épocas del año.

Efectuada la condensación en los Andes avanza gradualmente y por retrogradación al este, descargando sus rau-

¹²⁹ F. ZURCHER, *Les Phénomènes de l'atmosphère*, 3ª ed., pág. 39.

dales sobre la pampa, no en toda su extensión, debido sin duda a las corrientes atmosféricas, que desvían el curso de los vapores y han producido el fenómeno de que en los desiertos de América y África especialmente, la cantidad de vapores es mucho menor de lo que debía esperarse por razón de la temperatura¹³⁰.

Hemos observado en la campaña de Buenos Aires que las mayores y más desastrosas inundaciones han tenido lugar en el litoral marítimo o fluvial de la provincia, al paso que han sido menos extensas y alarmantes en los campos interiores.

Este fenómeno tiene su explicación científica perfectamente racional, que se refiere a la transformación de nuestros campos, que han dejado de alimentar las variedades de paja para nutrir el pasto tierno.

Es sabido que cuanto más abierta es una superficie líquida, mayor es su evaporación. Por eso los mares, ríos y lagos entregan a la atmósfera mayor cantidad de vapores que los campos cubiertos de pastos o de selvas; y los campos abiertos más que los montuosos, en una proporción de 5½ por 1.

Los vientos se asocian también a la incesante evaporación de las aguas, aumentándola considerablemente.

Cuando soplan con alguna fuerza, la evaporación es mayor, porque pasan sin cesar ráfagas de viento seco que arrebatan y llevan en sus alas los vapores emanados de la agitada superficie de las aguas.

La temperatura influye a su vez poderosamente, más que cualquiera de las otras acciones a que nos hemos referido;

¹³⁰ *Principios de Meteorología, Exposición Elemental del Viento y del Tiempo, según las investigaciones más recientes*, escrita en alemán por H. MOHN, traducida con autori-

por eso la ciencia ha averiguado que cuanto mayor es la temperatura mayor es la evaporación, que ésta es mayor en el verano que en el invierno, al sol que a la sombra, y en la zona tórrida que en las zonas templadas y frías.

En fin, es necesario tomar en cuenta también el grado de humedad del aire. Cuando está saturado, es decir, cuando no puede ya asimilarse más vapor de agua, entonces cesa la evaporación, mientras que ésta es más activa cuanto más seco está aquél¹³¹. Ahora bien, en posesión de estos principios fundamentales podemos explicarnos el fenómeno de la mayor inundación en el litoral.

El Plata por una parte y los campos de pasto tierno por otra, ofrecen una superficie de evaporación perfectamente abierta, favorecida además por los vientos del este y sudeste que satura en corto tiempo el aire; mientras que en los campos internos, cubiertos de pajonales que a veces alcanzan dos varas de altura y con grandes zonas pobladas de bosques, la evaporación es más tardía y por lo mismo la saturación demora más.

En fin, es posible que influyan también en el fenómeno las circunstancias probables, puesto que aún no las ha consultado la observación científica, de que siendo más seco el terreno de la pampa central y menos copiosas las lluvias que lo riegan, han de desarrollar una potencia extraordinaria de absorción.

zación del autor por C. Pujazon. (Ed. de San Fernando, 1878, Pág. 73).

¹³¹ H: MOHN, *ob. cit.*, pág. 59

Nuestro distinguido amigo el ingeniero D. Luis A. Huer-go, decía hace poco en la Sociedad Científica Argentina, tratando la cuestión que nos preocupa:

“Donde no existen grandes y frondosas plantaciones, el terreno es menos absorbente, porque la tierra carece de aquella esponjosidad y demás accidentes que las hojas y las raíces comunican al suelo, que absorbe con facilidad, aparte del agua que las ramas y el follaje retienen.

Cuando una cuenca tiene bosques, el agua llega lentamente a los lechos sin causar inundaciones.

En el caso contrario, el agua caída en campo abierto, satisface en un instante la absorción superficial del terreno y se producen rápidas avenidas que constituyen una grave amenaza para los puentes.

Hasta hace 25 años, Buenos Aires tenía sus campos fraccionados en grandes lotes y con pajonales. El agua llovida no formaba avenidas porque los pajonales, ocultándolas del sol y reteniéndolas favorecían su absorción.

Pero la pequeña propiedad rural de ahora y el diferente destino dado a los campos, han traído el cambio de vegetación y las aguas no quedan en el terreno, yéndose a los ríos con rapidez. De aquí los fenómenos periódicos de las inundaciones y de las secas¹³².”

La publicación del primer volumen de los Anales de la Oficina Meteorológica Argentina bajo la dirección del Dr. Gould nos ha permitido reunir antecedentes de importancia sobre las lluvias en nuestro territorio.

¹³² *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, 1877, t. IV, pág. 235.

Extractando las series de cuadros de observaciones de tan importante obra, llegamos a la siguiente tabla que demuestra métricamente el agua caída:

Observaciones de D. Manuel Eguía en Buenos Aires			Observaciones de D. Felipe Caronti en Bahía Blanca			
Años	Metros	Total en metros	Años	Metros	Total en metros	
1861	0m.589	3m. 799	1860	0m. 399	1m. 701	
1862	1m. 047		1861 ¹³³	0m. 181		
1863	0m. 701		1862	0m. 377		
1864	0m. 743		1863	0m. 433		
1865	0m. 719		1864	0m. 311		
1866	1m. 016	5m. 709	1865	0m. 667		2m. 518
1867	1m. 591		1866	0m. 575		
1868	1m. 065		1867	0m. 276		
1869	1m. 172		1868	0m. 484		
1870	0m. 875		1869	0m. 516		
1871	0m. 886	3m. 835	1970	0m. 339	2m. 517	
1872	0m. 789		1871	0m. 325		
1873	0m. 259		1872	0m. 635		
1874	0m. 970		1873	0m. 565		
1875	0m. 931		1874	0m. 653		
1876	0m. 755	2m. 785	1875	0m. 276		1m. 152
1877	0m. 994		1876	0m. 876		
1878	1m. 036					

¹³³ Año de seca.

LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

En el Azul, en diez días de 1877 desde el 15 al 24 de marzo llovió 14.08 pulgadas, es decir, más que en Buenos Aires durante tres meses.

Además de estos cuadros por quinquenios, tenemos las siguientes observaciones comparativas de 1877 y 1878.

Ellas miden la lluvia en pulgadas:

MESES	BUENOS	AIRES	SAN LUIS
	1877	1878	1877
Junio	1,12	7,06	14,50
Julio	1,25	1,94	24,00
Marzo	4,50	8,40	4,50
Total	6,87	17,40	43,00

Ahora bien, los cuadros precedentes enseñan, desde luego, que las lluvias vienen aumentando de quince años a la fecha, en una proporción equivalente casi al doble de lo que llovía en 1860. En Buenos Aires mismo, en tres meses de 1878, es decir, durante las grandes tormentas, llovió el doble que en 1877. La duplicación de la cantidad de agua caída, se verifica uniformemente en Buenos Aires y Bahía Blanca y es lógico suponer que el fenómeno se realice también en la zona intermedia donde no hay observatorios.

El último cuadro enseña aparentemente que a medida que se avanza en la pampa en dirección a los Andes, el agua de la lluvia aumenta. Así, mientras en Buenos Aires en 1877 llovía en tres meses 6.87, en San Luis o sea en la pampa en que esta ciudad se halla ubicada, se midió 43 pulgadas.

Por último en el Azul en tres días llovió 74.08 pulgadas o sea más del doble que el agua caída en Buenos Aires durante tres meses. Pero esta observación no puede ser considerada aún como una ley, pues las lluvias en San Luis son rara vez tan copiosas y el clima de la pampa es de ordinario más seco como clima del interior del continente.

Resumiendo lo dicho sobre las lluvias, podemos establecer esta ley general, para explicar las inundaciones, que tanto nos han alarmado en los últimos años:

Las lluvias aumentan en razón directa a la disminución de la potencia de retención de nuestros campos.

El clima de la pampa ha sido descrito concisamente por Mr. Guinnard, en términos que consideramos exactos y suficientes para dar una idea de sus caracteres. Traducimos esta página de las memorias de aquel cautivo:

“Las variaciones del clima de la pampa son de las más regulares. Experimenta una gran diferencia de temperatura, durante el estío y durante el invierno. El último es casi tan frío como el mes de diciembre en Francia. No cae nieve en la pampa, sin embargo; pero por la mañana la tierra está siempre cubierta de escarcha. El hielo no alcanza jamás sino hasta una pulgada de espesor aproximadamente.

Por el contrario, el estío es allí de un calor insoportable y abrumador. Desde el alba el horizonte se cubre de una faja densa y sombría, que no se aclara sino poco a poco, y a medida que el sol se levanta se ve entonces que la hierba ondulante y tupida de estas inmensas llanuras se despoja de una

parte del rocío bienhechor de la mañana, que al evaporarse produce los más raros fenómenos de espejismo.

La fuerza del sol se hace sentir rigurosamente sobre todos los seres vivientes. Los caballos y vacas salvajes que pueblan esas comarcas, sienten a causa suya tanta fatiga, que se entregan, así como lo hace el hombre a una siesta, que parece para todos un reposo tan natural como necesario.

Se encuentran en toda la pampa diferencias sensibles en la atmósfera. En las regiones de los Mamuelches¹³⁴ -comarcas montañosas- el aire es de los más secos; y en todos los seres sean cuales fueran, no se encuentra en apariencia transpiración.

Yo he visto aun muchos animales muertos de calor, que yacían sobre la llanura árida y secos en su propia piel; pero en la latitud de Buenos Aires y de Bahía Blanca, la vegetación demuestra claramente la humedad del clima. En estos parajes el rocío parece más bien lluvia lenta y fina o neblinas espesas. La carne y los animales muertos se corrompen inmediatamente y las lastimaduras son de difícil curación. Sin embargo, ¿quién lo creería?, los indios, a pesar de esta humedad constante, duermen casi desnudos sobre la tierra sin que aquélla los incomode jamás¹³⁵.”

¹³⁴ Mamuelches, habitantes de los montes; Mamuel, árbol, palo, etc. Ché, gente.

¹³⁵ *Trois ans d'esclavage chez les Patagons. Récit de ma captivité*, par A. GUINNARD membre de la Société de Géographie. Ouvrage accompagné d'un portrait de l'auteur et d'une carte. [Hay versión castellana.] 3ª ed., París, 1868, págs. 96 a 100.

D. Juan Bialet Massé, en una importante memoria presentada a la Sociedad Científica Argentina, sobre el clima de la República, dice¹³⁶:

“Entre los 40 y 35° de lat. S. la corriente fría, que viene seca, va calentándose y elevando su capacidad para el vapor, los vientos N.O. del Pacífico encuentran las altas cumbres de esa región, se enfrían, condensan su vapor y lo dejan caer en forma de lluvia en Chile y de nieve en las cumbres y se dirigen al Atlántico; sin embargo, pueden dejar aun algún vapor, que unido a la nieve fundida en los Andes alimenta las fuentes de los ríos Colorado y afluentes norte del Negro. Las costas de esta región, a causa de las brisas del mar entibiadas por la corriente costanera, gozan de un clima excelente y algo más húmedo que el interior. Esta región media de lluvias llega al sur de Buenos Aires, de San Luis y Mendoza hasta las riberas del Diamante.

La zona comprendida entre los 35 y 29° de latitud se divide en tres climas bien distintos: el del litoral, el del interior y el andino.

El del litoral, que dominado alternativamente por los vientos N. y S. hace que siempre que salta este viento enfríe los que vienen en sentido contrario o del este, cargados de vapor porque vienen sobre el Atlántico o el Plata, llueva; las brisas del mar, unidas a las del río, que a causa de su ruta cruzada tienden a tomar una dirección circular, y los vientos N.O. que pasan por el río, forman también nubes, tales son

¹³⁶ *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, t. I, 1876, pág. 81. Este trabajo ha sido utilizado por el Dr. BURMEISTER, en su *Description Physique de la République*

los vientos de lluvia, y tempestad en el verano, de las costas bonaerenses, estando aquí la teoría de Maury conforme con los hechos observados durante dieciocho años, por los señores Eguía y Correas. Durante el verano el nodo de Capricornio se acerca a nosotros y en el invierno se aleja, el viento sur tiene pues más fuerza en esta época y de ahí la mayor frecuencia de las lluvias en la estación de Buenos Aires.”

IX. Las pampas se dividen en estériles y fértiles. A la primera categoría corresponden aquellas en que el terreno es salitroso y arenoso, de suerte que la vegetación ordinaria desaparece o no existe. Estas regiones suelen aparecer siempre desnudas o enseñando a la vista del viajero el triste aspecto del terreno árido. Un ejemplo de ellas son las pampas adyacentes al río Colorado, el territorio Entre Sierras, y los arenales del Diamante y Chadi-leuvú.

La fertilidad del terreno general de la pampa está fuera de duda. En las estancias de Buenos Aires se cultivan grandes extensiones con el mejor éxito, tanto con cereales como con arboledas. Los trigos del Rosario, Chivilcoy, Bragado, Olavarría, el Tandil y Patagones, depositados y multiplicados en plena formación pampeana, garantizan su fecundidad y su capacidad productora, siendo de notarse que los cereales de la Candelaria, en plena pampa, son sobresalientes.

Los vientos soplan en el interior de aquélla con pasmosa violencia, arrasando cuanto a su paso se opone. Descuella entre ellos el pampero, o viento del oeste y el pampero sucio o sudeste, que corren en ráfagas glaciales durante el invierno

y calientes en el verano levantando en esta época inmensos torbellinos de tierra.

Al contrario el viento norte sopla caliente y abrasador, presagio de tormentas, de grandes borrascas que el Pampero viene a rechazar después, barriéndolas de las regiones del espacio.

En general el clima de la pampa es sano; pero aquellos vientos cálidos exponen al soldado de constitución débil y enfermiza, a contraer fiebres que pueden tener desenlaces fatales.

La fauna de la región pampeana es caracterizada por el jaguar, el puma, el guanaco, las vizcachas, diferentes especies de armadillos, el avestruz, las gamas (*cervus campestris*) y por el huamil de los indios, *cervus magallanicus*, animal tan raro como difícil de cazar. Su grito misterioso suena oop, nombre con que lo conocen algunos indígenas y bajo el cual le profesan un respeto religioso.

La sabandija es uno de los grandes enemigos de toda expedición militar. Llámase sabandijas a los insectos ofensivos como los mosquitos, zancudos y moscas bravas, que durante la estación de los ardientes calores de la pampa, hacen casi imposible la vida, pues acosan al hombre de una manera terrible.

Los animales sucumben a veces al asalto de las plagas y los caballos sufren torturas indescriptibles por lo general, se lanzan desesperados a la carrera, bañados en su propia sangre, que mana de las heridas que les abre el aguijón de la mosca brava, y a las cuales sucumben no pocas veces.

X. Una de las más hermosas y fantásticas fábulas de la Conquista del Río de la Plata, es la de la Ciudad Encantada o de los Césares. Ella dio origen a una corriente vigorosa de inmigración española y alimentó la fiebre de las investigaciones hasta fines del siglo XVIII.

Ruy Díaz de Guzmán, sudamericano y autor de la primera *Historia Argentina*¹³⁷, hace remontar la antigüedad de la fábula a los primeros años de la Conquista, y refiere que en 1605 salió de Buenos Aires una expedición en busca de la Ciudad Encantada, regresando sin más éxito que el descubrimiento de un gran río más acá de la Bahía Sin Fondo¹³⁸, es decir, el río Negro.

En 1543 el Perú ardía en guerra civil, que es un mal de nacimiento en Sudamérica y en otros puntos que sin ser South America se tiene por mejor cosa.

El aspirante D. Diego de Almagro se había rebelado y marchaba sobre sus pasos el licenciado Vaca de Castro, que acabó con la hueste de aquél y lo tomó prisionero en el famoso combate de las Chupas.

Vaca de Castro armó y despachó una expedición de 300 arcabuces a los órdenes de varios capitanes que lo habían servido en la sofocación de la anarquía, haciendo merced a Diego Rojas, anheloso de premiarlo de alguna manera, por el descubrimiento del país que se extiende al oriente de la cordillera de los Andes y que comprendía los llanos del Plata.

¹³⁷ *Historia Argentina del descubrimiento, población y conquista de las Provincias del Río de la Plata*, escrita por Ruy DÍAZ DE GUZMÁN en el año 1612, Pág. 5. Colección de Angelis.

¹³⁸ La Bahía Sin Fondo era antiguamente llamada el Saco de San Antonio; hoy se conoce con el nombre de Golfo de San Matías.

La audaz expedición se puso en camino aclamando general a Francisco Mendoza y llegó a Córdoba, donde encontró los indios comechingones, que vivían en cuevas¹³⁹, y trabando amistad con ellos, dice Ruy Díaz, se informaron de lo que había en la tierra, y tomaron noticia de cómo en la parte del sur había una provincia muy rica en plata y oro a quien llamaban Zungulo.

El historiador sospecha que los indios se referían a los Césares; pero hay motivos para no aceptar esta interpretación, porque las riquezas de la ciudad Encantada no tuvieron origen en las referencias de los indios, sino en la imaginación de algunos conquistadores, enferma del sueño de las riquezas.

Efectivamente, el padre Falkner explica con claridad en su ya citado libro¹⁴⁰ que los indios se refieren a los europeos de Chile, al decir que en el interior hay poblaciones ricas en metales preciosos.

Este insigne viajero desautoriza la leyenda de los Césares en estos términos:

“Lo que hace más increíble que haya esta colonia de los Césares, es la misma imposibilidad moral de que 200 o 300 europeos, casi todos hombres, pudiesen, sin tener comunicación alguna con un país civilizado, penetrar por medio de tantas naciones belicosas, y mantenerse como una república separada en un país que no produce cosa alguna y donde los moradores subsisten sólo con la caza, y todo esto por espacio de 200 años (según nos dice la historia) sin haber sido extir-

¹³⁹ RUY DÍAZ, *ob. cit.*, Pág. 77.

¹⁴⁰ *Obra citada*, pág. 35. Colección de Angelis, t. I.

pados, muertos o hechos esclavos por los indios, o sin perder las apariencias europeas, entremezclándose con ellos: fuera de que no hay un pie de tierra de este continente por donde las gentes vagabundas no pasen cada año; pues aun el desierto inhabitado que está a la orilla del océano Atlántico, es frecuentado como país, así para enterrar los huesos de sus difuntos, como para coger sal. Sus caciques y otros de reputación y crédito entre ellos, me aseguraban que no había gente blanca en todos aquellos parajes excepto los que son muy conocidos; de toda Europa, a saber, los de Chile, Buenos Aires, Chiloé, Mendoza, etc.”

¿A qué queda reducida la fábula de los Césares después de los sólidos razonamientos del padre Falkner?

Los indios han dado noticias siempre de un foco inagotable de riquezas explotadas por españoles en el interior de la región pampeana; pero se han referido sin duda a la sierra del Payén¹⁴¹, descubierta y trabajada por los conquistadores de Chile.

El cerro de aquel nombre, según el abate Molina¹⁴² dio cobre para fundir muchos cañones, y según las relaciones de sus primitivos exploradores, presenta el cobre nativo en abundancia tal, que con levantar el que se derrama a la vista hay elementos para acumular colosales fortunas. Aún es dado

¹⁴¹ Payén, cobre, en araucano.

¹⁴² *Compendio de la Historia Geográfica Natural y Civil del Reino de Chile*, escrita en italiano por el abate Don JUAN IGNACIO MOLINA. Primera parte que abraza la *Historia Geográfica y Natural*, traducida en español por Don DOMINGO JOSEPH DE ARQUELLADA MENDOZA, individuo de la Real Academia de Bellas Letras de Sevilla y maestrante de Ronda. En Madrid, por Don ANTONIO DE SANCHA, año de MDCCLXXXVIII.

contemplar sobre los flancos de la montaña los socavones, especie de hondas heridas labradas en la faz del Gigante por la codicia humana, y en cuyas bocas, como la sangre seca sobre los labios de aquéllas, se contemplan todavía rojas encoriaciones de metal nativo.

Las referencias de los escritores antiguos de los indios que en 1806 dijeron a Cruz que sobre el Payén había inmensas barras de oro macizo¹⁴³ y lo que hoy mismo se oye contar sobre aquel tesoro escondido e inerte bajo el poder de la barbarie, autorizan nuestra opinión de que los indígenas se referían a ese cerro en los datos que sirvieron de base a los españoles para idear un Eldorado¹⁴⁴ en las pampas del Plata.

Un comentador de las viejas tradiciones de los Césares, insinúa con razón, a nuestro juicio, que desencantados los conquistadores de que el Río de la Plata no arrojara entre sus arenas pepas de metal precioso, apelaron al Eldorado y a los Césares, para atenuar el desaliento infundido por la muerte de Solís y por los horribles padecimientos de los peregrinos del Perú; y la fábula deslumbraba la imaginación calenturienta y enfermiza de los aventureros de la época, que se lanzaban en pos de la fortuna acometiendo empresas dignas del valor más esforzado.

Así, propalando estas especies en momentos en que la razón pública parecía perturbada, pudieron los reyes sostener sus poblaciones en Sudamérica y fortalecerlas por la inoculación de nuevos elementos de acción en su organismo político y social.

¹⁴³ *Obra citada*, Colección de Angelis, t. 1, pág. 19.

Los españoles aseguraban entonces, que en el seno de la pampa existían ciudades fundadas por héroes de la Conquista, haciéndolas llegar al número de tres; pero de las cuales una asumía la mayor importancia y ostentaba la más deslumbrante magnificencia.

Hay, de consiguiente, en la fábula de los Césares, dos elementos, la riqueza del Payén, y una ciudad fundada en el desierto.

Apartando la fantasmagoría de la fábula, veremos que esta tradición tiene un fondo de verdad, cuyo esclarecimiento completo está reservado al ejército argentino en operaciones sobre el río Negro.

Dos orígenes se atribuye a la ciudad de los Césares. Algunos opinan que había sido fundada por los españoles que se salvaron de las pueblos de Arauco, destruidos por el levantamiento de los indios en 1599; pero no es probable que así fuera, cuando apenas seis años después salían expediciones de Buenos Aires en su busca, como si se tratara de cosa sabida desde mucho tiempo.

Otros pretenden que los náufragos de un buque de Magallanes se internaron centenares de leguas al norte, fundando la ciudad a que dieron el nombre de los Césares en honor de Carlos V; pero las grandes exploraciones de que ha sido objeto la Patagonia, por una parte y por otra las relaciones acordes de los indios, enseñan que en aquél territorio no fundaron ciudad alguna los españoles, hasta la ocupación de Nahuel Huapí por los jesuitas.

¹⁴⁴ Ciudad encantada, de una riqueza sobrenatural, que la crónica situaba en la región del Orinoco.

Si la extraordinaria leyenda reposaba en hechos ciertos, éstos han debido tener por teatro la Pampa, y no es posible admitir la peregrinación de los náufragos desnudos y hambrientos, desde el estrecho de Magallanes hasta los campos del norte del río Colorado.

En efecto, hemos dicho ya que los españoles compusieron su esplendorosa fábula sobre dos hechos reales: los tesoros incalculables del Payen y la existencia de una ciudad, fundada en el seno del desierto, impenetrable e ignorado.

¿Cuál era esa ciudad? Como lo referimos¹⁴⁵, en la segunda mitad del siglo XVI Valdivia armó una expedición que debía invadir el Cuyum mapú, o país de las arenas de los araucanos, para verificar los indicios de que el río Tunuyán, en combinación con otros cursos de agua, conducía al Atlántico a través de inmensos e inexplorables llanos. Valdivia buscaba un puerto en el Atlántico, que le sirviera de punto de apoyo en la implacable y troyana lucha que se hallaba empeñada entre sus escasos soldados y los innumerables escuadrones de indómitos araucanos.

Según Pérez García¹⁴⁶ el conquistador de Arauco había resuelto marchar en persona a elegir el punto sobre la costa patagónica y así lo comunicó a Villagra que al frente de cien hombres se había internado en Cuyo.

Supone el erudito Dr. Sáez¹⁴⁷ y nosotros aceptamos sus juiciosas vistas, que sabiendo Villagra que el general Valdivia

¹⁴⁵ Véase el Cap. II de este libro, pág. 57 y sigts.

¹⁴⁶ *Historia de Chile*, libro 4º, Capítulos 10 y 12.

¹⁴⁷ *Límites y posesiones de la Provincia de Mendoza, con una exposición del derecho provincial en la cuestión territorios provinciales*, por M. A. SÁEZ. Santiago de Chile. Imprenta de "La República", 1873, Pág. 99.

intentaba pasar el Atlántico con el objeto expresado, y teniendo noticias de que el Diamante era afluente del río Negro, según entonces se creía, construyó embarcaciones y navegó el Diamante en la esperanza de salir al mar libre, uniéndose a su jefe principal.

Según Pérez García, antes de la fundación de Mendoza había pasado al sur del Diamante una expedición española; y es claro que no ha podido ser otra sino la de Villagra, resultando históricamente fundada la suposición del Dr. Sáez.

Ahora bien, lanzado Villagra a la navegación del Diamante tuvo que caer en el Chadi-leuvú, del cual han dicho sus exploradores que es navegable en ocasiones frecuentes.

El Chadi-leuvú no podía llevarlos al Atlántico, como lo esperaban, y cayeron al Lago de las Brumas o Urre lavquen. Encontráronse allí sin salida los valientes navegantes y con tierras tan hermosas a un lado, como inhospitalarias y salvajes al otro.

¿Qué partido tomar? ¿Marchar al sur? Era perecer entre las arenas del medanoso País del Diablo, mientras que la vida, la vegetación herbácea y forestal y las poblaciones de los indios se alzaban incitantes al norte.

El Chadi-leuvú dobla al este poco antes de morir en la olla de las Brumas siguiendo a ese viento hasta el lago; y fue allí donde Villagra y los suyos tuvieron que adoptar un partido supremo, en presencia del mar de arena que les cerraba el paso, en vez del Atlántico con cuyas espumosas olas habían soñado tropezar.

Era necesario desde luego vivir y marcharon donde les sonreía la vida, es decir, a las tierras del norte. Se detuvieron a

pocas leguas del Lago de las Brumas, levantaron allí la tienda del peregrino y su engrandecimiento sucesivo produjo una ciudad que prosperó durante algunos años, aislada de toda comunicación, pues las distancias eran enormes y los peligros que la rodeaban invencibles; pero habiéndose concentrado los indios en esa región, que ocupan hoy mismo, la destruyeron asesinando a sus moradores. Uno quedó con vida y ése fue Villagra. De los demás compañeros que como él salieron de Chile, jamás se oyó hablar una palabra.

Tal es lo que resulta de los hechos extremos de haber pasado Villagra al sur del Diamante y de no haberse vuelto a saber más de su tropa. Este jefe volvió a Chile, solo, al cabo de muchos años y murió allí oscuramente, dejando planteado un problema histórico de la mayor importancia, que nosotros resolvemos de acuerdo con el doctor Sáez, fundándonos en presunciones muy serias; pero que el progreso de la escudriñación histórica confirmará o rectificará más tarde.

Si se demostrara que no ha existido semejante ciudad en el paraje indicado, las presunciones sobre el heroico viaje de Villagra se habrían desvanecido, como un hermoso castillo de cartón dorado.

Pero eso no será demostrado, porque la historia antigua, los reconocimientos modernos y las referencias de los indios habitantes de dichas lejanas comarcas, confirman la existencia de las grandes ruinas de aquella ciudad, que ellos denominan los Arboles y que Mendoza reclama como uno de los establecimientos erigido por sus fundadores en los territorios disputados del sur.

¿Cómo son las pruebas de la existencia de la ciudad de los Arboles? Las presunciones que se refieren a la peregrinación de Villagra, por una parte, y por otra las exploraciones realizadas en este siglo.

El 22 de diciembre de 1810 firmaba en Luján el coronel D. Pedro Andrés García su Diario de la expedición a Salinas Grandes de la que nos hemos ocupado¹⁴⁸. El coronel García practicó un reconocimiento general de la laguna de Salinas y divisó al oeste inmensos bosques que se perdían de vista, bosques que, según la explicación de los indios, siguen sin más interrupción que una colina que se encuentra a día y medio de camino y que se extiende por algunas leguas.

Esta colina arranca, pues, según los indígenas a treinta leguas de Salinas.

“En ella se ven, dice el Diario de García, muchos vestigios de ladrillos y teja, de alguna antigua población, pues toda ella está abastecida de higueras, montes muy dilatados de duraznos, nogales, manzanos y otras frutas, adonde concurren todos los indios de la comarca y sobra para abastecer a todos.

En aquellos montes también se halla ganado alzado, que a favor de la espesura no ha podido ser exterminado por los indios quienes logran lo que pueden cazar en las aguadas, asechándolo cuando bajan a ellas. No existe ni una oscura tradición entre estos indios, que nos dé indicios de la población que allí hubo y de cuándo o por qué razón se destruyó.”

¹⁴⁸ Colección de Angelis, t. III.

Estas noticias robustecen nuestras presunciones y concuerdan con la antigüedad que hemos atribuido a esa población.

Nótese también que los indios ignoran el nombre que pudieron darle sus fundadores y que si la señalan con el de los Árboles, es aludiendo a las plantaciones frutales de que están cubiertos esos campos y cuyos sabrosos frutos cosechan anualmente.

A las palabras de García agregaremos las siguientes del doctor Sáez¹⁴⁹.

“La primera y más antigua de las poblaciones del territorio mencionado es la de los Arboles, situada a muy corta distancia al noroeste de la laguna Curacó o Urre-lavquen. Esta población de la que aún quedan ruinas y vestigios de los edificios de un pueblo ordenado y multitud de árboles frutales europeos de toda clase, que atraen al lugar en las estaciones de estío y otoño en busca de fruta, gran número de indios no sólo de los ranqueles, sino también de los pehuenches y huiliches, tiene un origen extraño y aún no conocido.”

La división de la derecha del ejército expedicionario de 1833 tomó al sur del Salado al cacique Barbon de 90 años de edad, y éste declaró que a tres días de camino al sur de Menucó, había grandes montes de durazno, que él había ido en busca de esa fruta, que era muy abundante y buena, que allí mismo había lagunas de rica agua y campos de excelente

¹⁴⁹ *Expedición sobre los indios del sur*. Diario del coronel Velazco, Segundo cuaderno, pág. 8.

pasto, y que ignoraba quiénes fuesen los fundadores de aquellas huertas.

En 1859 el subdelegado del gobierno de Mendoza en San Rafael, encargó a una de sus partidas corredoras del campo de llegar hasta los Arboles para cerciorarse de la verdad de lo dicho por los indios, y fue informado por aquélla de la existencia de la derruida población, cuyas arboledas iban en aumento por la reproducción sucesiva de la simiente¹⁵⁰.

El general Roca aprovechó su permanencia en la campaña de San Luis, como comandante en jefe de la frontera sur del interior, averiguando de los indios ranqueles todos aquellos pormenores útiles para madurar su plan de ocupación del río Negro.

Supo por ellos que a algunas leguas al sur de Leuvucó habían visto ruinas de poblaciones cristianas, por los ladrillos que en ellas se conservaban.

En los días en que el general Roca nos comunicaba este dato, tenía lugar la expedición de las fuerzas a las órdenes del comandante Freyre, que, como se sabe, llegó 35 leguas al sud-oeste de Salinas Grandes a fines de 1878.

El mayor Alvarez, jefe de la vanguardia que avanzó hasta la laguna del Carancho o Thravó lavquen, nos decía que con asombro había cruzado montes en que abundaban los árboles frutales, tales como el durazno.

Todos estos datos antiguos y recientes están, pues, de acuerdo en situar esta vieja y arruinada población al oeste de Salinas Grandes, distante unas treinta o cuarenta leguas de este punto.

¹⁵⁰ Dr. SÁEZ, *ob. cit.*, pág. 91.

Veamos ahora cómo los mismos autores de la leyenda de los Césares vienen en apoyo de la aclaración que perseguimos.

La historia de la Colonia nos ha dado a conocer los siguientes derroteros para llegar a la ciudad Encantada¹⁵¹.

“Derrotero de un viaje a los Césares por el Tandil y el volcán, rumbo sudoeste comunicado a la Corte de Madrid en 1707 por Silvestre Antonio de Rojas, que vivió muchos años entre los indios pehuenches.

Carta del padre jesuita José Cardriel, escrita al señor Gobernador y capitán general de Buenos Aires, sobre los descubrimientos de las tierras patagónicas en lo que toca a los Césares (11 de agosto de z 746).

Capítulo de una carta del padre Pedro Lozano, al padre Juan de Azola, sobre los Césares, que dice están poblados en el estrecho de Magallanes.

Derrotero desde la ciudad de Buenos Aires hasta la de los Césares, que por otro nombre llaman la ciudad Encantada, por el padre jesuita Tomás Falkner en 1760.

Relación de las noticias adquiridas sobre una ciudad grande de españoles, que hay entre los indios, al sur de Valdivia e incógnita hasta el presente, por el capitán D. Ignacio Pinuer en 1774.”

Además de estos documentos se conocen la carta escrita por D. Agustín de Jáuregui, presidente de Chile al Excmo. señor don Manuel de Amat, virrey del Perú en 1774, la rela-

¹⁵¹ Véase De Angelis, t. I. Él ha publicado todos estos antecedentes.

ción de un nuevo descubrimiento preparado por el intendente de Valdivia en 1777, la declaración del capitán D. Fermín Villagrán en 1781 y finalmente el informe y dictamen del fiscal de Chile, sobre la ciudad de los Césares y los arbitrios que se deberían emplear para descubrirla.

El examen prolijo de cada uno de estos documentos sería estéril, desde que nos veríamos reducidos a una serie no interrumpida de rectificaciones, de los errores producidos por la ignorancia geográfica sobre la pampa, reinante en la época en que fueron escritos.

Diremos solamente en general que Rojas no mereció crédito en su época, porque su derrotero es descabellado y una cadena interminable de marchas y de contramarchas a través de llanos, ríos y montañas.

El padre Cardriel se refiere a los datos de un Quiroga, que habiendo naufragado en Magallanes fue internado por los indios en la Patagonia, hasta una ciudad situada en la isla interior de un lago, donde había una iglesia; ciudad que no era la de los Césares, sino, indudablemente, el establecimiento de los jesuitas en Nahuel Huapí.

El padre Lozano no trae dato importante, limitándose a decir que los Césares estaban a 286 leguas de Buenos Aires, sin determinar rumbo.

El capitán Pinuer da noticias que parecen confundir la misión de Nahuel Huahí con los Césares.

Ahora bien, los derroteros del padre Falkner y del capitán Villagrán son los que sin duda se refieren a la ciudad de los Arboles.

El primero indica a Guaminí como punto de partida del camino de los Césares, desde donde nos hace caminar al oeste, dando grandes rodeos y nombrando ríos que jamás han existido en la pampa.

Si dejamos aparte el abuso de las leguas y de los nombres en este derrotero, resulta que los Césares estaban situados cerca de un gran río y de una gran laguna, o sean el Chadi-leuvú y Urre-lavquen.

Confirmando los datos del padre Falkner el capitán D. Fermín Villagrán declaró en Chile en 1781, que los Césares estaban al oriente de los Andes en el punto en que el río Meuquen o Neuquén entra al mar, a donde habían llegado los españoles en cuatro o cinco embarcaciones, habiendo pasado grandes miserias en los primeros días de su llegada.

Este dato es precioso, pues si se recuerda que el río Neuquén pasaba entonces por el Diamante y el Chadi-leuvú por el Neuquén, se tendrá plenamente confirmada la fundación de los Arboles por Villagra, ciudad que en nuestro juicio es la de los Césares, perteneciendo el primer nombre a los indios, como se ha visto.

De lo expuesto se deduce que la Ciudad Encantada o de los Césares era simplemente la fundada por los náufragos de Villagra en el punto en que el río Chadi-leuvú entra al mar, según los indios que informaron al capitán Villagrán, mar que es la gran laguna Urre-lavquen.

Y nótese también que los indios no refieren una sola palabra de la fabulosa riqueza que le atribuyeron los conquistadores para agujijonear la codicia de los emigrantes a América y para estimular su espíritu de aventuras, porque,

como hemos demostrado, el país rico a que aludían los indígenas era el de la sierra del Payén.

El hecho de existir ruinas sangrientas de una ciudad española, perdidas en el inmenso desierto, era ya bastante motivo para inflamar la fantasía de los cronistas de la época y nada fue tan fácil como bordar con los oropeles de una literatura efímera aquel terrible episodio.

Por eso en el expediente formado por el Fiscal de Chile en 1781 sobre los Césares, se dice de sus tesoros lo siguiente:

“Nada igualaba la magnificencia de sus templos, cubiertos de plata maciza, y de este mismo metal eran sus ollas, cuchillos y hasta las rejas de arado. Para formarse una idea de su riqueza basta saber que los habitantes se sentaban en sus casas en asientos de oro.”

Esta es la fábula. La realidad es que la ciudad de los Césares, según presumimos fundadamente, existía a 30 o 40 leguas al oeste de Salinas Grandes, donde han visto sus ruinas los indios actuales y donde la expedición del comandante Freyre ha comprobado la exactitud de la siguiente descripción real y positiva que de su riqueza hacía el padre Falkner en 1760, aunque en su libro de 1774 negaba la existencia de esa ciudad, por no haberla encontrado:

“También tienen, dice el jesuita, por la parte del sur, los habitantes de esta ciudad, cosa de dos leguas poco más, la mar vecina (el lago Urre-lavquen), de donde se proveen de rico pescado y mariscos para el mantenimiento de todo el

invierno. Y finalmente por no ser molesto en esta descripción, digo que es el mejor temperamento y más benévolo que se halla en toda la América, porque parece un segundo paraíso terrenal, según la abundancia de sus arboledas, ya de cipreses, cedros, pinos de dos géneros; ya de naranjos, robles y palmas, y abundancia de diferentes frutas muy sabrosas.”

Tal era la Ciudad Encantada, que durante tres siglos ha preocupado a la Corte de España y a los aventureros de Chile, Perú y el Plata.

Está reservada al ejército argentino la honra de hollar los escombros de la ciudad histórica, en su marcha triunfal sobre el río Negro.

Si entonces nos es dado compartir la gloria de la jornada, iremos a los Césares a descorrer el velo del misterio de tres siglos de impenetrable aislamiento, y estas páginas serán complementadas con la vista panorámica de sus ruinas.

XI. La línea del río Salado, con sus grandes travesías al oeste y al este, es sumamente importante como línea estratégica en la Pampa.

Al este de ella han vivido las iridiadas del desierto, porque este territorio es fértil, poblado de bosques inmensos, con aguadas dulces y permanentes y cruzado por una red de caminos carriles, formados al cabo de los siglos, por las innumerables caravanas de indios y arreos de ganado, que los han trillado sin cesar.

Estos caminos tienen jornadas precisas, es decir, de aguada a aguada.

De trecho en trecho ofrecen sus travesías, o sea zonas intermediarias de terreno árido, donde no se encuentra agua y que es necesario salvar a marchas forzadas, haciendo provisiones en las fuentes linderas.

Al oeste del Salado el terreno cambia de aspecto y de topografía.

Los arenales son allí más vastos, la aridez más extensa, las inundaciones más frecuentes, las secas más mortificantes, las líneas de aguadas reducidas y los caminos numerosos y frecuentados.

Este es un país de tránsito, mientras que el del poniente es de residencia.

Es de tránsito porque los indios que vienen de los valles andinos a compartir los azares del pillaje, tienen dos caminos.

El uno por el río Negro, el otro despuntando el Neuquén, atravesando aquel territorio al oeste del Salado y pasando este río para lanzarse a las pampas del este, dominadas hasta ayer por Namuncurá y los ranqueles.

Así la línea del río Salado, una vez dominada, cierra el camino del norte, que conduce de los fértiles valles del Neuquén y del sur del Planchón, a la pampa del este, no quedando ya a los indios más que la línea del río Neuquén, o sea el camino del sur.

Por eso la expedición de Amigorena en 1778 contra los indios de los Manantiales, es decir, cerca del río Colorado y del Salado, fue admirablemente proyectada y realizada por el capitán D. Sebastián de Undiano y Gastelú sobre la base de la ocupación del Chadi-leuvú, para impedir las comunicaciones entre las tribus del naciente y del poniente.

De acuerdo con este precedente histórico, el Fraile Aldao marchó en 1833 por el sur de Mendoza, faldeando los Andes, y a cierta altura contramarchó al este directo, para ocupar el río Chadi-leuvú a retaguardia de los ranqueles, impidiendo que éstos recibieran socorro de los Andes, mientras debía batirlos a su frente el general Ruiz Huidobro, arrojándolos a la travesía de Nahuel Mapú al río.

Hoy, en fin, esta línea había sido ocupada por el coronel Levalle, a retaguardia de los restos desorganizados de los ranqueles, a la vez que el coronel Racedo los atacaba de frente.

Reconocidas como están ya las líneas estratégicas de la pampa, en el centro del Chadi-leuvú, que cierra a los indios el camino del norte y el río Negro, que les intercepta el del sur, la marcha de las divisiones de ocupación del río Negro se hace más fácil y sencilla.

Ellas, caminando lentamente a fin de desprender partidas para hacer la policía del desierto y acabar con los indios errantes, llegarán sin obstáculos hasta la línea definitiva que corre de los Andes al mar.

XII. El misterio que envolvía la naturaleza de la pampa, acaba de ser iluminado al fin por el sol de la civilización, cuyos rayos centellean sobre las bayonetas y lanzas de nuestros veteranos.

Aquel país desierto, llano en unas partes como la superficie serena de las aguas, ondulantes en las otras, a la manera de un océano inmensamente agitado, aquí cubierto de bosques seculares, cuyas maderas serán la palanca de la pobla-

ción futura, allá interrumpido por cadenas de médanos desnudos, que entregan a los vientos torbellinos de arena ennegecedora; aquellas extensas regiones en las cuales el español no osaba aventurarse a menudo, el País del Diablo de las preciosas descripciones del padre Falkner, acaba de abatir sus montes y sus médanos y de abrir sus lagos dulces y cristalinos al paso triunfante de la bandera, que a la gloriosa conquista de los Andes debía añadir más tarde el laurel de la conquista de la pampa.

La astucia secular del indio ha sido al fin burlada, y el poder gigantesco que sobre ella reposaba, acaba de caer hecho pedazos.

Nunca habíamos explorado el misterioso seno de la llanura.

Era necesario hacer su autopsia a la luz de la ciencia, para conocer aquella organización infernal de la naturaleza del desierto, que parecía rechazar la vida civilizada, produciendo la muerte a su contacto, como las corrientes eléctricas que se chocan para lanzar el rayo.

El indio necesitaba desnaturalizar así sus exuberantes dominios para desorientarnos.

Era menester que su aduar quedara a cubierto de las empresas de una nación, que al fin había de sentir el rostro enrojecido ante el tributo pagado a la barbarie.

Era necesario que nuestras armas no fueran a despertar al nahuel¹⁵² de las selvas pampeanas, ni al ñancu¹⁵³ de los nevados cerros, que las limitan por el oeste.

¹⁵² Nahuel, tigre.

¹⁵³ Ñancu, águila.

Y el indio, tan valiente como astuto, nos hizo comprender que aquellas tierras, jamás exploradas por el geógrafo, eran arenas inhabitables y guadales profundos.

Hizo desaparecer de nuestra probable ruta los raudales de agua cristalina que en 1878 encantaron al coronel Villegas y que han favorecido la marcha de Levalle, García y Freyre, en una región mediterránea donde los calores son extremos, donde el sol en el verano quema como los resplandores cercanos de una colosal hoguera.

Necesitábamos caminos fáciles para nuestra marcha y el bárbaro nos pintó el guadal y el monte como obstáculos insuperables, y entre el guadal profundo y el monte impenetrable, tortuosas sendas, especies de filos de cuchillo sobre las cuales solamente el corcel del salvaje podía lanzarse a la carrera, como la gama de los campos.

Y ante ese misterio abrumador, en presencia de obstáculos de tanta magnitud, a la faz del desierto que era descrito con el colorido sombrío y pavoroso de las tumbas, porque lanzarse a su seno era acudir al templo de la muerte, la civilización retrocedía, y las armas de precisión guardaban silencio, reducidas a la vida del cantón, es decir, a la larga humillación de tres siglos.

Pero la pampa ha sido al fin conquistada y el salvaje huye a buscar refugio en los Andes, de donde salió, hijo rebelde del tronco araucano, para tentar la fortuna en la vida errante y militar de la inmensa llanura, que ha dominado y regado con sangre durante tres siglos.

CAPÍTULO VII
LA NUEVA FRONTERA¹⁵⁴

La expedición de 1833. - Proyecto del general Paunero en 1864. - Iniciativa del gobierno de Buenos Aires en 1870. - La línea del río Colorado. - El desiderátum de los hacendados. - Su concurso moral y material. - Forma de su cooperación. - La línea del río Negro. - Del Carmen de Patagones a Choele-Choel. - Los tehuelches. - Importancia estratégica de aquella isla. - Historia de su ocupación. - Resistencia de los indios. - El plan de Undiano y Gastelú. - Nombramiento de una junta de notables para su examen. - Dictamen de ésta. - Ideas del coronel García. - La llave del desierto. - Comunicaciones con el interior. - El Chichinal. - En el Neuquén. - Ocupación del Paso. - Entre este paso y Tilqui. - Defensa de los caminos. - El paso de Bariloche. - Vistas de un escritor chileno. - La frontera de Chile en 1878. - Su porvenir. - Expedición

¹⁵⁴ Para redactar este capítulo esperamos la publicación del mensaje del ministro de la Guerra sobre la nueva frontera, a fin de aprovechar los datos oficiales en él consignados; además tuvimos una conferencia con el general Roca, para rectificar o confirmar nuestros estudios sobre la materia, ilustrando nuestro juicio con su competencia militar.

combinada argentino-chilena. - De Mailleco al Topen. - Consecuencias de este movimiento para las dos repúblicas. - Organización del ejército expedicionario. - Ocupación de Salinas Grandes y Leuvucó. - De este punto a Salinas y al Neuquén. - El camino de Cruz. - Confirmación práctica de nuestras opiniones. - Las expediciones de 1878. - Estadística de sus resultados. - Reducción del ejército nacional. - Seis mil soldados y dos mil mujeres sobre el presupuesto de la Guerra. - Comisiones de geógrafos y de naturalistas. Carta geográfica de la Pampa. - Historia militar y científica de la expedición.

I. LA EXPEDICIÓN de 1833 clavó los dos grandes jalones que señalan las cabeceras de la frontera sur de la República, en el paso preciso del río Negro, denominado Choele-Choel y en el Neuquén. La división expedicionaria de vanguardia construyó fuertes en ambos puntos, que fueron abandonados en seguida, y de los cuales no quedan acaso ni las ruinas.

En 1864 el senador Oroño agitaba en el Congreso el avance de la frontera del sur, sin decidirse todavía por la línea del río Negro, lo que sucedió en 1867 y 1868¹⁵⁵.

El general Paunero, comandante general de armas en 1864, iniciaba un proyecto de avance de la frontera sobre el Colorado, contando con la navegabilidad de este río. El pensamiento no tuvo éxito, ni hubiera sido realizable, porque la navegación del Colorado no es todavía un problema resuelto,

¹⁵⁵ Véase el folleto citado, *Consideraciones sobre colonias y fronteras*, por NICASIO OROÑO, Buenos Aires, 1869.

y se sabe que es imposible por ahora a la altura de la travesía llegar al río Negro por Choele-Choel.

Proyectaba ocupar el Colorado desde la cordillera al mar, y una vez arrojados los indios al sur del río Negro, situar quinientos veteranos en Choele-Choel. Pensaba que la operación era realizable con un ejército de cuatro mil hombres de las tres armas, preparado para lanzarse a la pampa y para invernar en ella sin abandonar el campo, antes de haber arrojado a los indios al sur del río Negro¹⁵⁶.

El gobierno de la provincia de Buenos Aires inició en 1870 la ocupación de los ríos Colorado y Negro en esta forma: la línea de frontera arrancaría de los Andes por la margen norte del Colorado hasta el paso de Choique-Mahuida. Desde allí, cruzando la travesía, la línea llegaría a Choele-Choel, costeando el río Negro hasta Carmen de Patagones.

Este proyecto no fue considerado por el gobierno de la Nación, a consecuencia de la guerra civil que ardía en Entre Ríos; pero puso en evidencia que la opinión pública apoyaba con decisión el pensamiento de una solución definitiva de la cuestión fronterera.

Como una prueba de ello copiamos en seguida el voto de adhesión que la Sociedad Rural Argentina dirigió al gobierno de la provincia:

ACTA DE LA ASAMBLEA DE LA "SOCIEDAD RURAL ARGENTINA" PRESENTADA AL GOBERNADOR DE LA PROVINCIA POR UNA COMISIÓN DE LA

¹⁵⁶ Véase la Memoria del Ministerio de Guerra y Marina de 1864, Pág. 81. Informe del general Paunero, titulado *Proyecto de línea defensiva sobre el río Grande o Colorado*.

MISMA SOCIEDAD, COMPUESTA DE LOS CIUDADANOS D. JOSÉ M. JURADO, D. DANIEL ARANA, D. LUIS DE CHAPEAUROUGE Y D. EXEQUIEL REAL DE AZÚA.

Buenos Aires, 4 de julio de 1870.

Las continuas invasiones y depredaciones que los indios salvajes hacen sobre nuestra frontera han demostrado ya hasta la evidencia que el actual sistema de defensa es inadecuado o al menos insuficiente, y es por ello que la Sociedad Rural ha creído llegado el momento de contribuir a un cambio radical en este sistema, apoyando el propuesto por el Excmo. Gobernador de la Provincia, para cuya realización los miembros de esta corporación y demás ciudadanos que suscriben ofrecemos la cooperación más decidida.

José Martínez de Hoz, Eduardo Olivera, Vicente C. Amadeo, José M. jurado, Federico Leloir, Jaime Arrufó, Salustiano Galup, Félix Lynch, Manuel Gache, José G. Lezama, J. A. Brizuela, M. Azcuénaga, Miguel Crisol, Alvaro Barros, Gregorio Torres, Juan M. Villaraza, Nicanor Lastra, Eduardo Bernal, Casto Sáenz Valiente, Mariano Cano, Carlos Newton, Martín Colman, Calixto Moujan, Jorge Temperley, M. Belgrano, Agustín E. Vela, José L. Vela, Jorge Atucha, Felipe Rufino, Exequiel Ramos Mejía, Estanislao Frías, Felipe A. Llavallol, Eustaquio Torres, Nicanor Olivera, Emiliano Aguirre, Francisco Bosch, Manuel M. Ibáñez, Félix Bernal, Luis Amadeo, José Roque Pérez, Marcelino Rodríguez, Sulpicio A. Gómez, Juan A. Figue-

roa, Ramón R. Gómez, Juan Atucha, Exequiel Cárdenas, Jorge Lacombe, José Z. Miguens, Felipe S. Miguens, Mariano Unzué, Francisco Lalama, Justo M. Piñero, Antonio C. Márquez, Juan Cañás, Juan B. Llosa, Luis A. Huergo, Juan Cobo, Juan G. Peña, Ramón Vitón, Mariano Castex, Miguel Torres, Lino D. Lagos, Manuel A. López, Federico Terrero, Daniel Arana, Lorenzo F. Agüero, A. M. Álvarez de Arenales, Domingo A. de Achával, Carlos Villate, Exequiel Real de Azúa, José Arce, Pinto y Mejía, José Villodas, Juan Hughes, Joaquín Torres, Miguel Vanchetti, Paulino Amarante, Francisco Abach, Federico A. Toledo, Melchor F. Arana, Francisco F. de la Serna, L. de Chapeaurouge, T. M. Miguens, Luis Bilbao, Adolfo Reyes, José Señoras, Mariano Casares, Antonio Clara, Manuel Martín y Omar, José G. Gómez, Manuel Fernández, Exequiel Martínez, Patricio Reed, Vicente Casares e hijos.

Julio 9 de 1870.

Acútese recibo agradeciendo a la "Sociedad Rural" la cooperación que ofrece en asunto de tan vital interés para la provincia, ofrecimiento que se hará presente al Excmo. Gobierno Nacional, a los fines convenientes, publíquese e insértese en el Registro Oficial.

CASTRO
ANTONIO E. MALAVER¹⁵⁷.

La "Sociedad Rural" no se detuvo ahí. En 1871 presentó un memorándum al Gobierno exponiendo la verdadera situación de las fronteras, y significando claramente que el desiderátum de los hacendados era la expulsión de los bárbaros al sur del río Negro.

Esté interesante documento, en que los hacendados más fuertes de Buenos Aires ofrecen toda su cooperación al Gobierno Nacional, importa un compromiso contraído a la faz de la Nación, que ha llegado el momento de hacer efectivo, cooperando al pensamiento que agita a los poderes públicos de marchar al río Negro. Por eso mismo lo hemos creído digno de ser recordado en esta oportunidad. Hélo aquí:

A S.E. el Sr. Gobernador de la Provincia, ciudadano D. Emilio Castro.

Los que firmamos reunidos en los salones de la "Sociedad Rural Argentina", hemos resuelto dirigirnos a V. E. con la exposición franca y explícita de la situación en que se encuentran las fronteras, y con la indicación de las medidas que a nuestro juicio deben tomarse, a fin de remediar en lo posible los males del presente, y evitar los del porvenir.

Este movimiento de opinión entre personas que por sus intereses e industrias en la campaña, están más que otras expuestas a las irrupciones de los indios, no es el resultado ni de mala voluntad, ni de la menor mira de hostilidad hacia el gobierno; nos proponemos solamente ayudar a las autoridades

¹⁵⁷ Los antecedentes de esta tentativa de resolver la cuestión fronterera existen en la Memoria del Ministerio del Gobierno de Buenos Aires de 1871 a 1872, Pág. 169 y

para la realización de una medida definitiva, y nos dirigimos al primer magistrado de la provincia en que habitamos, narrándole los hechos tales como son, e indicándole aquello que discretamente pensamos que debe hacerse.

Creemos además, que debemos empezar por recordar ciertos antecedentes, de alguno de los cuales tiene ya conocimiento V. E.

En una de nuestras reuniones anteriores se decidió nombrar una comisión que se apersonase al gobierno de la provincia y con los diputados al Congreso por la misma, autorizándola para que verbalmente hiciera las referencias y gestiones tendientes al objeto que nos proponemos, con la correspondiente transmisión de los datos de que podemos disponer en la actualidad.

La comisión cumplió su encargo, dando por resultado la expresión de los mejores deseos por parte de V. E. y una interpelación al ministro de la Guerra de la nación por parte de los diputados.

Al ser interpelado el señor ministro de la Guerra, negó los hechos y clasificó los datos de inexactos, afirmando que la frontera está asegurada y mejor garantizada que nunca, y que en la administración anterior no se había hecho nada en obsequio de los hacendados fronterizos.

En vista de tan terminantes declaraciones, hechas ante el Congreso y ante el país entero por la boca del gobierno nacional, estamos en el deber de afirmar a nuestra vez y bajo la fe de muchos de los que suscriben esta exposición, que las tribus de Calfucurá y Catriel son acreedoras, la primera por

sights., y en la Memoria de Guerra de 1872.

cinco trimestres y la segunda por tres, de las raciones y auxilios que se comprometió a entregar el gobierno nacional; que toda la línea de las fronteras siente la falta de caballos, y por último, que algunos de los fortines exteriores carecen absolutamente de armas para los guardias nacionales que los guarnecen. V. E. puede aceptar estas observaciones con todo el carácter de fidelidad que merece un asunto de tanta trascendencia para el país y debe creer que estamos prontos a justificarlo en la forma que fuere necesario.

Dejando así establecida la verdad de los hechos, pasamos a transmitir a V. E. datos y reflexiones de otro orden.

Es un hecho conocido por todos, que las tribus que habitan la pampa han sido hace poco reforzadas por más de mil indios chilenos, lo que significa una serie de futuras invasiones, cuyos males a nadie pueden ocultarse, y ante semejante antecedente unido a las deficiencias del sistema tradicional de defensa que tantos desastres han causado, ante los hechos que arriba apuntamos y por último ante la imposibilidad material, ya por una razón ya por otra, de defender los intereses fronterizos de una manera segura y eficaz, ¿qué debe hacer el gobierno de la provincia, y qué debemos pedirle nosotros, en obsequio de sus deberes como de nuestros intereses comprometidos?

Una muy larga y dolorosa prueba ha demostrado que el sistema defensivo en una línea tan extensa, sin accidentes estratégicos, sin facilidad para adoptarlos por la superficie llana y casi constantemente uniforme, no debe ser mantenida por más tiempo, y mucho menos cuando se trata de un enemigo ávido de rapiña, en razón de su miseria y del tradicional

espíritu de venganza que lo anima, ágil y dueño de la extensa llanura de que puede disponer en sus retiradas.

La conclusión de estos precedentes no han podido, pues, ser otra cosa que un cambio completo, que haga tomar la ofensiva y que arroje a las tribus depredadoras más allá de la línea natural del río Negro.

No pretendemos señalar al gobierno un plan, ni menos entrar en detalles fuera de lugar; pero sí creemos, que al apuntar la idea, debemos asegurarle por medio de la promesa más formal, que estamos prontos a cooperar moral y materialmente a su realización, con todos aquellos medios y recursos que estén a nuestro alcance. Al hacer este decidido ofrecimiento, debemos recordar el hecho en épocas anteriores por la "Sociedad Rural Argentina", bajo cuyos auspicios nos hemos reunido hoy para reproducirlo; y concluimos rogando a V. E. se sirva tomar todas las medidas e iniciar todas las gestiones necesarias que la Constitución y las leyes le acuerdan, con todo el patriotismo y con toda la voluntad que verbalmente se ha servido manifestar a nuestros comisionados.

Emprendida por V. E. esta cruzada, con la resolución y ardor que ella merece, o ayudando al gobierno de la nación para que la lleve a cabo, en cumplimiento de una ley del Congreso dictada al respecto, habrá hecho un verdadero e inolvidable servicio al país, cicatrizando una vez por todas la deplorable llaga que consume una gran parte de los frutos de la primera industria nacional.

Mientras que eso no se realice, suplicamos a V. E. haga de su parte lo posible para que la frontera de Buenos Aires

sea dotada inmediatamente de todos los elementos necesarios, para su seguridad y defensa.

Saludan atentamente al señor Gobernador.

Miguel J. Azcúenaga, J. M. Jurado, Pedro de Elizalde, Federico Leloir, Nicolás jurado, Mariano Roldán, Alvaro Barros, N. Martínez de Hoz, Moisés Jurado, J. B. Bonnement, Juan Frers, José Anasagasti, Antonio Martínez y Vidal, Martín Colman, José Barés, Ventura Lozano, Elíseo P. Acorta, Victorio de la Canal, Samuel Rosetti, Ricardo Newton, Miguel Insiarte, Serapio Rosas, Irineo Anasagasti, Juan M. Serna, Juan Anasagasti, José Portuguese, Alejandro Leloir, Daniel C. Amadeo, Félix Bernal, Manuel Bavio, Tomás Urquiza, Samuel S. Valiente, Exequiel Real de Azúa, Tristán Gómez, Vicente Casco, Juan A. Figuera, Juan H. Gómez, Miguel B. de Uribelarrea, Ramón Santa María, Nicanor Elgalde, Antonio R. Vaqueiro, José Félix Andrade, Daniel Miró, Rafael J. Caraballo, Juan Malcolm, Ezequiel Cárdenas, García y González, Martín Irala, Benedicto López, Ramón R Gómez, Fausto Lara, José Ciriaco Gómez, Francisco Lalama, Teodoro San Martín, Martín Córdoba, Juan Cobo, Francisco Piñeiro, Juan Crisol, Inocencia Ortiz, Federico Lefrançais, Salvador M. del Carril, Emilio J. Muñiz, Ramón Piñeyro, Jacinto L. Araux, Fermín Muñoz, Nicanor Olivera, Agustín E. Vela, Calixto J. Manjon, Saturnino Martínez de Hoz, Manuel Anagasti.

Buenos Aires, octubre 14 de 1871.

Remítase con la nota acordada al Exmo. Gobierno Nacional, avísese a la "Sociedad Rural" y publíquese.

CASTRO

ANTONIO E. MALAVER

En 1872 el ministro de la Guerra, coronel Gainza contestaba en estos términos:

“V. E. apoya en su nota la idea de llevar la frontera hasta la línea del río Negro.

Este gobierno se ocupa actualmente de preparar los elementos necesarios para llevar a cabo esta idea, dando al mismo tiempo cumplimiento a una ley dictada por el Congreso hace algunos años; pera para ello ha de tomarse el tiempo indispensable, pues no quiere exponerse a que las armas de la civilización retrocedan como otras veces ante la chuzca de la barbarie.

Los señores hacendados, con un desprendimiento que los honra, ofrecen en obsequio del mismo pensamiento todo su apoyo moral y material.

El gobierno argentino acepta gustoso ese concurso; y en el caso de que se haga práctica la operación, espera que V. E. se servirá entenderse directamente con ellos a fin de averiguar, hasta qué punto y en qué sentido podrá contar con él.

Este conocimiento sería de suma importancia, pues el gobierno tendría entonces un poco más de partida para proceder, seguro como está de que si los señores hacendados toman con empeño el encargo de concurrir a la operación, una gran parte de las dificultades habrán sido superadas.”

En marzo del mismo año se expidió la Sociedad Rural Argentina contestando que había nombrado comisiones de vecinos en cada partido de campaña, con la misión de levantar una suscripción de caballos, que permanecerían en poder de sus dueños, hasta que el gobierno dispusiera la realización de la expedición. Solicitaba la Sociedad que el gobierno exhortase a los jueces de paz a secundarla en su patriótica empresa; y el P. E. lo hizo en el acto por medio de una circular que lleva fecha 21 de marzo de 1872.

Abrigamos la convicción de que, no habiendo sufrido modificación radical el sistema defensivo de la frontera, los hacendados de Buenos Aires sostendrán siempre con igual patriotismo su desiderátum de 1871 y su generoso ofrecimiento de cooperar moral y materialmente a la traslación de la frontera sur al río Negro.

La ley de 1867, cuya ejecución se prepara felizmente a realizar el gobierno, traza con acierto la verdadera línea de la frontera sur, cuyas cabeceras serán los Andes y el Atlántico, pasando por Choele-Choel, Chichinal y Neuquén; y por nuestra parte, no vemos otra más ventajosa, más sostenible, ni más fecunda para la riqueza de aquellas comarcas y de la nación misma.

La línea del río Colorado es inhospitalaria por la aridez del territorio, de difícil defensa por esta misma causa y de imposible comunicación fluvial en alta escala, según los conocimientos que hasta ahora poseemos sobre aquel río.

Al contrario, como ya lo hemos, demostrado, el valle del río Negro, es hospitalario, fértil en algunas extensiones, y sus

posiciones estratégicas permiten una defensa tan eficaz como barata y fácil, debiendo agregarse a estas seductoras ventajas, que la navegación de dicho río y sus afluentes, es al mismo tiempo que un recurso militar, un agente poderosísimo de población, de progreso y de riqueza.

La historia de dos siglos, por otra parte, ha proclamado la excelencia de esa línea natural de la frontera del sur de la República, como lo hemos demostrado en otro capítulo y como vamos a confirmarlo.

II. El vasto territorio comprendido entre Choele-Choel y Carmen de Patagones es recorrido frecuentemente por los indios que van de la Pampa unas veces y de los valles orientales de los Andes las otras; pero una vez realizada la gloriosa batida en la llanura, acampadas en triunfo nuestras tropas sobre la margen del río Negro, sin enemigos a retaguardia, aquellos campos se verán libres de salvajes, y las estancias de argentinos y de ingleses que ya se acercan a Choele-Choel, prosperarán tranquilas y seguras, sirviendo de base a nuevos centros de población y de trabajo.

Los indios que vagan en los llanos de la Patagonia al sur del río Negro no son invasores, porque su índole y sus costumbres difieren radicalmente de los caracteres morales y elementos materiales de los araucanos. Los tehuelches o habitantes del sur. (tehuel, sur; cbe, gente) son indios naturalmente preparados para la civilización y algún día serán la base de la población argentina de la Patagonia. Hoy mismo los vemos respetar la colonia galense del Chubut, comerciar con ella y acompañar lealmente a los atrevidos colonos, que se

internan en el seno de la Patagonia entregados a investigaciones científicas. Por otra parte, no olvidemos que responden de la tranquilidad del territorio que nos ocupa, la cruel travesía del Balcheta, al sur del río Negro. Si los indios rechazados al sur de este río intentaran burlar la vigilancia de las fuerzas escalonadas desde Choele-Choel al Neuquén, lanzándose en gran número y de improviso sobre los establecimientos ubicados entre Carmen de Patagones y la isla, serían detenidos por la inhospitalaria naturaleza de la travesía del Balcheta, en cuyas estepas sucumbiría el ejército que osara hollarlas sin un inmenso acopio y tren de elementos de vida.

En efecto, desde la colina austral del río Negro hasta el Chubut, este territorio de centenares de leguas cuadradas, que comprende los campos¹⁵⁸ de Balcheta, carece de pastos y de agua.

El padre Falkner describe la travesía del Balcheta al sur del río, en estos términos:

“Toda la costa, por cosa de 20 leguas al sur del segundo Desaguadero es un país seco, estéril, y con muy poco pasto, e inhabitado por hombres y bestias, excepto algunos guanacos que bajan de cuando en cuando de las montañas vecinas al poniente. No tiene más agua en una parte del año que la que se coge en las lagunas después de las grandes lluvias, en cuyo tiempo bajan los indios a este país para enterrar los difuntos, visitar los sepulcros, recoger sal en la Bahía San Julián, o sobre la costa. Vense algunas colinas pedregosas aquí y allá; en

¹⁵⁸ MORENO, *Viaje a la Patagonia Septentrional*, t. I de los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*, pág. 188.

una de las cuales, cerca de Puerto Deseado, se halló también un mineral metálico de una especie de cobre¹⁵⁹.”

Sin embargo, hacia la costa del Atlántico corre un camino que sale de Carmen de Patagones, y que se interna al sur, inclinándose al oeste; camino que es seguido por los comerciantes que van a realizar cambios ya con los colonos del Chubut, ya con los indios tehuelches de algunos valles fértiles de la Patagonia septentrional, especialmente de aquellos que dan origen y alimentan al cristalino arroyo Balcheta, límite sur de la travesía de su nombre¹⁶⁰.

Este mismo camino se une al que siguieron los indios de la caravana del intrépido capitán Musters, arrojado por los salvajes manzaneros al sur del río Negro para evitar que examinara este río.

Viedma decía, en su descripción de la Patagonia:

“Desde Santa Elena al río Negro, dicen los indios que es muy escasos de aguas el terreno, que sólo se hallan algunas pequeñas lagunas en tiempo de lluvias, y cuando están secas se ven obligados para ir al río Negro a arrimarse a la cordillera, donde bajan manantiales; y como para esto suben mucho al oeste, triplican el camino si han de bajar luego al establecimiento de los españoles, con respecto al que caminarían por la costa, si en ésta tuvieran agua¹⁶¹.”

¹⁵⁹ TOMÁS FALKNER, *Descripción de la Patagonia* (Colección de Angelis, t. I).

¹⁶⁰ GUERRICO, *Memoria sobre el río Negro*. Memoria de la Guerra, 1873, Anales Científicos Argentinos, 1874, Pág. 150.

¹⁶¹ Diario de VIEDMA, 1783. Colección de Angelis, t. VI, pág. 80.

Dedúcese de las precedentes observaciones, que antes de decidirse el ministro de la Guerra a dejar desguarnecido el territorio que media entre Carmen de Patagones y Choele-Choel, es necesario practicar un reconocimiento detenido sobre la travesía de Balcheta, a fin de saber si realmente es un obstáculo invencible para una invasión de indios, como todo parece demostrarlo, o si ofrece oasis accesibles, que puedan servir de etapas para un nuevo camino, en cuyo caso los salvajes encontrarían otra vez abierto el rumbo del río Colorado y de Bahía Blanca.

En el último resultado, la verdad es también que la defensa es fácil y se puede hacer con pocos hombres, teniendo además el recurso de la navegación a vapor, cuyos servicios militares serán de la mayor trascendencia y eficacia.

Hemos creído conveniente detenernos en estas consideraciones para prevenir críticas a las ideas de ocupación del río Negro, que profesamos desde hace tiempo; y con este mismo propósito hemos de demostrar en otro capítulo nuestra profunda convicción de que, abierta la guerra ofensiva sin suspender la marcha del ejército hasta el río Negro, habrán concluido para siempre las invasiones de los salvajes.

III. Villarino escribió en la carta geográfica de su famosa navegación en el río Negro la siguiente leyenda:

“Los indios pasan por arriba y abajo de Choele-Choel, porque allí, enfrente, es donde el río Colorado se acerca más al Negro, sin que les quede arbitrio para hacer este tránsito más arriba; y ésta fue la causa porque generalmente todos los

indios sintieron la expedición que se hizo para este reconocimiento, para fortificar el potrero de Villarino.”

Este potrero se encuentra en la isla de Choele-Choel así llamada impropriamente, pues Villarino, fundado en el testimonio de los indios, dice que así nombran a un médano que se encuentra al este del paso. Pensamos que como un acto de justa reparación y como un tributo de gratitud al insigne precursor de la ocupación del río Negro, la isla de Choele-Choel debiera llamarse de Villarino.

¡Aún existe en ella el fortín en que éste vivió cuarenta y cinco días!¹⁶²

Describe el piloto con entusiasmo los potreros de Choele-Choel, no solamente por su fertilidad, que le pareció superior a la de los territorios comprendidos entre Carmen de Patagones y ese paraje, sino también por su fácil defensa.

En efecto, el Diario dice:

“Queda el dicho potrero inexpugnable aunque vengan 50.000 indios. Este potrero es capaz, tiene dentro leña, madera, caza, pesca que abunda en ricas truchas y pasto para siempre, para el ganado que tenga, y aunque venga más. Esta gran isla, por estar en la banda del norte, es la mayor excelencia de dicho paraje; tiene nueve leguas de largo, y en algunas partes tres de ancho; las tierras en las inmediaciones de este paraje o

¹⁶² Véase el plano de Villarino. El potrero tiene el nombre de Tehuel Malal (corral del sur).

potrero, en espacio de cuatro leguas, son las mejores que ha visto desde aquí el desagüe de este río en el océano¹⁶³."

En abril de 1782 Villarino recibió un oficio en el que se le pedían esclarecimientos sobre las posiciones estratégicas del río Negro; y contestó:

“La guardia que Vd. ha proyectado en el Choele-Choel, debe Vd. tener presente que además de ser útil para contener los indios, lo más importante de ella, y por lo que a mi juicio se hace absolutamente necesaria, es porque sirve para tener los indios retirados de las orillas del mar, que en ellas nos pueden ser tan perjudiciales en caso de ser invadida esta costa por los enemigos de la Corona, con quienes se podrían unir por su propio interés, y convendría mucho tener siempre los indios retirados de los puertos, para el caso de que sucediese lo que he dicho, no tuviesen la facilidad de hallarse con ellos, ni que los indios tuviesen ni pudiesen adquirir tal noticia. Suspendo hacer la descripción de Choele-Choel, por cuanto con bastante difusión lo tengo manifestado a Vd. anteriormente. Tampoco quiero hablar de las numerosas iridiadas que precisamente los obliga a transitar por este paso, y los estragos que causan a Buenos Aires, porque de todo ello tiene Vd. muy largas noticias y conocimientos.”

Estas observaciones, dirigidas a Viedma, trazaron el rumbo que debía seguir la opinión de los contemporáneos y

¹⁶³ T. VI de la Colección de Angelis, pág. 29.

de la posteridad, para obtener la completa seguridad de la campaña poblada, lindera con los dominios del salvaje.

En efecto, Viedma, intendente de los establecimientos reales de las costas patagónicas, fue el primero que, apoyándose en las noticias de Villarino, promovía la ocupación militar de Choele-Choel, aunque sin éxito, como ya lo hemos referido¹⁶⁴.

Después de la trágica muerte de De la Piedra y de Villarino, acontecimiento que causó honda impresión a consecuencia de la espectacularidad de las víctimas, formáronse en la corte del Virrey de Buenos Aires dos partidos, el uno favorable a la conservación de los establecimientos de la costa patagónica y el otro adverso, partidario de abandonarlos.

El Virrey decidióse por un término medio, juiciosamente aconsejado por Viedma y el brigadier portugués Saa de Fariñas¹⁶⁵.

Ellos opinaban que todos los elementos y escuadrillas dispersos en el extenso litoral de la Patagonia, debían ser concentrados en Carmen de Patagones, conservando esta posición a todo trance, como llave de la comunicación fluvial con el interior, aún mal conocida, del país y como base para vigilar aquellas costas sin cesar.

Era cuerdo el parecer y como vamos a justificarlo, fue ampliamente aprobado por el Rey de España.

El primer ministro de S. M., conde de Campo Alange, escribía en San Lorenzo del Escorial en 22 de noviembre de 1791, acusando recibo de las comunicaciones del Virrey de

¹⁶⁴ Véase el Capítulo Primero.

¹⁶⁵ Manuscrito en el Archivo General de la Provincia.

Buenos Aires, relativas a la conservación del establecimiento del río Negro, y decía:

“Se ha dignado S. M. resolver conformándose con el informe dictamen de su Suprema justicia de Estado, que considerando la urgente necesidad en que nos hallamos después del último convenio con Inglaterra de posesionarnos y establecernos sólidamente en los puntos principales de la mencionada costa (patagónica) antes que aquella nación se apodere de alguno o algunos, como es de recelar piensan hacerlo para abrigo de sus pesquerías, para introducirse con su comercio clandestino por los ríos, o por tierra en la banda del sur y para dificultar nuestra navegación y comercio en tiempo de guerra, desde luego se conserve y dé todo el fomento posible al establecimiento del río Negro; que se traslade el puerto de San José al istmo de aquella península, y que se internen las guardias sobre el río Negro, ocupando el paso de Choele-Choel y procurando averiguar los demás pasos del mismo río, para cubrir por aquella parte las fronteras de ese Virreinato, cuyas providencias, aunque ocasionaran algún dispendio, servirán al pronto para asegurarnos aquellas posesiones, y es verosímil produzcan con el tiempo las demás ventajas que prometen los informes¹⁶⁶.”

Más tarde, en 1796, el ilustre geógrafo D. Félix de Azara sostenía las mismas ideas, en un importante informe elevado

¹⁶⁶ Manuscrito en el Archivo General de la Provincia.

al Virrey sobre la frontera de Buenos Aires¹⁶⁷. Azara se expresaba así:

“Me limito, pues, a decir que miro muy factible y fácil establecernos en Choele-Choel, y con esto, siendo cierto lo que asegura Villarino, seríamos dueños de las pampas desde aquí hasta el río Negro; pues, aunque quedaran algunos bárbaros en este espacio, no habría motivo para temerlos, porque no son muchos, ni aun la sexta parte de lo que el vulgo se figura. Tampoco tendrían motivo para incomodarnos, porque no hallarían a quién vender el ganado robado que ellos no necesitan. En fin, amparándonos en este paso preciso, no podrían los indios del sur del río Negro, ni los de la cordillera y sus faldas, introducirse en estas pampas para unirse con sus indios y robar nuestro ganado, como hasta aquí ha sucedido.”

En los primeros años de este siglo, un oficial de blandengues de Mendoza, de quien ya nos hemos ocupado, D. Sebastián de Undiano y Gastelú, bosquejaba con tino y sagacidad el plan de una expedición formal sobre el río Negro, plan que ha sido y será el único benéfico, aunque actualmente es susceptible de ser complementado por los detalles, como vamos a verlo¹⁶⁸.

“Con las tropas que hoy hay en dichas fronteras, dice, me parece sería suficiente; para establecernos sólidamente en

¹⁶⁷ Colección de Angelis, t. VI, Págs. 43 Y 44

¹⁶⁸ Véase el t. I de la Colección de Angelís, al final.

los puntos principales de la nueva línea; a saber: por lo que mira al río Negro en Choele-Choel e isla inmediata, más arriba de este paso, y por lo que toca al Diamante¹⁶⁹ en el que se ve más abajo de los Manantiales. En el de la esquina de San José, en el de los Algarrobos; y en el de la dicha confluencia del Diamante y el Atuel, y en algunos otros de que se haría un reconocimiento prolijo, si se tuviera por conveniente asegurarlos.

Para este reconocimiento debieran partir dos expediciones, una desde nuestro establecimiento del río Negro, a la manera de la de Villarino, que podría dirigirse con dos chalupas hasta la unión de este río con el Diamante; y otra que, marchando desde Mendoza, fuese por la derecha de este último río hasta encontrarse con la del Negro; volviendo a la retirada de una y otra a rectificar las observaciones hechas en la entrada. Bien que la de Mendoza sería muy conveniente que hiciese su viaje de vuelta por la izquierda, para reconocer la unión del Tunuyán, que yo no pude ver el año de 1784 que anduve por allí, a causa de las grandes crecientes de aquel año, que hicieron salir de madre dicho río, inundando a mucha distancia los campos inmediatos, y estorbando el acercarse debidamente a reconocer este punto geográfico, por lo cual sería muy bueno también que la expedición de Mendoza llevase dos canoas o botes por el río, y una y otra confiadas al mando de personas que diesen una descripción completa de los ríos, levantando planos exactos de ellos, y designando los sitios para el establecimientos de los nuevos fuertes.”

¹⁶⁹ El río Diamante a que alude Undiano es el Neuquén. En aquella época de atraso geográfico era corriente este error, como se ha visto. Así, pues, el plan de

El Virrey de Buenos Aires, que en 1804, época de esta presentación, lo era el Marqués de Sobremonde, convocó una junta de notables, como se ve por el siguiente documento:

“En la ciudad de la Santísima Trinidad de Buenos Aires, a 28 de mayo de 1804, el Excmo. señor Marqués de Sobremonde Virrey, Gobernador y Capitán General de estas Provincias del Río de la Plata, etc.: Habiendo visto y examinado los varios expedientes que en diferentes tiempos se han promovido con el objeto de adelantar la frontera del sur de esta capital e igualmente el proyecto presentado a S. E. por el capitán de milicias de Mendoza, D. Sebastián Undiano y Gastelú, dirigida a adelantar la misma frontera hasta los ríos nombrados Negro y Diamante, resolvió S. E., para tomar la determinación más útil y conveniente en materia de tanta gravedad y consecuencia, hacer convocar las personas de mayor inteligencia y conocimientos prácticos en la materia, para que instruyéndole verbalmente cada uno de su concepto, según sus conocimientos, pudiese facilitar sin más retardo, y sin los embarazos y dificultades que hubieron hasta el presente el importantísimo proyecto de adelantar la frontera del sur de esta capital, en cuya virtud, habiéndose juntado en este Real Palacio, en presencia de S. E., los señores D. Juan de Almagro, del Consejo de S. M., Oidor honorario de la Real Audiencia de Charcas, Auditor de Guerra y Asesor General de este Virreinato; el coronel D. Nicolás de la Quintana, comandante general de la frontera del sur; D. Domingo de

Undiano es el que perseguimos hasta ahora.

Igarzábal, alcalde de primer voto de esta ciudad; D. Ignacio Rezabal, síndico procurador general de la misma; D. Francisco Escalada, síndico del Real Consulado; el capitán de dragones, D. León Ortiz de Rosas; el de ejército, D. Joaquín Maestre; el de las milicias de Mendoza, D. Sebastián de Undiano; el apoderado del gremio de hacendados, D. Antonio Obligado, y el ingeniero geógrafo, D. Pedro Cerviño; después de haber propuesto difusamente la materia, leídose lo más sustancial de los expedientes obrados hasta el día acerca de ella, y seguidamente el proyecto presentado por D. Sebastián de Undiano y Gastelú, todos estuvieron de común acuerdo en su parecer, que considerada la grande distancia que media desde la frontera de esta capital hasta el río Negro, los considerables gastos que sería necesario invertir en la guarnición de las orillas de dicho río y del Diamante, lo escaso de los fondos destinados para sufragar a estos preciosos e indispensables gastos, el considerable número de tropa que era necesario emplear en cubrir puestos tan distantes y lo expuesta que quedaba la frontera inmediata a la capital, no conceptuaban conveniente ni practicable por ahora la verificación de este proyecto: pero que atendiendo por otra parte al crecimiento y adelanto que ha tomado la población de la provincia desde el año pasado de noventa y seis en que se propuso adelantar la frontera hasta el río Salado, consideraban que no debían ceñirse a tan corto espacio el avance de que ahora se trataba, sino que debía solicitarse un punto medio, que sin dejar expuestas las inmediaciones de la capital, sin tropezar con las demás dificultades que ofrecía la salida hasta el río Negro, proporcionase las ventajas a que se aspiraba, de dar

mayor ensanche a los campos en los términos más ventajosos y útiles a la provincia, y que pudiesen conciliar todos los objetos que se proponían y ventilaban. En cuyas circunstancias, el señor coronel comandante de la frontera propuso, que en su concepto el modo más seguro de la defensa de ésta para conservar él reunidas las fuerzas destinadas para ella en un puesto ventajoso y proporcionado a ocurrir con prontitud a contener cualquiera invasión; que por las noticias adquiridas de todos aquellos campos, y los conocimientos prácticos que de ellos le asisten, cree que no hay otro punto que reúna estas proporciones, que la laguna Blanca o Cerremechi, situada como a unas ochenta leguas de esta capital, y que estableciéndose en sus inmediaciones un fuerte y cuartel general para la tropa de blandengues puede quedar bien asegurada la frontera, y en lo sucesivo, si se considerase conveniente aumentar dos fortines en sus dos alas, cuya faena se aumentará considerablemente con los pobladores que es probable se le reúnan al abrigo del mismo fuerte, siempre que se les repartan terrenos asegurándoseles su propiedad, no debiendo dudarse que por estos medios tendrá en muy breve tiempo aumentos muy considerables aquella población, así por la buena calidad de los terrenos, como por la permanencia de las aguas.

Y habiéndose ventilado y discutido detenida y minuciosamente por los señores de la junta acerca de la exposición del señor comandante de la frontera, convinieron todos en que así debía practicarse, y era cuanto en las circunstancias convenía hacer, y lo que consideraban digno de la celosa protección y decidida constante propensión de S. E. por la

prosperidad de esta provincia, y bienestar de sus habitantes; pareciendo también podría al propio tiempo conseguirse sin dificultad adelantar la frontera de Mendoza, trasladando el fuerte de San Carlos a la confluencia del río Atuel con el Diamante e igualmente avanzar un puesto cinco o seis leguas más por la parte sur del río Negro. Todo lo cual, oído por S. E. mandó se asentase por diligencia, y que firmada por dichos señores de la junta, se le llevase para resolver lo que considerase más conveniente: de que yo el escribano mayor de Gobierno y Guerra doy fe.”

*Juan Almagro, Nicolás de la Quintana, Domingo de Igarzábal, Ignacio de Rezábal, Francisco Antonio de Encalada, Sebastián de Undiano, Joaquín Maestre, Antonio Obligado, León Ortiz de Rosas, Pedro Antonio Cerviño, José Ramón de Baravilbaso*¹⁷⁰.

Poco nuevo hay que decir ya en materia de plan general de ocupación del río Negro después de lo escrito por Undiano y Gastelú. La expedición de 1833 fue llevada a cabo, de acuerdo con aquellos consejos, completados en los detalles con arreglo a las nuevas necesidades.

Finalmente citaremos en apoyo de la importancia de los pasos del río Negro, la opinión del distinguido coronel García, quien diseña la nueva línea definitiva en estos términos:

¹⁷⁰ Expediente promovido por D. Sebastián de Undiano y Gastelú, capitán de milicias de Mendoza, sobre aumentar diecisiete mil leguas a los campos que poseemos en nuestras pampas. Año 1804. Manuscrito en poder de la familia de Undiano.

“La primera debe ser desde la confluencia con el mar del río Colorado hasta el fuerte de San Rafael, sobre el río Diamante, teniendo por punto central la laguna de Salinas. La segunda debe formarla la cordillera de los Andes, en los pasos que franquea por Talca y frontera de San Carlos, apoyando su izquierda sobre las nacientes del río Negro de Patagones y su derecha en el paso del Portillo, examinando además otros pasos intermediarios si los hubiere, y guarneciéndolos del mejor modo posible. La configuración geográfica del terreno da a conocer la importancia de esta obra, y también que la naturaleza nos da en los Andes unos límites indisputables y que brindan a los de esta parte del norte con la posesión de tantos terrenos yermos y de preciosidades inestimables, ya demasiado conocidas y ansiadas por los del sur.

Los costados del cuadro irregular que forman las dos líneas, quedan cubiertos por el este con las orillas del océano y río Negro; por el oeste con la provincia de Cuyo; por el sur con la cordillera de los Andes, y por el norte con las provincias de Buenos Aires y Córdoba.”

Siendo Choele-Choel la llave del río Negro, y demostrada la importancia incontrovertida de esta línea estratégica, ha debido ser conservada aquella posición militar ocupada y abandonada por Villarino, en tiempo de Rosas, y bajo la administración del general Mitre.

Los bárbaros hicieron siempre una oposición decidida a la fortificación de la isla desde el reinado de Chulilaquin, en 1782, hasta el de Calvucurá en 1874.

La última vez que Choele-Choel fue ocupada en cumplimiento de un decreto de la administración del general Mitre, los indios se alarmaron hondamente y el cacique general de las pampas escribía al coronel Barros, jefe de la frontera sur de Buenos Aires:

“Me dice mi general que le dé a saber de la venida del hermano Reuque-Curá, y que ya está en Choele-Choel con 3.500 lanzas sin contar las que vienen todavía en camino, y el motivo de esta venida es por la población que se iba a hacer en Choele-Choel, y que el señor Gobierno se lo comunicó que había mandado comisión a todas las indiadadas y que todos los caciques se han enojado por la población de Choele-Choel, pero que como ahora esta población ha quedado así, pues dice mi general que esta fuerza del hermano es para favorecerlo en caso de que den contra él. Como mi general no tiene ninguna cosa con Vd., quiere que Vd. se entere de esto, y tenga la bondad de decirle las buenas ideas del señor Gobierno para que el hermano quede enterado de todo, que el vivir bien es lo mejor porque mi general no quiere la guerra¹⁷¹.”

En 1869 el coronel Murga, comandante de la frontera de Patagones, salía a dar cumplimiento al citado decreto de 1868 sobre la ocupación de la isla. Llevaba 150 veteranos por tierra y un vapor que navegaba el río a las órdenes del capitán don Ceferino Ramírez, hoy teniente coronel de la Armada. Pocos días permaneció la pequeña columna en Choele-Choel, y sin

¹⁷¹ A. BARROS, *Fronteras y territorios federales*, Pág. 46.

embargo, rescató varias tropas de ganado, que los indios llevaban de la campaña de Buenos Aires para Chile.

La alarma que este ensayo despertó entre los indios, demuestra la importancia del punto. Ella consiste en que la travesía inhospitalaria que separa a los ríos Colorado y Negro, es menos ancha frente a Choele-Choel que en cualquier otro punto. En efecto, el primero de estos ríos se acerca al segundo allí, corriendo ambos cauces a doce leguas de distancia, que son una jornada para los bárbaros. El territorio entrerriano no podría ser atravesado en otra parte sin peligros inmensos, para invadir a Buenos Aires, porque a la naturaleza del terreno se agrega que el camino de la costa del Atlántico está guardado por la frontera militar.

La defensa de Choele-Choel ha sido facilitada por la naturaleza y una división de 500 veteranos armados a remington establecidos en uno o más puntos a lo largo de la costa del norte, frente a los pasos más accesibles y en la misma isla, basta para contener y destruir al ejército más numeroso que pudiera formarse de una extraordinaria e improbable confederación de indígenas.

Los pasos no son dos o tres como se cree generalmente, dice el teniente coronel Guerrico. Se puede entrar y salir con la mayor facilidad; pero la isla quedaría invulnerable aplicando el sistema de Villarino de fosar el frente de los pasos y defenderlos con palizadas, para los cuáles abunda la madera allí mismo.

Consisten generalmente los pasos en declives de las barrancas, pues en cuanto a la profundidad del río muy raro será que allí no haya que vadearlo a nado de caballo. Por con-

siguiente con trabajo de zapa, destruyendo los declives hasta dejar las barrancas perpendiculares, los pasos desaparecerán.

Es inoficioso insistir en la importancia estratégica de Choele-Choel. Un jefe experto sacará de ella todas las ventajas que quiera, porque la abundancia de madera, la fertilidad del suelo y la elevación de las barrancas le brindan toda clase de seguridades militares y de recursos vitales.

Ventiséis leguas arriba de Choele-Choel existe otra posición estratégica o paradero de los indios llamado Chichinal.

Villarino no da su nombre en el Diario de navegación, pero la distancia a que corresponde la descripción del paso revela que se refería a aquel paraje. El 3 de diciembre escribió:

“A las 5 de la mañana salí a remo a atravesar la costa del norte, y seguí a la silga; a una milla andada hallé rastros de haber pasado los indios de la parte del N. a la del S., galope de ganado vacuno y caballar, el que, según los rastros y camino hecho venía del N.O., hacia el Colorado, y este paso es bueno, pues aquí se angosta bastante el río y tiene buena entrada y salida en él. A mediodía venía yo registrando por tierra y hallé muchos rastros de caballos.”

Al día siguiente Villarino avistó polvaredas y luego grandes arreos de ganado que se dirigían al paso.

“Habiendo logrado el piloto atraer algunos indios a las naves, le dijeron que venían de sierra del Volcán, que ha cerca de un año que bajaron a buscar ganado caballar y vacuno, y que con esto hacen trato con los de Valdivia, unas veces lle-

vándolo los indios a dicho pueblo, y otras viniendo los cristianos a comprárselo a sus tierras, el cual cambian por sombreros, cuentas, frenos, espuelas y añil para teñir los ponchos; véase aquí ya abierto el camino y comunicación por la orilla del río con Valdivia, y entablado una especie de trato por los indios, robando el ganado a Buenos Aires y vendiéndolo a aquel presidio.

Agregan los salvajes que para ir y venir entre Buenos Aires y la Cordillera atravesaban el campo desde el Colorado al río Negro por Choele-Choel, y agregaban que todos o casi todos los indios que habitan o residen en las sierras del Volcán y pampas de Buenos Aires, son de este río arriba; y que el motivo de pasar tanto tiempo en aquellos parajes es por la abundancia que hay de ganados, y por la facilidad de mantenimiento; y que algunos paran dos años, otros más y menos, según les acomoda.”

El día 12 de febrero vio el piloto en el Chichinal otra india en número de 300 lanzas con un arreo de 8.000 cabezas, y dice:

“De aquí se puede inferir lo que destruyen los indios a Buenos Aires, pues todo el ganado es señalado y marcado de los vecinos de la ciudad”.

A agrega:

“Me quedé admirado de oír hablar a estos indios de nuestras guerras con los ingleses, pues me preguntaron si aún

duraban. Y preguntándoles yo por dónde habían sabido de esta guerra, respondieron que en Valdivia lo habían sabido, y que por este motivo valían en aquella plaza todas las cosas más caras, pues no podían pasar las embarcaciones de España para las Indias.”

El mayor Bejarano pasó el río Negro en el Chichinal, con cuatro pies de agua, en época de la mayor bajante y observó buenos campos.

Hemos transcrito ya algunos párrafos de la relación del viaje del señor Moreno, en que afirma que en Chichinal no había qué comer para los sesenta caballos que llevaba su comitiva. No se aviene esto con las observaciones del mayor Bejarano, que vio en el Chichinal un gran arreo de vacas llevadas por los salvajes, ni con las noticias del verídico Villarino, ante cuya vista desfilaron varios arreos; uno de ellos de ocho mil cabezas.

Pero sea de esto lo que fuere, el hecho es que es necesario guardar el paso del Chichinal; y que un nuevo reconocimiento prolijo dirá si un regimiento de 300 plazas es suficiente para llenar aquel servicio, o si será menester establecer allí un regimiento y un batallón como en Choele-Choel.

La línea se completa con la ocupación del río Neuquén, desde su confluencia con el Negro hacia los Andes. Esta ocupación no puede ser proyectada en todos sus detalles por la deficiencia de las exploraciones del Neuquén; pero vamos a trazar en términos generales, nuestra opinión sobre esta base al oeste de la nueva frontera.

Desde luego, es necesario ocupar con un regimiento y un batallón (500 plazas) la confluencia de aquellos dos ríos, pues desde el siglo pasado existe allí el paso preciso, de que se sirven parte de los indios que bajan de los valles andinos a la pampa por el camino de Choele-Choel y del Colorado, y los que regresan con grandes arrees de ganado. Efectivamente, en la carta de Villarino se lee, desde el siglo pasado, la siguiente noticia importante, agregada a la leyenda, después de asegurar que el río Neuquén no tiene más que un solo paso, inmediato a la confluencia:

“Estorbándoles este paso, no les queda más arbitrio (según aseguran los mismos indios) para proveerse de ganado de los expresados campos, pues, dicen que este río no tiene paso por parte alguna desde que se le junta el río Atuela (Atuel), por la parte occidental y el Tunuyán por la oriental, hasta su desagüadero en el río Negro; y así por esto, como por ser los caminos intransitables por falta de agua se hallan precisados a pasar por el expresado paso, y seguir la orilla del río Negro hasta el Choele-Choel para pasar al Colorado.”

Los viajeros posteriores a Villarino confirman la importancia estratégica de esta posición, y no habiendo siquiera dudas al respecto, parécenos inoficioso abundar en nuevas demostraciones.

Los salvajes que roban ganado en la provincia de Buenos Aires lo arrean inmediatamente por el camino del Colorado y de Choele-Choel para los Andes, después de satisfacer las

necesidades y la avaricia de los indios de las tolderías pampeanas.

Villarino vio en el siglo pasado, como dijimos, un numeroso arreo en aquel camino; y en 1872 y 1875 los señores Bejarano y Moreno fueron testigos de un hecho análogo. ¿Cuántos millones costarán a nuestra industria agrícola las correrías de los indios por aquel camino durante cada siglo?

Como un argumento más en pro de la urgente necesidad de cerrar esta vía a los indios abriéndola a la civilización y como nueva revelación de la importancia que le atribuyen los chilenos y de las esperanzas que en ella fundan, extractamos en seguida algunos pasajes fundamentales de un interesante artículo sobre el camino de Bariloche, que ha publicado *La Revista del Sur* de Santiago de Chile, en diciembre de 1878. Dice:

“Toda comunicación fácil entre el mar Pacífico y la región oriental de los Andes, habrá de ser un elemento de gran porvenir para las provincias australes de Chile, por las relaciones que se podrían sostener a través de la gran cordillera y, muy especialmente, por el espléndido desarrollo que ha alcanzado la ganadería en los valles de la cordillera.

La provincia de Llanquihué, por ejemplo, puede muy bien explotar el antiguo camino que seguían los misioneros de Nuestra Señora de Nahuel Huapí, que en el siglo XVII cruzaban los Andes desde el Pacífico a la parte oriental de la cordillera en sólo tres días, y con acémilas. Esta senda llamada de Bariloche (osario de gente, cementerio, que tal parece significar el vocablo), perdida al presente por la exuberante

vegetación, no menos que por la falta de relaciones verídicas, es un tema que debiera preocupar a los hombres emprendedores de Chiloé y de Llanquihué.

Penetrando por el lago y algo sinuoso estero de Reloncaví, se alcanza su extremo norte que ofrece el hermoso puesto de Ralun o Raleon de los antiguos.

Este viaje puede efectuarse en un día, si se sale de Puerto Montt o desde Calbuco, con tiempo apropiado y en embarcación de vela.

Desembarcando en la parte nordeste de la bahía de Ralun, se puede seguir de cerca y con rumbo al norte el riacho de Reloncaví; se trasmona la cuesta de la Vaca (llamada antiguamente del Sauce), para caer en seguida a la parte sur del lago de Cayutúe, en no más de medio día de marcha a pie y con alguna carga, tiempo que podía abreviarse mucho despejando la senda.

Una vez en Cayutúe, se continuará hacia el oriente por la margen sur, para tomar después la profunda abra que se mira al este y por la cual desciende el caudaloso río Concha. Siguiendo esta senda se habrá penetrado en el boquete de Bariloche. Se faldeará por el sur el gran núcleo que forma el monte Tronador, para caer en seguida a la Patagonia, camino que en varias ocasiones tomaron los misioneros, y cuyo descubrimiento hubo de costar la vida a muchos de ellos; pues los indígenas conocedores de sus facilidades y ventajas, no se hallaban seguros, temiendo por su libertad, en atención a los ataques que pudieran llevarle los Chilotes, a quienes respetaban y temían.

Después de más de dos siglos, esa senda tan poco hollada por los misioneros conquistadores, la frecuenta el ganado vacuno que ha adquirido un desarrollo notable. Al presente puebla desde Ralun hasta la Patagonia, siguiendo el precipitado boquete de Bariloche.

Es probable que él descienda del ganado introducido por los antiguos misioneros y que hubo de quedar en poder del campo y de los indígenas que ya conocían su importancia, pues comenzaban a ser pastores.

El ganado mayor se cría cerril en esa comarca, es hermoso y robusto, y se propaga sin inconveniente alguno merced a lo templado del clima, no cornos que al abundante ramoneo que les brindan varias chusqueas (quilas) y algunos arbustos que se desarrollan al abrigo del follaje del monte, que les resguarda de las nieves invernales y de los intensos fríos.

Algunos isleños del seno de Reloncaví tienen crianza de animales en la margen del estero y aun a orillas del río Petrohué; pero el ganado que se encuentra hacia el lago Cayutúe es, a no dudarlo cerril; no reconoce dueño alguno que pueda justificar la propiedad, por cuanto todos los animales carecen de marca y son bravíos.

Sólo algunos merodeadores, sirviéndose de perros apropiados, suelen emprender la caza de algunas piezas en la estación veraniega, caza que conducen en parte a las islas de Calbuco o a Puerto Montt, cuando no la depositan en poteros más accesibles a orillas del estero de Reloncaví, o la charquean malamente para su provisión de invierno. Es indudable que por la humedad del clima no puede obtenerse buena cecina (charqui), pero indudable es también que la salazón

daría un resultado espléndido y sería un ramo de industria para la exportación, ramo que hasta ahora les es desconocido.

Volviendo al verdadero tema, de que nos hemos apartado, el reconocimiento y dominio del camino de Bariloche, haría dueños a los empresarios de Chiloé y de Llanquihué de una rica fuente ganadera, no menos que de un vario comercio con los indígenas de Patagonia, un tanto numerosos en las cercanías del lago Nahuel Huapí. Además de los diversos artículos de consumo que pudieran importarse, se tendría por retorno la peletería, las plumas de avestruz tan valiosas, y caballos de buena clase tan escasos en las provincias citadas.

Finalmente, abierto el camino de Bariloche, Llanquihué y Chiloé se habrían abierto a sí mismas un mercado donde introducir parte de sus frutos, y despejando además un horizonte donde podrían ejercer su actividad comercial, lo que les proporcionaría valiosos artículos de cambio para con las provincias del norte de la República.”

Los escuadrones indígenas que se desprenden de los valles andinos para formar parte de las invasiones a Buenos Aires, a Santa Fe y Córdoba, siguen el mismo derrotero, vadeando el Neuquén en su confluencia con el río Negro. Ocupado, pues, el paso con una división, los indios no pueden repetir sus lucrativas y criminales incursiones.

Los indios de aquella región suelen seguir otro camino para invadir la provincia de Córdoba y Cuyo, sea solos, sea aliándose a los ranqueles. Entonces en vez de pasar el Neuquén en su confluencia con el Negro lo remontan hasta sus nacientes y lo pasan por Tilqui, desde donde arrancan dos

caminos, el que conduce a Leuvucó y a la laguna del Cuero, tolderías de los ranqueles por la travesía del Salado o Chadi-leuvú. Costeando el río Grande hasta la sierra Malargüe este camino se desvía al nordeste, bifurcándose en dirección a la campiña de Mendoza por el Diamante y a los arenales salitrosos de San Luis, por el sur del Bebedero.

Ahora bien, la división acampada en la confluencia del Neuquén y del Negro, no puede cerrar este camino al salvaje, y será necesario establecer convenientemente otra columna entre dicha confluencia y Tilqui, en paraje que la exploración prolija del territorio, ríos y caminos designará el jefe expedicionario. Encontrada y ocupada esa posición estratégica quedará coronada la campaña y habremos echado llave a la pampa.

IV. Recapitulemos. La línea ocuparía una extensión de 120 leguas desde el Atlántico a Tilqui, calculando el máximo de longitud, porque pensamos que al sur de Tilqui hay posiciones ventajosas que reducirían la línea a 115 leguas. Pero esta misma línea será en realidad mucho menor, por dos razones. Primeramente, porque en Choele-Choel y Carmen de Patagones no habrá necesidad de servicio militar; la línea, como dijimos, es defendida por la naturaleza y por la población que allí se condensa y condensará cada año más. En segundo lugar, porque la división de Tilqui será innecesaria una vez consolidada la línea del río Negro. Explicaremos más extensamente nuestro pensamiento al respecto cuando nos ocupemos de los Indios en otro capítulo.

LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

Así, pues, la verdadera línea de acantonamiento del ejército se reducirá a 50 leguas, mientras que hoy la misma línea forma un inmenso arco desde Patagones a los Andes mendo-cinos a través de 480 leguas.

El efectivo del ejército suficiente para defender la frontera del porvenir será el siguiente:

División de Choele-Choel	500 plazas
División de Chichinal	500 ”
División de Neuquén	500 ”
División de Tilqui	500 ”
Escuadrón de vigilancia entre Carmen de Patagones y Choele-Choel	50 ”
Marinería para la escuadrilla del río Negro	50 ”
Fuerza empleada en la Policía de los territorios ocupados por los indios desarmados	<u>600 ”</u>
Total	2.700 plazas

Poco tiempo después, una vez consolidada la línea, la división Tilqui será innecesaria, y lo será igualmente el escua-drón de vigilancia, quedando reducido el ejército fronterizo a 2.150 plazas que las ventajas obtenidas en el porvenir se en-cargarán de reducir todavía.

Todo esto parecerá acaso problemático a los que están habituados a ver 6.000 | veteranos equipados y armados con

los últimos adelantos del siglo, atrincherados y a la defensiva ante 3.000 chuzas; pero en su lugar hemos de demostrar la solidez de nuestros cálculos y la realidad de las conjeturas que acariciamos sobre el porvenir de la frontera del río Negro y sobre la eficacia del fusil remington sobre los indios, eficacia que permitirá a un batallón de línea poner en derrota al ejército salvaje más poderoso.

V. Establecidos en los Andes de la manera que hemos indicado, tendremos a cubierto todo el sur de Mendoza por nuestra línea y por la línea chilena. La relación entre las dos fronteras merece algunas consideraciones generales.

Los chilenos no han podido todavía conquistar toda la Araucanía, y si han logrado que se den la mano las fuerzas de la frontera norte de Valdivia con las del sur de Arauco, acantonadas desde Angol a Imperial, ha sido apoyándose en los fjord de la costa del Atlántico, donde aún permanecen arrinconadas las armas de Chile, festoneando la costa con fosos y fortines entre los ríos Tolten e Imperial.

En resumen, la frontera chilena arranca de la cordillera a los 38° de latitud sur, justamente en las nacientes del río Maillaco, y sigue su curso hasta Angol, donde dobla al sur por Puren y los famosos llanos de Hipinco hasta la desembocadura del río Imperial en el océano Pacífico. Desde allí continúa la línea, como liemos dicho, orillando el mar hasta la boca del río Tolten, girando en ángulo recto al este por la orilla norte de este río hasta la laguna Villa Rica. Desde Cimoi, fuerte situado sobre la línea del Tolten a algunas leguas de su desagüe, sale otro brazo de atrincheramiento hacia el

sur, formando una curva que llega hasta Cudicó sobre el río San José.

De esta suerte los araucanos dominan en Chile el inmenso territorio comprendido entre el Tolten al Mailleco y entre el océano Pacífico y los Andes, fuera de sus posiciones al oeste, nordeste y sur de Valdivia.

La frontera chilena está muy lejos de haber llegado a sus últimos límites, y el gobierno de aquella república lo ha comprendido así, cuando comisionó en 1877 a un jefe distinguido para proyectar un nuevo plan de avance sobre el corazón de la Araucanía.

Ahora bien, dueños los araucanos de la cordillera de los Andes desde el sur de Valdivia hasta las nacientes del río Bío-Bío al norte, tienen pasos por donde invadir el territorio argentino al sur de Mendoza y por el camino de Cruz, que conduce al país ranquelino.

Pero ocupado con una división de quinientos hombres, como hemos proyectado, un punto intermedio entre Tilqui y el Neuquén a los 38° de latitud sur o más al norte, si allí no hubiese posiciones estratégicas, habríamos conjurado todo peligro de una invasión trasandina; y apoyaríamos nuestra línea de frontera por el extremo norte en el extremo este de la chilena, cerrando el paso de los salvajes al este y al norte.

¡Ah!, si la cuestión de límites no fuese hoy un estorbo, el patriotismo y el esfuerzo combinado de ambas repúblicas darían un resultado brillante y grandioso, porque mientras nosotros arrojamos al sur del río Negro a los araucanos del este o puelches, Chile podría operar de acuerdo con nuestro ejército, marchar de frente del Mailleco al Tolten, arrojando a

los araucanos occidentales al sur de Valdivia, es decir, obligándolos a someterse a discreción¹⁷².

Esta victoria radical sería no solamente fecunda para Chile, sino también para la República Argentina, porque mientras haya indios en los territorios chilenos al norte del paralelo del río Negro, existirá el peligro de una confedera-

¹⁷² Esta obra llegó a Chile en momentos en que la guerra era inminente, a consecuencia del apresamiento de la Devonshire, ocurrido en aguas argentinas de la costa patagónica. El general Saavedra, ministro de la Guerra en Chile, impresionado por su lectura y partidario del plan combinado que proponemos a ambas repúblicas, se decidió a hacer un esfuerzo supremo por la paz, esfuerzo que dio por resultado el tratado de 8 de diciembre.

De esta manera nuestros estudios sobre la frontera argentina y nuestro nombre han quedado vinculados a la pacificación de los dos países, contribuyendo a promover el arreglo fraternal, según nos lo hace saber el eminente americano Vicuña Mackenna en la siguiente carta que publicó La Prensa de Buenos Aires en diciembre de 1878.

"Santiago, 11 de noviembre de 1878. Sr. Dr. D. Estanislao S. Zeballos.

Distinguido señor y amigo: Me ha sido sumamente grato recibir junto con su interesante carta del 25 de octubre, el precioso libro que ha tenido Vd. la bondad de enviarme y que ya conocía por haber visto un ejemplar, que el general Roca dirigió al ministro de la Guerra.

Tal vez interesará a Vd. saber que en la lectura de ese libro tomé arranque la negociación íntima que se ha seguido durante los últimos días por el telégrafo sobre el desgraciado suceso del Devonshire y demás tristes, estériles y lamentables cuestiones que separan a dos países llamados por tantos títulos a ser eternamente hermanos.

Me asocio de corazón a todas sus manifestaciones en este sentido y no dude que coadyuvo y coadyuvaré a ellas con todas mis fuerzas, no obstante el voluntario pero profundo aislamiento político en que me he colocado en mi país.

En cuanto a mi viaje a Buenos Aires es una cuestión que mi posición actual aleja; y en realidad no desearía visitar esa gran ciudad, sino para estrechar la mano de amigos nobles y para acompañar a Vd. en su Congreso Americano, después que la paz hubiese sido hecha, como lo espero con evidencia lo será entre nuestros países, que intelectualmente deberían ser uno solo.

Rogando a Vd. acepte la sinceridad de estos sentimientos me suscribo su affmo. amigo.

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA

Oportunamente haré conocer a los chilenos su interesante libro.

ción para invadir a Cuyo¹⁷³ cruzando los Andes, y nos obligará a ejercer mayor vigilancia sobre la cuenca del río Neuquén y a sostener la división de Tilqui por algún tiempo.

En momentos en que escribimos este capítulo llega de Chile un telegrama que asegura días de paz para ambas repúblicas; nos referimos a la feliz aprobación del tratado Sarra-tea-Fierro, por el Congreso de Chile. Pluguiera al cielo que ella se radicara por la solución de nuestro pleito internacional y que consolidada la buena amistad entre las dos naciones, puedan consagrarse de consuno a la empresa de llevar las armas de la civilización a los confines del inmenso imperio de los indómitos araucanos de uno y otro lado de los Andes, consumando la conquista emprendida por las armas de España desde el Descubrimiento.

Hemos hecho notar ya en otro capítulo que el coronel Saavedra ha iniciado en su libro sobre la frontera de Chile la posibilidad y las ventajas de una operación combinada, que rectificando las líneas quebradas de las fronteras argentinas y chilenas, las reduzca a una sola del Pacífico al Atlántico, desde la boca del Topen a la boca del río Negro. El general Saavedra es hoy ministro de la Guerra en Chile y si la cuestión internacional de límites termina felizmente en todo este año, ¿qué podría detener al general chileno en la realización de su viejo plan, que aceptamos con entusiasmo y que es de suponerse fuera igualmente apoyado por el gobierno argentino?

¹⁷³ Los araucanos han dado nombre a Cuyo. Llamaban Cuyunches, de Cuyon, arena y ches, gente, habitantes de los arenales, a los indígenas pobladores de las provincias hoy de Cuyo.

VII. La marcha del ejército argentino tiene que efectuarse en cuatro columnas, para obtener el resultado que se espera. Los seis mil veteranos que desde Patagones a San Rafael cuidan actualmente la frontera y que se lanzarán decididos sobre el río Negro, pueden ser fraccionados de esta manera en el momento de expedicionar:

Dos divisiones de mil hombres cada una, denominadas de ocupación, que deberán marchar desde Mendoza y Patagones a ocupar el Neuquén la primera y Choele-Choele la segunda.

Dos divisiones de mil quinientos veteranos cada una, que emprenderán por las fronteras de Buenos Aires y del río Quinto la gran batida del desierto, a fin de acabar con el imperio que en él ejercen los indios. Expedicionando a la vez los cuatro cuerpos del ejército, el río Negro será ocupado por agua y tierra antes de que haya terminado la gran batida en la pampa, y los salvajes que la pueblan se hallarán entre dos ejércitos, el que avanzará sobre ellos y el de ocupación que les cerrará la barrera del río Negro a retaguardia. La rendición en masa será inevitable.

Entre tanto, pensamos que la ocupación de Leuvucó sobre el camino del río Quinto a los Andes y de Salinas Grandes y Choique Mahuida en el camino de los Chilenos o de Carhué a Choele-Choele, son dos operaciones indispensables y ventajosas. Fortificados preventivamente estos puntos y guarnecidos por cien hombres cada uno, las columnas de marcha dejarían a su retaguardia asegurada la base de las comunicaciones, por caminos accesibles, cómodos, con agua y pastos abundantes; caminos que nos ha de ser permitido lla-

marlos reales y que están unidos entre sí por una red de ramales de menor importancia, como el que va, verbigracia del Cuero a Leuvucó y de Leuvucó a Nahuel Mapú y Salinas Grandes.

La posesión de Leuvucó, asiento hoy del cacique general de os ranqueles, nos aseguraría el camino que trilló Cruz en 1806 en su famoso viaje, y que pasa por Tilqui atravesando el Neuquén en Raipí.

VII. Hemos dicho que la línea actual de frontera sur de la república mide cerca de 480 leguas, partiendo de Carmen de Patagones por las pampas de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, San Luis y Mendoza.

Para vigilar este inmenso teatro de operaciones la nación sostiene 6.000 veteranos, a los cuales hay que agregar por lo menos dos mil mujeres, haciendo un total de 8.000 bocas, que pesan sobre el presupuesto de la Guerra a cuenta del servicio de la frontera sobre la pampa.

Ocupado el río Negro, bastan 2.700 hombres para consolidar la línea, y el ejército sufrirá inmediatamente una reducción de 3.300 plazas y de 4.000 un año después, con unas 1.500 mujeres que dejarían de vivir en los cuerpos en que revistan los soldados, a cuya suerte vinculan con ejemplar abnegación sus afecciones y su vida acompañándolos con valor increíble en la fatiga y en la miseria, en las marchas y en la batalla, en las horas de la dulce alegría y en el supremo trance de la muerte.

VIII. Dedúcese inmediatamente de lo que acabamos de exponer, que la guerra ofensiva es el sistema que ha de dar los resultados previstos.

Pero es necesario fundar algunas distinciones al respecto, para formar un juicio conveniente de su eficacia.

La ofensiva sobre los indios puede ser conducida en el desierto de tres maneras diversas.

Sea con ejércitos regulares, sea con divisiones ligeras, sea con tropas livianas, para repetir con frecuencia las incursiones.

Las expediciones pesadas, con ejércitos organizados regularmente, obrando en grandes masas, han dado resultados más bien desastrosos que beneficios entre nosotros, a consecuencia de que el enemigo se mueve con pasmosa rapidez.

Un ejército regular requiere inmensos elementos de movilidad, y aun con ellos no puede neutralizar la rapidez de los movimientos simples de las tropas indígenas.

Los bagajes, la artillería, los arreos, la proveeduría, son inconvenientes capitales, que embarazan y acarrear el fracaso de las operaciones.

El soldado que expediciona contra los nómades de la pampa, sin realizar un plan de ocupación permanente de puntos dados, no puede llevar más bagaje que el de su montura y lo que en ella puede agregarse como equipo y provisión ligera.

Por eso el segundo medio de luchar con el indio, el de las columnas poco numerosas y bien montadas, con armamento remington, garantiza la felicidad del éxito.

En estas condiciones el indio no nos lleva ya la gran ventaja de la rapidez de los movimientos, con que durante tantos años ha venido burlándose de la nación.

La tropa argentina, la primera del mundo en cuanto a sufrida y valiente para arrostrar la fatiga, el hambre y la muerte, se coloca en las mismas condiciones que el indio para correr en el desierto, en cuanto a víveres de boca. El salvaje no necesita arreos de ganado para la subsistencia, porque la carne de yegua y de potro le es suficiente.

Este hecho es de trascendencia porque favorece la ligereza de las hordas en sus marchas; pero nuestro soldado sabe también resignarse con placer y con el entusiasmo que inspiran las grandes causas, a comer yegua y potro en sus campañas a la pampa.

Por eso en cierta ocasión en que el general Roca preparaba un golpe sobre los indios, telegrafió a un jefe de frontera, preguntándole qué necesitaba para lanzarse sobre ellos y contestó: "400 caballos para la marcha y 50 yeguas para comer"..

Este sistema de lucha es barato y si se quiere primitivo; pero la aplicación de los preceptos de la guerra regular fracasa contra el bárbaro.

Por eso es forzoso combatirlo con sus mismas armas, es decir, asociando a la celeridad de los movimientos, la resistencia física para vencer las penalidades y privaciones que impone el desierto.

Pero no basta todavía este sistema. Es necesario que las expediciones no se hagan una vez para no repetirlas sino al cabo de los meses o de los años.

Es menester sostenerlas, asegurar su resultado por medio de una repetición constante y enérgica, que amenace a los indios de frente, de flanco y a retaguardia, expedicionando de todas las fronteras, de suerte que el ejército indígena, acosado, deshecho, acribillado, disperso en mil fracciones, sin unidad de mando ni elementos de fuerza, se entregue al pavor de la fuga, a la salvación de su plebe o chusma, y al fin a la cautividad o a la muerte en las travesías sin agua y sin pastos de la pampa.

Tales son las ideas que hemos tenido la perseverancia de venir propagando en nuestro país desde 1874, época en que empezamos a colaborar en la redacción de *La Prensa*, hasta ahora que las hemos consagrado en esta obra, inspirada por ellas y por el noble anhelo de contribuir a la tarea de edificar sobre bases sólidas el templo grandioso de la civilización argentina.

Cuando el Dr. Alsina se veía empeñado en la cuestión frontera, con aquella energía de iniciativa que era para nosotros su cualidad de hombre de Estado, nos apercebimos de que tenía la intención y las dotes necesarias para resolver el problema, pero le faltaban estudios, práctica y convicciones formadas por medio de ellos, para decidirse por una ofensiva pura y simple, sin zanja ni acantonamientos, ofensiva que debía dar por resultado la dispersión y desmoralización del enemigo, dejando allanado a nuestra marcha el camino del río Negro, que era necesario prepararse a ocupar inmediatamente para sellar la gloriosa jornada¹⁷⁴.

¹⁷⁴ En momentos de dar a la prensa estas líneas, *Le Courier de La Plata* de Buenos Aires, número del 10 de enero de 1879, trae el siguiente juicio verídico, con el

El Dr. Alsina daba al indio mayor importancia y temía al desierto más de lo que en realidad era razonable, y de ahí esa negativa constante a marchar al río Negro, como primer y principal objetivo; y su resolución de gastar ingentes caudales en preparar líneas paralelas y sucesivas, prosiguiendo el sistema trazado por el conquistador español.

Las prohibiciones a los jefes de frontera de avanzar un paso fuera de las líneas bajo seria responsabilidad¹⁷⁵, las cen-

título "Système d'Alsina". El plan de Alsina consistía "en formar dos líneas de defensa, dejando entre ellas una zona desierta. El telégrafo apostado sobre la línea exterior se encargaba de avisar las invasiones que no se pudieran contener, y los indios hallaban con quién hablar, cuando entraban en la zona de los ganados.

Este sistema, cuyas ventajas son notorias, tiene el inconveniente de ser muy costoso y de no constituir sino un estado precario.

Las dos líneas exigen una guarnición de cinco a seis mil hombres, es decir, casi todo el ejército. El presupuesto de la guerra, que en tiempo de paz no debe pasar de dos millones y medio, ha llegado a cinco millones.

Por otra parte, a la hora que el gobierno se viera obligado a desgarnecer las líneas para comprimir una revuelta interior o para responder a una manifestación hostil, los indios se arrojarían de nuevo sobre las praderas, recomenzando sus depredaciones."

Le Courrier de La Plata no fue opositor al Dr. Alsina, y más bien cooperó a su obra con la propaganda. Hay un error en las líneas anteriores, donde habla del presupuesto de guerra. No subió a cinco sino a más de ocho millones, como puede verse en la Memoria de Hacienda y en el último capítulo de este libro.

¹⁷⁵ Buenos Aires, octubre 5 de 1875. CIRCULAR: del señor jefe de la frontera, etc.: Con motivo de un robo de cien y más caballos en la frontera oeste de la provincia, el coronel Lagos dio cuenta al gobierno de que los indios malones habían invadido su frontera, poniéndose en su persecución sin orden alguna y sin aviso previo a la superioridad. Con este motivo, el Superior Gobierno ha desaprobado la conducta del coronel Lagos y para conocimiento de Vd. y a efecto de que en adelante sepa cómo ha de proceder en casos tales, se le transcriben algunos párrafos de la nota que en la fecha S. E. el señor ministro de la Guerra, pasa a esta Comandancia General: Los jefes de frontera no pueden emprender operación alguna ofensiva, que importe abandono de las líneas y la internación en el desierto, sino en estos dos casos únicos: primero, cuando producida una invasión, conviene perseguirla. Segundo, cuando anunciada una invasión, conviene salir a encontrarla.

En ambos casos se supone la urgencia que no permita al jefe respectivo consultar y pedir órdenes al gobierno.

suras dadas en la orden general a los que salían a buscar al indio en su guarida, la supresión del remington para reemplazarlo por corazas y revólveres, los temores de entrevero entre indios y veteranos, todos estos actos del Dr. Alsina acusan que no había comprendido la eficacia de la ofensiva, que dio fama a Rauch, cuando iba con un regimiento del Salado, a las puertas de Buenos Aires, hasta Salinas Grandes, y volvía con ejércitos cautivos rescatados y de indios prisioneros.

Nosotros hicimos oposición al sistema del Dr. Alsina y no al político, como se creía en aquella época de exaltación del espíritu de partido; y los acontecimientos nos justifican plenamente.

En 1875 escribíamos en La Prensa lo siguiente sobre el sistema ofensivo, ilustrando nuestras opiniones con un ejemplo importante:

“Se conoce por frontera norte de la República, la que comienza en la desembocadura del Rey, frente a Goya y avanza sobre el Chaco.

Esta frontera es importantísima porque debiera cubrir las colonias florecientes de Santa Fe, tan azotadas por los salvajes.

Para evitar en adelante irregularidades y faltas graves en el servicio, hará saber Vd. cuáles son los casos en que les es permitido abandonar las líneas que tienen a su cuidado.

Por lo que respecta al jefe de la frontera 'Oeste' al transcribirle esta nota, le hará saber: que el gobierno desapruueba su conducta, que espera que en lo sucesivo no incurrirá en falta semejante y que para no proceder con severidad, lo atribuye a un error o a un celo exagerado en el cumplimiento de su deber dicho jefe de frontera.

Dios guarde a Vd. - Luis M. CAMPOS.”

Últimamente los colonos, alarmados justamente por la ineficacia de las fuerzas nacionales de esa frontera, se reunieron bajo el título de Voluntarios, y constituyeron una compañía de cuarenta hombres con magníficos rifles.

Nombraron por jefe al ciudadano yanqui, Don Benjamín Moore, pariente de algunas víctimas de los indios.

Los voluntarios han efectuado varias expediciones contra los indios que pueblan las selvas del Chaco; y a pesar de su escaso número, de la novedad de la empresa, de los inconvenientes abrumadores con que se tropieza en parajes inexplorados, de la falta de recursos, los colonos regresaron con éxito de dos expediciones.

Los indios fueron batidos por ellos en una vasta zona de terreno, y fueron perseguidos, fusilados y obligados a despojar sus tolderías más cercanas a la frontera, para ir al corazón del Chaco a buscar un asilo más lejano y más seguro.

Sableados frecuentemente los indios, sembradas de cadáveres sus guaridas si se resisten con las armas en la mano, prisioneras sus familias y rescatadas las haciendas, ¿qué camino les queda?

La sumisión.

Sólo expedicionando sin cesar se ha de conseguir que los indios convencidos de su impotencia contra la nación, rindan sus armas.”

El Dr. Alsina no había hecho alto al principio en esta propaganda, que él atribuía con muchos a móviles de política militante; pero al fin le causaba honda impresión, por el

Esta orden general revela la distancia a que se hallaba el espíritu del Dr. Alsina del sistema ofensivo de 1875.

exacto cumplimiento de nuestras previsiones y por el apoyo que prestaban al plan de ofensiva los jefes que él consultaba.

En 1877 el Dr. Alsina llamó a nuestro amigo, y correligionario suyo, el comandante Ataliva Roca y le preguntó quién era el jefe que escribía en *La Prensa* sobre la frontera, y aquél le informó que los artículos no eran de un militar y que nos pertenecían.

Entonces el Dr. Alsina, con quien no teníamos relación alguna nos envió su Memoria y el Atlas de la frontera que acababa de publicar; y más tarde, con motivo de una conferencia literaria, nos mandó una tarjeta de saludo con uno de sus edecanes, signos que interpretamos en el sentido de que reconocía la sinceridad con que habíamos hecho fuego sobre su sistema.

Por esa misma época, en efecto, comenzó a ensayarse en la guerra ofensiva; pero lo sorprendió el día de la muerte, en cuya víspera ordenaba una expedición contra Namuncurá.

El general Roca traía al Ministerio de la Guerra el plan de ocupación del río Negro y una vez dueño de sus fuerzas morales y físicas, seriamente comprometidas por una dolencia gravísima, que lo atacó el día que se recibió del Ministerio, lanzó veinticinco columnas volantes sobre los bárbaros, realizando una gloriosa campaña, que en un año ha dado los resultados de que instruye la siguiente estadística, formada sobre la base de nuestros apuntes tomados de las publicaciones de los diarios y de datos que nos ha facilitado con toda deferencia el comandante general de Armas de la Nación, coronel D. Luis M. Campos.

LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

Desde mayo de 1878 hasta el 1° de diciembre de 1878 han sido realizadas veintitrés expediciones ligeras sobre los indios por los jefes que en seguida se expresa, designando el número de prisioneros y muertos que hizo, y en columna separada, el de los indios de lanza tomados:

	Muertos	Prisioneros	Lanzas
División Patagones, teniente coronel don Lorenzo Winter	20	693	239
División Puán, teniente coronel don Teodoro García	9	111	50
División Carhué, coronel don Nicolás Levalle	204	586	81
División Guaminí, teniente coronel don Marcelino Freyre	49	315	34
División Thencúl-lavquen, coronel don Conrado E. Villegas	23 8	545 103	149 28
División Vutaló, coronel don Leopoldo Nelson	25	670	70
División Río IV, coronel Racedo	50	501	227
División Villa de Mercedes, teniente coronel don Rudecindo Roca	-	83	23
División Patagones, teniente coronel don Liborio Bernal	10	61	-
División San Rafael, teniente coronel don Luis Tejedor	-	-	-
Total:	398	3.668	901

En resumen, el enemigo ha perdido entre muertos y prisioneros 4.032 indios, de los cuales 901 son de pelea, los demás de chusma.

Pero aún debemos agregar los tres soberanos indígenas y 43 caciques prisioneros y se tiene:

Prisioneros y muertos	4.032
Soberanos presos	3
Caciques presos	43
Caciques y capitanejos muertos	18
Total de bajas	<u>4.096</u>

Esto era el 19 de diciembre, y sumando 991 prisioneros y muertos causados en todo el mes, se tiene un total para el 19 de enero de 1879 de 5.161 indios.

Los soberanos a que aludimos son Epumer Rosas de los indios ranqueeles, Pinthen de los indios montoneros, y Juan José Catriel de la tribu argentina de Nievas.

Los cautivos rescatados ascienden a 150, la mayor parte de los cuales, si no todos, están ya entre sus familias.

Los ganados tomados y que han sido consumidos por la tropa o devueltos a sus propietarios son:

Hacienda vacuna	4.200
Hacienda lanar	6.500
Caballos y mulas	3.000

Han caído en poder de la justicia algunos cristianos, criminales de fama, que se refugiaban entre los indios y eran el más cruel azote de las poblaciones fronterizas.

Las tribus de los caciques Pinthen, Namuncurá y Epumer Rosas están batidas, desmoralizadas, dispersas e impotentes y sus familias errantes y desmembradas no tardarán en someterse a las armas de la nación.

La tribu de Catriel, de 4.000 almas con 800 guerreros, cuya historia es famosa, ha desaparecido del haz de la pampa, y desde su soberano hasta la última china están en las prisiones del Estado o en los ingenios de azúcar de Tucumán. Desde 1877 comenzó a desorganizarse esta indiada y se sometieron entonces al comandante Bernal 2.000 individuos de ella. Los demás han muerto en la guerra o se han mezclado con otras tribus y su soberano se entregó a discreción en noviembre de 1878 con los 500 indios de chusma y 180 guerreros que le quedaban.

La tribu de Pinthen de mil almas y 300 lanzas ha desaparecido también de la pampa, con sus caciques, capitanejos y soldados, que están presos en la armada y en los batallones de línea.

Para conseguir estos grandes resultados hemos perdido 150 caballos y no se ha gastado un peso más de lo que autoriza el presupuesto general, habiendo recorrido las divisiones un trayecto de ida y vuelta de 70 leguas la que menos y de 180 alguna de ellas.

Hemos tenido que lamentar la muerte de 13 soldados y 5 heridos; pero por doloroso que sea este tributo de sangre, es

insignificante en presencia de la magnitud de la victoria alcanzada.

En fin, los ingenieros han llegado con sus instrumentos hasta donde jamás había llevado su planta el geógrafo y las bases del plano general de la Pampa quedan trazadas. Tal es la tarea de un año, ésa es la guerra ofensiva, he ahí realizado el sueño que desde hace cuatro años imprime una agitación febril a nuestra inteligencia.

IX. La expedición al río Negro debe ser auxiliada por un cuerpo de geógrafos y de hombres de ciencia que constituirán el verdadero Estado Mayor General del Ejército. Cada división podría llevar dos o más geógrafos, encargados de las observaciones correspondientes a su camino y a los territorios laterales. Llegadas las columnas expedicionarias a su destino, el cuerpo de geógrafos convenientemente escoltado debería retroceder a la pampa, dividiéndola en zonas y encargándose cada comisión de las observaciones geográficas de una zona.

En Buenos Aires debería existir una oficina central, a cargo del Director del cuerpo de geógrafos, quien recibirá los datos de las diferentes comisiones, procediendo a construir la primera Carta general de la pampa, fundada en las observaciones de la ciencia.

Por otra parte, cada columna expedicionaria podría llevar dos naturalistas suficientemente preparados en los conocimientos generales de los tres reinos de la naturaleza para estudiar la geología, la mineralogía, la fauna, la flora y el clima de las comarcas recorridas. Los trabajos de las comisiones

científicas, y las Memorias de los comandantes de los cuerpos de ejército, formarían una obra importantísima y gloriosa, que podría titularse: *Historia Militar y Científica de la Expedición al Río Negro*, dividiéndola en cuatro tomos, uno para los trabajos de cada columna expedicionaria. Cada volumen contendría: 1° la Memoria sobre las operaciones militares; 2° el informe y Carta parcial de los geógrafos; 3° las descripciones de los naturalistas.

X. En 1875 la Comisión del Interior del Senado de la Nación despachaba un proyecto de ley, autorizando al Poder Ejecutivo para proceder a la exploración científica de los territorios nacionales. La Comisión condensaba en su dictamen las siguientes observaciones:

“Para los fines del gobierno y de la administración no basta el conocimiento de la geografía de un país, cuando se halla reducida a lo que representan las Cartas.

En efecto, en éstas se manifiesta cómo y en qué dirección corren los ríos, las rutas principales, los grandes bosques, las cadenas de las montañas, etc. Pero se necesita también saber, para los fines indicados, cuál es la naturaleza de aquellas corrientes de agua con respecto a la navegación, si son susceptibles y en qué puntos de recibir puertos, de canalizarse y aplicarse para el regadío y abrevaderos, etc.

Se hace necesario averiguar qué maderas para la construcción tienen los bosques; si los caminos están trazados convenientemente, qué metales encierran las montañas. Conviene sobre todo conocer la naturaleza geológica del suelo en

sus relaciones con las principales industrias rurales, la labranza y la ganadería, calidad de sus tierras, extensión y aptitud para recibir población; averiguación especial de los lugares donde se produce o puede encontrarse el hierro y el carbón de piedra, pastos espontáneos; y deducir de su naturaleza cuáles son las aplicaciones que pueden darse a los terrenos, tanto para prados como para cultivo de cereales y otros vegetales útiles y comunes o exóticos.

No importa tanto saber cuál es la distancia matemática que existe entre dos puntos, por ejemplo, entre dos ciudades, como saber cuál es la verdadera distancia material, la que se anda, el tiempo que se emplea en recorrerla, y conocer también cuáles son los obstáculos que la naturaleza ofrece al tránsito y los modos artificiales de remover esas dificultades y de acortar las vías de comunicación, abaratando los transportes.

Todo esto no puede conseguirse en nuestro país, inexplorado todavía, sino por medio de reconocimientos, exploraciones y expediciones que hoy no puedan confiarse sino a personas de conocimientos especiales, es decir, a hombres de ciencia, a naturalistas, geólogos, botánicos, químicos, ingenieros propiamente dicho.

Por ahora estas exploraciones pueden contraerse a las regiones que conocemos menos, la Patagonia entre el río Negro y los canales de Magallanes, las pampas y el Chaco entre el río Paraná y los límites poblados de las provincias que son limítrofes con ese desierto.”

El proyecto de la Comisión mandaba explorar especialmente el inmenso territorio de cuya conquista nos ocupáremos, y concluía ordenando la construcción de la Carta general de la República sobre la base de aquellos grandes estudios. La iniciativa del Senado no tuvo eco, porque la situación del país no permitía afrontar las erogaciones necesarias.

La oportunidad de explorar la Pampa y las regiones andinas desde Mendoza al Nahuel Huapí ha llegado; y podemos acometer la tarea sin sacrificios y sin peligro, a la sombra de la bandera nacional, conducida en triunfo por nuestros soldados en nombre de la civilización, para suprimir el desierto y anonadar la barbarie.

CAPÍTULO VIII

LOS INDIOS

Raullcó. - Fisonomía del país. - Los araucanos. - Ligera noticia sobre su lengua. - Dinastías indígenas. - Desmembración etnográfica. - Los Aucas. - Los Puelches o Pampas. - El cacicazgo de Salinas Grandes. - Su población y ejército. - Índole y conducta de estos indios. - Los Ranqueles. - Situación de sus toldos. - El cacicazgo de Leuvucó. - Su ejército. - Desconfianza permanente. - La jornada de Nahuel Mapú. - Los indios montoneros. - Pinthen. - Breve historia de sus campañas. - Muerte de Heredia, Jáuregui, Undabarrena y Orellana. - Sus vengadores. - El ejército diezmado. - Cuerpo a cuerpo. - Ataliva Roca. - La guardia nacional de Junín. - La sorpresa de Malal. - Caída de Pinthen. - Reunque Curá. - Los salteadores del Colorado. - Los Aucas. - El imperio indígena de las Manzanas. - Shayhueque. - Extensión de sus dominios. - Súbditos y ejército. - Índole y conducta de estos indios. - Su política exterior. - Programa diplomático. - Patagones bajo la protección de los indios. - Shayhueque y Chile. - Los Tehuelches. - División territorial de

sus dominios. - Ejército. - Índole. - Armas. - Lengua. - Independencia. - Palabras de un moribundo. - Guerra entre los Araucanos y Tehuelches. - Relaciones con los establecimientos de los blancos. - Protección ofrecida por los indios. - Alianza propuesta por los pampas. - Rechazo de estas proposiciones. - Calvucurá amenazado. - Los indios ante el ejército expedicionario. - Censo de la población araucana. - Lo cortés no quita lo valiente. - Problema social. - Un aliado poderoso. - Simplificación del servicio de frontera. - Los fortines. - Sus resultados. - Las misiones y su porvenir. - Precepto constitucional. - Tratados con los indios. - Precedente norteamericano. - Los bárbaros ante la civilización. - Ejemplo europeo.

I. AL SUR DE CHILE se extiende un país cuya topografía no puede ser más accidentada y hermosa.

Llanos extensos aquí, como los que los mapas señalan con el nombre de Hipinco; allá selvas colosales y vírgenes de una vegetación antártica, en que descuellan el roble, las famosas araucarias, los pinos y las hayas, entrelazados sus troncos corpulentos por vigorosos parásitos, sumisos y audaces, como todos los pequeños que trepan al amparo de los poderosos; y cerrando al oeste el cuadro de tantas grandezas naturales, los Andes con sus nieves permanentes. Tal es el panorama. Este país era llamado por los indios Raulcó, de Raul, detenida, estancada, y có, agua; país de los pantanos.

Los indios de Chile, como todos los hombres primitivos, han condensado en los nombres de las localidades las faces características de la topografía del terreno que habitaron.

Lenguas acumulativas, sus nombres compuestos de localidades son generalmente descriptivos.

Por eso denominaban los indios Raullicó, al territorio de las ciénagas y lagos del sur de Chile.

Los cronistas de la Conquista desfiguraron toda la nomenclatura primitiva, lo que se explica por lo imposible que es escribir una lengua que no se conoce, y oyendo pronunciar las palabras por primera vez.

De Raullicó la crónica de la Conquista hizo Arauco como de Thilí sacó Chile¹⁷⁶.

Ercilla ilustró y dio fama a los héroes de esa tierra salvaje en su Araucana.

Y más tarde apareció otro poema titulado *Arauco Domado*, cuya reimpresión hizo el Dr. D. Juan María Gutiérrez en Chile, escrito por Oña, literariamente inferior al de Ercilla, importante, sin embargo, para la historia y la etnografía de los araucanos.

De ese tronco de indomables guerreros se desprendieron algunas ramas, a los valles de los Andes orientales.

Los padres de esta desmembración etnográfica, los llamaron Aucá, es decir, hijos rebeldes, alzados.

Y los Aucá, connaturalizándose con la vida de la pampa, amoldando sus hábitos de montañeses, a los recursos y necesidades de la vida del llanero, se lanzaron a las sabanas, co-

¹⁷⁶ El abate MOLINA, *obra citada*, págs. 278 a 279, da la siguiente noticia de lo que llamaban los indios Thilí Mapú, cuando llegaron los españoles: "El Thilí o Chile (*Turdus Thilius*) es una especie de tordo que, según dejamos dicho, parece que dio nombre a aquel reino."

La abundancia de este pájaro en aquel país era extraordinaria; así Thill Mapú, quiere decir Tierra de los Tordos, y la República de Chile actual República de los Tordos, traduciendo la voz araucana que lleva de nombre.

rriendo libres como el Pampero, desde las nieves de las Manzanas, hasta las tibias aguas del Plata. Entonces los Aucá llamaron puelches a las tribus desmembradas de la pampa; es decir, ches, gentes, habitantes, y puel, del este, que viven en las tierras al este de los Andes.

Tal es el origen de la población araucana que hallamos esparcida sobre el haz de la inmensa Pampa.

II. La lengua araucana menos culta y perfecta que la quechua, es sin embargo, encantadora, por la energía de los períodos, la admirable índole descriptiva de sus voces, la facilidad acumulativa que constituye el carácter descollante de la lengua y la incomparable eufonía que imprime a las conversaciones más ardientes un tono de dulzura insuperable.

Los insignes tratadistas que han dado a conocer esta lengua al mundo científico son jesuitas, que formularon calepinos y gramáticas preciosas, entre las que descuellan las de los padres Amaya, Valdivia, Zapata, López y Febre, insignes lenguaraces y abnegados misioneros, que durante los siglos XVI y XVII dieron a luz el fruto de sus caras observaciones.

De acuerdo con sus estudios decimos que el alfabeto araucano tiene casi los mismos caracteres que el nuestro, con las siguientes modificaciones.

La vocal u, tiene además del sonido castellano, uno propio indígena, que se pronuncia con los labios algo abiertos y sin moverlos; este sonido se indica en la escritura así: ú.

La g tiene también una modificación gutural que se expresa por gh.

La t se convierte a veces en th, que suena como la inglesa en the, y se pronuncia tocando los dientes superiores con la punta de la lengua.

Finalmente los araucanos no tienen f ni b y suplen estos sonidos con la v nuestra, que pronuncian con los labios juntos, dándole un sonido enérgico, suave y sui géneris, entre los de la b y la f.

Los que han estudiado antes que nosotros la estructura adelantadísima de esta lengua han probado que ella no es la herencia de otra civilización más culta, sino la propiedad exclusiva del araucano; y el abate Molina demuestra que ella ha tenido suficiente vigor y riqueza para resistir a la influencia de la conquista peruana, pues hay apenas veinte voces quechuas usadas por los chilenos.

Un distinguido literato argentino, el doctor Gutiérrez, ha dicho:

“(...) Y lo primero que ha de llamar la atención es la correlación que guarda la lengua araucana con el carácter moral y físico de los hombres que la emplean, robustos, reflexivos, pacientes, bravos e indómitos.”

La prosodia de la lengua es original también, dándole así un nuevo tinte de vida propia.

Los esdrújulos no existen en ella, ni la acentuación en la antepenúltima vocal, sino en ésta y en la final.

Así, la pronunciación de la vocal es aguda al fin de los períodos, particularmente en las asambleas públicas o parla-

mentos, siendo arbitraria esta manera de pronunciar, sujeta al gusto de los oradores.

En una reunión, en el parlamento o en las conversaciones con el adversario, la acentuación de la última vocal de la palabra final, imprime a la oración la mayor y más eufónica energía.

Este idioma es rico en denominaciones para los objetos físicos desde la tierra al mar y desde el mar a los cielos; pero carece generalmente de palabras que signifiquen ideas abstractas, principios filosóficos, y entidades metafísicas, bien que esta carencia no es absoluta.

Los sustantivos son formados de una sola voz, como si representaran un movimiento espontáneo del espíritu, dice un escritor; pero los adjetivos son voces acumuladas, de dos y de más elementos.

Nos limitamos a estas ideas generales, que bastan para dar al lector una noticia sumaria del mérito de esta preciosa lengua, que cualquiera puede profundizar fácilmente acudiendo a las fuentes que hemos indicado.

Ahora bien, la lengua de los indios de la pampa es la araucana, corrompida unas veces, aumentada las otras.

Lo propio sucede entre España y sus derivaciones etnográficas, y es sabido que en España mismo, apenas se habla el castellano puro en pocos puntos.

De ahí, que cuando oímos hablar a los pampas hay que corregirles y enseñarles lo que ellos desfiguran o ignoran.

Por ejemplo Pinthen, con quien hemos hablado, no sabía que cuyun, significa arena en su lengua; y sin embargo, aquélla es una voz araucana, que dio nombre a las provincias

argentinas de Cuyo, llamadas por los indios en tiempo de la conquista cuyun mapú, es decir "país de las arenas".

Es necesario corregirles también prosódicamente, como corrigen los españoles a los americanos, cuando dicen, verbi-gracia, tenés por tienes.

Para llegar a darse cuenta de estas circunstancias es menester comenzar primero por conocer a fondo la lengua araucana, tal cual se hablaba y habla en las serranías de Arauco, para poder estudiar corrigiendo la de los pampas, que ha degenerado gramaticalmente, y que ha aumentado su caudal de voces a causa de la nueva vida que el araucano hacía en la llanura.

III. Los indios establecidos en la Pampa, son, pues, una desmembración de la belicosa familia araucana, y llevan el nombre de Puelche, voz compuesta de puel que significa este, y de che, gente. Efectivamente, los Puelches o Pampas son los araucanos que han avanzado más al este sobre el territorio argentino¹⁷⁷.

El imperio de la Pampa, como el territorio de los beduinos, está dividido en califatos, que entre nosotros son todavía más bárbaros que éstos, y se llaman cacicazgos.

En los tiempos que corren son dos: el de Salinas Grandes y el de Leuvucó. (Leuvé, río; có, agua.) Al primero perte-

¹⁷⁷ Se ha observado por un crítico autorizado que esta reseña etnográfica es compendiosa; y, en efecto, así hemos deseado que fuera, porque solamente deseamos reunir en este capítulo los datos que se relacionan con la empresa militar. Tenemos preparada una obra sobre las costumbres, lengua, industria, etc., de los bárbaros, en la cual explayaremos los temas apenas rozados ahora.

necen las tribus chadiches (chadi, sal y ches, gentes), y en el segundo viven los ranquelches, o gentes de los cañaverales.

Cada cacicazgo tiene su dinastía. La de los salineros es la de los Piedra, la de los ranqueles es la de los Rosas.

Los indios araucanos arrebatan a la naturaleza un nombre y lo aplican a sus familias, modificándolo sucesivamente por medio de la acumulación de adjetivos; de esta manera los nombres propios tienen uno general, de estirpe o linaje, y otro que individualiza.

Así, unos son del linaje de los ríos (Leuvú), y se llaman Milla-Leuvú, río de oro, Curi-Leuvú, río Negro, etc. Otros son águilas (ñancu) o tigres (Nahuel) y se llaman Curí-ñancu águila negra; Nahuelpichi, tigre chico, etc.

A veces los adivinos estudian las inclinaciones del chinito, predicen su porvenir y esta predicción es el calificativo que dan a su nombre genérico. El valor, la astucia, la alegría, el amor a la familia, etc., son otros tantos orígenes de nombres de indios, como lo son igualmente los grandes ríos, las montañas, las aves y las fieras.

¡Pues bien! La dinastía reinante de los indios de Salinas Grandes, viene de la familia de los Piedra, Callvucurá, es su tronco: Callvu, azul, curá, piedra. Su hijo, y heredero de la corona, es como se sabe Namun-curá: Namun, pie, curá, piedra.

Entre los ranqueles los Rosas vienen de que habiendo sido tomado por el tirano Rosas el indio Marianito, adoptó el apellido del tirano, conservándolo bajo su cacicazgo, que obtuvo más tarde por herencia confirmada por su extraordinario valor. De ahí el actual soberano Epumer Rosas.

Estos cacicazgos se habían dividido la pampa desde el río Diamante de Mendoza hasta el río Negro, y desde los Andes hasta la frontera militar.

Hubo uno, sin embargo, bastante audaz para erigir una república de Andorra, en medio de los grandes soberanos.

Hubo un indio, de la plebe, que creyéndose con todo el aliento de los hombres de gobierno, negó obediencia a Mariano Rosas y a Callvucurá, fundando su propia tribu y una nueva dinastía.

No traía títulos hereditarios, ni el acatamiento de las grandes tribus; pero venía, como los caballeros andantes, a conquistar títulos y vasallos con prodigios de valor.

Y como si su desobediencia a los grandes potentados de la Pampa no fuera bastante alarde de rara audacia, clavó sus toldos entre Leuvucó y Salinas Grandes, cual si provocara las iras de ambos soberanos.

Este indio se llamaba don Vicente Pinthen, nombre formado por Pin, profesar cariño, y Then, abuelos, antepasados. Pinthen equivale, pues, a hijo amoroso, buen nieto, hombre de familia.

Allí creció su pequeña tribu de montoneros, alcanzando a unas 1.000 almas con 300 guerreros en 1872.

Los grandes caciques no lo hostilizaron obedeciendo a un plan de alta diplomacia: no podían encender la llamarada de la guerra civil, enfrente del enemigo común, acantonado en las fronteras.

IV. Los pampas o puelches actuales reconocen un Cacique general como jefe supremo, y el asiento de este gobierno

indígena, o cacicazgo, es Salinas Grandes, al sur de Buenos Aires. Según el intrépido piloto español Pablo Zizur, de cuyos trabajos nos ocuparemos en otro lugar, las Salinas Grandes están comprendidas entre los 5° 10' y 5° 27' long. oeste de Buenos Aires y 37° 16' y 37° 20' de latitud sur.

Actualmente este punto ha sido abandonado por los súbditos del cacique Namuncurá porque la frontera militar está cerca de ellos y han sido enérgicamente perseguidos. Todo induce a pensar que a estas horas los indios tienen su asiento al sudoeste de Salinas, en dirección al río Colorado, adonde los han arrojado las pequeñas expediciones realizadas en 1878.

En 1877 vino a Buenos Aires una embajada del cacicazgo de Salinas Grandes, con la pretensión de recuperar el Carhué Mapú o país del Carhué. Los indios nos fueron recomendados y los agasajamos tanto, que con una comida campestre, con regalos a la embajada y con el presente de un puñal de plata que mandamos a Namuncurá juntamente con un retrato para que nos conocieran, pues les ofrecimos visita en sus tolderías, conseguimos inspirarles confianza y obtener respuestas positivas sobre muchos datos que deseábamos averiguar.

Entre otros supimos que la población indígena dependiente de Namuncurá, inclusive las tribus viajeras que van y vienen entre Salinas y los Andes, ocupadas en el negocio de ganado, alcanzaban de diez a doce mil almas con un ejército de 2.000 lanzas.

Estos indios viven del robo y hacen la guerra al cristiano con crueldad y odio implacables, como si satisficieran una

venganza horrible jurada por sus progenitores ante la injusticia con que fueron tratados. Sus invasiones a nuestras tierras dejan huellas teñidas de sangre y marcadas por el incendio y el saqueo; y en sus mismos toldos hacen sufrir horribles e indescriptibles torturas a los desgraciados prisioneros o cautivos.

Cuando la aglomeración del ejército en las fronteras les opone una barrera que no es fácil salvar sin peligro, estos salvajes, que tienen la índole de la pantera y la astucia del zorro, piden la paz y envían a Buenos Aires sus comisionados, que son generalmente hermanos e hijos de los jefes de las criminales bandas.

Lejos de echarlos a Martín García¹⁷⁸, estos lugartenientes (capitanejos), son tratados con los honores y respetos de los parlamentarios, olvidando la autoridad que un mes antes conducían personalmente las hordas de sus tribus al saqueo y la matanza, y que las mismas manos que estrecha el ministro de la Guerra estuvieron la víspera teñidas en sangre de los indefensos pobladores y bravos soldados de la frontera.

La paz se hace bajo la condición de que el gobierno les ha de dar aguardiente, vacas, yeguas, telas, prendas de plata, raciones anuales y mucho más, pues nunca cesan de lamentarse de sus miserias y son la gente más pedigüeña que se conoce.

La paz con los indios dura lo que dura la paz de la república, pues apenas la guerra externa o interna reclaman la acción del ejército de línea en otro teatro, los indios, nuestros

¹⁷⁸ Isla situada en el origen del Río de la Plata, donde concluyen los ríos Paraná y Uruguay, convertida hoy en plaza fuerte y depósito de prisioneros.

aliados y amigos, ensartan el tratado en sus chuzas y se lanzan de nuevo al pillaje y a la carnicería.

Consolidada la tranquilidad y bien ocupada de nuevo la frontera, los vándalos, que acaban de hacer su agosto, se vienen otra vez a las buenas, promoviendo explicaciones y ofreciendo excusas tan páfidas como astutas. Unas veces, el cacique general asume la responsabilidad de la violación de la paz y apela a la calumnia: dice que los jefes de frontera tienen la culpa de la sublevación de sus súbditos, que él no puede contenerlos a pesar de haberlo intentado vivamente, porque dichos jefes en vez de darles las prendas y raciones se quedan con ellas.

En otras ocasiones los caciques protestan su fidelidad a la paz, se lavan las manos en presencia de los crímenes y con pilatuna hipocresía, declaran que los ladrones son capitanejos rebeldes o alzados, cuyo castigo piden al mismo Gobierno Nacional, porque dicen que ellos no pueden hacerlos entrar por el camino de la paz.

He aquí trazada a grandes rasgos la política exterior de aquellas hordas de ladrones corrompidos en infernales borracheras, sin más hábitos de trabajo y de milicia que los del vandalaje. Son profundamente desconfiados del cristiano o huinca, que para ellos tanto quiere decir como, enemigo; pero nosotros, obligados a contemporar con su infame conducta, a causa de haber tenido que retroceder ante el desierto que los favorece, no habíamos podido todavía desplegar toda la energía con que deben ser tratados. Felizmente el día de hacer pesar sobre ellos la mano de hierro del poder de la nación ha

llegado, y quedará todo concluido cuando la frontera tenga por línea natural la del río Negro.

V. Los indios ranqueles son, como su nombre lo indica, de origen araucano y constituyen una desmembración remota de los primitivos Aucar del norte del río Negro.

Ocupaban la región de la selva pampeana que se extiende al norte de los dominios del cacicazgo de Salinas Grandes, entre los 33° Y 37' de lat. S. y los 62° y 66' de long. O. de Greenwich, o sea los territorios que tienen por límite sur la pampa ocupada por los indios del Este o Puelches, al N. la frontera del río Quinto, al O. el Chadileuvú y al E. la frontera militar.

¿Qué quiere decir ranquel? La zona que ellos habitan es fecunda en cañaverales, totorales y juncales que rodean las lagunas, sombreando las aguas de sus orillas.

Ranquel significa cañaveral y, por consiguiente, Ranqueles dice gente del cañaveral.

Menos numerosos que los indios de Salinas, apenas llegaban a cuatro mil almas, cuando han tenido que pagar a las últimas invasiones un tributo de más de dos mil prisioneros. De aquellos valerosos escuadrones de 1.600 lanzas con que dieron dos batallas campales en 1833 al ejército del Centro que expedicionaba a las órdenes del bravo general Ruiz Huidobro, ¡hoy apenas puede formar 250 ó 300 guerreros!

Su cacicazgo tenía por asiento Leuvucó, que como se sabe significa "arroyo con agua"; pero no asomarán ya por allí, pues toda esa pampa es dominada por las armas de la nación.

El último golpe ha tenido que dárselos el coronel Racedo al borde de la travesía que media entre sus campos y el Salado y después de él la tribu ranquelina está aniquilada y decapitada con la caída del famoso soberano Epumer Rosas.

La anarquía consiguiente a las ambiciones del mando, la campaña electoral, pues, en un pueblo perseguido, diezmado, acribillado y disperso es imposible.

Los restos de la tribu vagarán errantes y hambrientos un tiempo, víctimas de la zozobra, de la constante alarma y de los robos de los indios pobres, que se ensañan en estos casos con los ricos y llegan hasta arrebatarles las mujeres. Días más o días menos se someterán a discreción.

El coronel Racedo, el comandante Roca y sus fuerzas son las aniquiladoras de la tribu ranquelina, y merecen bien del país y del gobierno.

En cuanto al coronel Mansilla, historiógrafo de los ranqueles, no verá ya realizado su sueño de Leuvucó, cuando se sentía arrullado por los himnos de las tribus congregadas que lo aclamaban: *Lucius Victorius, Imperator Ranquelinus*.

Los ranqueles vivían en tolderías, al borde de las lagunas, que en aquellas regiones están cubiertas de juncos, de montes y de cañaverales.

Menos numerosos que los puelches, pues quizá no alcanzaban a cuatro mil almas, poseían en otro tiempo un ejército aguerrido y valiente de 1.600 lanzas.

Posteriormente estos indios fueron el blanco de las tres expediciones, dirigida una por el brigadier general don Emilio Mitre, otra por el coronel Vedia, y la tercera por el general don José Miguel Arredondo; pero ellas dieron resultados

desastrosos, por la falta de elementos y de buenos baqueanos, por el rigor de las estaciones y por la naturaleza rebelde del territorio que tuvieron que recorrer, circunstancias que se asociaban a la hostilidad con que los ranqueles perseguían a nuestras fatigadas tropas, en la cruel retirada a que se veían reducidas.

Desconfiados los bárbaros desde aquellas expediciones habían adoptado un sistema de vida aislada, por familias. Cada uno constituía una toldería y unos y otras se hallan tan distantes que toda esta nación ocupa aproximadamente un área de 600 leguas, a fin de no presentar un gran objetivo al ejército.

El cacicazgo de que dependía esta nación, se halla situado en Leuvucó, cuya situación geográfica no ha sido determinada por el coronel Mansilla, que visitó allí al soberano indígena Mariano Rosas¹⁷⁹, muerto ya y cuyo sucesor es Epumer Rosas.

El ejército de los ranqueles ha sido diezmado en la guerra, y ha sufrido la desertión de varios escuadrones que, al mando de sus capitanejos y con sus familias, han preferido cambiar la vida del salvaje por la del colono, habiendo contribuido eficazmente a estos resultados la energía en el servicio militar por una parte, y por otra la evangélica abnegación de los beneméritos padres franciscanos que, aleccionados por la conducta de sacrificios de fray Marcos Donati, se han consagrado a ejercitar su influencia sobre los ranqueles. Estas acciones tan meritorias como humildes, deben ser recogidas

por el historiador, pues un fraile de prestigio entre los indios vale un regimiento en estas circunstancias en que, llevada la frontera al río Negro, tendremos necesidad de encaminar por nuevas sendas al bárbaro domado.

Antes de las últimas expediciones, el ejército ranquel apenas alcanzaba a 500 lanzas, el cual sin embargo, ha exigido a la nación un poderoso ejército, extendido desde Mendoza hasta Santa Fe, cubriendo a Córdoba y San Luis, porque estas cuatro provincias son el teatro de sus sangrientas correrías.

Los ranqueles como los puelches son grandes salteadores y obedecen a los mismos instintos salvajes: pero sus caciques son más leales que los otros pampas. Desde 1874, por ejemplo, los ranqueles no invaden en cumplimiento de tratados celebrados con el general Roca, tratados que acaban de ser renovados en Buenos Aires. El cacique de Leuvucó ha tenido la lealtad de dar aviso de algunas invasiones y a veces ha armado partidas de sus indios para castigar a los capitanejos desobedientes que roban en la frontera. La índole de estos indios en cuanto a sus relaciones con el poder público, era por consiguiente, menos perversa que la de los pampas. Sin embargo, en 1878 mataron 9 vecinos, violando la paz, y ésa fue la señal dada al ejército que ha aniquilado su poder.

Todavía reside en Buenos Aires el joven indígena Mariano Rosas, sobrino carnal del soberano de los ranqueles. Este joven, de quien ya hemos hablado, es alumno del Colegio Nacional y se educa por cuenta de la nación con bastante aprovechamiento. Últimamente ha recibido cartas de Leuvu-

¹⁷⁹ Este indio fue tornado prisionero en la niñez y conducido a una estancia del tirano Rosas, donde sirvió de peón durante mucho tiempo. Fugó de allí, regresó a

có, que hemos tenido a la vista, en las cuales le dice Epumer Rosas que desea mandar algunos jóvenes indígenas para que se eduquen en Buenos Aires.

VI. Epumer Rosas ha sido capturado en momentos en que damos a la prensa este libro, en el paraje llamado Nahuel Mapú.

El país de Nahuel Mapú, situado en plena pampa, fue descubierto en 1833 por una de las partidas destacadas del ejército expedicionario de la derecha a las órdenes del Fraile Aldao.

Más tarde la misma posición fue ocupada, no recordamos precisamente en qué año, por una expedición volante, que a las órdenes del hoy general Vedia, se lanzó audazmente sobre los ranqueles.

Nahuel Mapú está situado, según el señor Pico, geógrafo de la expedición del coronel Racedo, a los 36° 45' de latitud S. y 7° 25' O. del meridiano de Buenos Aires.

Nahuel Mapú es una posición de la mayor importancia; es la puerta, permítasenos decir de este modo, de la gran travesía que conduce al río Salado.

En 1806, cuando el coronel De la Cruz cruzó de los Andes a Buenos Aires a través de la pampa, acampó en Minucó, aguada de la travesía, situada tres leguas al sur del Nahuel Mapú.

Cruz oyó allí a los indios y pudo estimar la importancia de aquel lejano país.

su tribu y fue proclamado cacique.

La última expedición del teniente coronel Roca sobre los ranqueles, llegó hasta Poitavo, punto que dista de 16 a 18 leguas de Nahuel Mapú, según los datos que trae el coronel D. Jorge Velazco, comandante de la vanguardia de Aldao en 1833, pero que son exagerados.

La importancia de este país aparecerá evidente al criterio de nuestros lectores, leyendo una ligera reseña de sus accidentes topográficos.

Nahuel Mapú es la encrucijada de los caminos que parecen detenidos allí por el aspecto imponente de la travesía arenosa y cubierta de salinas, que se dividen en dos direcciones que la costean, con excepción de uno que la atraviesa, guiando al viajero temerario.

Este conduce al río Salado, y es la prolongación del famoso camino de Leuvucó y Poitavo, línea de las tolderías de los ranqueles.

El segundo corre del N. a S., hacia la laguna Urrelavquen, o de las Brumas, pasando por varias lagunas intermedias y Minucó, que, como hemos dicho, es la primera aguada de la travesía del Salado o Chadi-leuvú, mediando entre ellos unas 36 a 40 leguas según el Diario de Velazco, pero según el viaje de Cruz, no son más que 15 leguas y 24 cuadras, siendo ocho de travesía de pura arena.

El tercer camino, que corre desde Nahuel Mapú al E., va a Toay, campos que ocupó Pinthen últimamente, bifurcándose antes para Salinas Grandes y el Colorado.

Los indios recorren estos caminos frecuentemente; pero el de la travesía de Minucó, no es transitado sino cuando llevan a Chile arreos de ganado robado.

El país que rodea la travesía por el naciente, es el llamado por los indios Nahuel Mapú, y comprende una serie de campos buenos, con montes y agua permanente.

Minucó, punto donde debe haber estado el geógrafo Pico, porque es el principio de la travesía en que hizo alto la vanguardia, es una veguilla pastosa, dice D. Luis de la Cruz, donde hay dos fuentes de agua permanente, y algunas cortas lagunillas que suelen secarse. La vega está rodeada de carrillos de arena.

Ahora bien, cuando el viajero que suponemos siguiendo el camino que va por Leuvucó del N.E. al S.O. se aproxima al país de Nahuel Mapú, empieza a palpar la decadencia de la vegetación, la escasez del agua y la proximidad de la árida travesía se adivina en el aumento de los arenales.

Cuando se pisa los umbrales de ésta el espíritu se sobrecoge misteriosamente, dominado por una impresión de tristeza indescriptible, análoga a la que se experimenta cuando se contempla la vegetación desgajada y blanquecina bajo una capa de nieve.

El cuadro es lúgubre a la hora de la tarde.

Al naciente, perdiéndose en el horizonte entre la bruma azulada, la selva de algarrobos se alza como una nube lejana tendida en los confines aparentes del espacio.

Al oeste, como límpido espejo de dotada luna, la sabana arenosa de la travesía, bañada tenuemente por el resplandor rojizo del sol de ocaso.

Y entre el monte fantástico del horizonte del este y el arenal que hiere la vista al oeste, el cañaveral entre cuyas emboscadas brama el tigre, haciendo vibrar violentamente con

su grito de cólera las brisas viajeras de la tarde. Tal es Nahuel Mapú.

El poeta decía:

Cada comarca en el mundo
Tiene un rasgo prominente,
El Brasil su sol ardiente,
El Perú de plata el Perú,
Montevideo su cerro,
Buenos Aires, patria hermosa,
Tiene su Pampa grandiosa,
La Pampa tiene el Ombú.

Pues bien, el país de Nahuel Mapú tiene también su nahuel.

La lengua araucana posee la voz mapú para designar la patria, el país en que se vive, el territorio que se posee o cultiva, la extensión superficial, las regiones de los planetas, los países extranjeros.

Un ejemplo ilustrará con más precisión al lector:

Mapú, indica la patria, la tierra de los criollos.

Huenu Mapú, el cielo, la tierra de arriba, literalmente.

Moncó Mapú, todo el mundo; huinca mapú, la tierra del cristiano, y antiguamente España.

Mapú dugun, la lengua, el idioma patrio.

Quetha mapú, la tierra arada.

Epu mapú, dos propiedades territoriales.

Nahuel es el tigre, la fiera característica de la selva pampeana y de los matorrales de Nahuel Mapú.

He ahí nuestra traducción del País del Tigre, de ahí también aquel nombre indígena inspirado sin duda por la presencia de la temible fiera, que parece disputar al hombre, acosado por la travesía, la sombra de los bosques y la frescura reparadora de las aguas.

Minucó, es la entrada de la travesía para el que va del E. y la salida caminando en sentido inverso.

Pues bien. Minucó significa hay agua adentro, es decir, abajo, porque mino expresa dentro, debajo de la tierra, y có, agua.

Y es que en este punto la aguada no es una laguna, sino dos pozos.

Poitavo es un paraje alto, que domina las cercanías, y le llaman con aquella voz que se traduce por atalaya, divisadero.

Así, los indios nos permiten adivinar por su nomenclatura descriptiva, los recursos vitales que es dado encontrar en el seno mismo de su guarida.

La travesía es un arma de combate para el salvaje, si podemos expresarnos así, en el sentido de que él aprovecha todos los accidentes de la naturaleza para asaltarnos y vernos.

La sorpresa de la Balsa es una prueba de ello.

El general Aldao había acampado en mayo de 1833 en el punto en que, bifurcándose en grandes brazos el río Chadi-leuvú o río Salado, forma una gran isla.

El ejército ocupaba el centro de la isla, y desde allí habían salido partidas a hacer la policía de los campos.

Las del sur, como dijimos, siguieron el camino de Nahuel Mapú, al Colorado, llegando hasta Choique Mahuida, o sierra del avestruz.

El vado del brazo del oeste del río se hacía por medio de una balsa, y de ahí el nombre que hasta hoy lleva de Paro de la Balsa.

No ha sido dada aún la posición geográfica de este paraje; pero avanzaremos que está veinte leguas al N.O. del Nahuel- Mapú.

La Balsa era custodiada por una compañía de infantes.

Se creía limpio el desierto en aquellas alturas, por la fuga de los bárbaros y las guardias avanzadas dormían tendidas a la bartola.

¿Dónde estaban los indios?

Habían sido arrojados a la travesía de Nahuel Mapú y se les creía probablemente pereciendo de sed y de hambre y próximos a abandonar sus cadáveres al tigre, soberano señor de la comarca. La madrugada del 14 de mayo fue funesta, enseñando que en el desierto no se debe dormir confiado en los perros solamente, y que las travesías pueden ser una garantía y también un terrible peligro.

En efecto, los indios ranqueles, arrojados a ella, habían cruzado los arenales, cayendo como un rayo sobre el paso de la Balsa.

La compañía de fusileros fue pasada a cuchillo y solamente se salvó un soldado, que se arrojó al río y lo cruzó nadando.

El capitán Mosqueira, el teniente Maldonado, el ayudante Guevara, todos perecieron.

Los indios eran 50, y su empresa no pudo ser más audaz y feliz porque se trataba de 40 veteranos armados de fusil.

El coronel Velazco escribe en el parte de este desgraciado episodio:

“Estos dicen que la compañía fue acometida por los salvajes al amanecer del día de hoy, como en número de 50 y por todas direcciones, que los centinelas se retiraron a la compañía, haciendo antes su descarga; pero fue tan rápida la carga de los salvajes a pie y cabalgados, que no dio tiempo a ésta ni aun a formar, siendo derrotada y dispersada completamente.”

El mismo día fue lanceado el cacique Barbon, de 90 años de edad; y por orden del Fraile Aldao, su cuerpo quedó expuesto en alto, ensartado en unos palos plantados a la orilla del río, para escarmiento de Yanquetruz y otros pícaros que habían dejado de ser fieles al señor general Rosas.

¡Rosas hasta en la pampa!

La experiencia de la vida en la pampa es un talismán precioso, que ahorra innumerables desgracias.

La sorpresa de la Balsa es una lección terrible, sangrienta; pero el valor temerario del soldado o la confianza exagerada del explorador, suelen olvidar esos episodios conmovedores, que son una especie de voz de alerta que nos da el destino.

Hoy el comandante Amaya y el geógrafo Pico, han estado a riesgo de pagar en Nahuel Mapú el sangriento tributo que los ranqueles arrancaron a los guardianes de la Balsa.

¿Qué ha pasado en efecto?

Los indios batidos por el coronel Racedo en Poitavo, emprenden la retirada al S.O. por el camino del Nahuel Mapú.

Llegan a las regiones de los tigres y pasan a Minucó; arrojados por el remington al borde de la travesía, como despojos de un buque náufrago, llevados a la playa por el oleaje invasor de las aguas.

El comandante Amaya conquistó sus galones en toda la guerra del Paraguay, a la cual fue de cadete, y es uno de los 90 que sobre 350 soldados del batallón Santa Fe que entraron al fuego, salieron vivos del foso de Curupaity, con Viñales que dejaba allí su brazo, con Sastre baleado en la cara, con Nicoloriche, el bizarro capitán de granaderos, moribundo.

Nicoloriche, Sastre, Viñales y otros habían ido tomando sucesivamente el mando del cuerpo, y la metralla los abatía sucesivamente sobre el terreno, convertida en laguna de sangre.

De esa gloriosa escuela es el comandante Amaya, que al mando de la vanguardia del coronel Racedo se lanzó sobre la travesía de Minucó, arrollando la chusma fugitiva de los ranqueles.

En la vanguardia de un ejército que recorre países salvajes debe ir el geógrafo, que es el batidor de la civilización, sobre las comarcas inexploradas.

Y allí iba el señor Pico, más interesado en sorprender la culminación del sol, que en observar la indiada fugitiva.

Pero el comandante Amaya, era demasiado temerario y el señor Pico iba demasiado absorto en el espionaje del cielo con el auxilio del sextante, para recordar la lección de la Bal-

sa, al lanzarse con un puñado de valientes al fondo de un desierto que poblaban millares de indios.

El alarido salvaje de las hordas emboscadas en el umbral de la travesía, vino a despertar al veterano en su confiada marcha.

Ese grito feroz, que electriza, que hace temblar al caballo como un azogado, que desarmaría el brazo de un cobarde y que entre los escuadrones de los indios reaviva el valor y los echa a la carnicería, haciendo dúo con el tropel atronador de las cabalgaduras lanzadas a la carga, reclamaron toda la serenidad y el valor del veterano del Paraguay y llamaron al geógrafo a la vida terrestre, dejando quieto al sol en su alcázar de nubes.

El primero dirigió el fuego, y el segundo, el geógrafo, el batidor de la ciencia, retrocedió, metió el sextante en la caja, formó en las filas de la tropa, mereciendo los honores de la recomendación en el parte oficial.

Ante el peligro de la muerte segura, en presencia de aquella sorpresa traída por indios que parecían brotar de las arenas de la travesía, como los hongos del campo, era necesario luchar y vencer.

¡Y vencieron al fin, fecundizando la vega de Minucó con la sangre de trece veteranos!

Los indios han debido sufrir horriblemente bajo el fuego de los rémingtons.

¡En la sorpresa de Nahuel Mapú ha sido vengada la carnicería del paso de la Balsa!

Epumer Rosas es el principal trofeo de guerra de la jornada de Nahuel Mapú.

¿Qué podemos decir de un indio que ha vivido sin cesar en guerra con la nación y cuyas hazañas están frescas en la memoria de todos?

Hablen por nosotros los que lo han tratado en su in-mundo y grasiento toldo, donde voltean las ráfagas de olor a potro.

Dígalo el coronel Mansilla, que tuvo más agallas que un sábalo, cuando se atrevió a loncotear con él, es decir, a tiro-arse de los cabellos, en medio de una tempestuosa borra-chera.

Pues bien. El autor de la Excursión a los indios ranque-les, nos dice:

“No hay indio más temido que Epumer; es valiente en la guerra, terrible en la paz cuando está achumado.

El aguardiente lo pone demente. Sea adulación, sea ver-dad, todos dicen que no estando malo de la cabeza es muy bueno.

No tiene más que una mujer, cosa rara entre los indios, y la quiere mucho.

Vive bien y con lujo, todo el mundo llega a su casa y es bien recibido.”

Este es el prisionero, sucesor de Mariano Rosas, a su muerte, y Emperador de los ranqueles por algo parecido al derecho divino, cuyos atributos en las dinastías indígenas son la fuerza, la criminalidad y la borrachera.

La familia reinante de caciques se cree destinada por Dios para regir los destinos de su pueblo; pero no es el ma-

yor de los varones el heredero, sino el más valiente, el más criminal y el más borracho.

Éstas son las tres gracias de la virtud pampeana.

VII. Después de los cacicazgos de Salinas y Leuvucó no hay otros en la pampa que merezcan tal título, si bien existen tolderías independientes de uno y otro, con indios verdaderamente alzados, al mando de caciquillos bravos y audaces, que hacen una guerra sin cuartel a los cristianos y no pocas veces a los mismos caciques de aquellos dos imperios indígenas.

El más famoso de estos caciques montoneros es Pinthen, cuyo teatro de campañas han sido y son el O. y N. de Buenos Aires y el S. de Santa Fe. Sus toldos están situados a cuarenta leguas de Tencú-lavquen, comandancia de la frontera norte de esta provincia, entre los territorios de los puelches y ranqueles.

La tribu de Pinthen tenía mil almas; pero ha sido más numerosa y formaba 300 lanzas, que habían disminuido a cien quizá, a causa de la bravura con que estos indígenas peleaban y morían en el campo de batalla.

En 1872 el coronel Hilario Lagos, jefe de la frontera O. de Buenos Aires, expedicionó sobre Pinthen sorprendiéndolo. Le tomó 20 guerreros y 30 mujeres y niños. Entre los trofeos de esta expedición venía la espada del cacique Pinthen, quien, dice en su parte el coronel Lagos, escapó gracias al excelente caballo que montaba. Dicha espada, que parece chilena, por un escudo con estrella que tiene en la empuñadura, nos fue regalada por el capitán (hoy comandante del 39 de

línea) D. Rudecindo Roca y se encuentra en nuestro museo. Ofrece la particularidad de que tiene grabado en el lomo el nombre indígena Manuel Yunquiñañil, que será probablemente de algún indio de Chile, de quien la hubo el famoso D. Vicente Pinthen¹⁸⁰.

Este cacique, tan valiente como sanguinario, hace alarde de no haber hecho tratados nunca con el Gobierno y es el indio que de diez años a esta parte ha causado mayor número de bajas en el ejército fronterizo, contándose entre sus víctimas dos tenientes coroneles y dos sargentos mayores, aparte de innumerables vecinos y soldados.

Efectivamente, han caído bajo la lanza de los montoneros de Pinthen los tenientes coroneles Heredia y Undabarrena¹⁸¹ y los sargentos mayores Jáuregui y Arellana, con cincuenta veteranos a lo menos. Verdad es que todos estos jefes morían con un valor temerario, cortándose solos como dicen los paisanos a pelear cuerpo a cuerpo, con indios que, como ya hemos dicho, saben morir en el campo de batalla batiéndose con singular bravura.

El mayor Orellana era el jefe de la escolta que llevaba nuestro amigo el ingeniero Huergo, al efectuar el trazado del ferrocarril trasandino de Junín a Villa Mercedes. Huergo fue atacado por los indios de Pinthen, que reclamaban la propiedad de los campos que medía. Los salvajes fueron derrotados; pero Orellana pagó con su vida el heroísmo con que se

¹⁸⁰ Pinthen nos ha dicho que no era suya, aunque por tal la trajeron los expedicionarios.

¹⁸¹ En momentos de entrar en prensa este capítulo llegan a Buenos Aires los restos de este oficial.

lanzó sobre ellos, sable en mano a fin de salvar la caballada que huía.

La muerte del comandante Heredia es un acontecimiento horrible. Toda su escolta compuesta de veinte veteranos fue pasada a cuchillo, y él mismo con el caballo boleado, echó pie a tierra y murió en su ley: peleando con denuedo contra el enjambre de bárbaros que lo acribillaban a lanzazos¹⁸².

Undabarrena y Jáuregui caían de la misma manera, solos en el entrevero con los montoneros del desierto.

El coronel Villegas mandaba ya en 1875 la frontera N. de Buenos Aires. Está a un paso de Pinthen y Pinthen se muere de deseos de matar a Villegas. ¿Qué hacer? Tenderle la misma celada en que cayeron Heredia y Undabarrena.

En 1877 invade Pinthen los campos ocupados por Villegas. Este jefe sale a batirlo con 50 infantes del 24 de línea. Pinthen huye, lo persiguen y se aleja más. Al fin se para, esconde su escuadrón detrás de un médano y deja a la vista pequeñas partidas. El coronel Villegas sale con el comandante Pérez (hoy en Buenos Aires) y seis hombres a reconocer los indios; y Pinthen los rodea y atropella.

¡Habían caído en la red!

Fue un prodigio de valor la escapada. Villegas sacó la ropa lanceada y Pérez perdió el caballo ensillado.

El reconocido valor y los revólveres evitaron la nueva hecatombe preparada por el indómito Pinthen.

¹⁸² De esta hecatombe no salvó más que un joven oficial, el teniente Montes, hijo del boletero del teatro Colón de esta capital. El joven oficial fue perseguido dos leguas por los indios y debió su vida al noble y veloz caballo que montaba.

Pero a su vez el coronel Villegas padecía insomnio por apoderarse del bravo cacique. Y al fin lo tomó.

Entre tanto, la sangre de nuestros soldados y la muerte de los valientes jefes con que Pinthen saciaba sus salvajes instintos, debían hallar formidables vengadores en los gauchos de Junín, que constituyen el regimiento de guardia nacional fronterizo más disciplinado y habituado a pelear con los invasores.

La guardia nacional de Junín viene prestando desde 1870 a la frontera N. de Buenos Aires importantes servicios, que es un acto de justicia recordar en esta oportunidad. Su comandante don Ataliva Roca, comerciante de la capital, la ha conducido con tino y patriotismo en la guerra contra los indios, infundiéndole desprecio por éstos, y esa actividad y disciplina con que acude a las armas al primer cañonazo de alarma, que anuncia la presencia del bárbaro en la tierra de sus hogares.

Dada aquella señal los paisanos de Junín salen inmediatamente con sus mejores parejeros, y con su lanza tan larga como la de los indios (cuatro varas), corriendo con la mayor espontaneidad a la comandancia a esperar órdenes. En medio día se reúnen doscientos hombres de la mejor caballería imaginable para la guerra de frontera.

Con el designio de dar una idea al lector de los servicios que han prestado a aquella frontera el señor Roca y la guardia nacional de Junín y de lo caro que pagaba Pinthen su arrojo, vamos a recordar algunos hechos capitales de sus campañas.

En 1872 invadieron 45 indios a Junín. El coronel Borges, jefe de la frontera, se lanzó sobre la rastrillada con su

escolta y 40 guardias nacionales de Junín al mando de don Ataliva Roca; y a la madrugada, descubrieron a los indios en el paraje denominado Paso del Mono. La tropa había galopado sin cesar catorce horas; pero asimismo, mudando caballos rápidamente, Roca con el escuadrón de Junín, salió de vanguardia, cargando a fondo a los salvajes, aunque éstos eran más numerosos.

Los indios de Pinthen hicieron alto y echaron pie a tierra, trabándose una lucha cuerpo a cuerpo, en la cual murieron 35 indios escapando apenas diez. El parte oficial del coronel Borges¹⁸³, del cual tomamos estos datos, dice:

“Todos los caballos tomados a los indios han sido dados a la guardia nacional de Junín como botín de guerra y en recompensa de su buen comportamiento en el combate y durante la marcha, en la que han servido de exploradores y baqueanos, siendo ellos los únicos que han combatido, pues los infantes componían la reserva, que no tuve necesidad de hacer combatir, tal fue de irresistible la carga llevada por estos valientes.

Recomiendo a la consideración de la superioridad el digno comportamiento de esta guardia nacional, que creo sin rival en toda la frontera, por el buen espíritu que la anima. Guardias nacionales que no hay necesidad de llamar, pues al anuncio de indios montan en el acto y salen en dirección del enemigo.”

¹⁸³ *Memoria del Ministerio de Guerra y Marina* de 1872, publicada en 1873, págs. 133 a 135. En esta misma Memoria se encuentran los antecedentes de la muerte del comandante Heredia y del mayor Jáuregui.

En 1874 mil indios, y entre ellos los de Pinthen, habían invadido al O. amagando seriamente la campaña. El coronel Borges se hallaba en Junín sin un soldado y convocó la guardia nacional que en pocas horas formó un número de noventa voluntarios.

Aquel jefe se puso en marcha inmediatamente buscando la incorporación de las tropas del fuerte General Paz, para batir al enemigo. Al anoecer del primer día de marcha las descubiertas anunciaron que el grueso de los indios estaba ya encima de ella. La situación no podía ser más crítica.

Empero el malogrado coronel Borges, jefe tan experto como valiente en el campo de batalla, arengó a la guardia nacional de Junín, que con el mayor entusiasmo se aprestó a abrirse paso a través de la selva de chuzas que la amenazaban.

Dividida en cuatro grupos cargó con tanto denuedo y tan súbitamente sobre el enemigo que éste, convencido de que era agredido por fuerzas superiores, cedió el campo al grupo de valientes conducidos por el coronel Borges. La campaña se había salvado del flagelo que la amenazaba.

En 1876 volvió Pinthen a invadir a Junín y logró hacer un arreo de ocho mil animales, que iba sacando impunemente, pues había burlado la vigilancia de las fuerzas de línea; pero el comandante Roca, que se hallaba en Buenos Aires, salió en tren expreso, llegó a Junín, y con la guardia nacional a sus órdenes marchó cuarenta leguas como un rayo, para encontrar al bárbaro cacique, y lo halló felizmente batiéndolo

por completo. Pinthen abandonó el arreo, cuatro cautivos y dejó cuarenta muertos en el campo de batalla¹⁸⁴.

Hemos querido consignar estas sucintas noticias sobre las guerras de Pinthen con el partido de Junín, porque las acciones modestas y meritorias realizadas por sus defensores en servicio público deben ser señaladas oportunamente al país.

VIII. Pinthen había nacido en Carhué y heredado de su padre el valor y el gobierno de la familia, que le sirvió de base para fundar su tribu.

-¿Por qué te separaste de Callvucurá? -le dije en su prisión.

-Porque yo soy indio argentino -dijo- y Callvucurá es Borogano¹⁸⁵ de Chile, usurpador de nuestra tierra.

Hemos observado otra vez que toda la nomenclatura indígena ha sido alterada, desde el tiempo de los españoles y en la época contemporánea.

Es imposible escribir bien una lengua que se ignora, cuando se oye pronunciar sus palabras por primera vez.

De ahí, que cuando se encuentra uno con nombres indígenas escritos en documentos o mapas, es necesario comenzar por restituirles su verdadera ortografía para comprenderlos y traducirlos.

Esta deficiencia es perjudicial para el servicio del ejército, porque los jefes se confunden y no pueden orientarse bien;

¹⁸⁴ Los documentos oficiales que extractamos fueron publicados en la *Memoria de Guerra y Marina* de 1877, Pág. 338 y siguientes.

¹⁸⁵ Borogas, es el nombre de una tribu araucana.

por eso es siempre más conveniente dar la traducción castellana de los nombres.

Como un ejemplo de las modificaciones arbitrarias que ha sufrido la nomenclatura primitiva, citaremos. Ita-ló.

Es el campamento del coronel Nelson al sur de Santa Fe.

Antes escribían este nombre así: Witalobo, y más tarde Ita-ló. Pero ni una ni otra palabra pertenece a la lengua araucana.

El paraje indicado se llama Vuta-loo, de Vuta, grande y loo, médano. Hay muchos lugares con este nombre en la Pampa y entre otros recordaremos uno situado en el S. de Mendoza, fortificado por el Fraile Aldao en 1833 y abandonado después.

Mucho se ha escrito faltando a la verdad sobre la prisión de Pinthen.

Ahora bien, según copia de un parte detallado que tenemos a la vista y que no ha sido aún publicado, el coronel Villegas salió de Thencúl-Lavquen el 2 de diciembre sobre Pinthen.

En Pihuen-hué (hué, muchacho, pihuen, corredor) el coronel Villegas destacó al sargento mayor don Rafael Solís, del 39 de caballería de línea, para que marchara con 20 infantes y 50 jinetes de su regimiento sobre Malal (corral) por el camino de Lonco-Che (Lonco, cabeza, che, gente) Ñanm-ñanm (los perdidos) y Luan-Lavquen (Luan, guanaco, Lavquen, laguna).

Malal es un paraje situado tres leguas al N.O. de Vuta-Lavquen (Laguna grande).

El 6 de noviembre la división llegaba a Lonco-Che donde sorprendía los primeros toldos, tomando prisioneros a

todos los indios, con excepción de uno, que fugó hacia Vuta-Lavquen llevando la nueva de la invasión al interior.

Al día siguiente estaba la columna en los hermosos campos de la Laguna Grande o Vuta-Lavquen, donde alternan los médanos, los exuberantes pastos y tupidos montes de espiniello, caldén, chañar, algarrobo y molles, algunos tan corpulentos, que dos hombres no podían abrazar sus troncos.

Allí acampó el coronel Villegas y en tan hermoso paraje recibieron él y su división el premio de sus fatigas.

¿Adónde iba el mayor Solís con sus 70 veteranos?

A Malal, paraje montuoso llamado así, porque hay un punto que tiene la forma de un corral, formado de árboles y cerca de la laguna.

Suponíase con razón que, siendo este punto un lugar estratégico, debía haber tolderías en él. Solís iba a sorprenderlas.

En el camino tomó un indio y éste reveló que el cacique, el famoso Pinthen, tenía sus toldos en el centro de Malal.

El pecho debía ser pequeño en este instante para contener el corazón del mayor Solís. Avanzaron pausada y cuidadosamente como el cazador que acecha la presa.

Allá, entre el claro del bosque, velase una pequeña toldería y entre ella un toldo más grande y si se puede decir más lujoso.

Aquel era el toldo de Pinthen. Al llevar el ataque la fuerza, la confusión fue inmensa y toda su familia corría en vano despavorida; pero el cacique como los gauchos malos, no era hombre de entregarse sin tentar el último recurso.

Pelear era tarea estéril, contra los infantes que corrían locos de entusiasmo. Pinthen tenía atado a la puerta del toldo un hermoso caballo. Tomó en sus brazos uno de sus hijos menores que se hallaban cerca y cortando con el cuchillo la soga del caballo, saltó en pelos y partió como un rayo, en dirección a Vuta-Lavquen.

La tropa se distrajo reuniendo la familia del cacique y cuando se supo que él era el prófugo, salieron los jinetes a perseguirlo.

Pero el hermoso caballo del indio corría tendido por el campo como una liebre.

Los veteranos lo seguían, con ese desaliento que infunde la debilidad del caballo propio, en la persecución del adversario bien montado.

Perseguido y perseguidores, llevaban el rumbo de Vutalavquen, que como hemos dicho, queda tres leguas de Malal al N. O.

A veces se veía a Pinthen, solo, subiendo las lomas al galope; en otros momentos desaparecía en los bajos o detrás de los médanos.

Así llegaron hasta cerca de Vuta-Lavquen, donde, como dijimos, había acampado el coronel Villegas.

La fiera perseguida tenía, pues, tomadas todas las salidas. Ella misma iba a entregarse a sus perseguidores.

Hay una coincidencia digna de recuerdo.

En junio de 1877, como hemos dicho, el cacique Pinthen había invadido el norte y salía con arreo.

El coronel Villegas lo perseguía con una fuerza del 3 de caballería de línea, mientras el comandante Sáez con cincuenta infantes del 2 de línea, iba a salirle por otro lado.

A la oración el coronel Villegas vio un centinela en un médano y no tuvo la menor duda de que era la fuerza del comandante Sáez.

Adelantóse hacia ella con el comandante Jerez y cinco soldados; pero de repente un alarido tremendo le hizo comprender que caía en una celada tendida por Pinthen.

Más de ochenta indios los rodearon, y fue necesario batiarse a revólveres, para salvarse.

Los indios no se atrevían a lancearlo temiendo las balas; pero les arrojaban una nube de bolas perdidas, matando al cadete Frías.

La aproximación de un arreo de caballos que traía un piquete de soldados, alarmó a los indios, lo tomaron por fuerza y dejaron de perseguir a los valientes de esta terrible aventura.

Así, pues, el coronel Villegas fue él mismo a caer sin sospecharlo entre la tropa de Pinthen.

Y he aquí a Pinthen, perseguido en su apartada guarida, corriendo directamente al campo del coronel Villegas.

¿Llegó a él? Pinthen traía el caballo cansado y sus perseguidores también; mediando entre uno y otros más de veinte cuadras.

Al apercibirse Pinthen desde la corona de un médano que había un campamento en Vuta-Lavquen, debió considerarse completamente perdido. Bajó del médano y no lo volvieron a ver.

Los perseguidores extrañando esta circunstancia hicieron un esfuerzo y llegando al médano, vieron en un bajo no lejano, el caballo de Pinthen, que huía al trote y sin sus jinetes.

¿Qué había sucedido?

Era difícil preverlo; pero los soldados que corrían desesperados, viendo que la presa se les iba de las manos, comprendieron que el indio no podía haber desaparecido como por encanto.

Pensaron que podía haber rodado quedando herido en el campo.

La tropa iba llegando como rosario al bajo donde trotaba el caballo y donde se había detenido el cacique; y a medida que llegaban se esparcían buscando el cuerpo de Pinthen.

El pastizal era alto y parecía difícil hallarlo; pero el hijo del cacique alzó la cabeza entre unas pajas como para ver a los que lo perseguían y delató el escondite.

¡Todos corrieron allí!

Pinthen yacía entre el pasto que se alzaba hasta el encuentro del caballo, rígido e inmóvil como un cadáver.

Los soldados lo hablaban y movían en vano, porque como el mataco al ser sorprendido parecía insensible.

¿Estaba muerto?

Alguien dio la voz de hacer fuego y el cacique resucitó, abrazando a su hijito, como si quisiera escudarlo de las balas.

Se supo después que el indio se había escondido creyendo salvarse de este modo.

Al fin era prisionero aquel azote del N. de Buenos Aires, y caía demostrándose buen padre y amante de su familia, es decir, digno del significado del nombre de Pinthen que lleva.

En el acto fue llevado al campamento del coronel Villegas, que estaba un paso de allí.

El coronel Villegas había sido ya avisado por un soldado que se adelantó a revienta caballo.

Apenas llegó el bárbaro, el coronel le dijo:

-No tengas miedo. Te hago gracia de la vida.

Pinthen contestó entonces en castellano gerundiano:

-Acabando Pinthen. Ahora siendo tu amigo. Queriendo ser tu soldado para peleando a los pícaros ranqueles.

Estas palabras constan en el parte del coronel Villegas y justifican lo que en otro lugar hemos dicho, es decir, que Pinthen era tan enemigo de los cristianos como de los caciques de Salinas y Leuvucó, a los cuales había negado obediencia. Pinthen pidió una gracia después.

Se le preguntó cuál era: y dijo que deseaba mandar un indio de cien años a ordenar a los dispersos de su tribu que se sometieran, que él ya se hallaba en poder de las tropas. Que si no venían de buena gana pediría soldados para ir él mismo a traerlos. Que ya sabían .que él era baqueano de los campos y su jefe.

El viejo adivino partió. Pinthen fue mandado a la guardia de prevención.

Al llegar a la guardia tuvo lugar una escena que hubiera sido conmovedora, a no estar tan justamente prevenidos como estamos contra los indios.

Allí estaba toda la familia de Pinthen prisionera.

Al verlo llegar, las princesas y las damas de corte, se sacaban los collares, los brazaletes de los brazos y piernas y los prendedores arrojándolos lejos.

Y luego, junto con los hijos y la chusma de la servidumbre, se destrenzaban, arrancaban el cabello y prorrumpían en gritos, dando signos de honda desesperación al ver a su caudillo y señor humillado y prisionero.

Pinthen volvió a hallarse en ese momento entre sus quince mujeres.

Entre ellas hay una, cristiana, cautivada por los indios en el Río IV, y que pretende ser sobrina del general Arredondo. El cacique tiene 70 años de edad.

¡El chinito que traía en los brazos al huir, era el hijo de la vejez!

Pinthen niega que montara a caballo como lo afirma el parte oficial, pero lo hace por satisfacer su última vanidad.

Ahora está alojado en una habitación del cuartel del 69 batallón de línea de la guarnición de Buenos Aires, donde le hemos hablado.

-¿Cómo -le dijimos- siendo tú tan valiente y hombre gaucho te dejaste tomar dormido?

-Porque a todo hombre le llega su hora... -nos dijo.

Pinthen apenas puede montar a caballo a consecuencia de un tumor de tamaño colosal que tiene en la pierna derecha, arriba de la articulación de la rodilla.

Otro de los montoneros famosos de la pampa es Reuqué-Curá, cacique que tiene su teatro en los campos del Colorado, donde acecha las tropas de ganado y el comercio de Patagones.

Este caciquillo está lejos, sin embargo, de haber alcanzado la importancia de Pinthen.

Por aquellas regiones merodeaba también el pérfido y fratricida cacique Juan José Catriel, que violando la fe de los tratados y apoyado por tres mil indios confederados que comandaba Namuncurá, se sublevó en 1875, causando desgracias horribles, cautivando y matando centenares de personas, aparte de un arreo de más de doscientos mil animales que llevaba y que no pudo ser rescatado en su totalidad.

Ha caído con toda su tribu, como hemos visto, en poder de nuestras armas.

X. Gobierno de las Manzanas llaman los indios a los dominios del famoso cacique Shayhueque, visitado por el célebre capitán Musters en 1870, por el sargento Bejarano en 1872 y por el señor Moreno en 1875. Este cacique es el jefe supremo de los araucanos de los Andes orientales y sus dominios se extienden al sur hasta Teckel en las nacientes del río Chubut y al N. hasta las últimas tolderías que se levantan sobre el Neuquén.

Shayhueque pretende también dominar el territorio Tehuelche de la Patagonia septentrional hasta la costa del mar, pues refiere el señor Moreno que dicho cacique le dijo que por un acto de condescendencia había guardado silencio ante la ocupación de sus territorios del Chubut y de Patagones por los blancos. No hay, efectivamente, en la Patagonia un cacique más poderoso, pues lo aclaman jefe las cinco naciones que pueblan aquellas comarcas que son: los Manzaneiros, Picunches, Mapuches, Huilliches y Tehuelches, mandados éstos a su vez por más de ochenta caciques.

Shayhueque, reunidos los elementos militares de sus vastos dominios, podría formar 5.000 hombres de tropas heterogéneas, sobre una población de 30.000 almas aproximadamente.

Si este indio fuera un infame como Catriel, un ladrón como Namuncurá o un asesino como Pinthen, su ejército sería terrible, porque la caballería indígena, obrando en grandes masas sobre fuerzas inferiores y débiles, es irresistible; pero, por fortuna, Shayhueque es un aliado importantísimo, que cooperará a la consolidación de los intereses argentinos en el río Negro.

Desde luego, la nobleza de sus sentimientos se refleja en la hospitalidad que ha dispensado a Moreno, a Bejarano y a Musters, que lo han visitado en su solitario retiro y han salido colmados de regalos y de beneficios tan grandes como el de la vida, pues si Shayhueque se hubiera dejado influenciar por los fanáticos brujos de su consejo, habría inmolado a sus huéspedes.

Musters, hablando de los caciques Fogel y Casimiro, explica la política exterior del gobierno de las Manzanas en estos términos que traducimos:

“Tuvo lugar (el 8 de marzo) un parlamento que duró hasta la noche y fueron sancionadas las siguientes conclusiones: Que Casimiro sería reconocido como comandante general del sur, extendiéndose su jurisdicción sobre todos los indios del sur del Limay; que con su ejército garantizaría la salvación de Patagones y pondría en jaque a los indios pampas de Salinas, mandados por Calfucura, en el improbable

caso de que quisiera atravesar el río Negro con él propósito de asaltar los establecimientos. Que todos unidos marcháramos a las Manzanas a proponer a Shayhueque que garantice con su ejército la seguridad de la corta norte del río Negro, rechazando, si fuera necesario, a Calfucurá y defendiendo a Patagones.”

Esto sucedía en el parlamento de indios dependientes de Shay-hueque. Fogel, cacique de la tierra en que Musters se hallaba, fue visitado y sondeado por el intrépido viajero inglés que refiere así su entrevista:

“Entonces comenzó él una conversación sobre el pueblo indígena y sus relaciones con los blancos. Recuerdo algunas de sus textuales palabras: 'Dios, dijo, nos ha dado estas llanuras y estas montañas para habitar en ellas; nos ha provisto del guanaco, de cuyas pieles formamos nuestros toldos, y de cuyos hijos tiernos sacamos el cuero para nuestra ropa; también poseemos el avestruz y el armadillo. Nuestro contacto con los cristianos en los últimos años, nos ha producido yerba, azúcar, galleta, harina y otros artículos de lujo que nos eran desconocidos antes; pero que ahora nos son ya necesarios. Si hacemos guerra a los blancos, no tendremos mercado para nuestros ponchos, cueros, plumas, etc., y por consiguiente es de nuestro propio interés mantenernos en buenos términos con ellos.”

He ahí formulado el plan de política externa de los indios de la Patagonia septentrional.

Está ya Musters en los toldos de Shayhueque donde se celebra un parlamento interesantísimo. El Rey de las Manzanas se declara enemigo de Chile y protector de Patagones. Preferimos continuar traduciendo a Musters.

“Shayhueque entonces entonó una atenga, anunciando que había recibido un propio de la Araucania, anunciándole la venida de varios jefes, solicitando su cooperación para hacer la guerra a Chile. Primeramente había pensado no recibirlos; pero al fin había oído lo que tenían que decirle, y era probable que enviara un pequeño cuerpo de ejército en auxilio de sus conciudadanos.

Mensaje de Calfucurá invitándolo al saqueo de los establecimientos de Patagones, dijo, nos ha sido también traído.

Varios discursos fueron pronunciados en seguida, y Linares y Casimiro demostraron que era más conveniente rechazar la invasión, pues de otro modo perderían inevitablemente las provisiones de caballos y de ganado que les daba el Gobierno de Buenos Aires; y que era más provechoso recibir anualmente las raciones que asaltar y destruir los establecimientos del río Negro. Se resolvió unánimemente escribir a Calfucurá intimándole que no pasara de Bahía Blanca en sus hostilidades, y que Shayhueque estaba pronto a marchar en defensa de la costa norte del río Negro y defender a Patagones de ese lado, a la vez que Casimiro defendería el sur, según arreglos aceptados.”

El señor Moreno refiere episodios particularmente análogos a los que hemos traducido de la obra de Musters. Dice nuestro compatriota:

“Shayhueque es un indio de raza pampa y araucana¹⁸⁶, bastante inteligente y digno de mandar en jefe las iridiadas.

Convencido de su elevada posición y poder sobre los demás caciques, se considera superior a todos estos. Me decía un día que él no era gobernador, porque a éste le nombraban los cristianos, ni general porque tal nombramiento emanaba del gobierno.

Su título era gobierno de las manzanas, porque era así como se titulaban sus antepasados, de quienes él había heredado el cacicazgo. Su padre, el cacique Chocorí, le había recomendado al morir que jamás peleara contra los cristianos, porque las ropas en que lo envolvieron cuando nació eran cristianas.

Siguiendo los consejos de su padre, él gasta todas sus prendas de plata y parejeros en hacer regalos a los caciques subalternos para que no roben. Si uno de éstos lo hiciera sin su consentimiento, lo mataría inmediatamente.

Por lo que he visto, la disposición en que se encuentra este jefe indígena respecto de los cristianos, no puede ser mejor. He tenido ocasión de leer cartas de Namuncurá (pie de piedra) en que éste le dice que los caciques ranqueles, aunque tienen tratados con el gobierno, no dejan de mandarle 300 o 400 hombres cada uno, cuando necesita gente

¹⁸⁶ El señor Moreno no ha debido ignorar que la raza pampa y araucana, son la mismísima cosa.

para invadir y se quejaba de que Shayhueque nunca le hubiese enviado ni un solo indio; además le aconsejaba Namuncurá que no se disgustara con Reuque-Curá (el cacique más pícaro de la pampa y que recibe mayores raciones), y que sentía mucho que mantuviera buenas relaciones con los cristianos, cuando éstos lo que deseaban era concluir con los indios.

En una carta fecha 15 de mayo ppdo., leí que su hermano Alverito Reumay iba a entrar de malón, porque el gobierno no había querido aceptar sus tratados; noticia que desgraciadamente se confirmó el día antes de salir yo de los toldos, por un chasque que traía la noticia de la sublevación de Cuneco o Juan José Catriel.

A una de estas cartas, Shayhueque había contestado que si Namuncurá intentaba invadir a Bahía Blanca o a Patagones él iría con toda su gente a pelearlo en Chilué (Salinas Grandes)¹⁸⁷."

Los indios del río Negro son, pues, semicivilizados, aun cuando haya entre ellos capitanejos rebeldes que se lanzan a las aventuras de la pampa.

XI. Habitan en la Patagonia los indios de otra nación más accesible todavía a la civilización por su índole pacífica y sus instintos humanitarios, nación que ya hemos recordado con el nombre de Tehuelches. Musters, que ha vivido con ellos, ha reunido interesantes datos sobre su vida y su conducta respecto a los blancos, observaciones que vamos a seguir fielmente, porque este viajero es el más verídico y prolijo

¹⁸⁷ *Obra y lugar citados.*

e instruido que haya escrito en los últimos años sobre el hombre de la Patagonia.

“Entre el río Negro y el estrecho, dice Musters, hay unos 500 guerreros sobre una población de 3.000 almas más o menos. Los Tehuelches o Patagones propiamente dicho, se dividen en dos grandes tribus: del Norte y del Sur. Los del norte recorren el territorio comprendido entre la Cordillera y el mar y desde el río Negro al norte del Chubut, descendiendo en ocasiones hasta la ribera del río Santa Cruz. Los del sur ocupan el país desde Santa Cruz hasta las inmediaciones de Punta Arenas¹⁸⁸.”

Comparando el grado de civilización de los araucanos o aucas, de las Manzanas y de los tehuelches. Musters acuerda el primer rango a los manzaneros, que cultivan la tierra sembrando cereales y se dedican a la explotación de las manzanas, de que fabrican sus bebidas (pulcú), la misma con que hace dos siglos eran envenenados los misioneros de Nahuel Huapí. Los manzaneros son también más aguerridos que los tehuelches y son llamados hombres de guerra por éstos.

La lengua de los patagones llamada Tsoneka, difiere completamente de la araucana; pero los indios poseen generalmente una y otra. Los tehuelches del sur y los tehuelches del norte hablan la misma lengua, diferenciándose, dice Musters, en el acento, que es más dulce en los del sur.

¹⁸⁸ *Obra citada*. Véase el Cap. *The Río Chico* y las págs. 73, 85, 113, 117, 118, 119, 162, 174, 193, 194, 195, 197 y 210.

Las armas de estos indios consisten en lanzas y revólveres o fusiles viejos. La lanza difiere completamente de la de los araucanos o pampas y solamente la usan para combatir a pie. Consiste en una caña de 10 pies de largo con una punta de 18 pulgadas. Es un arma formidable por la destreza con que los indios la esgrimen. Los tehuelches del norte tienen un arma de fuego por cada cuatro hombres; y han reemplazado con ella la temible bola perdida.

Visitan a Carmen de Patagones una vez por año, generalmente en julio, y permanecen allí el tiempo necesario para hacer sus provisiones y vender las plumas de avestruz. Son comerciantes de buena fe, lo que abona en favor de su índole pacífica y honrada. No solamente comercian con Patagones y con la colonia Chubut yendo ellos a dichos establecimientos, sino que buhoneros de aquellos puntos se internan hasta las tolderías de los indios con toda clase de garantías.

Como el rey de las Manzanas, los tehuelches son elementos aptos para la civilización y para servir de auxiliares a la colonización de aquellos territorios. Ellos derramarían su sangre en defensa de la colonia del Chubut y de Carmen de Patagones con el mismo entusiasmo y convicción con que nosotros defendemos las fronteras. En efecto, léase lo que dice Musters:

“El segundo día celebramos un parlamento o lo que los tehuelches llaman un Aix; y todos se conformaron con ponerse a las órdenes de Casimiro, con el objeto de marchar en defensa de Patagones, en el caso posible de una invasión de Reuque o de Calfucurá al territorio del norte del río Negro.

Todos los potentados presentes declararon que era conveniente proteger a Patagones, porque si esta ciudad era destruida no había mercado para sus frutos, etc.”

Estos indios tienen un instinto natural de indomable independencia y no admiten el yugo del cacicazgo, sino cuando éste se les impone por el derecho de conquista. Uno de los principales tehuelches que acompañaban a Musters fue herido en pelea, y próximo a expirar, llamó a sus amigos para decirles: "¡Muero como he vivido: jamás cacique alguno me ha mandado!"

Su vida es tranquila, enteramente patriarcal, respetan profundamente la familia y su orden social de tribus, en las cuales no hay autoridades; pero cuando marchan a sus correrías o a la guerra, eligen un director cuyas órdenes son acatadas fielmente. Le denominan Yank, que equivale a Padre del pueblo.

Su respeto por el extranjero tiene algo de religioso, como lo prueban las referencias de los numerosos viajeros protegidos por estos indios y la hospitalidad es una de sus más acentuadas virtudes públicas. Musters, que ha gozado de sus beneficios, les tributa el siguiente agradecimiento:

“Es de esperarse que mis narraciones de la vida actual en los toldos permitirán al lector formarse una idea del carácter de los tehuelches más favorable que la que les ha sido atribuida generalmente por los viajeros exceptuando a los misioneros señores Hunziker y Schmid. Seguramente no merecen los epítetos de salvajes feroces, bandidos del desierto, etc.

Son de carácter dulce, bien inclinados, se afectan o alegran con las penas o alegrías ajenas, y llegan a ser tan firmes amigos como decididos enemigos.”

En algunas ocasiones la paz de aquellas regiones suele ser alterada por la guerra. Los tehuelches se baten con los araucanos, resultando siempre la victoria en favor de los últimos, más numerosos y más aguerridos. Cuando Musters visitó al rey de las Manzanas, éste tenía en su poder en calidad de esclavos, a los prisioneros tomados a los tehuelches poco antes.

XII. He aquí bosquejada a grandes rasgos la índole y los elementos de las poblaciones indígenas, sobre las cuales va a operar el ejército de la nación, bosquejo que ha sido necesario para preparar al lector a discurrir sobre la actitud que asumirán los indios en presencia del ejército expedicionario.

Desde luego, el éxito del movimiento militar depende de la batida que se debe dar en la Pampa a fin de expulsar de su seno a los salvajes, obligándolos a huir a los territorios del sur y dejando así despejada y asegurada la retaguardia de la nueva línea de frontera. La batida está dada y solamente reclama el último golpe, es decir, la marcha al río Negro.

Los gestos dispersos de los ranqueles, pampas y manzaneros desprendidos de estas naciones ¿huirán al río Negro? No trepidamos en responder negativamente. Estos indios no son ya lo que eran hace un siglo; sus vicios y necesidades se han duplicado, y como el gaucho, quieren ropa, aguardiente, tabaco, yerba, caballos y vacas. ¿Encontrarían estos recursos

al sur del río Negro, en un país cuya población les es hostil, como se ha demostrado, y donde los grandes señores de la pampa pasarían a ser súbditos dependientes de Shayhueque?

Los indios no tienen un pelo de tontos y en materia de guerra saben muy bien lo que les conviene, porque la naturaleza los ha dotado de singular sagacidad. Ellos no ignoran que al sur del río Negro vivirían en la esclavitud, careciendo de elementos de vida, expuestos a la mayor miseria, a la desnudez y al hambre.

Por otra parte, el poder militar de los bárbaros está totalmente destruido, porque el remington les ha enseñado que un batallón de la república puede pasear la pampa entera, dejando el campo sembrado de cadáveres de los que osaran acometerlo.

¿Qué esperanza alentaría a los indios al persuadirse de que se avanza resueltamente sobre ellos, con todo el poder militar del país, cuando los hemos visto aterrarse y pedir la paz después de dos o tres invasiones que cien o doscientos veteranos les llevaron en 1877 desde Tencúl-lavquen, Guaminí, Puán y Carhué? Nuestra convicción y el conocimiento que tenemos de las cosas de los indios, nos inducen a creer que los diez mil bárbaros que merodean en el fondo de la pampa van a deponer las armas a discreción en presencia del cerco de bayonetas que los oprimirá al este, al oeste y al centro.

Ellos no aventurarán una batalla en que el remington los diezmaría; y por otra parte, ¿qué pueden hacer 1.000 chuzas que les quedan contra 6.000 bocas de fuego, manejadas por

un ejército regular? La sumisión: he ahí la solución del problema respecto a los indios guerreros de la Pampa.

Esta sumisión debe ser provocada, por otra parte, al abrir las operaciones, para evitar sacrificios y ahorrar fatigas al soldado, haciendo saber a los caciques que las armas de la nación van a buscarlos a cualquier retiro que elijan, para exterminarlos; y ellos se rendirán, recordando las severas lecciones que han experimentado en el corto ensayo realizado de la guerra ofensiva.

En cuanto a las indiadas de los valles andinos y del río Negro dependientes de Shayhueque, hay que tratarlos de otro modo. No vamos a juzgarlos militarmente; debemos ir a sacar partido de su índole, para aliarlas a nuestro ejército. "Lo cortés no quita lo valiente", dice el adagio, y ésa es la fórmula que encierra todo el plan de campaña sobre los manzaneros y tehuelches.

En esta ocasión debemos consignar un censo de la población araucana que va a tener a su frente el ejército de ocupación del río Negro.

Mr. Séve¹⁸⁹ ya citado ha formado una estadística prolija de la población y del ejército indígena de las provincias araucanas de Chile, que dan aproximadamente lo siguiente:

Tribus	Lanzas	Población
Arribanos o Moluches	2.498	9.972
Abajinos	3.415	3.660
Costinos o lavquenches	1.000	4.000
Huilliches del sur del Cautín	8.993	35.972
Huilliches del sur del Tolten	<u>1.690</u>	<u>6.760</u>

¹⁸⁹ EDOUARD SÉVE, *ob. cit.*, t. I, págs. 80 a 84.

Totales	17.596	70.364
---------	--------	--------

Agréguese la población y ejército que gobierna:

Shayhueque	5.000	30.000
Los dispersos en la pampa	<u>2.000</u>	<u>8.000</u>
Totales	24.596	108.364

Y se tienen más de ciento treinta mil indios en ambas faldas de los Andes y enfrente de nuestra nueva línea y de la chilena.

Estos datos, que tienen por base los publicados en *El Anuario Estadístico de Chile* de 1868 y 1869¹⁹⁰, enseñan que es necesario buscar el apoyo o por lo menos la inacción de los indios manzaneros, para dar más sólidas garantías a la ocupación del río Negro.

El ministro de la Guerra debe enviar comisionados con abundancia de regalos para Shayhueque y sus principales lugartenientes, anunciándoles, como leal amigo y respetuoso de los tratados, que se lleva la guerra contra los ladrones de la pampa, y que se ocupa el río Negro para bien de los mismos indios de Shayhueque, que recibirán sus raciones en sus propios toldos, y que a ellos irá el comercio a comprarles sus frutos, ahorrándoles las grandes travesías que hoy tienen que hacer hasta la costa del océano Atlántico y en las cuales aniquilan sus caballos.

¹⁹⁰ Págs. 198 y 199

Es necesario darse cuenta de la importancia del cacique Shayhueque y de las consideraciones que le debemos por su nobleza y por la constante protección que ha prestado a la causa de la civilización y de los intereses argentinos. El domina a los tehuelches, y aliado a nosotros en el río Negro, aquellos lo estarían con más razón.

Ha sido también un contrapeso para ciertos trabajos chilenos sobre los indios. Refiérenos Bejarano que estando él con Shayhueque, llegó un emisario del coronel Serrano de Osorno, conduciendo dos banderas chilenas para el cacique, quien las devolvió diciendo que él era argentino.

Las bases principales de que debe partir el Ministerio de la Guerra para tranquilizar a Shayhueque e inducirlo a continuar a nuestro servicio, pueden ser las siguientes: 1° Reconocimiento de la propiedad de las tierras que ocupan sus indios y promesa de apoyarlos en su conservación y defensa. 2° Ofrecimientos de recursos para cultivar en grande escala esas tierras, cultivo que los indios hacen hoy reducidamente. 3° Respeto de los tratados existentes y racionamiento equitativo en el Neuquén, en vez de hacerlo en Carmen de Patagones. 4° Encarecimiento de las ventajas que sus indios reportarán de la influencia del comercio a su propio país. 5° Compromiso del Gobierno de sostener con el ejército a Shayhueque en el mando supremo de todos los indios de los valles andinos, centralizando también así en una sola cabeza toda la responsabilidad para cualquier evento.

Por otra parte es necesario sacar partido del carácter sencillo y de la vanidad, si se quiere infantil, del indio. Las distinciones ruidosas, con las seguridades de que jamás las

hizo el gobierno con otro cacique, el regalo de una espada con el nombre del indio, y de un uniforme bordado y relumbrante, prepararán el ánimo de Shayhueque para recibir cordialmente la embajada y amortiguará en su ánimo toda desconfianza.

Establecida la frontera en el río Negro, estas demostraciones de lealtad al aliado deben llegar hasta construir una casa fortificada para Shayhueque, amueblándosela y regalándole un carruaje, siempre con el propósito de despertar en el bárbaro la ambición de la pompa de los gobiernos regulares; porque una vez conquistada la cabeza, los súbditos se amoldarán de grado o por fuerza a la vida civilizada, constituyendo la base de excelentes colonias en aquellos fecundos valles.

No podemos olvidar que Catriel, lanceado en Olavarría en 1874, era el cacique más civilizado y de mejor índole de la pampa. Tenía una casa en el Azul y su vanidad se halagaba con todo el aparato de la civilización. Gobernaba a los salteadores de sus tribus con mano de acero y se batía como un bravo al lado del ejército de línea contra las hordas de invasores. Este ejemplo induce a creer que en Shayhueque hemos de hallar un aliado poderoso y un auxiliar eficaz para la regeneración de los indios.

Al contrario, los salvajes dominados en la pampa deben ser tratados con implacable rigor, porque esos bandidos incorregibles mueren en su ley y solamente se doblan al hierro. La nación va a encontrarse con diez mil indígenas de esta índole, que no es posible trasladar a otros territorios y que es necesario regenerar en la Pampa misma. No hay más camino que establecerlas en fracciones aisladas, en territorios alejados de

las estancias, cuyos propietarios verían siempre con desagrado esta vecindad.

Con estos elementos hay que formar colonias, prohibiéndoles el uso de armas y del caballo y conservando en cada colonia una policía de tropa de línea, que aplique con la mayor severidad los reglamentos y que haga efectivas las prohibiciones.

Quitar a los pampas el caballo y la lanza y obligarlos a cultivar la tierra, con el rémington al pecho diariamente: he ahí el único medio de resolver con éxito el problema social que entraña la sumisión de estos bandidos.

El servicio policial se puede hacer con el ejército de línea, tanto más fácilmente cuanto es innecesario el servicio de fortines por el nuevo plan. La supresión de este cáncer importa grandes economías y la desaparición de una causa permanente de indisciplina en el ejército. La dispersión de los cuerpos en los fortines, cuya vida es horrible para el hombre en el aislamiento y en medio de la salvaje monotonía del desierto, produce la desorganización de las mejores tropas, la corrupción y la desertión.

La naturaleza de la nueva línea, que tiene pasos únicos, por una parte, y la sumisión o alianza de los indios por otra harán completamente innecesario el servicio perjudicial de los fortines.

La Constitución de la República impone al gobierno el deber de fomentar el trato pacífico con los indios y su conversión al catolicismo; y no habrá ocasión más propicia que ésta para que se organicen cuerpos de misioneros y cooperen

a la regeneración de aquéllos al amparo de las bayonetas de la nación.

No bastó imperar militarmente sobre el salvaje. Es también indispensable redimirlo de las tinieblas del alma, por medio de la religión, de la escuela y del trabajo, tratándolo con energía, pero con amor y justicia.

La lección que dan los Estados Unidos debe sernos útil. En este momento se opera allá una sublevación general de los indios después de muchos años de paz. Este cataclismo es la consecuencia, hace largo tiempo prevista, de la corrupción y avaricia de los blancos, que explotaban y vejaban a los indios. El gobierno argentino debe seguir el camino que la Constitución le traza, protegiendo al indio, para contar con su fidelidad y obtener frutos saludables en la empresa de su conversión a la vida civilizada.

La expedición al río Negro abre a los misioneros un teatro inmenso y reductor en el cual prestarán a la humanidad y a la República grandes servicios, sin correr peligros, realizando verdaderas obras de misericordia en la transformación de la índole del salvaje.

El Congreso argentino tiene también su alta misión en esta empresa colosal y fácil, sin embargo. Se necesitan leyes previsoras y benignas en favor de los indios y la incorporación de sus tratados a los actos solemnes de la nación, como sucede en Estados Unidos, donde las convenciones de paz y reconocimiento de tierras en favor de aquéllos, son sometidos a la sanción del Congreso, creando derechos y obligaciones que pasan a ser regidos por la legislación civil.

Cuando los salvajes son de índole suave y se inclinan al contacto con la civilización, ésta saca todo el partido posible de ellos, realizando generalmente grandes conquistas, sin derramamiento de sangre y sin sacrificios. Por eso hemos insistido e insistimos, en conclusión de este capítulo, sobre la necesidad de contar con Shayhueque para la campaña que se inicia. Ocupado el río Negro, el ministro de la Guerra podría afianzar la conversión de este potentado indígena, invitándolo a visitar a Buenos Aires y poniéndole un vapor para el viaje. Recibido aquí Shayhueque con gran aparato, como lo fue el primer Catriel hace años, volvería a esos territorios con ideas e inclinaciones fecundas para nuestra obra de redención y de conquista.

A estos propósitos obedecen las naciones más adelantadas de Europa al atraer a sus grandes centros de progreso a los bárbaros principillos de África y de Asia, deslumbrándolos con el pomposo espectáculo de la civilización y del poder e infundiéndoles ambiciones ardientes y deseos tentadores que les eran desconocidos.

XIII. Ha llegado el momento de preocuparse de la solución de estos problemas sociales y políticos, porque la guerra con los indios ha concluido. La pampa está ya limpia de bárbaros.

Las tropas salen cien leguas de Carhué y ciento veinte de Villa de Mercedes y no encuentran enemigos, sino las huellas de sus abandonadas tolderías.

Las columnas de San Luis y de Buenos Aires, los coroneles Racedo y Levalle, han dado y dan la última batida con éxito extraordinario.

Para librar del azote de mil indios han bastado columnas de 300 rémingtons, expedicionando alternativamente.

Para redimirnos del oprobioso tributo de sangre, de vidas, de horas y de riquezas que devoraba el salvaje no ha sido necesario más que la perseverancia de los jefes de frontera, el aliento que la infundían el presidente de la República y su ministro de la Guerra y la abnegación y probada disciplina del ejército.

La campaña no gime, no gemirá ya bajo el yugo de los indios, y para llegar a tan grandioso suceso, no se ha derramado una gota de sangre, no hemos perdido veinte hombres, ni hemos inutilizado quinientos caballos.

El ministro de la Guerra general Roca, Levalle, Racedo, Villegas, García, Winter, Freyre, Roca, comandantes de frontera o comandantes de batallón, son acreedores a palabras de sincera felicitación, anticipándonos a las demostraciones con que ha de saludar a ellos y a sus subalternos una nación entera, reconocida a los vencedores del indio, a los conquistadores de quince mil leguas de rico territorio y a los soldados de una cruzada de redención y de progreso¹⁹¹.

¹⁹¹ El Presidente de la República ha dirigido al ejército la siguiente proclama:

Orden del día. - Por orden del Excelentísimo Señor Presidente de la República, se leerán a las fuerzas del ejército expedicionario las siguientes palabras:

Soldados: "Estáis llevando a cabo con vuestros esfuerzos una grande obra de civilización, a la que se asignarán todavía largos plazos. La pericia y la abnegación militar se adelantan al tiempo. Cada una de vuestras jornadas marca una conquista para la humanidad y para las armas argentinas.

CAPÍTULO IX

NAVEGACIÓN DE LOS RÍOS

Navegación de los ríos. - Obstáculos. - Los Estados Unidos. - Influencia de los ríos en su prosperidad. - Lucha entre la naturaleza y el arte de navegar. - Triunfo de éste. - Sistema de vapores para los ríos. - El río San Lorenzo. - Breve descripción. - Los vapores. - Les Batteaux. - Vapores del río Hudson. - Datos generales. - La conquista de la India Inglesa. - Grandes servicios prestados por la navegación. - El Indus. - Descripción de este río. -

"El país agradecido os reconoce esta noble gloria.

"Después de muchos años la guerra contra el indio sale del terreno de las hazañas oscuras, y hay a vuestras espaldas todo un pueblo que vitorea a los vencedores.

"No se perderá la ruta que habéis trazado sobre el desierto desconocido. Por los rastros de las expediciones se encaminará en breve el trabajo a recoger el fruto de vuestras victorias, abriendo nuevas fuentes de riqueza nacional al amparo de vuestras armas. Nunca habrá sido más fecunda la misión del Ejército Argentino.

"Soldados del ejército expedicionario: El Gobierno está satisfecho de vuestra conducta, y pronto quedará asegurado el éxito final.

"Mientras tanto os envío mis felicitaciones y os anuncio que en el próximo período legislativo solicitaré del Honorable Congreso una condecoración conmemorativa de este grande hecho que se llamará en la historia: lo conquista de la pampa hasta los Andes. —

Buenos Aires, enero 11 de 1879. —

NICOLÁS AVELLANEDA.

Comparación con el río Negro. - Los primeros vapores. - Sus detalles. - Nuevos estudios. - Perfeccionamientos. - Remolcadores. - Chatas. - Vapores de carga. - Grandes conquistas. - Debates en la Sociedad de Ingenieros Civiles de Londres. - Conclusiones. - El río Negro. - Comparación con los anteriores. - Su navegación. - Vapores traspones. - Chatas. - Avisos. - Lanchas exploradoras. - Dos líneas de navegación. - Nombramiento de una comisión especial. - Informe de la misma. - Influencia de la navegación del río Negro en la cuestión fronterera. - Grandes economías. - Otros resultados.

LA NAVIGACIÓN de los ríos interiores ha sido y será uno de los grandes recursos a que apelan las naciones dueñas de grandes territorios, para dar vida a sus regiones internas, poniéndolas en contacto con los centros consumidores y productores del litoral y del extranjero.

Las naciones que no han sido favorecidas por la naturaleza con fáciles medios de comunicación fluvial, buscan en la construcción de largos canales el aprovechamiento de las aguas interiores, fomentando la producción y los cambios, con el poderoso incentivo de la economía en los transportes.

Como un ejemplo nacional basta recordar los estudios y esfuerzos hechos para la navegación del Bermejo, y la conferencia que sobre este tópico dio en los salones de la Sociedad Científica Argentina, el ingeniero D. Juan Pelleschi, demostrando que el ferrocarril del norte prolongado hasta Jujuy no podría traer las cargas de Salta, Jujuy y Bolivia, por el bajo flete que basta para costear la navegación de aquel río y cu-

brir los justos provechos que toda empresa se propone obtener.

Cuando los ríos interiores ofrecen obstáculos a la navegación, sea por falta de agua, sea por los rápidos y bancos, la ciencia despliega sus majestuosas fuerzas para vencer aquellos inconvenientes, ora destruyéndolos por medio de construcciones adecuadas, ya burlándolos con buques especiales, ideados después de un prolijo estudio de las condiciones de los cursos de agua que han de recorrer.

El arte de navegar ha adquirido tal vuelo y ha alcanzado a este respecto tales conquistas, que pocos obstáculos pueden hacerlo retroceder; y si recordamos que Villarino subió hasta los Andes ahora un siglo, con cuatro barcos pesados y de vela, podemos deducir, con los estudios del río Negro a la vista, que su navegación será un poderoso auxiliar de la conquista que nos preparamos a emprender.

Los Estados Unidos deben a la navegación de sus ríos interiores los grandes, los prodigiosos progresos de su producción y de su vida económica en general; porque no ha quedado allí lago, ni río cuyas aguas no sean diariamente agitados por las ruedas del vapor, empleado en el transporte de las producciones de inmensos territorios poblados por millones de hombres.

Corrientes violentas, rápidos temibles, angosturas, bancos, todos los impedimentos con que la naturaleza detenía la extraordinaria actividad de aquel país, han sido vencidos por los progresos del arte de navegar desde 1837, en que comienza a adquirir expansión la navegación a vapor interna.

Los Estados Unidos e Inglaterra han sostenido con perseverancia y energía esta lucha entre la ciencia y la naturaleza, hasta llegar al sistema de vapores más económicos para ríos, a veces irregulares o con grandes obstáculos; vapores que hacen innecesarios los difíciles y costosos trabajos hidráulicos de canalización y rectificación de los cursos¹⁹².

Uno de los ríos de los Estados Unidos, cuyos estudios nos ha despertado más la atención, relativamente a los propósitos que nos animan, es el San Lorenzo, o Saint Lawrence, de las cartas. Corre a través de dos mil millas, recibiendo el contingente de aguas de treinta ríos de considerable caudal.

La dilatada cuenca que atraviesa le lleva siempre un inmenso volumen de agua que, como sucede en menor escala en nuestro río Negro, le permite conservar siempre la profundidad indispensable para la navegación, profundidad que en algunas secciones del San Lorenzo admite la circulación de buques de 600 toneladas.

Como el río Negro, el gran San Lorenzo tiene en su parte superior una corriente desigual a consecuencia de las perturbaciones que le causan los grandes alejamientos o aproximaciones de sus barrancas, las irregularidades o saltos de su lecho y los grupos de islas pequeñas, circunstancias que hacían la navegación más peligrosa que en nuestro gran río de la Patagonia. En ciertos parajes, dice el eminente ingeniero Stevenson, el San Lorenzo era completamente impracticable

¹⁹² Hemos seguido en este estudio sobre los ríos y los vapores adaptables a su navegación las siguientes obras: *Sketch of the Civil Engineering of North America*, por DAVID STEVENSON, 2^a ed. (Cap. III y IV). *Transactions for 1863 of the Civil Engineers*. *Steam Navigation of the Indus*, por ALFRED WARREN., Discussion, (pág. 139).

para toda clase de buques, exceptuando *Les Batteaux* del Canadá, especie de grandes lanchas, con fondo plano, construidas con la mayor solidez y a propósito para aquellos malos pasos.

Los vapores construidos para vencer la corriente de este río, de 3 a 4 millas en sus regiones normales, y los demás obstáculos de que nos hemos ocupado con el laconismo que exige el carácter de este estudio, han sido perfeccionados en los Estados Unidos y en Inglaterra con modificaciones fundamentales.

En el primer país la lucha con la naturaleza dio origen a tres sistemas de construcción de buques para la navegación interior, en el orden siguiente: 1º vapores para los ríos del este; 2º vapores para los ríos del oeste; 3º vapores para los lagos.

Uno de los primeros vapores que navegó en el río Hudson fue el Rochester, cuyas dimensiones eran:

Largo	209 pies
Mayor anchura	27 pies
Altura	10 pies, 7 pulgadas
Calado	4 pies, 5 pulgadas
Fuerza de la máquina	778 caballos

El Narragansett fue otro vapor que llamó mucho la atención por sus buenas condiciones y capacidad. Sus dimensiones y poder eran los siguientes:

Largo	210 pies de quilla
-------	--------------------

Ancho	26 pies
Altura	10 pies, 7 pulgadas
Calado	4 pies, 5 pulgadas
Fuerza de la máquina	772 caballos

Transportaba cómodamente 200 personas, es decir, uno de nuestros batallones, sin aumentar su calado, debiendo advertirse que los pasajeros que podía conducir, gozaban de comodidades que son vedadas al soldado, como es natural.

Los vapores destinados a la navegación del oeste construidos para cargar desde 200 a 700 toneladas, eran planos en el fondo, y su calado llegaba hasta 6 y 8 pies, capacidad que nosotros creemos admisible para el río Negro en algunas de sus secciones y especialmente en la época de las crecientes. No obstante, estamos muy lejos de aceptar este sistema para el servicio militar que nos preocupa.

Los norteamericanos han construido estos primeros vapores con el esplendor sin rival que despliegan en sus confortables buques de pasajeros; pero nosotros necesitamos algo más económico y aplicable al servicio del ejército.

Un problema del todo análogo al que se presenta hoy a la República Argentina con motivo de la conquista de la pampa, preocupó a Inglaterra en su conquista de la India: la navegación de un río estratégico. Ella con grandes recursos artificiales venció en la navegación del río Indus mayores dificultades que las que nos presenta el río Negro.

El Indus era en 1863 la única arteria comercial entre el N. O. y la costa oeste de la India, y por consiguiente el pro-

blema de su navegación a vapor asumía una importancia no común.

Este río nace del Tíbet y corre por espacio de 500 millas sin recibir afluentes, como sucede al río Negro. Su corriente media es de 3 a 4 millas por hora, variando en las crecientes hasta 6 millas. Cada año el agua alcanza una altura máxima de 17 a 19 pies; pero en el invierno el río baja tanto, que en algunos puntos no ofrece más que de 1 a 3 pies de profundidad.

Para que la analogía sea mayor con el río Negro, diremos también que en el Indus se forman y desaparecen los bancos de arena, contribuyendo a la primera operación los troncos arrastrados. Por último se ha dicho que las angosturas del río Negro producen una corriente extraordinaria, y en el Indus se observó en la angostura de Sukkur una corriente de 11½ millas por hora, mayor por consiguiente que la más violenta observada en el río patagón.

Resumiendo los datos en una forma comparativa, establezcamos la singular analogía entre los dos ríos en la forma siguiente:

	Río Negro	Río Indus
Extensión de su curso ¹⁹³	380	500
Corrientes normales	3 a 4	3 a 4

¹⁹³ El río Negro tiene 324 millas en línea recta hasta Carmen de Patagones; pero suponemos que no tendrá menos de 380 por sus sinuosidades hasta el mar.

Corrientes de angostura	6 a 7	11 a 12
Profundidad mayor	24 a 30	24 a 19
Profundidad menor	5 a 6	2 a 3

El río Negro presenta, pues, menores obstáculos que su parecido el Indus. Las corrientes extraordinarias que nosotros tenemos que vencer son menores y contamos para ello con mayor profundidad de agua, lo que desde luego nos asegura la navegación con buques de tres y cuatro pies de calado en cualquiera estación del río Negro.

Veamos, entonces, qué han hecho los ingleses para utilizar el Indus y saquemos partido de sus estudios y experiencia.

Los ingleses habían remontado aquel río, hasta Stokk, con lanchas de vapor; pero retrocedieron convencidos de que no podían navegar. El general Napier, sin embargo, empeñado en la conquista de Scinda, necesitaba servirse de la vía fluvial que le brindaba el Indus, e hizo construir vapores adecuados, que le prestaron un auxilio material de importancia, abriendo así el camino a la navegación mercante, que no tardó en desarrollarse una vez consolidada la conquista. Los vapores del gobierno inglés, que fueron empleados principalmente en la conducción de tropas, de materiales y provisiones, salieron de los astilleros de los señores Laird Brothers, de Birkenhead, constructores de las cañoneras argentinas.

Las dimensiones y el poder de los vapores del Indus eran las siguientes:

Largo en la línea	168 pies
Largo en cubierta	175 pies
Ancho	28 pies

Calado vacíos	3 pies
Poder de la máquina	110 caballos

Velocidad ordinaria con una chata al remolque, 12 y 13 millas por hora.

Estos vapores provistos de combustible y de 100 a 120 toneladas de carga, calaban 3 pies y 9 pulgadas; pero generalmente la carga iba en una o dos chatas. Cuando la corriente era extraordinaria, no tenían fuerza para marchar con chatas y se limitaban a conducir de 80 a 100 toneladas de carga. Fueron declarados defectuosos para la navegación del Indus por tres circunstancias capitales, a saber: su gran calado, su falta de fuera para remolcar y su escasa capacidad de carga; pero no se perdió de vista que la marcha era excelente.

Apareció entonces en la escena la Oriental Inland Steam Navigation Company, cuya historia en la navegación del Indus fue trazada por el ingeniero de la misma compañía Mr. Warren, en los siguientes términos, que creemos útil traducir:

“Su plan fue poner en ejecución el sistema patentado de Mr. Browne de trenes de chatas. El vapor tenía 200 pies de largo, 20 de ancho y 5 de hondura. La primera chata tenía 40 pies de largo y 18 de ancho, y había otras cuatro chatas de 100 pies de largo, 18 de ancho y 5 de altura con proas convexas y popas cóncavas, como para que una ajustara en la otra. Se suponía que por este medio sería posible remolcar un número de chatas con la resistencia de un solo vapor. El resultado de un ensayo en el puerto de Kurrachee en 1859 es singular. La velocidad del vapor sólo fue de 9.37 millas ofi-

ciales, con indicación de 237 caballos de fuerza, es decir una velocidad menor que si el vapor se hallara en buenas condiciones de trabajo. Con la chata de 40 pies y una de 100 pies, cargada hasta 2 pies y 10 pulgadas con estopa, la velocidad disminuyó a 7.19 millas con una fuerza indicada de 303 caballos. Con una segunda chata de 100 pies, la velocidad fue reducida a 5.75 millas, con 332 caballos de fuerza, y con una tercera chata a 4.33 millas, denotando una disminución de velocidad, para la primera chacha de 2.18 millas, para la segunda de 1.44 millas y para la tercera de 1,42 millas. Con semejante velocidad había que perder la esperanza de obtener éxito en el Indus; pero se hizo una tentativa para remontar el río con una chata con estopa adherida a la chata anexa al vapor; el resultado, sin embargo, fue un completo fracaso. Resultó que no era posible gobernar el tren en el ancho del río ni en las corrientes, y después de algunos ensayos, el sistema de trenes de chatas fue abandonado¹⁹⁴. El vapor y las chatas fueron modificados hasta funcionar en la forma ordinaria: remolcando dos chatas, una a cada costado del vapor, su velocidad era siempre menor; pero navegaba muy bien, hasta que a principios de este año se varó con la mitad del buque, rompiéndose en el medio.”

La compañía resolvió realizar otro ensayo, comprando vapores del Clyde y enviándolos a la India. El primero de estos vapores, el Indus, medía 218 pies de largo, 19 pies 6 pulgadas de ancho, 7 pies 5 pulgadas de puntal y 4 pies de

¹⁹⁴ Véase la Memoria titulada *Indian River Steamers*, leída por Mr. Leis en la Sociedad Scottish Shipbuilders Association.

calado con provisiones y carbón. Remolcó tres chatas en el río, cargadas con 1.500 barriles de cerveza o sean 430 toneladas. Este resultado no fue tampoco satisfactorio del punto de vista del calado del vapor, que lo reducía a remolcar, pues por falta de agua no podía ser cargado. Los ingenieros quedaron completamente contentos con la gran fuerza remolcadora del Indus, aunque en el interés de conservarla en buques de menor calado arribaron a la siguiente conclusión:

“Que un vapor de menos longitud y más ancho, con menor calado y la misma fuerza que el Indus, desarrollaría un gran poder remolcador y sería mejor dirigido en el río, porque se sabe que cuanto más corto y ancho es un vapor y cuanto menos cala es más adecuado para esta clase de navegación.”

Esta opinión de los ingenieros, de que Warren daba cuenta al Instituto de Londres¹⁹⁵, originó en 1858 la formación de la compañía Indus Steam Flotilla, la cual llamó a los constructores de buques a construirle vapores de las siguientes condiciones:

Largo	200 pies
Ancho	38 pies
Altura hasta la cubierta (con cámara arriba)	6 pies
Fuerza	120 caballos
Calado	2 pies

¹⁹⁵ Society of Engineers Transact, pág. 147.

En el Támesis se hizo un ensayo del Stanley, con el objeto de hallar el resultado que daba como transporte de tropas y remolcador de una chata cargada.

Con arreglo a este ensayo se construyeron nuevos vapores, de fondo completamente plano (flat bottomed), y en febrero de 1859 se ensayaba uno de estos extraordinarios buques, con un calado de dos pies y una fuerza nominal de 663 caballos. El ensayo fue tan satisfactorio, que la compañía construyó seis buques de esta clase. Debemos prevenir, aunque parezca de más, que los vapores marchaban a ruedas.

Uno de los grandes resultados obtenidos fue el de poder conducir carga en ellos hasta la cantidad de 250 toneladas, divididas así: 30 de combustible y 220 de carga, con un calado de 3 pies y 6 pulgadas; pero para que calara menos el vapor todavía, se le agregaba una chata al costado que recibía la mitad de la carga.

Las embarcaciones del tipo del Stanley, tenían cámara sobre cubierta; pero ella fue suprimida por vativos inconvenientes emanados del clima y además por la gran resistencia que oponía al viento.

En 1857 el gobierno inglés nombró una nueva comisión que estudiase la navegación del Indus; de acuerdo con su dictamen se construyó otro gran vapor de 350 pies de largo, 45 de ancho y dos pies de calado con chatas de 220 pies. En el ensayo fracasó por la demasiada longitud del buque.

En presencia de estos datos el ingeniero Warren, director de la navegación del Indus, durante algún tiempo, comunicaba al Instituto de Ingenieros Civiles en 1863 las conclusiones siguientes:

“Los vapores no deben tener más de 200 pies de largo, parecerá innecesaria esta limitación de la longitud desde que el vapor más poderoso del río tiene 210 pies; pero debe recordarse que serviría mucho mejor si fuera más corto. Esta es, por otra parte, la opinión general de los comandantes de vapores en el río.

El calado máximo no debe exceder de 3 pies 6 pulgadas y sería mejor reducirlo a 3 pies.

Teniendo en cuenta los malos pasos, angosturas y corrientes violentas, se ha discutido si convenían más vapores de carga o remolcadores. Se sabe que en un río como el Indus un vapor es más manejable, menos expuesto a accidentes y más regular en sus viajes que cuando tiene chatas o remolque. Por otra parte con chatas puede llevar aguas arriba mucha carga, como lo prueba el ejemplo del Indus que remolcaba con 300 toneladas.

La cuestión no puede ser resuelta sino atendiendo a la experiencia en cada caso; pero opina el autor ardientemente en favor de los vapores puramente de carga, por creerlos más eficientes.”

Así, pues, estudiados los antecedentes de la cuestión se convino en que los vapores debían reunir a una gran fuerza un calado mínimo, y Mr. Warren propuso construirlos de las siguientes condiciones definitivas:

Largo en la línea de agua	190 pies
Largo en cubierta	200 pies
Ancho	38 pies

Altura desde la cubierta al fondo	9 pies, 6pulgadas
Calado	2 pies
Fuerza	110 caballos

Estos vapores llevarían 36 toneladas de combustible para 20 horas, 200 toneladas de carga, calando el máximo de carga de 3 pies 8 pulgadas. Podían remolcar una chata con 150 toneladas de carga con dos pies de calado.

El Presidente del Instituto de Ingenieros felicitó por su exposición a Mr. Warren y declaró intachables sus ideas y proyectos, ya que durante el debate no habían sido fundamentalmente objetados.

Hemos creído conveniente hacer esta reseña sobre la navegación del Indus, río que tiene mucho de semejante al río Negro, y en el cual la navegación comenzó a propósito de una empresa militar, como sucederá también entre nosotros.

Establecido que el río Negro tiene en sus aguas bajas de 5 a 18 pies de profundidad media, con malos pasos aunque no frecuentes de 5 a 6 pies de agua, podemos concluir que es perfectamente utilizable, con los adelantos modernos del arte de navegar. Adoptando el sistema de vapores presentados por Warren al Instituto de Ingenieros de Londres, habremos asegurado la vía de comunicación fluvial al ejército expedicionario del río Negro y podremos abastecerlo por agua con 200 toneladas por viaje de vapor a lo menos, sea que éste vaya cargado hasta un calado máximo de 3 a 4 pies, sea que la carga se divida entre la chata y el vapor.

Aplicando al río Negro los estudios y observaciones de Warren sobre el Indus, podemos establecer ya las condicio-

nes generales a que debe responder la construcción de aquellos vapores:

1° Su largo no será mayor de 150 pies.

2° Su ancho y puntal serán proporcionados, buscando armonizar la mayor capacidad de carga con el menor calado.

3° El calado del vapor con todos sus enseres y combustible a bordo no excederá de dos pies.

4° Su fuerza de máquina será la mayor posible en sus dimensiones, para facilitar los remolques y obtener una marcha de 13 millas por hora como mínimo.

5° El fondo de los vapores será plano y su construcción presentará la mayor solidez¹⁹⁶.

Damos también el dibujo con detalles de vapores de carga proyectados por Warren, porque creemos son el tipo que conviene para el río Negro, con las consiguientes reformas relativas a sus dimensiones. Esta clase de vapores puede ser empleada en la conducción de tropas y de carga. Cada vapor arrastrará una chata con 150 toneladas si se les dota de máquinas potentes.

La construcción de chatas debe ser prolija y sólida, adoptando la forma paraguaya de dos proas agudas, porque nuestras chatas comunes cuadrangulares, ofrecerían una gran superficie a la corriente y hallarían resistencias difíciles de vencer.

Es de todo punto indiscutible que, con vapores de esta clase, el río Negro será fácilmente navegado en toda su extensión.

¹⁹⁶ Últimamente el gobierno inglés mandó a la India un vapor de dos pies de calado y cerca de 400 toneladas de carga.

Hecho el primer viaje redondo y sondado bien el río, se verá todo el partido que es posible sacar de su caudal, sea echando a los vapores el máximo de la carga, sea empleando más chatas.

Cada vapor debiera llevar piezas de repuesto, especialmente para las ruedas, que pudieran sufrir por cualquier accidente, y además poseer mecánicos y buenos carpinteros para efectuar las reparaciones a cualquier altura¹⁹⁷. Las lanchas deberían ser a vela y reato, para servirse de ellas en una navegación larga si fuese por casualidad necesario.

Para la defensa de estos buques basta la tripulación armada a rémington y una ametralladora colocada convenientemente sobre una torre giratoria, a tal altura que con cierta inclinación pueda hacer fuego hasta barrer las barrancas.

Creemos que en el país pueden ser construidos los vapores, pues hace muy poco que se han botado al agua algunos parecidos a los de la navegación del Indus. Los mecánicos señores Fader y Peña han construido en 1877 dos vaporcitos que iban por el Alto Paraná. Sea que se construyan en el país, sea que se pidan al extranjero, es prudente que se oiga, al hacer los planos, a los oficiales de la Armada que han explorado el río Negro; y creemos que sería acertado encargarlos de la vigilancia de las construcciones, para que cooperen a ella con sus y consejos y experiencia.

En su *Diario* citado decía el capitán Ramírez:

¹⁹⁷ En 1869 el vapor en que navegaba el capitán Ramírez sufrió una descompostura en la máquina, frente al fortín "Conesa", y a no haber sido por un hábil estanciero inglés, Mr. Price, allí establecido, el vapor quedaba inútil y clavado en el río. Aquel caballero compuso en su estancia las piezas rotas. (Véase el *Diario de navegación del capitán Ramírez*. Manuscrito en el Ministerio de la Guerra.)

“Es de notar que la exploración ha sido hecha en la época de bajante, y la naturaleza del vapor en que íbamos a hélice, no es la más aparente, conviniendo más a la clase de fondo del río el vapor a ruedas, que no ofrece las dificultades de aquél, expuesto, en el menor descuido, a que uno de los obstáculos que antes he dicho, llegue a introducirse entre las palas y el buque: la máquina pierde entonces su acción y si se violenta es muy fácil torcer el eje y romper la hélice.

Si el vapor de rueda llegase a tocar un raigón u otro obstáculo y por la velocidad de sus rotaciones y la de la corriente no se hubiese podido evitar, todo lo más que puede suceder es la rotura de una o dos palas, lo que además de ser fácil de componer, no impide la marcha del buque, ni expone a descompostura a la máquina.

En cuanto a la fuerza y calado del buque, cree el infrascripto tener muy poco que decir, pues no escapará a la inteligencia de V. E. que en río donde la corriente tiene tres o cuatro millas de velocidad y que ésta crece en proporción que se va saliendo, deben conciliarse las dos necesidades en el buque que se destine a su navegación: el poco calado y su mayor fuerza¹⁹⁸.”

Por lo tanto el gobierno necesita tres vapores y tres chatas para realizar sus miras, porque es necesario dividir el curso del río Negro en dos secciones: la primera entre el río

¹⁹⁸ Parte del capitán Ceferino Ramírez, octubre 22 de 1869. Manuscrito en el Archivo del Ministerio de la Guerra y Marina.

Neuquén y Choele-Choel y la segunda entre este punto y Carmen de Patagones.

Un vapor hará la carrera permanente en cada sección. El tercero será la reserva para un caso de descompostura grave; y por lo general servirá en el desempeño de servicios extraordinarios, independientes de la navegación regular que deben hacer los otros dos, entre las cabeceras y campamentos principales de la nueva frontera.

Como la seguridad de las comunicaciones es una de las garantías del éxito, dejando a la sagacidad y pericia de los jefes asegurar las terrestres, el Ministerio ha de preocuparse con acierto de las fluviales. Así, pues, cada una de las comandancias avanzadas de Choele-Choel, Chichinal y Neuquén, debiera ser dotada de una pequeña lancha a vapor, tripulada por seis hombres, para hacer el servicio de chasques. Estas lanchitas, calando un pie y medio y con gran velocidad, llevarán aviso de cualquier accidente grave desde un punto a otro y prestarán servicios inestimables. Asimismo, servirán para proseguir las exploraciones de los ríos Limay, Neuquén y sus afluentes, a fin de abrirlos a la navegación, si es posible, o de estudiar los medios de vencer sus obstáculos.

En resumen, la flotilla del río Negro debe componerse prudentemente de tres vapores transportes, tres chatas y tres vaporcitos avisos, todos con su dotación bien armada.

Por otra parte el país debe preocuparse de la navegación del río Neuquén, línea que se va a defender de cualquier agresión de los indios chilenos. Para hacer el primer ensayo de la navegación del Neuquén podrían enviarse botes a remo y vela a la columna expedicionaria del sur de Mendoza, que al

tomar posesión de las nacientes de dicho ríos, empezaría su navegación¹⁹⁹.

En 1878 el Ministerio de la Guerra nombró una comisión compuesta por el autor, los ingenieros D. Luis A. Huergo y D. Guillermo White, director del Departamento de Ingenieros de la Nación el último y del teniente coronel de la Armada don Ceferino Ramírez, comandante del monitor Los Andes para que informara sobre las propuestas presentadas al Ministerio para proveerlo de vapores adecuados a la navegación del río Negro.

La Comisión conferenció con el general Roca, le exhibió modelos de vaporcitos que calaban seis pulgadas, construidos en Inglaterra, y después de recibir las instrucciones verbales del señor ministro, creyó de su deber escribir el informe del cual extractamos lo siguiente:

Señor ministro:

.....
.....

Estas circunstancias nos impulsaron a pedir a V. E. una conferencia, que tuvo lugar en el día de la fecha de este informe, y en la cual expusimos a V. E. aquellas observaciones.

La Comisión se habría visto obligada a aconsejar a V. E. el rechazo de estas propuestas y el llamamiento general a una licitación con planos, especificaciones y detalles completos.

V. E. nos significó en la conferencia celebrada que la demora en la construcción de buques contrariaría con planos

¹⁹⁹ Están ya en construcción en el Parque de la Nación.

y en vista de esta urgencia la Comisión pasa a dar su opinión definitiva.

Piensa que la construcción de estos buques en el país está subordinada al pedido de materiales que nuestros talleres tienen que hacer a Europa, lo cual no asegura la mayor rapidez en la construcción, ni la perfección de la obra, que se obtendría acudiendo directamente a las grandes fábricas.

Media la circunstancia de que V. E. envía a Europa una comisión de oficiales de la Armada, con el objeto de presidir algunas construcciones navales contratadas por la República y juzgamos conveniente que a esa misma comisión se le encargue contratar y vigilar la construcción de los buques para la flotilla del río Negro.

Esta comisión debería ser asesorada en Inglaterra por un ingeniero naval, que intervenga en la aprobación de los planos de los buques, en su construcción y recepción.

En cuanto al tiempo, recordaremos a V. E. que las mayores facilidades y recursos de los talleres europeos los colocan en condiciones de hacerlos con rapidez, dependiendo ésta de la actividad de la Comisión.

Con estas ideas y después de oír a V. E. sobre las necesidades a que van a responder los buques de la navegación del río Negro y sus afluentes, aconsejamos que se pida a Inglaterra los siguientes vapores:

Primer vapor. Un vapor transporte de ruedas, cuya eslora no sea mayor de 120 pies y cuyo calado no exceda de 3 pies con provisiones, carga y dos botes, con marcha de 12 millas por hora.

Las provisiones y carga corresponden a combustibles, provisiones de la tripulación, 50 toneladas de mercaderías y 100 hombres de tropa.

Las calderas para quemar carbón o leña, y máquina del sistema más económico, de construcción sólida y de la mayor sencillez, teniendo en vista la dificultad de las reparaciones en el río Negro, las ruedas serán independientes para facilitar el gobierno del buque.

Segundo vapor: Un vapor aviso de ruedas, de construcción sólida, con capacidad para quince hombres de tropa liviana, fuera de la tripulación, con la mayor velocidad que sea posible darle con dos pies y medio de calado.

Máquina en las condiciones generales de la anterior.

Tercer vapor. Un vapor explorador de ruedas, casco de acero, con capacidad para diez personas, con un calado máximo de diez pulgadas y velocidad de ocho a diez millas por hora.

Todos los vapores deben estar provistos de los útiles y repuestos para la navegación de ríos poco o nada explorados. Estos vapores deberán ser enviados en secciones del mayor tamaño posible para facilitar su armado en el río Negro.

Creemos que V. E. no puede prescindir de obtener estos tres tipos de buques en las primeras épocas de la campaña, a fin de asegurar el servicio diario de transporte de tropa, municiones, provisiones, cambio de guardias y exploraciones.

Los conocimientos adquiridos por medio de la navegación con estos buques, indicarán las modificaciones que convenga introducir en los demás vapores, que V. E. tenga necesidad de mandar construir para el mismo servicio.

Dios guarde a V. E. muchos años.

*Luis A. Huergo, Estanislao S. Zeballos,
Guillermo White, Ceferino Ramírez.*

No avanzaremos a hacer fundadas conjeturas sobre el inmenso porvenir del sur de la República, el día que consolidada la línea del río Negro, tengamos en él algunas dragas en acción.

Nos limitaremos a encarecer la eficacia de esa vía de comunicación para las fuerzas expedicionarias. Recuérdese por otra parte la baratura del transporte fluvial para proveer al ejército. Costará menos la conducción de objetos por agua a los campamentos del río Negro que a las posiciones avanzadas de la actual línea de frontera; y por otra parte el tiempo empleado será menor en el primer caso que en el segundo.

Así, pues, colocando al frente de la escuadrilla del río Negro oficiales instruidos e intrépidos, ella prestará una cooperación extraordinaria en los primeros momentos y altamente benéfica en lo sucesivo.

CAPÍTULO X CONSIDERACIONES GENERALES

Una digresión. - Consejo del tiempo de las velas de baño. - Una palabra sobre finanzas. - El presupuesto del ministro de la Guerra. - Su pasado, su presente, su porvenir. - Las rentas nacionales y los gastos de la Guerra y Hacienda. - Los fortines. - Los elementos de movilidad. - Sistema europeo. - El general Roca en el Ministerio. - Elementos de que se recibe. - Situación del ejército fronterizo en 1877. - A pie - Disciplina. - Deserción. - Sueldos militares. - Anarquía. - Los caballos. - Su papel en la guerra de fronteras. - La carreta sin ruedas. - Extractos estadísticos de la Memoria de Guerra de 1876. - A caballo y medio por hombre. - Conservación y cuidado de las caballadas. - Faz económica y política de la cuestión frontera. - Breves consideraciones. - Industria extractiva. - Colonización. - Influencia de la ocupación del río Negro sobre nuestro porvenir.

DESTINAMOS ESTE CAPÍTULO a conversar con el ministro de la Guerra con franqueza y verdad, en nombre del

patriotismo, de los intereses del país y del éxito mismo de la brillante empresa que lo preocupa. Hijo de convicciones sinceras, nuestro juicio pudiera adolecer de errores; pero en todo caso debemos exponer nuestro pensamiento, complementando así este estudio con observaciones relacionadas al nuevo plan de frontera.

Queremos tomarnos la libertad de hacer una digresión oportuna, apelando a nuestros recuerdos de la infancia.

¿Quién no ha oído hablar del pozo ciego, que existe generalmente en los viejos huecos, en los sitios baldíos y en los campos donde la hierba crece exuberante sobre las ruinas de derruidas poblaciones? El pozo ciego lo devora todo. Transeúntes, animales, objetos arrastrados por el viento, suelen hallarse hacinados en el fondo de estos antros ignorados.

En la ciudad como en la campaña y sobre todo en las orillas de los centros de población, el pozo ciego tiene su historia iluminada por la fantasía popular, ataviada con su lujo de candor supersticioso. Recordamos haber oído a más de una vieja de las que creían en las ánimas del otro mundo, la conseja de un famoso pozo ciego del Bajo de los Hornos.

Allí, perdido entre el misterioso cicutal, caían caminantes a caballo y según eran buenos cristianos o no, salían vivos o se los tragaba la tierra para siempre. El espíritu mágico que producía estos milagros, era el alma de un santiagueño enterrado en aquel pozo.

Dicho espíritu ejercía el poder sobrenatural de asumir formas materiales variadas hasta el infinito. Unas veces salía de su antro pavoroso, a la hora de la siesta, asumiendo la forma del duende enano, armado de una mano de plomo y

de otra de algodón: la primera, para derramar el terror entre los niños callejeros a esa hora, la segunda para tirar bolitas de oro a los niños obedientes. En ocasiones era el tigre rabón, que se escondía de noche debajo de las camas, para asustar a los chiquillos que no se querían dormir.

Estos cuentos contemporáneos de la siesta y de la vela de baño han hecho su época; pero nos queda siempre en realidad el peligro que ofrece al caminante el pozo ciego, insaciable hasta que la previsión de algún vecino logra hacerlo inofensivo cerrándolo o levantándole un brocal como indicio y límite del peligro.

Nos sugiere estos recuerdos lo que pasa con los gastos del Ministerio de la Guerra. Así como en la niñez teníamos terror por los pozos ciegos y nos conmovíamos cada vez que una de aquellas viejas agoreras hacía su historia a la hora pavorosa de los aparecidos, también hoy, que hemos alejado de nuestra alma las preocupaciones, nos estremecemos cada vez que abrimos el libro de las finanzas de la Nación en el capítulo de los gastos de guerra.

He ahí el pozo ciego de nuestro sistema financiero. El temor que nos imprime se justifica bien, porque es el del sobresalto patriótico. No se trata de acusar de este hecho al ministro de la Guerra, como la pasión intransigente del partidista pudiera hacerlo, porque aquello no es la obra de un hombre público, sino de todos los hombres públicos desde 1862, época de la organización nacional, hasta 1877.

La tabla siguiente lo corrobora y revela la relación de los gastos del Ministerio de la Guerra y las rentas:

AÑOS	Gastos del Ministerio de Guerra	Rentas generales
1863	\$f 3.342.347.28	\$f 6.478.682.34
1864	2.983.227.68	7.005.828.15
1865	7.099.276.43	8.295.071.28
1866	8.308.221.16	9.568.554.57
1867	9.292.769.53	12.040.287.12
1868	10.444.732.42	12.496.126.26
1869	8.056.665.70	12.676.680.06
1870	9.259.602.08	14.833.940.90
1871	8.033.617.20	12.682.155.32
1872	6.770.397.93	18,172.379.67
1873	11.004.050.73	20.217.231.87
1874	9.416.837.45	16.526.887.29
1875	10.181.116.46	17.206.746.84
1876	8.089.780.97	13.583.633.44
1877	7.500.000.00	15.000.000.00
Totales:	119.782.644.02	196.784.205.11
	Total de gastos:	119.782.644.02
	Sobrante:	77.001.561.09

No somos nosotros tampoco quienes levantamos en alto la verdad, sustrayéndola a las manifestaciones a que pudieran someterla la pasión y las injusticias. Es la estadística, son los números incommovibles y elocuentes los que hablan en el precedente cuadro, que nos alarmaría por el porvenir de la República, si nuevos planes de frontera no vinieran a derra-

mar la plácida luz de la esperanza, en medio de las sombras que él condensa²⁰⁰.

Desde 1863, pues, comenzamos por gastar en el ramo de Guerra la mitad de la renta, más de su totalidad durante la guerra del Paraguay y la tercera parte en años de menores egresos. Entre tanto, el sobrante de 77.001.561 \$fts. y 9 centavos, que nos dejó desde 1863 a 1877 el presupuesto de Guerra tenía que cubrir las siguientes exigencias ordinarias:

Ministerio de Hacienda (servicio de la deuda)	\$f. 95.379.058.25
Interior	32.651.853.46
Relaciones Exteriores	1.209.063.72
Justicia, Culto e Instrucción Pública	10.078.876.97
Total	<u>\$f. 139.318.852.40</u>
Para atenderlas con el sobrante de	<u>77.001.561.09</u>
Déficit	\$f. 62.317.291.31

¿A dónde iríamos a parar por este rumbo? Qué escaparía a la voracidad del pozo ciego? Las cifras del presupuesto de la Guerra, comienzan a aparecer más abultadas a medida que se radican las instituciones y se consolida la nacionalidad argentina. ¿No es esto un contrasentido desconsolador con la política de nuestro país, que no se deja arrastrar por planes de engrandecimiento territorial al precio de la paz y de la sangre del pueblo? Esta es, sin embargo, la herencia de que acaba de hacerse cargo el ministro de la Guerra.

El único medio de reducir el presupuesto de su ramo existe en dos grandes reformas, cuya realización, cuya sola

²⁰⁰ Puede consultarse la Memoria de Hacienda de la Nación de 1876. Las rentas de 1877 son aproximadas, pues no tenemos el guarismo exacto y lo mismo sucede

iniciativa acometida con vigor y con fe, sería un alto título de honor para el ministro de la Guerra y un motivo poderoso para hacerlo acreedor al reconocimiento de sus conciudadanos. La sustancia de dichas reformas es ésta: 1º reorganización de la administración militar; 2º cambio radical en el sistema de defensa de las fronteras.

El segundo paso está ya dado, porque el general Rueca recibió la cartera de Guerra y Marina, prometiendo llevar la línea de la frontera sur a sus últimos límites: al río Negro.

Hemos demostrado en otro capítulo fundados en los datos del mensaje del general Roca y en la naturaleza de la nueva frontera, que ocupada la línea de los ríos Neuquén y Negro, será posible licenciar 4.000 hombres y 1.500 mujeres, es decir, 5.500 bocas que pesaban sobre el Ministerio de la Guerra y que importan un ahorro de más de millón y medio de duros.

La línea de fortines del sur de la República mide 480 leguas, y como los fortines están situados de dos en dos leguas, representan 240 poblaciones, que a 1.000 patacones cada una, término medio, suman 240.000 \$fts., invertidos en ellas por el Tesoro Público. En la nueva línea no habrá que hacer gastos de esta clase, porque el servicio de fortines quedará suprimido.

¿Nos detendremos a demostrar lo que se va a economizar en caballada? Veámoslo. La frontera sur de la República está guarnecida por 6.000 soldados en cifras redundas, que a 3 caballos por hombre al año, término medio, es decir, una época con otra, hacen 18.000 caballos.

con el gasto. La Memoria de Hacienda de 1877 no ha sido publicada aún.

El gobierno los compra anualmente casi en su totalidad, por la falta de sistema para cuidarlos, al precio medio de 20 \$fts. de curso legal, lo que da un valor total de 360.000 patacones. Ahora bien, en el río Negro necesitarían sus 2.500 defensores 7.500 caballos, que importarían 150.000 patacones; y estas mismas cantidades han de ir disminuyendo a medida que el ejército se radique en sus nuevas posiciones.

Consolidada la línea del río Negro, las tropas deben hacer grandes plantíos de maíz y conservar los caballos a grano. Entonces un caballo por hombre bastaría al año, porque todos sabemos que cada soldado de caballería europea no recibe más que un caballo, no para un año, sino para varios.

Así conservados los caballos del soldado fronterizo, como un progreso importantísimo sobre el destrozo reinante ahora en la materia, tendríamos reducido el gasto anual en medios de movilidad de 360.000 \$fts. a 50.000 patacones.

Para acercarse a la realización de estos resultados, es necesario antes acometer la tarea de preparar los elementos con anticipación. El general Roca ha recibido el ejército fronterizo de Buenos Aires en un momento de crisis, que felizmente pasa ya, borrando los rastros de viejos estragos. Démonos cuenta de esta situación con el mismo espíritu de verdad y de patriotismo que nos inspira.

¿Cuál era en 1877 la fisonomía del ejército fronterizo de Buenos Aires, que será el principal actor en el nuevo drama militar? En nuestras continuas meditaciones sobre los acontecimientos de esta frontera, que hemos seguido en todas sus faces y con severa escrupulosidad, nos hemos persuadido de que la disciplina se halla hondamente resentida y de que han

contribuido a este resultado las siguientes causas: la inacción del sistema de acantonamiento en la pampa, la falta de elementos de movilidad para defenderse del invasor, la irregularidad del pago de los sueldos militares, la falta de puntualidad en la provisión de equipos y el mal servicio de proveedurías.

No es para nadie un misterio que las fuerzas estaban constantemente a pie, es decir, mal de caballos a pesar de los grandes gastos hechos en adquirirlos, de suerte que el indio venía a ser superior a nuestro veterano, porque poseía la mejor arma de que nosotros carecíamos siempre, que es el caballo.

El vestuario era recibido fuera de tiempo, bajo aquellos climas extremos como climas mediterráneos, en que los fríos llegan hasta la nieve y los calores hasta la insolación.

En cuanto a los pagos de sueldos militares, ¿qué diremos? En 1876 su cuenta era ésta, hallándose entre los acreedores los cuerpos de Buenos Aires:

Sueldos y pensiones, según ajustes	\$f. 3.273.807.85
Pagado	” <u>2.276.001.23</u>
Saldo	\$f. 997.806.62
Suma que en julio de 1878 subía a	\$f. 2.500.000.00

Las precedentes circunstancias, agregadas a las consiguientes penalidades de la vida de la pampa, produjeron la crisis que ha soportado el ejército fronterizo de Buenos Aires en los últimos años, cuyas principales palpitaciones fueron la desertión.

La crisis fue agravada por la anarquía entre los jefes superiores. El ejército carecía de cabeza, de unidad, de disciplina y de verdadero espíritu militar. Saber marchar y descansar

las armas a un solo ruido no es lo suficiente para que un cuerpo se diga disciplinado.

Nos sugiere estas observaciones el estudio de la Memoria del Ministerio de la Guerra, publicada, la de 1876. Ella enseña que el ejército de la frontera de Buenos Aires estaba minado por fuerzas disolventes. ¿Se quiere la prueba? Abramos la Memoria citada, estudiémosla pacientemente y del laberinto de cuadros que trae, entresaquemos los datos referentes a la deserción en un solo año, en el año transcurrido desde marzo de 1876 a marzo de 1877; y solamente en una línea de frontera, la línea interior, pues de la primera o exterior, donde la deserción fue mayor, no se creyó prudente publicar las noticias. El cuadro es el siguiente:

Secciones	Fuerza efectiva	
	Deserción	
Bahía Blanca	245	55
Del Sur	315	22
Costa Sur	287	71
Batallón 1° de línea	252	61
Frontera Norte	291	160
Totales	<u>1.390</u>	<u>369</u>

La deserción en esta escala, de casi 35 %, es un hecho muy grave en la guerra de las fronteras. Cada desertor se lleva el rémington, las municiones y algunos caballos; y en 1876, por ejemplo, los desertores se llevaron más de mil caballos y no menos de 200 rémingtons. Todo esto importa, la debilitación del ejército y el aumento relativo del poder del enemigo,

porque los desertores ganan el toldo del indio, fomentan su organización militar, lo arman, lo conducen personalmente al combate y le enseñan nuevos medios de hacernos la guerra. Recuérdese, efectivamente, que desde 1876 los indios invaden desplegando tiradores en guerrilla.

Este estado de cosas no ha continuado felizmente, y es posible que el espíritu militar y la severidad de la disciplina renazcan en los lejanos campamentos, por el esfuerzo patriótico de los jefes superiores y del Ministerio de la Guerra.

El general Roca llenará una gran misión, prestará al país un doble servicio retemplando el nervio de la disciplina, regularizando la administración militar y resolviendo de la única manera posible este problema fundamental: la reducción de los gastos de guerra.

Hemos visto que en 1864 se invertía la mitad de la renta, y no teníamos escuadra, ni parque, ni arsenales, ni colegios de mar y tierra, ni fortalezas en Martín García, ni seiscientos mil duros en pensiones cada año más numerosas, ni un ejército de oficiales, que las últimas guerras han duplicado, ni el armamento moderno cuyo servicio es más costoso.

El mal era, pues, crónico, con su causa principal en la guerra de frontera; y el plan que el general Roca trata de llevar al Congreso, sobre todo del punto de vista del camino que le abre para hacer economías por valor de sumas crecidas, economías cuya realidad se palpará quizá antes de dos años de realizado aquél. El plazo no es largo: las grandes evoluciones financieras no se improvisan.

Antes de cerrar este capítulo nos detendremos sobre otras consideraciones, que se refieren al mecanismo del servi-

cio de frontera y que dedicamos a los jefes y oficiales que tomarán parte en la expedición, aprovechando también esta ocasión para decir que uno de los propósitos principales que hemos tenido al redactar estos estudios, se reduce a facilitar a la oficialidad del ejército expedicionario los medios de estudiar la cuestión en que va a tomar parte. La oficialidad así preparada, prestará una cooperación mejor encaminada y más eficaz.

El caballo, como hemos dicho, es la mejor arma en la guerra con los bárbaros. La línea de frontera puede ser comparada a una carreta: las ruedas en ésta equivalen a los caballos en aquélla.

Desgraciadamente, nuestra historia fronteriza acusa que los más grandes desastres se deben a la falta de caballos. Recorriendo la citada Memoria de la Guerra, a fin de traer datos nuevos, hemos hallarlo para la segunda línea de frontera de esta provincia el siguiente cuadro:

Sección	Tropa	Caballos
Bahía Blanca	216	210
Del Sur	305	522
Costa Sur	334	53
1° de línea	220	450
Del Oeste	42	442
Del Norte	<u>118</u>	<u>247</u>
Total	1.235	2.405

De la primera línea no se han publicado datos porque allí las cosas iban peor. Las precedentes cifras demuestran el total

de las fuerzas que existían en aquella línea de frontera en marzo de 1877 y de la caballada que les correspondía; y como se acaba de ver la proporción no alcanzaba a dos caballos por hombre. En algunos puntos, como en Bahía Blanca, puerta principal y predilecta de los indios por las facilidades naturales y menores distancias, había menos caballos que soldados.

Faltaban doscientos ochenta y tres caballos por todo, para que la guarnición de la segunda línea tuviese dos cabalgaduras por hombre, y eso que en aquellas sumas van incluidas las mulas y los animales de desecho.

Hemos querido establecer con datos oficiales estos hechos, para justificar las consideraciones en que vamos a entrar, permitiéndonos dedicarlas patrióticamente a los jefes y oficiales, con el debido respeto a su mayor competencia, y con el deseo de exhortarles a no incurrir en los errores del pasado, que tanto nos cuestan.

Es un hecho, en efecto, que en las fronteras de Buenos Aires no se cuida debidamente los caballos, aunque esta regla admite excepciones, y no se sigue por lo general un sistema uniforme, que los jefes deben preocuparse de adoptar.

El servicio militar contra los indios es pesado y difícil, y en consecuencia el soldado debe encontrarse perfectamente montado, para que nunca su acción sea anulada por emergencias imprevistas. De ahí la necesidad de dotar a las fuerzas por lo menos a razón de tres caballos por hombre y aun si posible fuera de cinco por soldado, mientras no sigamos el ejemplo europeo en la manera de cuidar las cabalgaduras; necesidad que, por otra parte, no es una novedad, pues la recomiendan todos los prácticos.

No hay sacrificio menos estéril que el destinado a asegurar la frontera. Entregando el gobierno abundancia de elementos a los jefes de ella, entran éstos a desempeñar sus deberes, y de la manera como lo cumplen, depende principalmente el éxito de la seguridad que se busca. Pero el gobierno ha sido siempre pródigo en la provisión de caballos, que no se ha sabido conservar, dejando subsistente este problema militar y administrativo.

La caballada de cada una de las divisiones, debe ser dividida, con arreglo a la buena experiencia militar, en esta forma: 1º caballos de marcha y de servicio ordinario; 2º reserva para las marchas y para el mismo servicio; 3º caballos de pelea.

Los primeros serán los animales inferiores en general y aun los flacos que no se hallan inservibles, los cuales deben ser separados y cuidados en un plantel exento de todo servicio para que se repongan y sean utilizados a su tiempo.

La reserva comprende generalmente los caballos de buenas carnes, para aliviar al caballo de servicio ordinario en las marchas pesadas y en los movimientos rápidos y extraordinarios.

En fin, el caballo de pelea, que solamente es ensillado en ese caso extremo, suele ser elegido, perfectamente cuidado y bien enseñado por el soldado, de manera que éste siempre pueda cargar al indio con un caballo fresco, obediente y vigoroso; mientras que el salvaje lleva el suyo fatigado por largas marchas o por la huida.

Organizados en esta forma los elementos de movilidad es muy difícil que se burlen los indios del ejército, por culpa

de nuestros caballos, que son enteramente iguales y de la misma raza que los del salvaje.

Enseñar al caballo, educarlo para la guerra, es punto muy importante. Nuestros carabineros se ven obligados siempre a echar pie a tierra ante el indio, por la falta de educación del caballo. Este se asusta al primer tiro, rompe la línea y el soldado por atender a rehacerla y a sujetar su cabalgadura, no puede volver a cargar el rémington, mientras que el indio se viene sobre el humo, y es menester echar pie a tierra para contener esas cargas, que a veces no tienen rivales como cargas de caballería.

Si, pues, el caballo de pelea del veterano fuese manso y habituado al combate, no produciría ese desorden y permitiría al carabiniere sacar mejor partido del arma que maneja. Así, el soldado valdría dos veces más que hoy, porque a su disciplina se agregaría el provecho del uso de las armas de precisión.

Sin embargo, lo expuesto no basta para que un jefe considere bien montadas las fuerzas a sus órdenes. Cada uno de ellos necesita las reservas generales, formándolas con los mismos elementos que el país les confía. Las reservas generales son caballadas iguales en número a las del servicio activo, divididas como aquéllas y establecidas en internadas convenientemente situadas en las respectivas fronteras²⁰¹.

El objeto de estos depósitos permanentes sería obtener una economía sobre los gastos actuales en elementos de movilidad. Efectivamente, a todo caballo que entra hoy en servi-

cio se le hace trabajar hasta que se muere, o lo dejan por ahí enteramente inservible; mientras que ese mismo caballo debe ser conservado durante algunos años.

Las grandes reservas permiten lograr este resultado, por medio de una permuta periódica, de modo que las fuerzas tengan siempre caballos frescos, gordos y fuertes, a la vez que van al depósito a descansar y reponerse los debilitados y maltratados por el servicio.

Por lo demás, el caballo es el elemento capital de la guerra ofensiva, y la guerra ofensiva es el único medio de domar a los indios, que oponen sus chuzas a todo el ejército de la nación.

La faz económica de la cuestión frontera reviste una importancia de por sí evidente, y nos bastarán breves consideraciones para llenar esta parte de nuestro programa.

Desde luego, el territorio que se va a conquistar ofrece grandes zonas adecuadas para la siembra y para la cría de ganados, alternando con bosques inmensos que suministrarán maderas de construcción a bajo precio a los pobladores.

Las aguas, despeñándose de los Andes y corriendo en numerosos cauces, muchos de ellos navegables, serán en el porvenir el agente barato de los transportes de la producción, del vasto territorio que cruzan esos ríos fecundizándolo con prodigalidad.

La inmensa producción de minerales, de cuyas variadas especies se ha ocupado en su mensaje el ministro de la Guerra, responderá a los valientes mineros que, a favor de la se-

²⁰¹ Este es uno de los consejos que sin cesar dimos al Dr. Alsina durante un año y lo aceptó mandando preparar el campo de Nieves para depósito de caballos de

guridad y de la facilidad de los transportes por el río Negro y otras arterias que en el futuro utilizemos, acudan a arrancar al seno virgen de la montaña su inagotable tesoro.

El Pallén, aquel coloso de cobre, donde según la tradición la riqueza podía ser recogida en carros, queda en el seno de nuestra inmensa conquista, limitando las pampas al oeste, como centinela destacado a la vanguardia de los gigantes conos de los Andes.

El río Negro dará salida a los productos del trabajo humano sobre sus márgenes y en la cordillera; y no creemos aventurarnos demasiado al afirmar que en pos de la flotilla de guerra lo invadirá una flota de embarcaciones de cabotaje. Aquellas magníficas maderas de construcción, de que nos hablan los viajeros desde los tiempos de Falkner, darán nacimiento a activos astilleros en Carmen de Patagones y en el interior del mismo río Negro.

En 1878 dimos una conferencia en la Sociedad Científica Argentina, demostrando la conveniencia de estudiar la posibilidad de abrir una arteria de circulación a la pampa central, reuniendo en el río Chadi-leuvú las aguas del Atuel y echando éstas al Colorado por medio de un canal.

La idea fue lanzada en 1833 por el coronel Velazco, quien sospecha que esa unión podría hacerse con 4.000 pesos fuertes, por la proximidad del Colorado a Chadi-leuvú, y la patrocinó el general Roca en la carta que nos dirige en la Introducción de este libro.

La iniciativa está dada, pues, y los estudios necesarios serán realizados a su tiempo, en la esperanza de obtener un resultado que daría incalculables beneficios económicos.

La colonización de las lejanas tierras tendrá su base en el ejército licenciado, al cual el Congreso debiera hacer donación de lotes fértiles sobre el río Negro, para la fundación de colonias militares, por la educación de sus pobladores, y en las cuales el viejo veterano levantaría ufano su hogar, sobre la tierra conquistada al duro precio de sus sacrificios, cooperando así a la consolidación de la frontera y a la población y seguridad del territorio.

Atribuimos a estas ideas la mayor importancia para el progreso general de la República, considerándolas como medio de dar fundamentos sólidos al desenvolvimiento gradual de la población sobre las fronteras, cuya seguridad será mayor a medida que sea más copiosa la existencia de pobladores.

La corriente de nuestra colonización se dirige con más vigor al norte, favorecida por las grandes ventajas de la comunicación fluvial; pero una alta previsión estratégica y política debe hacernos volver los ojos hacia los vastos territorios del sur de la República Argentina. Es necesario poblarlos para hacer cada vez más fecunda nuestra dominación sobre ellos.

Hay dos sistemas para realizar estos propósitos: el de la colonización aislada y el de la colonización gradual, sobre la base de centros seguros de población.

El primero se efectúa cuando se fundan las colonias en el aislamiento del desierto, entregándolas a la inculta naturaleza, lejos del contacto de todo centro civilizado y de comer-

cio y sin comunicaciones fáciles y regulares, como sucede con la colonia del Chubut.

Ella, como todas las que reposan sobre bases análogas a la suya, arrastrará una vida lánguida, desconocida y estacionaria. Luchará a veces con la miseria y el hambre, y si no desaparece, subsistirá enervada y apenas fecunda, a la manera de los organismos humanos devorados por la tisis.

Este sistema artificial de impulsar el desarrollo de la colonización tiene forzosamente que dar malos resultados, porque es contrario al principio económico que recomienda la facilidad de los cambios. Pensamos, pues, que la colonización del desierto debe apoyarse en las líneas de poblaciones existentes y en vías de comunicación fáciles y baratas como la del río Negro, cuya población irradiará doblemente sus elementos sobre la Pampa y sobre la Patagonia, objetivo principal de la marcha de la colonización al sur.

La población del territorio cuya conquista se proyecta, es la aplicación de la potencia fecundante y transformadora del hombre a la naturaleza bruta, cuyo seno preñado de riquezas espera el momento en que la inteligencia y el trabajo se las arranquen. Nuestra incalculable riqueza futura está allí escondida de una manera latente, sobre la inmensa llanura, y en las montañas de la dura cordillera. ¿Qué esperan ellas para transformarse cooperando a la curación del enfermizo organismo económico de la República, sino población, brazos, laboriosidad y la baratura en los sistemas de transporte?

Marchando al río Negro se sigue el camino que conduce al ensanche de las fuentes de producción nacional; y este desenvolvimiento exuberante de nuestra vitalidad, alejará del

horizonte económico las crisis que traen las furiosas tempestades del curso forzoso, es decir, la bancarrota oficial.

El metal escondido en nuestra propia tierra, metal que al fin y al cabo vamos a amonedar, no saldrá de las plazas argentinas, atraído por sus deudas a los mercados extranjeros, pues la producción dejará muy abajo el valor de las importaciones. La abundancia de trabajo y sus múltiples productos lo retendrán aquí, como garantía inmovible de la circulación de los billetes de los bancos provinciales y del gran Banco Nacional del porvenir.

Solamente sobre estas bases sólidas, que entrañan una revolución económica trascendental, se concibe el restablecimiento del orden financiero, sin artificios ni violencia eficaces momentáneamente o de resultados negativos tarde o temprano. En consecuencia, además de conquistar el desierto, de evitar los crímenes del salvaje, de economizar en los gastos públicos, de no perder anualmente cuarenta mil animales que nos roba el bárbaro, echemos las bases de la población, entregando al argentino y al inmigrante la tierra fértil y generosamente productiva²⁰².

Pero la corriente de inmigración se ha debilitado tanto que ahora apenas ganamos de 4.000 a 6.000 pobladores por año, deducidas las entradas de las salidas; y he aquí un nuevo problema de oportuno examen. Por qué no viene la inmigración en corrientes más robustas?

Las causas pueden ser agrupadas en tres grandes categorías:

²⁰² La ganadería ha perdido cuatro millones de cabezas en el siglo actual a consecuencia de las invasiones de indios.

1ª La falta de leyes de hogar, que amparando al inmigrante apenas pisa la tierra, de indigente lo conviertan en propietario.

2ª La clase de una parte de la inmigración que nos llega.

3ª La oposición tenaz que los partidos antiliberales de Europa hacen a las instituciones libres de Sudamérica.

La falta de leyes de arraigo ha preocupado hondamente ya la atención de nuestros estadistas que la han señalado sin cesar hasta conseguir que se salvara el vacío de nuestra legislación; pero ha sido salvado de un modo deficiente.

Estas leyes desarrollan una fuerza de atracción poderosísima, sobre los hombres que viven hundidos en un proletariado mezquino y degradante y que se apresuran a acudir allí donde saben que su posición social se dignifica y engrandece. Corren hacia donde se les facilita la propiedad gratuitamente o de manera poco onerosa, a la vez que se les brinda la ocasión de formar tranquilamente el hogar, y hasta ejercitar derechos políticos, sin sufrir por eso las cargas cívicas ni pagar el tributo de sangre, que pesa sobre todos los argentinos.

La tierra vendida en condiciones equitativas es en nuestra desautorizada opinión, el atractivo más poderoso para una buena inmigración; y decimos buena, porque el poblador que viene firmemente resuelto a adquirir tierra, trae consigo un capital más o menos cuantioso y constituye generalmente familias laboriosas y morales.

De esa suerte han sido pobladas y enriquecidas las inmensas zonas de las tierras públicas de los Estados Unidos, divididas en fracciones convenientes; así se explica también que una masa asombrosa de inmigrantes, a veces de 450.000

almas al año, acudiese a aquella tierra helada en el invierno y ardiente en el verano, a luchar con la naturaleza al amparo de la propiedad y de la libertad.

Nosotros no necesitamos otra cosa, para robustecer la corriente de la inmigración agricultora, sino leyes de hogar, que seduzcan con el ofrecimiento de la tierra barata y con plazos y condiciones equitativos y livianos. Si el inmigrante no recibe tierra en que arraigarse, aunque se le desembarque y aloje gratuitamente por ocho días, no se habrá hecho lo bastante para vencer las causas que obstan al aumento de nuestros pobladores, por la afluencia de la inmigración extranjera.

La clase de inmigración, como hemos dicho, es otra de las causas de que sea menos abundante la entrada anual de brazos. ¿Por qué motivo? Medítese un instante sobre la cuestión y se hallará la verdad.

La estadística de las profesiones demuestra hasta la evidencia que los agricultores vienen en una minoría resaltante. En cambio nos llega un número crecido de personas sin profesión, o que solamente están preparadas para los trabajos que se relacionan con las artes, los oficios y la industria fabril.

Para esta clase de elementos nuestro teatro es infecundo, porque el que existe está ya ocupado y no es obra de un instante ensancharlo, desde que las necesidades de las sociedades y los consumos correlativos no progresan a voluntad del hombre.

Al contrario, la industria agrícola clama por brazos, tiene todos los elementos en el país, necesita trabajadores idóneos.

Encontramos una prueba de ello en el siguiente hecho, hasta cierto punto bochornoso para nosotros; la manteca, el

queso, las papas, la harina y mil otros productos, para los que nuestro país ofrece facultades prodigiosas, nos llegan en cargamentos valiosos del exterior.

A esta labor reproductiva no se consagra ni la tercera parte de la inmigración que recibimos anualmente; y prefiere ir aglomerándose en las ciudades, sobre todo en Buenos Aires, donde en consecuencia se hace cada día más escaso el trabajo en las artes y oficios. Los nuevos brazos buscan el pan de cada día en la improvisación de profesiones, muchas de ellas perjudiciales y que no les permiten librarse de las redes de la miseria.

El país sufre un doble perjuicio derivado de estos hechos, porque la nueva población no se derrama hacia el territorio inhabitado que la reclama, por la propaganda que esos mismos inmigrantes descontentos dirigen al exterior, pintándonos con los más sombríos colores y exagerando la pobreza y escasez de trabajo.

A este respecto el gobierno argentino haría bien en llamar la atención de los encargados de fomentar la inmigración en Europa, para que influyan en el sentido de que nos vengan preferentemente agricultores, notorio como es que el país necesita un contingente de brazos, al menos en esta proporción, dos tercios de agricultores y uno de otras profesiones.

Los partidos y gobiernos antiliberales de Europa aprovechan y explotan aquellas quejas para sostener una propaganda encaminada a contener la afluencia de la inmigración; y está entretanto en nuestras manos el recurso eficaz para desvirtuarla.

Reglamentemos grandes zonas de tierra pública para la colonización, publiquemos en Europa en todas las lenguas las leyes de la materia y la historia de la inmensa conquista que el país va a acometer, y se verá cómo la inmigración, verdaderamente económica, útil y moral, acude en abundancia a la República, no obstante toda la prédica de los gobiernos europeos para que el indigente, cuya condición social y de fortuna no pueden mejorar esos gobiernos, no se lance ansioso a buscar esos dones, donde le sean generosamente brindados, y donde no palpite sobre todas las cabezas el flagelo de los colosales ejércitos permanentes.

He aquí ligeramente completada la demostración de cómo, al tomar posesión del inmenso territorio que nos pertenece, haciendo tremolar sobre las colinas del río Negro y clavando en la cana cumbre de los Andes las gloriosas banderas del ejército expedicionario, la República habrá plantado la fecunda simiente de una grandiosa y triple evolución, militar, económica y política, inspirada por los sagrados intereses de la patria y por los grandes impulsos de la civilización.

CAPÍTULO XI

NOTICIA BIBLIOGRÁFICA Y CARTOGRAFICA

Agregamos este capítulo final con el objeto de facilitar a los estudiosos la tarea de profundizar la cuestión en todos los detalles. Señaladas las fuentes a que hemos acudido, ellos podrán ampliar nuestras observaciones sobre puntos de detalles que no hayamos juzgado necesario tratar in extenso.

Hemos dicho en el primer capítulo que por la premura del tiempo y las razones explicadas en la carta que sirve de Advertencia a este libro, no hemos explotado más que los elementos de nuestra colección particular y nuestras observaciones personales, y esta noticia dirá al lector cuáles son dichos elementos, que hemos clasificado en dos categorías: Bibliográfica la primera y Cartográfica la segunda.

I. BIBLIOGRAFIA

Colección de Obras y Documentos relativos a la historia antigua y moderna de las provincias del Río de la Plata, ilustrados con notas y disertaciones por PEDRO DE ANGELIS (6

tomos en 8° real., Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836.) Es tan importante esta colección que deberían hacerse nuevas ediciones de ella, ilustradas y anotadas con el auxilio de los grandes adelantos alcanzados por la historia patria en la última década. Las primeras ediciones son ya muy raras, han sido monopolizadas por los coleccionistas y establecimientos públicos; y cuando aparecen en el comercio algunos ejemplares se venden al precio de \$ 2.500 m/c. Una nueva edición pondría una obra tan útil al alcance del mayor número; y contendría nuevas luces sobre tantos problemas de historia nacional que en la época del insigne coleccionista Angelis no habían sido resueltos. La Colección contiene las tres primitivas Historias Argentinas, escritas por el arcediano BARCO CENTENERA, por el famoso aventurero SCHMIDEL y por nuestro compatriota RUY DÍAZ DE GUZMÁN. Con referencia a la cuestión fronterera, hemos utilizado de ella las siguientes obras, que indicarán su procedencia de esta colección con las siguientes iniciales puestas al final: (C. de A.)

Viaje a su costa del Alcalde provincial del muy ilustre Cabildo de la Concepción de Chile, D. LUIS DE LA CRUZ, desde el fuerte de Vallenar, frontera de dicha Concepción, por tierras desconocidas y habitadas de indios bárbaros, hasta la ciudad de Buenos Aires, auxiliado por parte de S. M. de un agrimensor, del práctico D. Justo Molina, de los asociados, tenientes de milicias, D. Ángel y D. Joaquín Prieto, de dos dragones, un intérprete y siete peones para el servicio y conducción de víveres en veintisiete cargas. Primera edición. Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1835. (C. de A., t. I). Generalmente las últimas cartas geográficas de la República

Argentina marcan el itinerario del audaz y feliz viaje de Cruz. Este oficial ascendido a general en tiempo de la Patria, fue de los guerreros que condujo a la victoria nuestro venerable capitán general D. José de San Martín.

Descripción de la naturaleza de los terrenos que se comprende en los Andes poseídos por los Pehuenches, y los demás espacios del río de Chadi-leuvú, reconocidos por D. LUIS DE LA CRUZ, Alcalde mayor provincial del ilustre Cabildo de la Concepción de Chile. Primera edición. Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1835. (C. de A., t. I) Esta Memoria dio origen a una polémica geográfica entre una comisión nombrada por las autoridades de Buenos Aires y la de Cruz, él que sostenía la verdad, fundándose en hechos que personalmente había verificado, mientras que la comisión incurría en los errores geográficos de que están plagados los escritores antiguos. Más adelante daremos noticias de los escritos producidos en esta polémica.

Descripción de la Patagonia y de las partes adyacentes de la América Meridional, que contiene una razón del suelo, producciones, valles, animales, montañas, ríos, lagunas, etc. de aquellos países; la religión, gobierno, política, costumbres y lengua de sus moradores, con algunas particularidades relativas a las islas Malvinas, escritas en inglés por D. THOMAS FALKNER, que residió cerca de 40 años en aquellas partes. Primera edición castellana. Buenos Aires. Imprenta del Estado, 1835. (C. de A., t. I) Falkner llegó al Río de la Plata por primera vez como cirujano de un buque de Cádiz. En un segundo viaje adoptó los hábitos de la Compañía de Jesús, a consecuencia de la falta de relaciones y recursos para soste-

nerse. Angelis, en los apuntes biográficos que consagra al padre Falkner, en la Advertencia de aquella edición de su obra, dice:

“La extensión que habían dado los jesuitas a sus trabajos evangélicos mantenían en una actividad extraordinaria a sus operarios y sobre todo a los que como Falkner, estaban iniciados en los secretos de la higiene. Así es que desde el día en que entró en la Compañía hasta la supresión de esta orden, pasó del Paraguay a Tucumán, y de las Pampas del sur a los bosques impenetrables del Chaco.

Encargado por el gobierno español de recorrer las costas del Virreinato de Buenos Aires empezó a mirar el país bajo un nuevo aspecto y fue acopiando materiales para una obra que según parece destinaba al Ministerio inglés. Nos es sensible hacer dudar de la lealtad de este escritor; pero son tan claras, evidentes, las indicaciones que hacen varios párrafos de su obra, que no es posible equivocarse sobre sus intenciones. Tal vez la persecución del gobierno español contra los jesuitas influyó en esta conducta que aun así no queda justificada." (Advertencia citada, página III.)

Hemos leído la edición inglesa de esta importantísima obra. Contiene varios mapas e ilustraciones sobre las razas humanas, la fauna y flora de los territorios descritos; es una edición rara y de la cual hay pocos ejemplares en Buenos Aires. Trae fecha de 1774.

Derroteros y Viajes a la Ciudad Encantada o de los Césares que se creía existiese en la Cordillera, al sur de Valdivia. Bue-

nos Aires, Imprenta del Estado, 1836. (C. de A., t. I) La fantástica y pintoresca leyenda del Eldorado del sur es ya muy común y no nos detendremos sobre ella. Las colecciones del célebre anticuario Segurola y del coronel Cabrer permitieron a Angelis publicar los siguientes documentos: I. Derrotero de un viaje desde Buenos Aires a los Césares por el Tandil y el Volcán, rumbo sudoeste, comunicado a la Corte de Madrid en 1707 por SILVESTRE ANTONIO DE ROXAS, que vivió muchos años entre los indios Pehuenches. II. Carta del padre jesuita José CARDIEL, escrita al señor Gobernador y Capitán General de Buenos Aires, sobre los descubrimientos de las tierras patagónicas en lo que toca a los Césares (11 de agosto de 1746). III. Capítulo de una carta del padre PEDRO LOZANO al padre JUAN DE ALZOLA sobre los Césares que dicen están poblados en el Estrecho de Magallanes. IV. Derrotero desde la ciudad de Buenos Aires hasta la de los Césares que por otro nombre llaman la ciudad Encantada por el padre THOMAS FALKNER, jesuita (1760). V. Relación de las noticias adquiridas sobre una ciudad grande de españoles que hay entre los indios al sur de Valdivia e incógnita hasta el presente, por el capitán don IGNACIO PINUER (1774). VI. Copia de la carta escrita por D. AGUSTÍN DE JÁUREGUI, Presidente de Chile, al Excmo. Sr. Virrey del Perú. VII. Nuevo descubrimiento, preparado por el Gobernador de Valdivia el año de 1777. VIII. Declaración del capitán D. FERMÍN VILLAGRÁN sobre la ciudad de los Césares, 1781. IX. Informe y dictamen del Fiscal de Chile sobre las ciudades de los Césares y los arbitrios que se deberían emplear para descubrirlos, 1782.

Proyecto de traslación de las fronteras de Buenos Aires al río Negro y Colorado, por SEBASTIÁN UNDIANO Y GASTELÚ, al que se agrega el itinerario de un camino desde Buenos Aires hasta Talca, por JOSÉ SANTIAGO CERRO Y ZAMUDIO. Primera edición, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836. (C. de A., t. I)

Memoria dirigida al señor MARQUÉS DE LORETO, Virrey y Capitán General de la Provincia del Río de la Plata, sobre los obstáculos que han encontrado y las ventajas que prometen los establecimientos proyectados de la costa Patagónica, por D. Francisco Viedma, Gobernador e Intendente de las provincias de Santa Cruz de la Sierra y Cochabamba, y comisario superintendente que fue de dichos establecimientos. Primera edición, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836. (C. de A., t. I) Esta Memoria trae fecha 1º de mayo de 1784 y es la primera en que se propone la defensa del río Negro contra los indios. Viedma se fundaba en el célebre reconocimiento que acababa de practicar el insigne piloto D. Basilio Villarino.

Diario de los viajes a Salinas Grandes en los campos del sur de Buenos Aires, por el coronel D. PEDRO ANDRÉS GARCÍA. Primera edición, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836. (C. de A., t. II.) Este viaje, notable por el plan del coronel García en que propone apoyar la frontera sobre el río Negro, fue ordenado por la junta superior gubernativa de Buenos Aires en junio de 1810. El célebre secretario de la junta, Dr. Moreno, entregó al jefe expedicionario un pliego de instrucciones del cual extractamos lo siguiente:

“La necesidad de arreglar las fortificaciones de nuestra frontera y la influencia que debe tener ese arreglo en la felicidad general que ocupa los desvelos de esta junta, la han movido a conferir a V. E. la importante comisión de visitar todos los fuertes de nuestra frontera, averiguar su estado actual y proponer los medios de su mejora, tanto por las variaciones que convengan en su situación cuanto por las reformas que deban adoptarse en el sistema de su servicio: averiguar al mismo tiempo el estado de las poblaciones y ganado, los medios de reunirlos en pueblos, la legitimidad con que se ocupan, los terrenos realengos, con todos los demás ramos anexos a la policía y mejora de nuestros campos; manifestando igualmente si los pueblos de la campaña tienen ejidos y cómo se les podrá proporcionar, arbitrando cómo se podrán dar los terrenos realengos con utilidad de la real hacienda y sin las trabas que hasta ahora se han usado, con todo lo demás que le parezca a V. E. conducente a la mejora y la felicidad de nuestras campañas.”

Tales son las instrucciones dadas al militar. Tales son también los temas del informe en que dio cuenta de su arduo cometido.

Diario de la Expedición de 1822 a los campos del sur de Buenos Aires desde Morón hasta la sierra de la Ventana, al mando del coronel D. PEDRO ANDRÉS GARCÍA con las observaciones, descripciones y demás trabajos científicos ejecutados por el oficial de ingenieros, D. JOSÉ MARÍA DE LOS REYES. Primera edición. Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836. (C. de A., t. III) Angelis en su discurso preli-

minar al Diario se expresa así, explicando el origen de esta expedición y encomienda la competencia de su jefe:

“Hemos sido generosos en franquear nuestras páginas a los trabajos inéditos por el finado coronel D. Pedro Andrés García, porque en todos ellos resalta un talento de observación fortificado por la experiencia, y una perseverancia sostenida por el deseo de ser útil al país que había adoptado. Cuando más se agolpaban las dificultades tanto mayor ahínco y más acerado el temple de su patriotismo. Penetrado de la necesidad de ensanchar los límites de esta provincia, se ofreció a entrar en relaciones amistosas con los indios para estudiar su índole, ponderar sus recursos y adquirir un conocimiento práctico de los parajes que ocupaban.”

Entendemos que los papeles del coronel García han pasado a manos del coronel argentino Álvaro Barros, pariente del primero. En cuanto a Reyes, era oriental y ascendió en su país a general. Escribió y publicó un notable libro descriptivo de la República Oriental del Uruguay y se distinguió por varios trabajos geográficos.

Colección de Viajes y Expediciones a los campos de Buenos Aires y las costas de Patagonia. Primera edición, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1836 (C. de A., t. V). De esta colección hemos aprovechado los datos contenidos en los siguientes memoriales: I. Informe sobre el puerto de San José, por D. CUSTODIO SÁA Y FARÍAS. Trae fecha de 25 de marzo de 1779. II. Segundo informe del mismo sobre el mismo puerto fechado a 12 de agosto de 1786. Farías era un

general portugués al servicio de España. En su segundo informe este oficial sostiene con buenas razones la conservación de los establecimientos del río Negro, sobre cuyo abandono se hablaba mucho en aquella época; aconseja nuevas exploraciones del río Negro, y predice que este curso de agua será la arteria de la circulación económica del sur de Mendoza.

Examen Crítico del Diario de D. LUIS DE LA CRUZ, por una comisión del Consulado de Buenos Aires y defensa del autor. Primera edición, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1837, (C. de A., t. VI). Contiene la polémica geográfica a que aludíamos al ocuparnos del Diario de Cruz. Los comisionados del consulado eran los caballeros D. Julián del Molina y D. Jaime Llavallol, quienes produjeron dos réplicas contestadas a su vez por el ilustre viajero.

Hemos leído con interés el debate en que palpitan las buenas intenciones de los censores, faltos, por otra parte, de elementos para fundar su crítica; y participamos de la siguiente opinión de Angelis, expresada en el Proemio a aquellas piezas:

“Si no se mirasen con indulgencia las inexactitudes de los que emprenden la descripción de países nuevos e ignorados, se tendría que proscribir cuando menos las tres cuartas partes de los viajes existentes, que son sin embargo, los que han perfeccionado en nuestros días, los estudios geográficos.

El Diario de Cruz tiene este mérito y los que lo juzgaron con tanto rigor, exageraron sus errores, sin poseer los conocimientos necesarios para enmendarlos.”

La polémica versaba principalmente sobre la situación, curso y nombre de los ríos interiores.

Diario de un reconocimiento de las guardias y fortines que guarnecen la línea de frontera de Buenos Aires para ensancharla, por D. FÉLIX DE AZARA, capitán de navío de la Real Armada. Primera edición, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1837 (C. de A., t. VI).

Envidiable y merecida es la reputación de que justamente goza Azara en la República de las Letras. Sus obras son de todos conocidas, a excepción de algunos manuscritos importantísimos que aún conservan en las colecciones algunos literatos argentinos. Hemos oído decir a nuestro venerable y finado amigo, el Dr. Don Juan María Gutiérrez, cuyo respeto por la autoridad de Azara era profundo, que había extractado alguna vez un interesante manuscrito del ilustre geógrafo, sobre su residencia en Buenos Aires, manuscrito que contiene preciosos datos para la descripción física de la República y de que es poseedor el Dr. D. Miguel Navarro Viola, según el Dr. Gutiérrez.

El *Diario* publicado por Angelis fue presentado al Virrey en 31 de julio de 1796 acompañándolo de un extenso oficio, en el cual entra de lleno a aconsejar la ocupación del río Negro.

Otro proyecto de D. FRANCISCO XAVIER VIANA, (C. de A., t. VI). Fechado en Chascomús en agosto de 1815, propone la línea del río Colorado. Viana adjunta una tabla de rumbos y de distancias, relacionando los establecimientos de la frontera, con los ríos Negro y Colorado.

Diario de la Comisión nombrada para establecer la nueva línea de frontera al sur de Buenos Aires, bajo la dirección del señor coronel D. JUAN MANUEL DE ROSAS, con las observaciones astronómicas, practicadas por el señor SENILLOSA, miembro de la Comisión. Primera edición, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1837 (C. de A., t. VI). La comisión realizó su campaña en 1825. Componíase del coronel Rosas y del ingeniero del Departamento Topográfico, don Felipe Senillosa; formaba parte de la expedición también el comandante D. Ambrosio Crámer, autor más tarde de algunos estudios hidrográficos sobre la boca del río Colorado. La comisión avanzó la frontera al sur hasta la sierra del Volcán y al oeste hasta la Tigra en Tapalquén; y en su informe anotó las más importantes observaciones geográficas y las noticias útiles sobre los pastos, aguas y demás recursos y accidentes del territorio.

Diario de una Expedición a Salinas, emprendida por orden del Marqués de Loreto, virrey de Buenos Aires, en 1786, por D. PABLO ZIZUR, alférez de fragata y primer piloto de la real armada. Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1837, (C. de A., t. VI).

Zizur unió su nombre al de tantos ilustres benefactores de la frontera y especialmente de los establecimientos del río Negro, donde permaneció algún tiempo. Entre sus arriesgadas y útiles empresas, es digna de recuerdo su navegación a los mares del sur en donde naufragó y abandonado y hambriento en una isla, fue salvado con un pie helado, lo que exigió la amputación de la pierna. Asimismo, en 1781, se puso al frente de una expedición al río Negro, para abrir el ca-

mino que hasta hoy se conserva entre Carmen de Patagones y Dolores. En seguida hizo el viaje a Salinas, cuyo Diario editó Angelis. En 1875, el sargento mayor de Ingenieros de la Nación, D. Federico Melchert escribía al Ministro de la Guerra:

“En Bahía Blanca se encontró el Diario de un tal Pablo Figur, piloto de la Real Armada, que determina con la mayor exactitud la latitud y longitud de las dos lagunas de Salinas, como también de la laguna del Monte o Guaminí, según expediciones del tiempo de la dominación española.”

Ignórase el paradero de esos interesantes manuscritos del meritorio piloto Zizur y no Figur. Sin embargo, el documento que halló el mayor Melchert es el mismo que publica Angelis y de que damos noticia.

Descripción Geográfica de un nuevo camino de la Gran Cordillera, para facilitar las comunicaciones de Buenos Aires con Chile, por J. SOURRIÉRE DE SOUYLLAC, maestro de matemáticas de la Academia de arquitectura naval del Departamento del Ferrol, en el reino de Galicia, primer astrónomo de la tercera comisión demarcadora de límites, e ingeniero comisionado por el gobierno de Buenos Aires para este reconocimiento. Primera edición, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1837. (C. de A., t. VI.)

La Memoria que presentamos al público, dice el editor, es más bien un programa de colonización que un plan de fronteras, y bajo este punto de vista merece ser consultada, porque los principios en que se funda pertenecen a la escuela

moderna, y nada han perdido con el transcurso de los años (Proemio).

Diario de la navegación emprendida en 1781 desde el río Negro, para reconocer la Bahía de Todos los Santos, las islas del Buen Suceso, y el desagüe del río Colorado, por D. BASILIO VILLARINO, piloto de la Real Armada. Primera edición, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1837 (C. de A., t. VI).

Diario del piloto de la Real Armada, D. BASILIO VILLARINO, del reconocimiento que hizo del río Negro, en la costa oriental de Patagonia el año de 1782. Primera edición, Buenos Aires, Imprenta del Estado, 1837 (C. de A., t. VI.) Nada agregaremos a los extractos y juicios que sobre los trabajos de este benemérito piloto hemos acompañado de los informes dados por Viedma y Sáa y Farías al Virrey, sobre el resultado del viaje de Villarino y sobre los esclarecimientos que él agregó.

En la famosa obra de D'ORBIGNY, *L'Homme Américain*, cita una obra de VILLARINO cuyo original poseía un viajero francés, titulada: Viaje sobre el río Negro en la costa Patagónica (t. I, Pág. 391).

Reconocimiento del río Colorado, por D. PEDRO DE ANGELIS (t. V de su Colección). El autor traza una historia interesante de todos los reconocimientos practicados sobre dicho río, desde 1778 hasta 1833. Concluye su noticia con el informe del Comandante general de Marina de la división de la izquierda de la Expedición al desierto, piloto D. Guillermo Bathurst, sobre el río Colorado.

Reconocimiento de Carmen de Patagones del río Negro y de los puntos adyacentes de la costa patagónica, por el coronel D. AMBROSIO CRÁMER (C. de A., t. VI). Este ligero informe versa sobre los viajes del autor a las bocas de los ríos Negro y Colorado, y a la Bahía de San José al sur y a la Bahía Brettman al norte. Carece de importancia científica.

Noticias Preliminares sobre el Hombre Primitivo de la Provincia de Buenos Aires, por el Dr. D. ESTANISLAO S. ZEBALLOS (Inédita). La obra, que comprenderá un volumen de 400 páginas en 8° y un atlas con láminas, se publicará en francés si el autor arregla con una casa editora del extranjero que le hace propuestas. El doctor D. Juan María Gutiérrez ha publicado el siguiente juicio sobre los originales que tuvo en sus manos a medida que los escribíamos desde 1876 a 1877 y algunos de los cuales nos devolvió anotados por él mismo.

“El señor Dr. D. Estanislao S. Zeballos por sí solo, sin auxilio de ninguna especie, y movido únicamente por el amor a la ciencia y por un patriotismo ilustrado se dedica en sus pocos momentos de descanso de otras tareas intelectuales al estudio del hombre prehistórico en la Provincia de Buenos Aires. La ha recorrido en varias direcciones excavando el suelo en muchos parajes y ha logrado reunir una considerable cantidad de datos, para ilustrar la ciencia a que se dedica por afición.

Los objetos hallados por él (armas y utensilios de piedra y barro) constituyen su museo particular. Últimamente ha donado a la Sociedad Científica, de que es secretario, los restos preciosos exhumados por él y por un amigo suyo en

un paradero guaraní situado en las márgenes del Paraná en las cercanías del puerto de Campana. El doctor Zeballos ha redactado una obra, en que resume todos sus hallazgos y opiniones sobre el hombre prehistórico de esta provincia. En este trabajo abre, con mucha sagacidad, casi todos los rumbos que en adelante deberán seguir cuantos se dediquen a este género nuevo e interesante de estudios. El señor Zeballos debe publicar sus observaciones porque si ellas no son indeclinables ni completas, como él mismo no pretende que sean, abrirán al menos el camino y servirán de vanguardia a las sucesivas conquistas. Nosotros le ofrecemos las páginas de esta Revista para que si gusta, dé a luz, en ellas, el precioso fruto de sus tareas." (Revista del Río de la Plata, entrega 52, pág. 656.)

Estudio geológico sobre la Provincia de Buenos Aires, por el doctor D. ESTANISLO S. ZEBALLOS. Memoria premiada con mención honorífica en el concurso público de la Sociedad Científica Argentina, celebrado en julio de 1876 y con medalla de plata las colecciones de Historia Natural descritas en este trabajo. (Buenos Aires, 1877. Imprenta de Pablo E. Coni, calle Potosí No. 60). Se han publicado dos ediciones de esta obra, en los Anales de la nombrada Sociedad la primera y la segunda por cuenta del autor. La última edición de 200 ejemplares está completamente agotada.

Anales Científicos Argentinos. Publicación mensual. Buenos Aires, 1874. Esta revista fue fundada en Buenos Aires por el autor de este libro en sociedad con los distinguidos jóvenes D. José María y D. Francisco Ramos Mejía. Se publicaron

seis entregas en 1874 y fue suspendida la publicación por la participación que tomaron los directores en los acontecimientos políticos de aquella época. En 1875 era ya innecesaria esta publicación, pues el vacío que ella dejaba fue eficazmente llenado por los Anales de la Sociedad Científica Argentina. En la pág. 148 de los Anales, de que damos noticia, se publicó el informe del teniente coronel D. Martín Guerrico sobre el río Negro, con notas del Dr. D. ESTANISLO S. ZEBALLOS.

Las fronteras y los indios, por el Dr. D. VICENTE G. QUESADA. Anales de la Sociedad Rural Argentina. Buenos Aires, 31 de agosto de 1870, núm. 8, precedido de una introducción por el señor don Eduardo Olivera. Este señor emite el siguiente juicio sobre el trabajo del Dr. Quesada:

“Sería nunca acabar de analizar punto por punto el escrito tan notable del Dr. Quesada, escrito que en nuestro concepto por su estilo fácil y ameno debía ser la lectura de todos y cada uno de los que nos ocupamos de los intereses rurales.”

El trabajo del Dr. Quesada abraza dos grandes épocas: la colonial y la de los gobiernos patrios, y viene acompañado de documentos oficiales interesantes. La primera publicación de este escrito fue hecha en la Revista de Buenos Aires.

Anexo a la Memoria de Guerra de 1873. Informes y trabajos gráficos practicados por los ingenieros militares en los territorios "sobre" y "fuera" de las líneas de fronteras. (Buenos Aires, 1873. Imprenta Americana, calle San Martín núm.

124.) Contiene los informes de los ingenieros militares D. Federico Melchert, D. Francisco Host y D. Jordón Wisocki sobre los territorios fronterizos de la República, con cartas geográficas y planos de construcciones militares.

La nueva línea de fronteras, por el Dr. ADOLFO ALSINA. Memoria especial presentada al Honorable Congreso Nacional por el Ministerio de la Guerra, 1877. Buenos Aires, Imprenta del Porvenir, Defensa 139. El Dr. Alsina traza en este libro la historia del avance de las fronteras de Buenos Aires a sus posiciones actuales de Vutalóo, Tenquedlavquen, Guaminí, Carhué y Puán. Trae los informes de los jefes de fronteras y las descripciones del territorio por los ingenieros militares. Hay un Atlas.

At Home with the Patagonians. A year's wanderings over untrodden ground from the straits of Magellan to the river Negro. By GEORGE CHAWORTH MUSTERS. Retired Commander R. N. Second edition, with map and illustration; London, John Murray, Albemarle Street, 1873. En el curso de nuestro libro hemos tributado a esta obra el homenaje que merece. Se recomienda por la general exactitud de las observaciones y por la veracidad de las noticias que da el autor, especialmente sobre las tribus indígenas de la Patagonia.

Description géographique et statistique de la Confédération Argentine, par M. MARTIN DE MOUSSY. (3 tomos, París, 1860. Librería Firmin Didot Frères, fils et Cia.) La obra del distinguido médico francés es la de mayor importancia en su género; no habiendo sido superada por otras obras de su género. Varias veces, al ocuparnos de los dineros gastados por la nación en publicar obras descriptivas improvisadas a la

carrera, hemos indicado la conveniencia de hacer nuevas ediciones de Mr. Moussy, anotadas con arreglo al progreso actual de la República.

El plan adoptado por aquel sabio es excelente y el desarrollo que le dio, digno de la alta reputación de que goza este libro.

Trae un gran Atlas.

Histoire d'un voyage aux Iles Molouines, fait en 1763 et 1764; avec des observations sur le détroit de Magellan et sur les Patagons, par D. PERNETTY, nouvelle édition refondue et augmentée d'un discours préliminaire sur l'histoire naturelle, etc. Tome second, Paris, MDCCLXXI. Trata del viaje científico de la fragata francesa L'Aigle, dirigido por M. Bougainville. Sus descripciones son superficiales y de escasa importancia a veces. Trae una serie de planchas con láminas.

Documentos relativos a la ocupación de Arauco que contienen trabajos practicados desde 1861 hasta la fecha, por el coronel del ejército D. Cornelio Saavedra, y demás antecedentes que pueden contribuir a ilustrar el juicio de los señores diputados en la próxima discusión sobre el último proyecto del Ejecutivo (Santiago, Imprenta de la Libertad, 1870), con mapas.

Anales de la Sociedad Científica Argentina (t. I, primer semestre de 1876. Buenos Aires [Imprenta de Pablo E. Coni]. Pág. 101). Trae noticias de Patagones, en carta del viajero D. Francisco P. Moreno, desde el Chichinal, al Dr. D. ESTANISLO S. ZEBALLOS. En la pág. 182 trae el viaje a la Patagonia Septentrional, Memoria leída el 14 de marzo en la Sociedad Científica Argentina, por D. Francisco P. Moreno.

El señor Moreno trazó en esta Memoria un ligero bosquejo de su viaje, bosquejo que carece de importancia científica y que adolece de graves errores que en esta obra se han visto.

Memoria del Ministerio de Guerra y Marina de la República Argentina, presentada al Congreso Nacional en 1873. Buenos Aires, Imprenta Americana. Toda la relación de las medidas adoptadas en 1872 para llevar a cabo la ejecución de la ley de 1867 que ordenaba la ocupación del río Negro. Entre otros documentos trae los viajes de Guerrico y de Bejarano de que ya nos hemos ocupado; y los informes del general Arredondo y del mayor Melchert sobre los territorios de la Pampa explorados por las expediciones llevadas en 1872 contra los ranqueles y contra los indios de Pincen.

La República Argentina, obra escrita en alemán, por RICARDO NAPP con la ayuda de varios colaboradores y por encargo del Comité Central Argentino para la Exposición de Filadelfia, con varios mapas. Buenos Aires, 1870. La obra contiene una recopilación de monografías de profesores residentes en la República. Ellas son las siguientes: I. Geología de la República Argentina, por el Dr. D. ADOLFO STELZNER. II. Cuadro de la vegetación de la República Argentina, por el Dr. D. P. G. LORENTZ. III. La Fauna Argentina, por el Dr. H. WEYEMBERGH. IV. Minerales explotables en la República Argentina, por el Dr. A. STELZNER. V. Los distritos mineros del Nevado de Famatina, por D. EMILIO HUNIKEN. VI. Algunos sulfatos naturales de las Provincias de Catamarca y de La Rioja, por D. FEDERICO SCHICKENDANTZ. VII. Material de curtir y análisis químico de las cenizas, por el Dr. MAX SIEWERT.

VIII. Industria textil de teñir y materias tintóreas, por el Dr. MAX SIEWERT. IX. Indios y fronteras, por el mayor D. FEDERICO L. MELCHERT.

La Revista de Buenos Aireas: I. La fuga de un cautivo de los indios, narrada por el mismo SANTIAGO AVENDAÑO (t. XIV, págs. 414 y 600). II. Relación de la situación y demás circunstancias de la costa patagónica, por D. MANUEL SOLER (t. XXII, pág. 17). La fuga de Avendaño es un relato sencillo y verídico, que hemos comentado en algunos capítulos. En cuanto al trabajo de Soler, no tiene importancia y consigna grandes inexactitudes geográficas, como la de hacer derivar el río Negro en la laguna de Guanacache. Este trabajo existe manuscrito en la biblioteca americana del doctor D. Ángel J. Carranza y fue publicado sin fecha; pero es posterior a la obra del padre Falkner a la cual hace referencias.

Boletín de la Academia Nacional de Ciencias Exactas existente en la Universidad de Córdoba. Entrega 4ª, Buenos Aires, Imprenta de La Tribuna, 1875, pág. 299: Observaciones sobre la vegetación de la Provincia de Tucumán, por D. JORGE HIERONYMUS. El autor hace un estudio comparativo de la vegetación pampeana y forestal, que hemos utilizado en algunas ocasiones en el capítulo consagrado a la descripción del territorio.

Description physique de la République Argentine, d'après des observations personnelles et étrangères, par le Dr. BURMEISTER. Paris, 1876, Libraire F. Svy. Se han publicado de esta grande obra costeadas por la nación argentina, dos tomos. Del primero hay dos ediciones, en alemán una y en francés la otra. El contenido de los dos tomos es el siguiente:

1ª Historia del Descubrimiento y geografía del país. 2ª Climatología y cuadro geognóstico del país, con una carta geognóstica.

Fronteras y territorios federales de las pampas del sur, por el coronel argentino Alvaro Barros. Buenos Aires, 1873, con una carta geográfica.

La guerra contra los indios, por el coronel ALVARO BARROS. Buenos Aires, 1875. Imprenta y Librería de Mayo.

Actualidad financiera de la República Argentina, por el coronel ALVARO BARROS. Buenos Aires, 1875. Imprenta y Librería de Mayo. El coronel Álvaro Barros ha publicado estos tres libros condenando los errores de la guerra defensiva y sosteniendo con calor la ocupación del río Negro. Además ha dedicado muchas páginas a la administración militar señalando males profundos y remedios saludables.

Luis A. HUERGO. Informe sobre el río Salado. (Manuscrito en nuestra colección particular.) Discurso pronunciado en la asamblea del 3 de setiembre de 1875, en la Sociedad Científica Argentina, sobre las inundaciones. Pág. 227 de los Anales de aquélla, t. IV.

Memoria del Ministerio de Gobierno de la Provincia de Buenos Aires, 1871 a 1872. Contiene los documentos relativos al proyecto de avance de las fronteras a los ríos Colorado y Negro y el voto de adhesión de Buenos Aires y de la Sociedad Rural Argentina.

Anexo a la Memoria de Relaciones Exteriores. Continuación del Apéndice sobre la cuestión chileno-argentina, 1874. Trae importantes datos geográficos sobre la Patagonia

y su gran río Negro. Hay algunos documentos españoles que nos han sido útiles para la redacción del primer capítulo.

Les Phénomènes de l'Atmosphère, por F. ZURCHER. Troisième édition, Paris, Libraire Pagnerre. Esta útil obrita expone la teoría del célebre Maury sobre circulación general y estudia, aunque ligeramente, los climas andinos.

Una Excursión a los Indios Ranqueles, por Lucio V. MANSILLA, coronel de la República Argentina, 2 tomos. Colección de autores españoles, t. XXXVIII, Leipzig, Brockhaus, 1877. La obra del coronel Mansilla ha adquirido celebridad con justicia. Fue publicada originariamente en La Tribuna de Buenos Aires, en forma de cartas y luego en dos volúmenes. En 1876 obtuvo premio en el Congreso Internacional de Geografía reunido en París.

Consideraciones sobre Fronteras y Colonias, por Nicasio OROÑO, senador al Congreso Nacional. Buenos Aires, 1869. El folleto del señor Oroño trae una exposición de sus ideas sobre la ocupación y colonización del río Negro, con los discursos y proyectos presentados por él mismo desde 1864 a la Cámara.

Informe sobre la practicabilidad de un ferrocarril tranandinino en dirección al paso llamado del Planchón en el sur de la provincia de Mendoza, por EMILIO ROSETTI, Ingeniero Civil y Catedrático de la Universidad y Colegio Nacional de Buenos Aires. Abril de 1870, Buenos Aires, Imprenta del Siglo. Folleto de 24 páginas, con dos mapas, edición agotada. A la descripción del terreno agrega el autor importantes datos sobre las nacientes de varios ríos andinos y sobre los pasos de la cordillera.

Memoria presentada por el ministro secretario de Estado en el Departamento de Guerra y Marina, Dr. D. ADOLFO ALSINA, al Honorable Congreso Nacional en 1877. T. I: contiene las Memorias de las reparticiones.

Colecciones de Historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional. T. VII: Historia de la Compañía de Jesús en Chile 1593 a 1736, por el jesuita MIGUEL DE OLIVARES, con una Introducción biográfica y notas por DIEGO BARROS ARANA. Santiago, 1874. Imprenta de Andrés Bello. Hemos consultado este importante libro en todo lo que se refiere a las excursiones de los jesuitas al este de los Andes. El ilustre editor De Olivares abre su Introducción con este elogio.

“Los escritos del padre jesuita Miguel de Olivares merecían de justicia un lugar en la Colección de los Historiadores de Chile. De sus manos salieron dos obras diferentes: la crónica de la Compañía de Jesús en Chile, que ahora damos a luz, y una historia civil de este país, de la cual no conocemos más que la primera parte, que en 1864 publicamos en el t. 4º de esta misma colección. Dos historiadores posteriores, los ex jesuitas Molina y Vidaurre, prodigan los mayores elogios a los escritos del padre Olivares, considerándolos fuente copiosa de noticias históricas, estudiadas con criterio y expuestas con buen método.”

Proyecto de Ley sobre el plano geográfico de la República, la exploración de los territorios nacionales. Comisión del Interior. Buenos Aires, 1875. Imprenta 9 de julio. Folleto que

contiene la orden del día del Senado Nacional para la sesión del 14 de setiembre de 1875 en este orden: Proyecto de los senadores D. Nicasio OROÑO y D. DARDO ROCHA. Informe de la Comisión del Interior, formada por los senadores Oroño y José B. Bárcena. Proyecto del senador Oroño sobre exploraciones del territorio argentino. Mensaje y proyecto del Poder Ejecutivo sobre la navegación de los ríos de la Nación.

Memorias del Departamento de Hacienda, correspondientes a los años 1876 y 1877, presentadas al Congreso por el ministro del ramo Dr. D. VICTORINO DE LA PLAZA.

L'homme Américain (de l'Amérique Méridional) considéré sous ses rapports physiologiques et moraux, par ALCIDES D'ORSIGNY, 2 tomos, París, 1879, chez F. G. Levrault.

Society of Engineers. Established May 1854. Transactions for 1862. (London, 1864.) December 7th, 1863. R. M. Christie in the chair.

Steam Navigation of the Indus, by ALFRED. WARREN, late marine engineer to the Steam Indus Flotilla (pág. 139)

Sketch of the civil Engineering of North America, by DAVID STEVENSON F. R. S. E. London. John Weale, 59 Hig Holborn. MDCCLIX.

Congreso Nacional. Diario de Sesiones de la Cámara de Diputados y Senadores correspondientes al año de 1867, en que se sancionó la ley ordenando la traslación de la frontera sur de la República al río Negro.

Primer Censo de la República Argentina, 1869.

Julio A. ROCA. Carta al redactor de La República fechada en Río Cuarto a 24 de abril de 1876. El general Roca bosqueja sus opiniones en favor de la ocupación del río Negro.

Anales del Museo Público de Buenos Aires, para dar a conocer los objetos de la Historia Natural nuevos o poco conocidos conservados en este establecimiento, por H. BURMEISTER, 1864. Esta interesante publicación fue suspendida en el segundo tomo. Es célebre por los nuevos materiales con que ha contribuido al Progreso de la Paleontología, haciendo famoso en este ramo el nombre de nuestro Museo Público.

Informe sobre la Araucania, que pasa al señor ministro de la Guerra el comisionado especial sargento mayor D. AMBROSIO LETELLIER. Este es el último documento publicado sobre la frontera de Chile. Trae fecha 31 de diciembre de 1877 y propone un nuevo plan de defensa.

Relación topográfica de la traza del camino y la línea de fortines entre Villa Mercedes, frontera de San Luis, y San Rafael, frontera de Mendoza, por el sargento mayor D. F. HOST. (Manuscrito en el Archivo del Ministerio de la Guerra.)

Informe sobre el estudio del camino de San Rafael a Villa Mercedes, por el ingeniero ZACARÍAS TAPIA. (Manuscrito en el Archivo del Departamento de Ingenieros de la Nación.)

Trois ans d'esclavage chez les Patagons. Récit de ma captivité par A. GUINNARD, membre de la Societé de Géographie. Ouvrage accompagné d'un portrait de l'auteur et d'une carte. Troisième édition, Paris, 1868. P. Baunet. Esta

sencilla relación no ofrece interés científico alguno. Es completamente inexacta en la escritura de las voces araucanas, pues el autor confunde los sonidos, representándolos con signos de la escritura francesa.

Anales de la Oficina Meteorológica Argentina, por su director BENJAMIN A. GOULD, t. I: Clima de Buenos Aires. Buenos Aires, 1878, Imprenta de Pablo E. Coni. El Dr. Gould recopila la serie de cuadros de las observaciones meteorológicas hechas en Buenos Aires desde 1801, fecha de las más antiguas que se ha podido obtener, hasta 1877.

Las observaciones de 1801 comprenden apenas 55 días y se publicaron con estas iniciales: A. F. C., creyéndose que correspondan al señor Antonio Francisco Ceballos, Redactor de El Telégrafo Mercantil, en que se publicaron las observaciones.

Siguen los trabajos del bravo oficial del batallón de Gallegos e inteligente ingeniero D. Pedro A. Cerviño, cuyas observaciones comprenden casi todo el año 1805.

Cerviño, de la familia de los señores Bilbao, fue un geógrafo distinguido que vino de Europa con el célebre Azara para la demarcación de límites con Portugal.

Más extensas aún que aquéllas, son las observaciones que durante varios años hizo el Dr. D. MANUEL MORENO, y que dio a conocer WOODBINE PARISH en su libro sobre el Plata, habiéndose publicado ya las de CERVIÑO y de CEBALLOS en varias Obras, como las de NÚÑEZ, BEAUMONT y otros.

Después de los trabajos de Moreno queda un vacío de 1823 a 1829, en que el clima no fue estudiado, pero desde

1829 comienzan las observaciones meteorológicas del Departamento Topográfico que duran catorce meses, hasta 1830.

Desde 1831 principia nuestro clima a interesar al eminente profesor Mossoti, cuyas observaciones llegan hasta fines de 1834. Mossoti fue el primero que comenzó a estimar la cantidad de agua de lluvia en esta capital; pero no se ha podido averiguar qué medida empleaba, creyéndose que fueran las pulgadas inglesas.

En seguida vienen las observaciones a que dio lugar el viaje del vapor norteamericano, mandado por Mr. Page, el Waterwich, tomadas por el Dr. Kesmedy y publicadas por Pacre en su obra sobre este viaje. Estos trabajos corresponden desde 1853 a 1856.

Desde este año la meteorología argentina adquiere un colaborador inteligente, asiduo y ya célebre en sus anales, en cuyo servicio acaba de perder desgraciadamente la vista: es el señor D. Manuel Eguía, de cuyos trabajos dice el señor Gould:

“El cuidado y buen éxito de sus observaciones han sido tales, que con el sólo estudio de ellas puede determinarse el clima de Buenos Aires, las constantes numéricas que lo caracterizan, los límites normales de su variación, y casi todo lo que se necesita para su descripción esmerada y prolija.”

Menos numerosa, aunque importante, es la serie de las observaciones llevadas aquí prolijamente por el marino D. Juan de Boer, capitán de mar, que en sus viajes a las Indias habíase ocupado de observar el clima, haciendo conocer en

Europa los resultados obtenidos. Las observaciones del señor de Boer establecido en nuestro comercio, han sido discutidas y publicadas en Europa y hoy quedan incorporadas a la oficina argentina.

Concluyen las tablas con la serie moderna también de las observaciones que dirige en el Colegio Nacional el profesor Rosetti.

El Dr. Gould no menciona las observaciones del general Espejo, que constituyen una serie termométrica prolija y sostenida. Son quizá las únicas observaciones permanentemente tomadas en el barrio del Retiro.

La tercera parte de la obra del Dr. Gould comprende la comparación, reducción, corrección y discusión del trabajo de los colaboradores.

Concluye el libro con la relación de las manchas del sol con la temperatura, verdadera novedad para la ciencia, dada la latitud de las observaciones.

Viaje a las regiones septentrionales de la Patagonia, por D. GUILLERMO COX, I vol., en 8ª, Santiago de Chile, 1862 a 1863.

Fortificación y colonización de las fronteras del Sur de la República Argentina, por D. ÁNGEL PLAZA MONTERO, I vol., en 8º, Buenos Aires, 1864.

Memoria presentada por el ministro de Estado del Departamento de Guerra y Marina al Congreso Nacional de la República Argentina, 1864, Buenos Aires, I vol., en 8º. Trae las Memorias del general D. WENCESLAO PAUNERO sobre la ocupación del río Colorado, y sobre la defensa de la sierra de la Ventana.

Argirópolis o la capital de los Estados Federales del Río de la Plata, por DOMINGO F. SARMIENTO. Santiago de Chile, 1850, Imprenta de Julio Belin y Cía. Solución de las dificultades que embarazan la pacificación permanente del Río de la Plata, por medio de la convocatoria de un Congreso, y la creación de una capital en la isla de Martín García, de cuya posesión (hoy en poder de Francia), dependen la libre navegación de los ríos y la independencia, desarrollo y la libertad del Paraguay, el Uruguay y las provincias argentinas del litoral.

Revista del Plata, periódico consagrado a los intereses materiales del Río de la Plata, redactado e ilustrado por el ingeniero D. Carlos E. Pellegrini. Buenos Aires, 1853. Esta revista periódica ha publicado el Diario del viaje del piloto Descalzi, en el río Negro, con el plano de la navegación del mismo.

Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores presentada al Congreso Nacional en el año 1877, 4 tomos, en 8º, Buenos Aires, 1877. El primer volumen contiene las siguientes publicaciones importantes: 1º Documentos sobre la cuestión de límites con Chile; 2º Memoria Histórica, de D. PEDRO DE ANGELIS sobre los derechos de soberanía y dominio de la Confederación Argentina a la parte austral del continente americano, comprendida entre las costas de: océano Atlántico y la gran cordillera de los Andes, desde la boca del río de la Plata hasta el cabo de Hornos, incluida la isla de los Estados, la isla de Tierra del Fuego y el estrecho de Magallanes en toda su extensión.

Límites de Mendoza, con una exposición del derecho provincial en la cuestión de los territorios nacionales, por M. A. SÁEZ. (Santiago de Chile, 1873, Imprenta de la República.)

El Dr. Sáez ha acopiado en este libro algunas observaciones históricas de interés y un estudio general de las poblaciones mendocinas del sur.

Expedición sobre los indios del sur. Diario de marchas, situaciones y acontecimientos acaecidos en la división de la derecha, que se movió desde Mendoza a su fortaleza de San Carlos, para de allí marchar en combinación con las de San Luis, Córdoba y Buenos Aires el 1° de marzo de 1833, escrito en marcha por el coronel del 1er. batallón de la Convención Nacional, D. JORGE VELAZCO. (Mendoza, Imprenta del Estado, sin fecha).

Documentos de esta naturaleza no necesitan recomendación. El ejemplar que poseemos nos fue regalado por el general D. Julio A. Roca y perteneció al Dr. Edmundo W. Day, de Mendoza, explorador de los ríos Atuel y Salado. Está anotado por éste.

Quinto censo general de la población de Chile, levantado el 19 de abril de 1875 y compilado por la oficina general de Estadística en Santiago (Valparaíso, 1876, Imprenta de El Mercurio).

Anuario Estadístico de la República de Chile, correspondiente a los años 1868 y 1869 (Santiago de Chile, 1870, Imprenta "Nacional").

La Patria Chilena. Le Chili tel qu' il ert. Publications officielles de la Commission Directive Belge faites avec

l'approbation de la Commission de l'Exposition internationale du Chili de 1875, par EDOUARD Si;vE (4 tomos). Valparaíso, 1876. Imprimerie du Mercurio.

Geografía Física de la República de Chile, por AMADO Ptssls.

No poseemos esta obra; pero hemos aprovechado algunas citas que traen otros autores.

Gramática de la lengua chilena, escrita por el R. P. misionero ANDRÉS FEBRES, de la Compañía de Jesús, adicionada y corregida por el R. P. Antonio Hernández Calzada, de la Orden de la regular observación de nuestro padre San Francisco. Edición hecha para el servicio de las misiones por orden del Supremo Gobierno y bajo la inspección del R. P. misionero fray Miguel A1nge1 Astraldi. (Santiago, 1846, Imprenta de los Tribunales.)

Compendio de la Historia Geográfica Nacional y Civil del Reino de Chile, escrita en italiano por el abate D. JUAN IGNACIO MOLINA. Primera parte que abraza la historia geográfica y natural, traducida al español por D. Domingo Joseph de Arquellada Mendoza, individuo de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla y maestrante de ronda. (En Madrid, por Don Antonio de Sancha, año MDCCLXXXVIII).

Principios de Meteorología. Exposición elemental de la doctrina, del viento y del tiempo, según las investigaciones más recientes, escrita en alemán por H. MoHht, traducida con autorización del autor por C. Pujazon, con 24 cartas y 35 grabados intercalados en el texto (en San Fernando, 1878).

Historia Argentina del Descubrimiento, Población y Conquista de las Provincias del Río de la Plata, escrita por Ruy DfAZ DE GUZMÁN en el año 1812. Primera edición, ilustrada con disertaciones y un índice histórico y geográfico para la más fácil inteligencia del texto. (Buenos Aires, 1835, Imprenta del Estado), Colección de Angelis.

II. CARTOGRAFÍA

La tarea de hacer la crítica de cada una de las cartas geográficas que hemos tenido a la vista sería inoportuna en esta noticia, por su extensión y por el carácter del trabajo.

Sin embargo, consignaremos breves observaciones sobre las cartas que gozan de mayor reputación y sobre otras cuyas inexactitudes sean tan graves que exijan rectificación.

Carte des Pampas de Buenos Ayres et de la Patagonie, par A. GUINNARD. Contiene: Route suivie, par M. Guinnard, jusqu'à sa capture par les Patagons; parages fréquentés, par M. Guinnard, pendant sa captivité. Route suivie, par M. Guinnard, pendant sa fuite. Los errores de esta carta son enormes. Las islas de Choele-Choel, verbigracia, han sido convertidas por él en un inmenso lago, que denomina Lac Rosa. La toldería ranquel de Lerrucó la sitúa al pie de los Andes y a su lado las tolderías del Calfucurá de Salinas Grandes,

Atlas de la Confédération Argentine, par M. MARTÍN DE MOUSSY.

Esta obra importante fue concluida por M. L. BAUVET con el concurso del sabio geógrafo MALTE BRUN. Está precedida de una Introducción cartográfica y de una breve descripción del país. Después del mapa general de la República y del de los Estados y territorios federales, trae varias cartas y planchas geognósticas y geológicas. Los elementos de M. Moussy no eran completamente exactos, adoleciendo sus cartas de las consiguientes inexactitudes, cuya rectificación es la tarea de toda una época. El Dr. Burmeister dice que las cartas de Moussy son fantásticas. (Desc. Phys, de la Rép. Arg., t. I, Pág. 376 nota 76 en la Pág. 306.) Sin embargo, él se apoya a menudo sobre los trabajos de M. Moussy

Planos de la nueva línea de Frontera sobre la Pampa, 1877.

Este Atlas es lo más importante y aproximado a la verdad que se ha publicado. Es el anexo de la Memoria especial del Dr. ALSINA sobre la línea de Carhué. Las cartas fueron construidas por los ingenieros militares; pero adolecen de numerosos errores en todo lo que se refiere al territorio del exterior de la frontera.

Karte der provinz de Santa Fe. Mit dem Kolonien, 1872 (anónima).

Plano Topográfico de la Provincia de San Juan (de la República Argentina), levantado por orden del señor gobernador de la provincia, D. Domingo Faustino Sarmiento en el año 1863, por el ingeniero ENRIQUE SHADE, revisado, completado y dibujado por el mismo en el año 1871. (Impreso en Gotha por C. Hellforth.)

Provincia de Buenos Aires, carta del ingeniero NICOLÁS GRONDONA, 1875. Impresa en Rosario. Esta es una carta meramente comercial, dibujada sobre la base del Meridiano Nacional de Córdoba y muy inexacta en la sección fronteriza. Este y otros mapas del mismo autor, de que nos ocuparemos en seguida, son ligeros bosquejos destinados al uso del comercio.

Croquis Topográfico de la antigua y nueva línea de las fronteras sur y sudeste de Córdoba y sur de Santa Fe, según las explotaciones hechas por el coronel D. Lucio V. MANSILLA. Impreso en Buenos Aires. Es importante por los datos positivos que trae sobre los caminos que conducen al territorio de los ranqueles, cuyas lagunas y estaciones principales han sido prolijamente marcadas. Las distancias son aproximadas. Se encuentra en la obra *Excursión a los Indios Ranqueles*, del mismo autor.

Carta de una parte de la Provincia de Buenos Aires y las Pampas con demostración de la actual línea de fronteras, las proyectadas por el Gobierno Provincial y el Congreso Nacional, construida por el Departamento Topográfico, 1870. Buenos Aires, Lit. Simon. Esta carta trae inexactitudes capitales en la zona de los ríos Diamante y Atuel, especialmente sobre el curso del primero.

Mapa ilustrado de la República Argentina, por NICOLÁS GRONDONA. Impreso en Buenos Aires, 1877.

Colección de mapas de las provincias y territorios federales, por el mismo autor, 1877.

CARTA de la Provincia de Buenos Aires, con la división de los partidos y la nueva línea de fronteras sobre la Pampa,

según la Memoria de S. E. el señor ministro de la Guerra, por NICOLÁS GRONDONA (ing. geógr.) Impresa en Buenos Aires, 1877. (Long. Este del Meridiano Nacional de Córdoba.)

Plano de Arauco y Valdivia, con la designación de la antigua y nueva línea de frontera contra los indios, 1876. Construido por MANUEL J. OLASCOAGA. (Impreso en Chile.)

Plano de los llanos de Hipinco, frontera de Chile, levantado por el capitán de ingenieros D. A. MARTINEZ.

Carta de las Pampas del sur, dedicada al Excmo. señor vicepresidente de la República Argentina, Dr. D. Adolfo Alsina, por el coronel ÁLVARO BARROS, 1872. Dibujada por Enrique Allchurch. Impresa en Buenos Aires por Chaliér.

“Los contornos son tomados de Fitz Roy. Los detalles de la Pampa según informes verbales del coronel D. Eugenio del Busco. El río Negro, de Descalzi y Chidana. El río Limay, de Villarino y Cox. Los ríos Colorado y Neuquén, del coronel D. José Álvarez de Arenales. Los ríos Grande y Barrancas, de la expedición trasandina. El río Quinto y sus detalles, del coronel D. Lucio V. Mansilla. La parte de Chile, de Adam y Black.”

Proyecto de limitación territorial de las provincias de la República Argentina, y demarcación de los territorios nacionales presentado al Honorable Congreso, por el senador D. Nicasio OROÑO, 1869 (Impreso en Buenos Aires). Esta carta es sumamente inexacta, y más bien es un simple bosquejo, para dar una idea del proyecto del autor.

Carta del territorio argentino, con las cuestiones internacionales de límites, publicada por el ingeniero D. NICOLAS GRONDONA en Rosario de Santa Fe, 1875.

Map of Patagonia Showing captain Murters Route (anexo a la obra de este autor).

Derrotero del general Pacheco, a lo largo del río Colorado, plan copiado por D. PEDRO BENOIT (existente en el archivo del Departamento de Ingenieros de la Provincia); autor el coronel don FELICIANO CHICLANA, 1833.

Copia de una carta del río Negro, original que se supone ejecutado por el capitán D. LORENZO VILLARINO, ofrecida el 30 de noviembre de 1831 por el señor don G. GARI al Departamento Topográfico (en su archivo).

Carta del río Negro, por la Comandancia General de Ingenieros de Buenos Aires, 1835. (En el mismo archivo.)

Carta sobre el río Negro, anónima y sin fecha. (En el mismo archivo.) Comprende el río desde la boca hasta el fortín San Javier. Trae indicaciones útiles al navegante, sobre todo respecto a la manera de tomar la barra.

Carta del río Negro, por el capitán FITZ ROY.

Mapa de una parte de la Cordillera de los Andes en el sur de la provincia de Mendoza, que demuestra la traza del ferrocarril trasandino proyectado por el Planchón, y los pasos principales de los Andes, por el ingeniero EMILIO ROSETTI. Impreso en Buenos Aires, 1870.

Mapa de la República Argentina, construido por A. DE SEELSTRANG y A. DE TOURMENTE, ingenieros, por orden del Comité Central Argentino para la Exposición de

Filadelfia. Buenos Aires, 1875. Grabado por Curt Stiller, litografía de Alberto Larsch.

Carta Topográfica de la Pampa y de la línea de defensa actual y proyectada contra los indios, construida por orden del Excmo. Señor ministro de la Guerra y Marina, coronel Dr. D. Adolfo Alsina, según los mejores materiales y trabajos propios, por el sargento mayor D. F. L. MELCHERT, diciembre de 1875, Buenos Aires, litografía de A. Larsch.

Plano del fuerte "Nueva Roma" y del fortín "Romero", frontera de Bahía Blanca, levantado por orden de S. E. el señor ministro de Guerra y Marina coronel D. Martín de Gainza, por el sargento mayor D. F. L. MELCHERT, según datos del sargento mayor D. F. CARONTI, Buenos Aires, 1873.

Plano Topográfico de la frontera O. de Buenos Aires, levantado por orden de S. E. el señor ministro de Guerra y Marina, coronel D. Martín de Gainza, por el sargento mayor D. F. L. MELCHERT, Buenos Aires, 1873.

La carta fue levantada con ocasión de la expedición del coronel Lagos realizada en 1872 sobre los indios de Pinthen. En ella se puede seguir la marcha de la división, de la que formaba parte el mayor Melchert.

Plano Topográfico de la frontera norte de Buenos Aires, levantado por orden de S. E. el señor ministro de la Guerra y Marina, coronel D. Martín de Gainza, por el sargento mayor D. FEDERICO L. MELCHERT, Buenos Aires, 1873.

Plano Topográfico de la frontera costa sur de Buenos Aires, levantado por orden de S. E. el señor ministro de la Guerra y Marina, coronel D. Martín de Gainza, por el sar-

gento mayor D. FEDERICO L. MELCHERT y el capitán D. J. WISOCKI, Buenos Aires, 1873.

Plano Topográfico de la frontera sur de Buenos Aires, levantado por orden de S. E. el señor ministro de la Guerra y Marina, coronel D. Martín de Gainza, por el sargento mayor D. FEDERICO L. MELCHERT y el capitán D. J. WISOCKI, Buenos Aires, 1873.

Plano General de las fronteras de San Luis, sur de Córdoba y sur de Santa Fe, levantado por orden de S. E. el señor ministro de Guerra y Marina coronel D. Martín de Gainza, por el capitán de ingenieros D. J. WISOCKI, Buenos Aires, 1873.

Plano de un ferrocarril de circunvalación a las fronteras de la Provincia de Buenos Aires, por D. EMILIO E. LANDOIS y Cía., Buenos Aires, 1875.

Plano General de las fronteras de Buenos Aires sobre la Pampa, levantado por orden de S. E. el señor ministro de la Guerra y Marina, coronel D. Martín de Gainza, por el sargento mayor don FEDERICO L. MELCHERT, abril de 1873, Buenos Aires.

Plano Topográfico de la 1ª línea de frontera O. de Buenos Aires, levantado y dibujado por orden del señor comandante en jefe de dicha frontera, teniente coronel D. MARCELINO E. FREYRE, Guaminí, 11 de noviembre de 1877. Inédito, el original existe en nuestra colección particular.

Cuando se publicó el Atlas de Fronteras con que el Dr. ALSINA acompañó su Memoria especial sobre el asunto, encontramos algunas deficiencias en las cartas de la frontera

O. Entonces escribimos a nuestro amigo Freyre, pidiéndole que hiciera levantar un nuevo plano topográfico de su frontera, con los detalles que por su carácter o por el tiempo en que fue construido, no pudo traer el Atlas. El comandante Freyre oyó nuestro pedido y nos remitió aquel plano, que por sus detalles y exactitud es el mejor del territorio que se encuentra bajo el mando de aquel jefe.

Mapa de la Provincia de Buenos Aires con designación de partidos, construido en conformidad con los últimos trabajos topográficos, hechos por la oficina de ingenieros de la Provincia de Buenos Aires, dibujado y publicado por F. TAYLOR, Buenos Aires, 1877. Martín Jáuregui, grabador.

Proyecto del ferrocarril Central Argentino de Rosario de Santa Fe a la ciudad de Córdoba. Plano de los terrenos concedidos a la empresa por ley nacional el 26 de mayo de 1863, por el ingeniero ALBANO M. DE LABERGE, 1867. Rosario, 1871. Este plano no es más que una reproducción del original de Laberge, que fue oficial de la marina francesa. Para mayor claridad aquí se han pintado los terrenos de la concesión, los caminos, incluso el ferrocarril, los ríos, arroyos, cañadas, lagunas, montes, etc., etc. Se han añadido en este plano todos los datos que se ha podido recoger sobre las propiedades tanto particulares como fiscales, vecinas a la línea férrea, tomándolos de los trabajos de la comisión topográfica de Córdoba, presidida por Laberge, y de los trabajos de los señores ingenieros de la provincia de Santa Fe, con especialidad de los del señor D. J. Bustinza. (Nota del editor.)

Mapa original de la República Argentina y Estados adyacentes, comprendiendo las Repúblicas de Chile, Paraná y

Uruguay, compilado sobre los últimos trabajos hechos por la oficina de ingenieros nacionales de la República Argentina, de los diferentes departamentos topográficos provinciales y de otros materiales hechos o facilitados por el coronel de ingenieros D. JUAN CETZ, D. POMPEYO MONETÁ, jefe de la oficina de ingenieros nacionales, R. A., mayor D. IGNACIO RICKARD, F. R. S. E. etc. y otros, por el Dr. D. A. PETTERMANN. Segunda edición, corregida, incluyendo Patagones como territorio argentino. (Gotha, Justus Perthes, 1875.) Únicos agentes en el Plata para la venta de este mapa, señores Mackern Hermanos, Buenos Aires. El Dr. Burmeister ha escrito sobre esta carta lo siguiente:

“En cuanto a la carta de la República Argentina, publicada por el mismo célebre geógrafo en el número 39 de los cuadernos complementarios y para la cual, por una invitación especial suya, he escrito un texto compendioso, es evidentemente un bello y excelente trabajo, al cual solamente se puede criticar el haber acordado a veces demasiada confianza a fuentes poco eficaces. Ya había prevenido de antemano al Dr. Pettermaan, sobre algunos de los materiales y le manifesté el deseo de que me enviara la carta, antes de publicarla, para poder formar la base de mi texto. No satisfizo mi deseo, y me he visto obligado, a causa de instancias repetidas, a componer el texto sin haber visto la carta; de lo cual resulta, que los dos trabajos difieren en muchos puntos, el uno del otro.

Una nota adjunta a mi texto por Mr. Haheritch, establece estas diferencias. Indica que el trazado de las cordilleras de

la meseta del norte hasta el Aconcagua es defectuoso, puesto que entre los 28° 30' y 32° lat. S. se ha señalado una segunda meseta alargada que no existe. Los lagos a que concurren el río Dulce y el río Primero son también muy grandes, porque el uno y el otro, la laguna de los Porongos y la de Mar Chiquita, no son más que grandes pantanos con una pequeña laguna en el centro, exactamente como la laguna, mucho más grande, de Bebedero, situada a los 34° de lat. S. La laguna Arnarga, bajo los 35° y la Curacó, bajo los 38°, tienen también un contorno menor que aquella gran laguna y se encuentra representada en la carta erróneamente. En efecto, cuanto más al sur están situados los ríos de que ellas forman la extremidad, son más pobres en agua y más incapaces de alimentar grandes lagos.

Las salinas de la provincia de Catamarca y San Juan (28° y 31° lat. S.) han sido dibujadas como grandes lagos, aunque ellas no contienen agua y sólo forman bañados aislados durante las fuertes lluvias y por poco tiempo. En fin, los nombres de las localidades tomadas en gran parte al Atlas de Martín de Moussy, así como la naturaleza del país, carecen de exactitud y reposan más sobre la fantasía que sobre las observaciones del autor como todas sus cartas.”

Descrip. Phys. de la Rép. Arg. por H. BURMEISTER (t. I, pág. 390, note 97). Pettermann llama laguna de San Lucas a la de Epecuén, vulgarmente conocida por Carhué. Aquél fue el nombre que le dieron los españoles.

Plano del río Negro por el piloto D. NICOLÁS DESCALZI, 1833, Buenos Aires. Ha sido publicado por el ingeniero Pellegrini en la Revista del Plata.

Itinerario de las marchas del general Pacheco en 1833 sobre el Colorado y plano del curso de este río desde Choique-Mahuida hasta el paso de Pacheco (anónimo).

Este importante plano se encuentra en el archivo del Departamento de Ingenieros de la Provincia y suponemos que fue hecho por el coronel Chiclana.

Carta para la inteligencia del informe sobre fronteras presentado al Excmo. Gobierno Nacional, por el general D. WENCESLAO PAUNERO, Buenos Aires, abril de 1864.

Carta de la provincia de Mendoza, por M. A. SÁEZ. (Chile, 1873.) Es aproximada a la verdad y trae las nacientes de los ríos Atuel, Diamante y Colorado con exactitud.

Plano Topográfico de la expedición a las tolderías del cacique Pincen, levantado por orden del comandante en jefe, coronel don Contado E. Villegas, por JORGE RHODE (1878, manuscrito en nuestro archivo particular).

Este plano nos fue remitido por el coronel Villegas a consecuencia de haberle escrito pidiéndole que nos hiciera construir un itinerario de la zona recorrida.

Plano del río Colorado por el itinerario de la marcha de regreso de la división del general Pacheco, por el coronel D. FELICIANO CHICLANA. En el Archivo del Departamento de ingenieros de Buenos Aires. Copia en nuestra colección. Es la carta más importante y exacta existente sobre el río Colorado entre el Paso de Pacheco y Choique-Mahuida.

Mapa Geográfico de las Pampas de Buenos Aires. Comprende isla mayor parte del reino de Chile, para demostrar cuán importante es la extensión de nuestras fronteras hasta los ríos Negro y Diamante, y las comunicaciones que entonces podrían abrirse por la Cordillera con las partes meridionales de aquel reino. Construido por D. SEBASTIÁN UNDIANO Y GASTELLÚ, capitán del Regimiento de Voluntarios de caballería de milicias disciplinadas de la ciudad de Mendoza. Año 1804. (Inédito, copia en nuestra colección.)

Plano Topográfico de la frontera sur de Mendoza, levantado por el sargento mayor de Ingenieros D. FEDERICO HOST. (Inédito.)

APENDICE

ADVERTENCIA

LA CARTA siguiente del comandante D. Manuel José Olascoaga debió ser utilizada en el capítulo de la descripción del territorio; pero nos fue remitida cuando ya estaba en prensa y por eso la insertamos íntegramente en este lugar, salvando nuestros juicios respecto a la cuestión con Chile, que ligeramente toca aquel jefe.

Hemos dado al Apéndice una forma más concisa, reduciéndolo a dicha carta, a la iniciativa del general Roca de llevar la frontera al río Negro y a las leyes de 1878.

En cuanto a la Memoria de Letelier sobre la frontera de Chile, no es necesaria ya su reproducción desde que en la primera edición la dimos a conocer.

CARTA DEL COMANDANTE OLASCOAGA

Señor Dr. D. Estanislao S. Zeballos.

Mi distinguido doctor y amigo:

Accediendo con mucho gusto a su indicación le dirijo los apuntes referentes al territorio de la falda de los Andes al sur de Mendoza.

Lo hago con tanto más buena voluntad cuanto que desde hace muchos años tengo la convicción de que es la más preciosa región de nuestro país, a la que atribuyo tan grande importancia en varios conceptos, por su situación, por su riqueza mineral, por su hermosa vegetación, por sus facilidades de viabilidad hacia el oriente y hacia el occidente hasta los dos océanos, y sobre todo por la especialidad de su topografía, que tengo el íntimo convencimiento de que el día que esa región sea arrebatada al dominio de los indios Pehuenches y Chilenos que hasta hoy la explotan merced al desamparo que de ella habíamos hecho, se abrirá una nueva y grandiosa esfera a la actividad comercial y política de nuestro país y nos proporcionará además garantías positivas de seguridad ulterior en la frontera general de la República.

Sólo el hecho de no haber sido bastante explorado y conocido este importante territorio, puede darnos la razón de no haberlo ocupado desde hace muchos años, siquiera por haber visto que en su vecindad al otro lado de la cordillera florecían once provincias chilenas, que lo han adoptado como una especie de expansión de la estrechez territorial de aquella República, cultivando relaciones con los indios, que son hasta hoy sus únicos poseedores, y llevando la especulación hasta explotar el producto de su pillaje en toda nuestra frontera sur.

Usted que se ha consagrado al estudio de nuestros territorios desconocidos y ha puesto sobre sus hombros la tarea

cien veces benéfica de ilustrar la opinión en este ramo, comprenderá cuánto puede surgir de grande e inesperado de la región que paso a describirle, según los conocimientos relativamente escasos que de ella tengo por exploraciones personales e indagaciones que he hecho siempre con creciente interés.

Usted juzgará, doctor, por sí mismo, poniendo de mi parte bajo el amparo de su talento las deducciones que acompaño.

El territorio de las faldas de los Andes está comprendido entre esta gran cordillera por el O., los ríos Diamante, Atuel y Chadi-leuvú que lo rodean por el N. y E., y los caudalosos afluentes del Colorado y Negro por el S.

La estructura topográfica de esta región es alegórica: una fuente de riqueza que inclina su plano justamente en la dirección de la Pampa desierta, para derramar en ella los abundantes elementos de progreso que encierra, enviándole desde luego dos grandes ríos como prenda anticipada de lo mucho que le promete en el porvenir.

Dados los límites expresados, este territorio es propiamente la demarcación de los indios Pehuenches (indios de loa pinales), aludiendo a los abundantes bosques de pinos que se encuentran en muchos puntos inmediatos a la cordillera desde el paralelo 36 aproximadamente, al sur.

Esta demarcación tendrá de ancho unas sesenta leguas de la cordillera al Chadi-leuvú; estrechándose más al sur entre la cordillera y los dos principales afluentes del río Negro.

Del Diamante hasta Nahuel-Huapí habrá ciento cuarenta leguas, haciendo su todo una superficie de seis mil leguas, de

las cuales mil quinientas comprendidas entre el cordón longitudinal de cerros que ligan el Nevado con el Payén y el río Chadi-leuvú, son de terreno llano y blando como lo general de la Pampa; mucho monte de leña en la parte superior, guadales y lagunas en la parte que se aproxima al curso del Atuel, como que son derrames de este caudaloso río; abundantes pastizales y aguadas en toda la falda de los mencionados cerros, y campo franco y duro en la parte sur entre éstos y el río desde donde comienza a llamarse Chadi-leuvú.

Las 4.500 leguas restantes con lo que se llama propiamente terreno de faldas, comúnmente duro y siempre ondulado.

En su mayor parte está surcado de infinidad de cursos de agua que lo riegan y que podrían recibir variadas direcciones para aplicarse a la agricultura, por la altura que traen desde su origen. Pintoresco en accidentes, cetros, lomadas, bosques, valles pastosos: en la parte que se aproxima a la cordillera, grandes y verdes quebradas, inmensas hondonadas de campos rodeados de cetros donde pueden pastar con abrigo y seguridad cientos de miles de vacas.

Este territorio está ornado generosamente por la naturaleza de todas las buenas cualidades para los negocios de la ganadería y la agricultura. Su topografía, admirablemente dispuesta para la crianza y guarda de toda clase de ganado.

Gran cordillera, allí, como en todos los demás puntos de su falda oriental, toma por este lado larga distancia para desarrollar sus pendientes hasta el llano, distancia que nunca bajó de unas cuarenta leguas; muy al contrario de lo que se ve del lado de Chile donde el descenso es vertical y rápido.

Nada más bello que la cordillera en la zona que describo.

Desde la cima nevada que parece un peldaño del cielo viene formando valles, siempre surcados por arroyos. Estos valles, rodeados de cerrilladas, de colinas que se van separando abriendo sus distintas direcciones como un cordón que se destuerce, forman muchos potreros naturales, magníficas abras donde desembocan varios afluentes y nacen los grandes ríos, como sucede por ejemplo en valle Hermoso, próximo al paso del Planchón y en el valle de Cochicó, poco más al sur.

Otras veces son hondonadas profundas, extensas, que penetran hasta lo más adentro de la cordillera; especie de golfos perfectamente amurallados de cerros, con una sola salida hacia el campo, donde una simple guardia, que puede colocarse en posición invencible contra cualquier número de enemigos, defendería grandes establecimientos de crianza de toda especie de ganado.

Tal es la formación topográfica, puede decirse que rige uniformemente en todo este territorio de faldas.

Es de notarse que en la parte N. los valles son más abiertos y extensos que en la del sur, los pastos más fuertes, el piso más duro y los arbustos más pequeños y ralos.

En la parte sur desde que se pasa el Neuquén, el aspecto del campo cambia visiblemente. El suelo se oscurece cubierto por la vegetación, el bosque invade en muchas partes, los árboles se hacen gigantes, el agua aumenta, y la cordillera comienza a sufrir continuadas depresiones que permiten pasos de todo tiempo para los lados del Pacífico.

Desde el río Diamante hasta el Limay, esta linda región está predispuesta providencialmente para la creación de

veinte ciudades populosas y ricas que se desarrollarán rápidamente a la sombra de las primeras guardias que allí se establezcan, y serán otras tantas fuentes aduaneras para el Tesoro Nacional. Hallándose en equivalente posición a la de los demás pueblos trasandinos del norte, estarían sin disputa en muy superiores condiciones de situación geográfica, de calidad de terreno, de clima y de relaciones con el comercio exterior, inmediatas y con más fácil acceso a Chile y costa del Pacífico, tendrían al mismo tiempo el uso de cuatro ríos navegables que dan salida hasta el Atlántico por el Colorado y el Negro y casi una comunicación interoceánica, por agua, que no estará lejos de realizarse por el río Negro, Limay y Nahuel-Huapí.

Sabemos ya que desde este último punto hay sólo 22 leguas de tierra que interrumpen esa comunicación, según lo demostraron prácticamente los viajeros contemporáneos Fonck y Hers.

Un canal de sólo 22 leguas, aunque fuera todo él excavado en el granito, sería muy insignificante costo para ser el precio del establecimiento de una corriente de comunicación y comercio universal entre los océanos.

El primer día de la ocupación militar del río Negro va a despertar indudablemente el pensamiento de esa gran obra.

Me parece verlo ya.

Esto puede dar desde luego una idea de la importancia y alcance de la ocupación del río Negro.

Y no es ésta todavía la más valiosa aplicación del sistema iniciado por el general Roca en cuanto toca al territorio de la falda de los Andes.

Continuando el estudio de esta región conoceremos de qué modo puede ella ser aprovechada para garantizar la paz de la pampa y dominar los indios con más facilidad y eficacia que la que pudiera presentar la actual línea de frontera de Buenos Aires y su prolongación al oeste.

A propósito, voy a ocuparle un momento la atención con algunos antecedentes y consideraciones sobre el río Atuel.

Para esto quiero reproducir algunas palabras del general Roca consignadas en la carta dirigida a Vd. con fecha 27 de setiembre próximo pasado y publicada al frente de su importante libro.

Dice el general Roca.

“Tenemos además que corregir la geografía de esa región y averiguar por prolijos estudios hidrográficos sobre las innumerables corrientes que se desprenden de los Andes desde San Rafael a Nahuel-Huapí y se precipitan al mar por el Colorado y el Negro, si, como dice el coronel Jorge Velazco que acompañó a Aldao en su expedición el año 33 al sur de Mendoza, el Chadj-leuvú y el Atuel son navegables para bergantines y fragatas, y si se podría vaciarlos con un costo de 4 a 5 mil pesos en el Colorado, por la extremidad sur de la isla de Limen-Mahuida, donde media apenas una distancia de 25 kilómetros entre éste y aquéllos.

He aquí uno de los grandes problemas que resolverá la ocupación del río Negro, que por sí sólo justificaría los esfuerzos que va a hacer la República, buscando su seguridad contra los bárbaros del desierto.”

Tengo la persuasión de que el general va a resolver felizmente ese problema.

El río Atuel, que nace, se desarrolla y termina en la parte superior de la región andina, merece en efecto considerarse con interés. Lo forman varios arroyos que riegan los más hermosos valles que se encuentran bajando de San Rafael al S. O. en la dirección del paso del Planchón. Bastante poderoso al atravesar las últimas pendientes de la cordillera, lanza su curso al N. E. hasta aproximarse cuatro leguas de San Rafael. Allí inmediato toma su último plano, se encajona en un cauce profundo y angosto y se dirige tranquilo hacia el S. E. buscando la incorporación del Nuevo Salado que baja rectamente al S. Ambos forman el Chadi-leuvú que continúa al mismo rumbo y después gira bruscamente al E para sumirse en el lago de Urre-Lavquen, centro de la Pampa.

El río Atuel parece hubiera tenido el instinto de buscar la incorporación de otros ríos que lo refuercen para llegar al océano, y se ha perdido con ellos en la mitad del camino.

Ahora irá en su auxilio la mano del hombre. Porque parece que ha llegado la hora de ver con inteligencia y aprovechar los dones generosos que la Providencia ha hecho a nuestro país para que sea el más grande y rico de la tierra.

El Atuel es un río positivamente navegable desde que enfrenta a San Rafael hasta la confluencia del Chadi-leuvú y de allí hasta el lago ya nombrado.

En tales condiciones, el Atuel es pues la llave de la Pampa.

Cruz lo vio en 1806 y el coronel Velazco en 1833. Ambos opinaron de acuerdo respecto de su navegabilidad.

El Dr. Edmundo W. Day, distinguido médico inglés hoy residente y afincado en Mendoza, practicó una incursión por el Atuel en 1859, navegándolo desde la altura de San Rafael al sur por más de 20 leguas, en una pequeña embarcación que hizo construir al efecto.

Única vez que el río ha sido explorado de ese modo.

Conviene saber que el Dr. Day es una persona de importancia por su ciencia y antecedentes. Fue preceptor de Clínica en el Hospital general de la Reina en Londres y salió de Inglaterra en desempeño de una comisión científica del Gobierno. Cuando vino a Buenos Aires en 1850 y se presentó a obtener la patente de su profesión, los miembros del Protomedicato de que era presidente el Dr. Muñiz, lo felicitaron ardientemente después del examen en vista de su resultado y de los diplomas que exhibió, los que demostraban haber merecido notables premios y las más honoríficas recomendaciones de los primeros médicos de Londres.

Inclinado a la exploración y estudio de lo desconocido, propio instinto de hombre de ciencia, visitó el territorio andino al sur de Mendoza y entonces comprendió la importancia del río Atuel. La incursión que he referido y los mayores conocimientos que adquirió con ese motivo, de la topografía general de esa región, con relación al grandioso porvenir que en ella se prepara para la República Argentina y especialmente para Mendoza, despertaron en el Dr. Day un interés tan vivo y entusiasta, que hasta hoy hacen en él la preocupación de todos los momentos.

Poco comprendido ha sido sin embargo, en Mendoza, ese noble interés de un hombre que, además de ser ya muy rico, tiene allí cuanto quiere con el solo ejercicio de su profesión.

A fines del año 63, practiqué yo nuevas explotaciones por el Atuel y campos contiguos, inspirado en las ideas del doctor Day, y desde entonces participo con igual entusiasmo de sus convicciones.

Voy a copiar dos cartas que conservo relativas a este propósito; la primera del Sr. general Mitre, entonces presidente de la República, y la segunda del general Paunero.

“Sr. Comandante D. Manuel Olarcoaga.

“Estimado compatriota:

“He recibido su apreciable carta fecha 19 del ppdo. mayo, de la que me he impuesto con todo interés, simpatizando vivamente con los trabajos que me participa haber emprendido para realizar un viaje por el Atuel y Chadi-leuvú, en la esperanza de hallar la comunicación de este río con el Colorado.

“Si tal resultado se obtuviese, lo que creo difícil por el conocimiento que tengo de otras exploraciones que se han hecho con objeto análogo, habría ganado inmensamente la Provincia de Mendoza y muy particularmente el pueblo de San Rafael; pero careciendo de confirmación los datos a que me he referido, la empresa de Vd. es muy importante para salir de dudas y saber de cierto a qué atenerse sobre el particular.

“Por lo que respecta a las medidas de que Vd. me habla, y coya adopción aconseja la importancia comercial que ha tomado ese pueblo, pos las causas que me comunica, el gobierno las tomará en consideración y resolverá lo que corresponda en oportunidad.

“Entretanto, aguardando el resultado de su empresa, me complazco en repetirme de Vd. como siempre, su affmo. amigo y S. S.

BARTOLOMÉ MITRE.”

Buenos Aires, junio 24 de 1868.

Sr. Comandante D. Manuel J. Olascoaga.

“Mi estimado amigo:

“Acabo de ver su carta al Presidente de la República sobre los esfuerzos y trabajos de Vd. para construir una embarcación y lanzarse por agua por el Atuel de Chadi-leuvú y reconocer la comunicación probable del Salado con el Colorado. Aplaudo de todo corazón su empeño que no puede menos de darnos un gran resultado que viene tan oportunamente a corroborar cuánto he escrito en mi Memoria, sobre lo importante que es, que cuanto antes resuelva el gobierno llevar la frontera al Colorado como último límite.

“Aunque Vd. no dice cuándo estará en actitud de emprender su exploración, yo me figuro que no podrá ser hasta la primavera, porque sería muy expuesto antes. Espero sobre esto sus primeras comunicaciones y aún las de González²⁰³

²⁰³ Entonces gobernador de Mendoza.

para saber a que atenernos, y esto me hace pensar que Vd. no ha debido dejar de escribirme cuatro renglones siquiera para advertirme de lo que escribía al Presidente. Sin embargo, y por culpable que Vd. sea de haber cometido semejante descuido, lo perdono en obsequio a la magnitud de la empresa, y de un pensamiento que deja entrever tan inmensos resultados para la civilización y los intereses de nuestro país.

“Le acompaño mi Memoria que contiene un plano con todas las líneas de frontera.

“No tengo tiempo más que para mandarle un abrazo de felicitación.

“Su amigo que lo estima de veras.

W. PAUNERO.”

El señor general Mitre, suponía por mi carta, que yo contaba con el hecho de la comunicación del Chadi-leuvú y Colorado. Sin duda me expresé mal. Lo que yo sabía entonces era que tal comunicación no existía; pero mi intención era que si podía llegarse por el río hasta su extremo sud, y era verdad lo que se había asegurado por los expedicionarios del 33 (y por la relación de varios indios) que la distancia de ese extremo al río Colorado no era sino de cuatro leguas, empeñarme en conseguir del gobierno de la provincia de Mendoza tan inmediatamente interesada, y por supuesto de la Nación los auxilios de gente y recursos necesarios para abrir un canal.

La empresa no se realizó por causa de obstáculos que es inútil hoy mencionar, pero que fueron muy ajenas a la practicabilidad material que siempre ha habido de llevarla a cabo.

La ocupación del río Negro y falda de los Andes que supone la de los afluentes del Colorado va a determinar sin duda ninguna la habilitación del Atuel y Chadi-leuvú como curso navegable.

Navegado el Atuel, y siendo su primer embarcadero tan inmediato a San Rafael, se transportaría en cualquier momento la fuerza necesaria para ir en pocas horas a desembarcar fresco y sin gasto de caballos en Urre-lavquen, por ejemplo, que es el corazón de la Pampa, sobre las posesiones más guardadas y preferidas de los indios, dominando de inmediato todas sus mejores guaridas y campos.

Según los conocimientos que se han adelantado sobre la Pampa, todas las posesiones principales de los indios que la habitan se hallan situadas sobre la costa izquierda del sistema del Chadi-leuvú y Atuel que termina en Urre-lavquen o Lago de las Brumas, como usted tan felizmente ha traducido. Allí han sido siempre los campamentos permanentes de Mariano Rosas, Epumer, Baigorrita, Pincen, Namuncurá. Allí fue la importante pesquisa hecha por el coronel Villegas; allí fue la que obtuvo el comandante Roca, allí acaba de ser sorprendido el famoso Namuncurá por la expedición al mando del coronel Levalle, y allí, tal vez en los momentos en que escribo estas líneas, ha tenido ocasión de dar un nuevo golpe el coronel Racedo; porque si en alguna parte de la Pampa quedan aún indios, será en esos lugares.

Son las guaridas más favorecidas por la naturaleza y a las que más apego han tenido en todo tiempo los Ranqueles.

Y aunque no pudiera realizarse por ahora la obra que manifiesta tener en vista el general Roca, de echar este río al

Colorado, el hecho sólo de navegarlo, así aisladamente, desde San Rafael hasta el Lago, importaría el dominio definitivo y eficaz de toda la región central de la Pampa.

Apelo a la opinión autorizada de todos los jefes que han recorrido y siguen batiendo esa Pampa de un extremo al otro, en todas direcciones, al aseverar que no es posible permanezcan tribus organizadas de indios no sometidos en ningún punto de ella, una vez dominados los campos que se hallan dentro de treinta leguas desde la orilla del Atuel, Chadi-leuvú y Urre-lavquen: son éstos justamente los campos de guarida indígena a que me he referido.

Si esto es así, se comprenderá que una fuerza cualquiera, embarcada en el Atuel, 4 leguas al sur de San Rafael, puede llegar en pocas horas a desembarcar fresca a cinco leguas del punto donde acaba de ser capturada la tribu de Namuncurá, 20 a lo más, en donde se tomó a Pincen y doce del lugar donde dio su golpe el comandante Roca.

Y si se lleva a cabo la idea de echar el Chadi-leuvú al Colorado, entonces esta línea completa de navegación hasta el Atlántico, fuera de ser la más rápida para transportar fuerzas a todo lugar de la Pampa donde hay tolderías, ligará en una sola vía fluvial la totalidad de las posesiones militares de la línea del río Negro y las que se establezcan en la falda de la Cordillera sobre la costa de los ríos Grande, Barrancas, Neuquén y Limay, todos ríos caudalosos que admiten navegación por embarcaciones menores durante seis meses del año.

Ahora pues, del embarcadero probable en el Atuel hay sólo 60 leguas a Villa Mercedes, última estación del Ferrocarril Trasandino. El camino está estudiado y se presta admira-

blemente para continuar sobre él la vía férrea que, dada la realización del nuevo sistema de ocupación militar, pondría en el más fácil y pronto contacto a esta capital con toda la línea del río Negro y la Cordillera.

¡Cuánto ahorro de gastos y de tiempo traería esto!

La economía de caballos y otros vehículos de traspone por tierra; la facilidad de llevar a los puntos de la frontera los productos de todas las provincias; la facilidad y poco gasto con que se haría el transporte de las provisiones, la marcha de las tropas y sus refuerzos o relevos; la seguridad para el envío de caudales y la comodidad en fin para los viajeros e inmigrantes que acudirán de todas partes a los ricos territorios vírgenes amparados por la fuerza pública, todo esto importa cien veces más en economías y beneficios para el Tesoro Nacional y para el país, en sólo tres o cuatro años, que el gasto de la prolongación del Ferrocarril Andino al Atuel.

Es inmenso el porvenir de nuestro país bajo el punto de vista del plan propuesto por el general Roca.

Ese bello sistema de operaciones y ocupación es el primer paso que se da entre nosotros para despejar los verdaderos horizontes de la Nación Argentina. Ningún gobierno dejará un timbre de gloria más durable en este concepto, que el Dr. Avellaneda.

Es pues la primera vez que se ha mirado al desierto que constituye casi la mitad de nuestro territorio total, con ánimo viril y con inteligencia.

Nos habíamos detenido durante siglos en los sistemas paulatinos, en los métodos tradicionales, y generalmente en

nuestro país lo tradicional es estúpido. Debíamos empeñarnos en sacar enseñanza y no copia.

Nunca se había tenido en cuenta el extremo occidental de nuestro territorio desierto del Sur en las operaciones y sistemas generales que se han realizado para asegurarnos contra las depredaciones de los indios.

La prueba es que recién advertimos que lleva siglos de fecha y de impunidad absoluta, en las faldas de los Andes -el estímulo y origen principal de esas depredaciones- la guarida más segura de los indios cada vez que se ha intentado perseguirlos seriamente en la Pampa, y el depósito de ganado robado.

Otra prueba es que ese territorio es hasta hoy menos conocido y estudiado por nosotros, que la misma Pampa. Recién estamos sabiendo que en él hay poblaciones extranjeras que se vienen formando desde tiempo inmemorial, alimentadas por el comercio de nuestra hacienda robada y bajo administración extraña a nuestros poderes públicos.

Y porque conviene poner en el verdadero punto de vista la importante cuestión de seguridad interior que hoy estamos ventilando, diré que una prueba más de lo dicho, y de que la opinión anda todavía a tientas en el asunto, es que la mayor parte de los órganos de la prensa, aun los más ilustrados, y aun muchos hombres notables, bien intencionados, tratan hasta ahora la cuestión frontera, como se trataba hace un siglo.

Todavía se tiene confianza en las líneas secantes de ocupación militar que atajan al indio.

Se les atribuye exclusivamente el buen éxito de operaciones que a la verdad han sido dirigidas sobre una base muy distinta.

Se comienza a tener confianza en el río Negro, sólo porque se sabe que es un río profundo que no prestará paso a los indios luego que éstos sean arrojados al sur de sus riberas.

No se comprende otra cosa mejor, que una buena línea de atajo, por cuyo sistema íbamos en camino hasta parar en la muralla de la China, que es su única perfección posible.

Y como se toma así, aisladamente, la línea del río Negro, los más reflexivos descubren naturalmente muchas objeciones que oponer a la seguridad que otros dan de que una vez ocupada ésta con las fuerzas que guarnecen la línea de frontera actual, estarán libres de invasiones las poblaciones que quedan rodeando el desierto por el este y el norte.

Este resultado es indudable; pero no lo será por la sola ocupación del río Negro, sino por cuanto el sistema, que en dicha línea se base, tiene la importancia estratégica de dominar efectivamente la Pampa, por la fuerza, por la influencia y por el desarrollo de movimiento dominante que instantáneamente va a producir.

Ese sistema, esta base, descansarán precisamente sobre la región territorial que dejo descrita.

He ahí sólo bajo el punto de vista de la viabilidad, el ideal de este gran sistema.

Lo rigurosamente práctico será muy poco menos.

De todos modos el dominio positivo de toda la Pampa y la acción más pronta y eficaz de la fuerza en protección de cualquier punto de ella tendrán su fundamento más sólido en

los territorios andinos. Allí está la base estratégica de la combinación del general Roca, porque es el verdadero centro y apoyo de la ocupación del río Negro, el cual por sí sólo no es sino una prolongación, un brazo de la máquina.

No debe pues temerse que por estar distante el río Negro de las poblaciones actuales puedan los indios (en el caso que quedasen algunos adentro) tener la posibilidad de practicar sus correrías impunemente; porque el sistema del río Negro va precisamente a dominarlos en sus mismas guaridas posibles, y no puede trepidarse un momento en creer que si hoy que tienen la posibilidad de escaparse a la cordillera y al sur de los ríos Colorado y el Negro, son perseguidos y capturados los principales caciques y las tribus más volantes de la Pampa, con mucha más seguridad lo serán cuando aquellas retiradas sean para ellos, en vez de una esperanza de salvación, un peligro cierto.

La zona andina que debe ocuparse, estando a los propósitos que el general Roca tiene manifestados desde hace mucho tiempo, según su carta al redactor de *La República*, fecha abril 24 de 1876, se halla en la vecindad, cordillera de por medio, con siete y ocho provincias chilenas en donde no faltan especuladores inmorales que compran a nuestros indios el ganado que nos roban, estimulando así, según es ya muy notorio, los malones que vienen sobre nuestras fronteras.

Esta es otra faz importante del sistema aludido.

La ocupación militar de esa zona, aunque no aprovecharemos para otra cosa su situación y la riqueza natural de sus campos, importará ahorrar pérdidas considerables a nuestro

país y concluirá con aquel pernicioso estímulo al robo, que ha dado origen a la mayor parte de los malones que los indios han traído a nuestra frontera sur.

Otra faz importantísima del territorio de la falda de los Andes es la riqueza mineral que contiene.

Ya se conocen las minas de plata descubiertas en las inmediaciones de San Rafael en la Sierra de La Pintada y hemos visto por los informes parciales que se han publicado, que aquello no es una ilusión.

Pero aquella riqueza se halla en un lugar tan mediterráneo que allí se realiza la fábula del viajero aéreo de julio Verne, el cual encontrándose en el centro del África con enormes trozos de oro, comprende, desesperado de poderlos transportar, que su valor sólo es relativo a esa probabilidad.

Si no se hace el camino a Villa Mercedes, esos valores minerales no tienen otra salida que para Chile, o no tendrán ninguna.

En la misma condición están los productos de las grandes labranzas de San Rafael. No tiene un camino para venir al litoral y alcanzar un precio que no haya sido excedido por los fletes.

Más al sur, cerca del nacimiento del río Neuquén, acaban de descubrirse otros minerales de plata por cateadores chilenos, según dio cuenta la Tribuna en días pasados transcribiendo la noticia de los periódicos de Chile.

El mineral del Payén²⁰⁴ de reputación histórica, pues se refieren contestes a él todos los viajeros notables que por ahí han cruzado, y según el abate Molina, proporcionó en abun-

²⁰⁴ Payén en la lengua india significa cobre.

dancia metal para fundición de muchos cañones, durante la época media de la dominación española en Chile, es muy conocido no sólo por esas tradiciones, sino también por las exploraciones modernas.

En el museo de Buenos Aires existen ricas muestras de este mineral remitidas por D. Luis Guiñazú, explorador o minero inteligente de Mendoza.

Más al sur todavía, por el paralelo 39°, tenemos la opulenta región orográfica de Villa Rica que hizo florecer varias ciudades de Chile, de la que los españoles, según dice el abate Molina, en su Compendio de la Historia geográfica, pág. III:

“Sacaron sumas inmensas, y para cuyo beneficio establecieron una casa de moneda en Valdivia y otra en Osorno: pero luego que los araucanos despojaron de aquellas tierras a los españoles con repetidos hechos de armas, cerraron aquellas minas enteramente, prohibiendo a toda clase de persona, bajo pena de la vida, el abrirlas de nuevo; porque aquel pueblo guerrero está muy distante de hacer el aprecio que hacemos nosotros de este ídolo adorado de la avaricia.”

Las minas a que se refiere el sabio abate están en la latitud antedicha compartidas en este y aquel lado de los Andes, región que aún permanece bajo el absoluto dominio de los indios de aquél y este lado.

En la Parte Segunda de dicha obra, pág. 134, dice:

“Jerónimo de Alderete fue enviado por Pedro Valdivia, en 1552, con 60 hombres a establecer una colonia sobre las

riberas del gran lago Lauquén a la cual dio el nombre de Villa Rica por la gran cantidad de oro que se encontraba en sus contornos.”

Agrega, pág. 257:

“Después de un asedio de dos años y once meses, Villa Rica, ciudad muy poblada y opulenta, cayó al fin en poder de los araucanos (1602).”

El padre misionero fray Francisco Imons dice en su carta escrita sobre los mismos lugares que recorrió en 1716.

“A seis leguas de esta población (Villa Rica) he visto unos cerros nombrados Wehapide (ahora Voipere), todos de pedernales y llenos de labores en que se manifiestan las vetas del saque por donde desentrañaban lo más firme siguiendo la guía de los diamantes, y aunque éstos no son visibles, no le queda duda a mi experiencia, abundan de diamantes estos dichos cerros.

Deseoso de reconocer alguna o parte del camino que corte al otro lado de la cordillera, tan ponderado por estos indios de bueno y trabajado por los antiguos pobladores, en lo poco que he logrado internarme, iba advirtiendo en la cordillera, que se pasa la mayor parte sin subida y sólo después de la laguna se sube un cerro bajo, algo montuoso, para salir a las campiñas, a las que inmediatamente hay una hermosa laguna, y al pie de ella un volcán nombrado Ricoleupu. (Este

volcán, hoy apagado, es conocido con el nombre Quetrupillan, cinco diablos.)

No sé cómo se puede ponderar la hermosura de este lago y su volcán plantado en la mitad de tan singular llanura, y siendo éste el camino para Buenos Aires, que me aseguran está inmediato, y lo conozco por mi observación, puede este volcán servir de guía a cualquier persona que intente dirigirse a aquella ciudad.

Últimamente, padre mío, el Diario de sus figuras que llevo trabajado con tanta eficacia, darán más que admirar que cuanto yo pueda decir, estando muy despacio, que ahora no es decir nada por escribir tan de prisa.”

De que existen ricos depósitos metálicos en la región que ha venido describiendo de este lado de los Andes desde la altura de Malargüe hasta Villa Rica, hay pruebas evidentes en todas las provincias del sur de Chile, donde hay mucha gente que cultiva relaciones con los indios de este lado; y a no ser la resistencia tenaz de éstos a toda explotación de minas y el cuidado con que ocultan los lugares donde hay piedras metálicas que ellos llaman Yancas, ya hace mucho tiempo estarían en labor por empresarios chilenos muchas minas en la falda oriental de la Cordillera en la parte a que me refiero.

Muy a menudo se ha visto en Linares, en Chillón, como en Concepción y Valdivia llegar indios pehuenches vendiendo Yancas que eran compradas por los inteligentes con más o menos aprecio. Que estas Yancas han sido muchas veces de plata nativa, es un hecho que muchas personas lo han verificado.

Hay algunos lugares en la falda de la Cordillera sur que tienen por nombre Yancagnelo (el de las Yancas) Yancagnen (tiene yancas) .

Por el año 1865 varias personas de Valdivia se empeñaron en explotar una riquísima mina de plata de que habían venido muchas yancas de muestra, en las inmediaciones del paso de la Cordillera de Villa Rica. Entre estas personas se encontraba el señor D. Ignacio M. Agüero, hacendado respetable, de mi amistad, y de bastante influencia para con el cacique principal de Villa Rica, Catoñín, a quien también conozco particularmente.

Por la influencia del señor Agüero y la demostración de la riqueza a explotar, se logró interesar al cacique para que permitiese trabajar la mina dándole valiosa participación en ella.

Salvado este primer requisito, se dirigieron al sitio mineral doce o catorce personas entre socios, ingenieros y barreteros.

Se trataba de hacer el primer tiro y sacar suficiente cantidad de metal para presentarse en Valparaíso y promover una gran compañía de explotación.

Comenzó a hacerse el taladro y todo iba perfectamente.

Concluido el taladro se echó la pólvora. Pero al ir a dar fuego, los indios que se habían juntado durante la operación blandieron sus lanzas y se interpusieron en actitud amenazante.

Un orador indígena había levantado su voz diciendo que aquello era el principio de una población huinca (cristiana) y que traería la dominación de las tribus de todo el contorno.

Los empresarios cristianos no tuvieron otra cosa que hacer que retirarse dando gracias a Dios que no se les ocurriera a los indios cortar con ellos el mal de raíz.

Se agrega que los indios sacaron después con todo cuidado la pólvora del taladro y amontonaron encima muchas piedras para evitar ulteriores tentaciones huincas.

Los indicados pehuelches que se hallan ea esta falda de la cordillera son numerosos pero muy reducibles, puesto que entre ellos sirven muchos cristianos y hay establecimientos de estancia con ganado pertenecientes a muchas personas del sur de Chile. No tienes allí autoridades más inmediatas que las chilenas y les dan muchas veces pruebas de subordinación.

Ellos sólo temen en invierno a las autoridades argentinas porque en ese tiempo se ven obligados a salir a los campos que llaman de invernada los que se hallan más en descubier-to, y la cordillera entonces no se presta para las retiradas con la mucha hacienda que siempre pastorean.

Bien pronto se verán obligados a respetarnos durante las cuarto estaciones del año.

Estas tribus comienzan en la costa norte del río Barrancas donde manda el cacique Juan Millalen y terminan en la misma ribera del Limay donde gobierna Shayhueque.

Creo calcular aproximadamente su número en unas 8.000 lanzas, de las cuales 5.000 pueden reputarse completamente reducidas.

Los caciques que encabezan estas tribus siguiendo el orden de N. a S. y los lugares que ocupan, son como sigue:

Juan Millalen (a) Juan Chico, da las Barrancas.

Levian, sucesor de Juan Agustín, muy inmediato, pasando el río Cochicó (agua de las mariposas).

Udalman en Tricao-Malal, Tranaman en los maitenes, Caepi Vido o Curaleva gobierna hasta la orilla del Neuquén.

Queuquel, un poco al E. del anterior.

Feliciano Puran, cacique gobernador según se llama, gobierna todo el Neuquén sur.

Yancaquen, en Ranquilenon.

Zúñiga, en Campana Mahuida y Yollinco. Esta tribu queda frente a Santa Bárbara, pequeño pueblo de Arauco.

Hay varias otras tribus menores hasta llegar a Calcapu, residencia de Shayhueque cacique de las manzanas. No conozco sus nombres.

Como dejo dicho antes, la mayor parte de estas tribus son pacíficas y reducibles, la misma condición en que se encuentra, viviendo en relaciones más o menos legítimas con las poblaciones de ultracordillera con sus pequeñas crianzas y con los productos de cortos sembrados y algunos tejidos.

Servirán, no lo dudo, para incrementar coa brazos robustos e inteligentes las poblaciones que allí han de formarse al amparo de la ocupación militar del río Negro. No serán mejores que ellos, si sabemos manejarlos, las inmigraciones extranjeras que nos vengan.

Deseo al terminar estos apuntes decir una cosa en que espero ser apoyado por Vd., doctor Zeballos; porque Vd. ha abarcado con su vista todo el panorama de nuestro país y el alcance de sus elementos de riqueza y poder.

El porvenir de esta tierra es inmenso; tanto, que allá en las altas regiones de la política internacional no habrá pasado

inadvertido; y tengo la creencia de que en la cuestión territorial que actualmente debatimos con Chile, cualquier parte de nuestro territorio que por complacencia y confianza en nuestro derecho, consintiéramos en someter al arbitraje de otras naciones, sería adjudicada a Chile. Porque somos demasiado ricos y de productos naturales, y estamos ya en el camino de llenar de poblaciones florecientes lo que hasta hoy era desierto; y porque vamos a hacer en este camino un enorme desequilibrio de poder en la América.

El fallo del árbitro a favor del Paraguay ha sido en ese sentido muy razonable. Así nos pasaría con el arbitraje de la Patagonia y el Estrecho.

Si el señor Anchorena consintiera en declarar de derecho litigioso entre él y los pobres una parte, la más saneada y bien habida, de sus bienes, y a mí me nombraran árbitro para su adjudicación, mi fallo sería, se lo aseguro, a favor de los pobres.

Soy su muy adicto amigo.

MANUEL L. OLASCOAGA.”

MENSAJE Y PROYECTO

DEL SEÑOR MINISTRO DE GUERRA Y MARINA,
GENERAL DON JULIO A. ROCA, SOBRE LA
TRASLACIÓN DE LA FRONTERA SUR A LOS
RÍOS NEGRO Y NEUQUÉN.

Buenos Aires, agosto 14 de 1878.

Al Honorable Congreso de la Nación.

El Poder Ejecutivo cree llegado el momento de presentar a la sanción del Honorable Congreso el proyecto adjunto, en ejecución de la ley de 23 de agosto de 1867, que resuelve de una manera definitiva el problema de la defensa de nuestras fronteras por el oeste y por el sur, adoptando resueltamente el sistema que desde el siglo pasado vienen aconsejando la experiencia y el estudio como el único que, a una gran economía, trae apareada una completa seguridad: la ocupación militar del río Negro, como frontera de la República sobre los indios de la Pampa.

El viejo sistema de las ocupaciones sucesivas, legado por la conquista, obligándonos a disminuir las fuerzas nacionales en una extensión dilatadísima y abierta a todas las incursiones del salvaje, ha demostrado ser impotente para garantizar la vida y la fortuna de los habitantes de los pueblos fronterizos constantemente amenazados.

Es necesario abandonarlo de una vez e ir directamente a buscar al indio en su guarida, para someterlo o expulsarlo, oponiendo enseguida, no una zanja abierta en la tierra por la mano del hombre, sino la grande e insuperable barrera del río Negro, profundo y navegable en toda su extensión, desde el océano hasta los Andes.

Hemos perdido mucho tiempo y puede afirmarse que cualquiera de los esfuerzos hechos en los avances sucesivos que se han realizado, a medida que la población crecía y se sentía estrecha en sus límites anteriores, hubiera bastado para verificar la ocupación del río Negro.

A mediados del siglo pasado, ya los reyes de España aceptaban como un principio de defensa militar lo que hoy día ha llegado a convertirse en una verdad evidente y comprobada por la dolorosa experiencia que en sesenta y ocho años de vida nacional hemos cosechado, con la destrucción constante de la primera fuente de nuestra riqueza rural y la pérdida de numerosas vidas y cuantiosos tesoros: "que es imposible la defensa de una línea militar que se extiende por cientos de leguas, si no se cuenta como auxiliar y base de la defensa, con una barrera natural que pueda ser opuesta a las excursiones del salvaje.

A consecuencia de las revelaciones del libro de Falkner, España, temerosa de que fuese a despertar la codicia de otras naciones por la Patagonia, cuya posesión hubiera sido un peligro para sus colonias del Río de la Plata y del Pacífico, ordenó a D. Francisco de Viedma y al piloto D. Basilio Villarino, la exploración del río Negro y de las costas patagónicas.

El éxito feliz obtenido por Villarino determinó la presentación hecha por D. Francisco de Viedma en marzo de 1774 al virrey Marqués de Loreto, en la que hacía una exposición clara y evidente de la importancia estratégica del río Negro como la línea militar de defensa, y de las inmensas ventajas que de su adopción reportaría al reino por los extensos y fértiles territorios que, una vez ocupado este punto, serían adquiridos para la cría y fomento del ganado.

Otros proyectos y escritos semejantes se dieron a luz por aquel mismo tiempo. Es uno de los más notables el de D. Sebastián Undiano y Gastelú, capitán de las tropas que guarnecían la frontera de Mendoza, que había recorrido y estudiado los territorios del sur; y son conocidos de todos los escritos del afamado geógrafo D. Félix de Azara, que en 1796 manifestaba la necesidad de ocupar al río Negro, aconsejando esta solución como el único medio de "asegurar la tranquilidad y posesión de la Pampa con la mayor brevedad, ventaja y extensión".

Así, el pensamiento de situar la frontera en el río Negro, como la línea más corta, más económica y segura, data del siglo pasado. No es una idea nueva que se trae como solución improvisada a la más vital de las cuestiones que puedan preocuparnos, sino que, por el contrario, cuentan por la sanción

de un largo transcurso de tiempo, que ha madurado y hecho evidentes sus ventajas, y con el asentimiento de todos los hombres notables que le han dedicado sus estudios.

En la elaboración de este sistema y en las diversas tentativas llevadas a cabo para realizarlo, se han hecho notar, desde los primeros días de la Independencia hasta la fecha, militares distinguidos y hombres de Estado eminentes, que, después de la caída de la tiranía, han consagrado esfuerzos laudables a la consecución de este gran desiderátum, hasta que al fin, el Congreso de 1867 convirtió en ley lo que, puede decirse con verdad, era una aspiración nacional.

El P. E. viene hoy simplemente a pedirnos los recursos necesarios para el cumplimiento de esta ley, votada en medio de la guerra que sostenía la nación contra el Gobierno del Paraguay y de las dificultades consiguientes a esa situación, porque el Congreso comprendía ya que ése era el único medio de cortar de raíz los graves males de la inseguridad de la frontera.

Cuando surgió este pensamiento, en el siglo pasado, el desierto empezaba en el Fortín Areco, Mercedes y el Salado; los medios de acción eran deficientes y una serie incalculable de dificultades se oponían a su realización. Y, sin embargo, los informes elevados al gobierno estaban contestes con afirmar que la solución mejor y única definitiva sería la ocupación militar del río Negro.

Hoy la nación dispone de medios poderosos, comparados con los que poseía el virreinato y aun con los mismos con que contaba el Congreso de 1867 al dictar la ley; el ejército se encuentra en Carhué y Guaminí, el corazón del de-

sierto, a media jornada del río Negro; la población civilizada se extiende por millares de leguas más allá de la línea de frontera que nos legó el virreinato, y la riqueza pública y privada que la nación se halla en el deber de garantizar, se han centuplicado.

¿Podría vacilarse, con estos elementos y facilidades, en realizar hoy una operación que estuvieron dispuestos a llevar a cabo los virreyes, varios gobiernos patrios y el Congreso de 1867 ?

Hasta nuestro propio decoro como pueblo viril nos obliga a someter cuanto antes, por la razón o por la fuerza, a un puñado de salvajes que destruyen nuestra principal riqueza y nos impiden ocupar definitivamente, en nombre de la ley del progreso y de nuestra propia seguridad, los territorios más ricos y fértiles de la República.

Las ventajas de esta operación son evidentes; y, sin necesidad de acudir a los autores que han tratado de ella, ni participar del sentimiento y de la opinión pública que nos impulsan a poner manos a la obra, bastaría abrir una carta cualquiera de la Pampa para ver que el río Negro es por sí mismo una barrera natural; que sería la línea más corta, segura y económica, y que, una vez ocupada, haría perder en poco tiempo hasta el significado de la palabra frontera, cuando no se trata de naciones extrañas, puesto que para la República Argentina no hay otra frontera por el O. y por el S. que las cumbres de los Andes y el océano.

La primera línea actual, desde Patagones al Fuerte General San Martín, extrema derecha de la frontera de Mendoza, abraza una extensión de trescientas leguas geográficas, y la

segunda línea de la de Buenos Aires y de la de Córdoba, mide ciento sesenta leguas, formando entre ambas un total de cuatrocientas sesenta y nueve leguas, guarnecidas por setenta jefes, trescientos setenta oficiales y seis mil ciento setenta y cuatro soldados, que cuestan a la nación en vestuario, armas, alimentos, sueldos, caballos, etcétera, \$f. 2.361.199 al año, sin contar el valor de las construcciones, alojamientos y zanjas que son necesarios en estos avances periódicos por líneas paralelas, siguiendo el sistema conocido desde la conquista.

Tampoco se halla comprendido en este gasto lo que se invierte en las movilizaciones extraordinarias a que hay que recurrir siempre, para cubrir los puntos amenazados y que se encuentran desguarnecidos, pues es posible, con 6.174 soldados, guardar completamente todos y cada uno de los puntos que pueden ser atacados por los salvajes.

Podríamos duplicar este ejército, siguiendo la vieja rutina, y el resultado sería el mismo, porque este sistema es contrario a la naturaleza de las cosas y a todo principio militar.

Entre tanto, la frontera en el río Negro estará bien guardada por dos mil hombres, y aun por mil quinientos. Bastará ocupar a Choele-Choel, Chichinal, la confluencia de los ríos Limay y Neuquén y la parte superior de éste hasta los Andes, para hacer desaparecer todo peligro futuro.

La naturaleza del terreno árido y seco que caracteriza la zona comprendida entre el Colorado y el Negro, hasta la proximidad de la cordillera, y lo profundo de las aguas de este último río, navegable en toda su extensión, facilitan admirablemente la defensa, con sólo ocupar ciertos pasos precisos. El resto estará defendido por sí mismo.

De Carmen de Patagones a Choele-Choel, o isla de Pacheco, situada a los 39° 29' de lat. y 7° 18' O. de Reuter, no se necesita un solo hombre para guardar toda la línea, porque al sur del río Negro, en esta parte, no habitan tribus indígenas hasta una distancia muy considerable, y las que se encuentran después de esa región son de índole muy mansa. La línea que habrá que guardar quedará así reducida, desde Choele-Choel a la Cordillera de los Andes, a setenta y tantas leguas. Debe tenerse presente, además, que entre aquella isla y la confluencia del Limay con el Neuquén, a los 39° 13' de lat. y 10° 27' de long., el río Negro es de cauce más fijo, de barrancas más elevadas, y de una profundidad que varía entre 16 y 32 pies, según el comandante Guetrico, jefe distinguido de nuestra armada, que exploró dicho río en 1872, y cuyo informe presentado al Ministerio de la Guerra termina con estas palabras que deben merecernos entero crédito:

“Para concluir, diremos que se infiere de todo esto, y que tales son nuestras ideas, que la navegación hasta Nahuel Huapí no es de manera ninguna dudosa, y, por el contrario, la razón de tener su origen las aguas en la primera cuenca, de sufrir aquellas menos evaporación de Choele-Choel adelante, y de no tener ningún derrame conocido, influyen poderosamente para demostrar que la desconfianza que se tiene o puede existir respecto de la posibilidad de navegar este río, es de todo punto infundada.”

La profundidad media del río en toda su extensión, según el mismo comandante Guerrico, es de diez pies en la

época del descenso de las aguas, y de quince en la de las crecientes.

Calculando, pues, sobre dos mil hombres, que es el máximo de las fuerzas necesarias para la defensa de esta línea, resultará un gasto al año de 692.394 pesos fuertes, que dará una diferencia anual en favor del Tesoro Nacional de 1.666.805 pesos fuertes.

No es menester entrar en mayores consideraciones para dejar evidenciadas, no sólo las ventajas sino la necesidad de adoptar sin demora esta solución. Aunque sólo fuese mirado bajo el aspecto de la economía, economía que representará para la nación en diez años un capital de dieciséis a diecisiete millones de duros, que puede ser empleado en obras productivas de progreso, no se debiera trepidar un solo instante en llevarla a término.

Pero hay, además, sobre esta misma economía, el incremento considerable que tomará la riqueza pública y el aumento de todos los valores en la extensión dilatada que abraza la actual línea, como efecto inmediato de la seguridad y garantías perfectas que serán la consecuencia de la ocupación del río Negro, la población podrá extenderse sobre vastas planicies y los criaderos multiplicarse considerablemente bajo la protección eficaz de la nación, que sólo entonces podrá llamarse con verdad dueña absoluta de las pampas argentinas Y aún quedarán al país, como capital valioso, las quince mil leguas cuadradas que se ganarán para la civilización y trabajo productor; cuyo precio irá creciendo con la población hasta alcanzar proporciones incalculables.

Por otra parte, la ocupación del río Negro, su navegación hasta Nahuel-Huapí por el Limay, la de alguno de sus afluentes, como el Chume-chuin y el Catapuliche, explorados por Villarino, facilitarán la colonización y la conquista pacífica de la parte comprendida entre el Limay y el Neuquén, riquísima comarca fecundada por numerosos arroyos, de suelo feracísimo y cubierto, en partes, de bosques que alcanzan una considerable altura. Sus cerros contienen metales de todas clases, principalmente el cobre aurífero y el carbón de piedra.

Las tribus que la habitan son poco numerosas y, según informes fidedignos, su población total no alcanza a veinte mil almas. Miembros de la gran familia Araucana, pasaron a la falda oriental de los Andes con el nombre de "Ancas" y se dividen, según los nombres de los lugares que ocupan: en Huiliches (indios del sur), Puenches (indios de los Pinales), etc., etc. Han alcanzado un grado de civilización bastante elevado, respecto de las otras razas indígenas de la América del Sur, y su transformación se opera como estamos viendo todos los días, de una generación a otra, cuando poderes previsores le dedican un poco de atención. Su contacto permanente con Chile y la mezcla con la raza europea han hecho tanto camino, que estos indios casi no se diferencian de nuestros gauchos y pronto tendrán que desaparecer por absorción.

En la superficie de quince mil leguas que se trata de conquistar, comprendidas entre los límites del río Negro, los Andes y la actual línea de fronteras, la población indígena que la ocupa puede estimarse en veinte mil almas, en cuyo número alcanzarán a contarse de mil ochocientos a dos mil hom-

bres de lanza, que se dedican indistintamente a la guerra y al robo, que para ellos son sinónimos de trabajo.

Los ranqueles, famosos en la Pampa, por ser los más valientes, se hallan reducidos en la actualidad a menos de seiscientas lanzas a consecuencia de haberse presentado grupos numerosos a los jefes de la frontera de San Luis y Córdoba, prefiriendo vivir al abrigo y protección inmediata de la nación y de sus tropas, antes que en el desierto. Sus tolderías están diseminadas por familias en una extensión de 600 leguas cuadradas aproximadamente, en medio de los bosques espesos cortados a intervalos regulares por grandes obras. Empiezan los primeros en Chocha, a los $36^{\circ} 6'$ de lat. y $7^{\circ} 36'$ de long., y el Médano Colorado a los $35^{\circ} 42'$ de lat. y 7° de long., 60 yeguas directamente al sur del Tres de Febrero, y van a concluir en Tracolauquen, a 30 leguas al sur de Poitagua, asiento del cacique Baigorrita. Veinte leguas al oeste de esta línea de toldos y paralelamente a ella, corre el río Chadi-leuvú, en dirección N. S. y este espacio intermedio se halla cubierto de un bosque muy espeso y bastante elevado, pero que carece de agua, y es, por lo tanto, inhabitable.

El actual ministro de la Guerra ha recorrido personalmente estos lugares y puede asegurarse que son inmejorables para la ganadería y aun para la colonización. Abundan pastos de varias clases; el agua dulce y clara se encuentra en grandes lagunas, al pie de los médanos de arena, y, donde se la ve en la superficie, se oculta tan de cerca, que basta levantar algunas paladas de arena para que surja en abundancia del seno de la tierra.

El otro grupo araucano que habita esta región y que es el más considerable, es la tribu de Namuncurá, notablemente disminuida a consecuencia de contrastes y derrotas últimamente sufridos, con motivo de las expediciones realizadas, y del avance de la línea de fronteras de Buenos Aires hasta Carhué, llevado a cabo con tanta firmeza por el malogrado Dr. Alsina; se sabe que su antigua residencia era Chilhué, leguas más o menos al O. de Carhué, y que, al contrario de los ranqueles, ocupaba un espacio reducido a lo largo de una gran cañada, formando algo parecido a un campamento árabe en marcha a través del desierto.

Se encuentra ahora Namuncurá con cien guerreros, la flor de su tribu y de su familia, en Maracó Grande, 20 leguas aproximadamente al S. O. de Chilhué hacia el Colorado. El resto se ha dispersado entre los montes, en precaución de nuestras persecuciones.

El cacique Pincen, el más atrevido y aventurero de los salvajes, montonero intrépido que no obedece a otra ley ni señor que sus propios instintos de rapiña, ha sufrido rudos golpes que lo han desmoralizado completamente. Su residencia es la laguna de Malicó, 10 leguas al O. de Tenquenlavquen, y el número de sus indios alcanzará apenas a cien.

Quedan aún otras agrupaciones de esta raza, la más viril de toda la América del Sur, y una de las más avanzadas, después de los Incas, en los valles andinos, al E. de la Cordillera, entre el Río Grande y el Neuquén; pero son de poca consideración y se someterán fácilmente a condición de que se les deje en posesión de sus tierras, que son de las más fértiles de la República, favorecidas por un clima muy benigno.

Como se ve, la Pampa está muy lejos de hallarse cubierta de tribus salvajes, y éstas ocupan lugares determinados y precisos.

Su número es bien insignificante, en relación al poder y a los medios de que dispone la nación. Tenemos seis mil soldados armados con los últimos inventos modernos de la guerra, para oponerlos a dos mil indios que no tienen otra defensa que la dispersión, ni otras armas que la lanza primitiva, y, sin embargo, les abandonamos toda la iniciativa de la guerra permaneciendo nosotros en la más absoluta defensiva, ideando fortificaciones, como si fuéramos un pueblo pusilánime contra un puñado de bárbaros.

La importancia política de esta operación se halla al alcance de todo el mundo. No hay argentino que no comprenda, en estos momentos, agredidos por las pretensiones chilenas, que debemos tomar posesión real y efectiva de la Patagonia, empezando por llevar la población al río Negro que puede sustentar en sus márgenes numerosos pueblos, capaces de ser en poco tiempo la salvaguardia de nuestros intereses y el centro de un nuevo y poderoso Estado federal, en posesión de un camino interoceánico fácil y barato a través de la cordillera por Villa Rica, paso accesible en todo tiempo.

Ya el ojo sagaz y penetrante del jesuita Falkner, en el siglo pasado, había indicado a Inglaterra el porvenir de esas regiones y la importancia que podrían adquirir para el comercio universal; y, si bien las condiciones generales a que obedecen sus evoluciones se han modificado profundamente con los grandes cambios operados en la ruta que sigue actual-

mente la navegación, siempre existen para nosotros y el resto de la América Meridional los motivos que Falkner señalaba como un incentivo poderoso para la población de esas regiones.

Una vez expuestos ligeramente los principales fundamentos del proyecto que el Poder Ejecutivo presenta al Honorable Congreso, y sin entrar en mayores detalles que fatigarían la atención de V. E., debe descenderse a la exposición de la manera cómo piensa el Ejecutivo realizar tan importante operación.

La ocupación del río Negro no ofrece en sí misma ninguna dificultad, pero antes de llevarla a cabo es necesario desalojar a los indios del desierto que se trata de conquistar, para no dejar un solo enemigo a retaguardia, sometiéndolos por la persuasión o la fuerza, o arrojándolos al sur de aquella barrera: ésta es la principal dificultad. El Poder Ejecutivo tiene ya hecho y bien meditado el plan de operaciones, que estima prudente no revelar por ahora para asegurar mejor su éxito, y cree firmemente que vencerá los obstáculos que se oponen al desalojo previo de los indios.

Ante la magnitud de la empresa que se acomete, podrá parecer insuficiente la suma que el proyecto fija. Pero el Poder Ejecutivo estima que ella bastará para llevar a cabo una obra que tantos y tan grandes bienes ha de producir y a la que tan valiosos intereses se hallan vinculados.

Hemos sido pródigos de nuestro dinero y de nuestra sangre en las luchas sostenidas para constituirnos, y no se explica cómo hemos permanecido en perpetua alarma y zozobra, viendo arrasar nuestras campañas, destruir nuestra

riqueza, incendiar poblaciones y hasta sitiarse ciudades en toda la parte sur de la República, sin apresurarnos a extirpar el mal de raíz y destruir esos nidos de bandoleros que incuba y mantiene el desierto.

Ni se explica satisfactoriamente esta eterna defensiva en presencia del indio, dado el carácter nacional. Se trata de sofocar una revuelta, y todas las fuerzas vivas del país concurren a vencerla, y sólo López Jordán cuesta al Tesoro Nacional catorce millones de duros y otros tantos o más a la fortuna particular.

Hoy, con la cantidad que el proyecto fija, la nación va a asegurar la vida y propiedad de millares de argentinos, a conquistar quince mil leguas de territorio, a disminuir el gasto anual en el ramo de la guerra en \$f. 1.666.805, y por fin a cauterizar esta llaga que se extiende por todo un costado de la República y que tanto debilita su existencia.

Enunciados así los grandes propósitos de este pensamiento, y los medios más indispensables que requiere su realización, el P. E. debe agregarlos, para concluir, que cree justo y conveniente destinar oportunamente a los primitivos poseedores del suelo, una parte de los territorios que quedará dentro de la nueva línea de ocupación.

Responde a este objeto el artículo 49 del proyecto, por el cual se dispone reservar para los indios amigos, y los que en adelante se sometán, un área de 50 leguas sobre la frontera de Buenos Aires, otra de la misma extensión sobre la de Córdoba y una de 30 leguas sobre la de Mendoza, donde se podrán concentrar después en poblaciones agrícolas, las distintas

LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

tribus ranqueles y pehuenches que ocupan esa zona, desde el Atlántico a los Andes.

Dios guarde a V. H.

AVELLANEDA
JULIO A. ROCA

LEY DE OCTUBRE DE 1878

Departamento de Guerra.

Buenos Aires, octubre 5 de 1878.

Por cuanto:

El Senado y Cámara de Diputados de la Nación Argentina, reunidos en Congreso, etc., sancionan con fuerza de

LEY

Artículo 1° - Autorízase al Poder Ejecutivo para invertir hasta la suma de un millón seiscientos mil Pesos (1.600.000 pesos) en la ejecución de la ley 23 de agosto de 1867, que dispone el establecimiento de la línea de fronteras sobre la margen izquierda de los ríos Negro y Nuequén, previo sometimiento o desalojo de los indios bárbaros de la pampa, desde el río Quinto y el Diamante hasta los dos ríos antes mencionados.

Art. 2° - Este gasto se imputará al producido de las tierras públicas nacionales que se conquisten en los límites de-

terminados por esta ley; pudiendo el Poder Ejecutivo, en caso necesario, disponer subsidiariamente de las rentas generales en calidad de anticipo.

Art. 3° - Decláranse límites de las tierras nacionales situadas al exterior de las fronteras de las Provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, San Luis y Mendoza, las siguientes líneas generales, tomando por base el plano oficial de la nueva línea de fronteras sobre la pampa, de 1877:

1ª La línea del río Negro desde su desembocadura en el océano, remontando su corriente hasta encontrar el grado 5° de long. O. del meridiano de Buenos Aires.

2ª La del mencionado grado 5° de longitud en su prolongación norte, hasta su intersección con grado 35° de latitud.

3ª La del mencionado grado 35° de latitud, hasta su intersección con el grado 10° de longitud occidental de Buenos Aires.

4ª La del grado 10° de longitud occidental de Buenos Aires en su prolongación sur desde su intersección en el grado 35° de latitud y desde allí hasta la margen izquierda del río Colorado, remontando la corriente de este río, hasta sus nacientes y continuando por el río Barrancas hasta la Cordillera de los Andes.

Art. 4° - Destínase igualmente a la realización de la presente ley el producido de las tierras públicas que las provincias cedan de las que se les adjudica por esta ley. Estas tierras serán enajenadas en la misma forma que las nacionales sin afectar la jurisdicción y los derechos adquiridos por particulares.

Art. 5° - Queda autorizado el Poder Ejecutivo para levantar sobre la base de las tierras a que se refieren los artículos anteriores, una suscripción pública por el importe de la cantidad expresada en el artículo 19 la cual será destinada a los gastos que demande la ejecución de esta ley.

Art. 6° - La suscripción se hará por medio de cuatro mil títulos de cuatrocientos pesos fuertes cada uno, emitidos nominalmente o al portador, a opción de los suscriptores, y pagaderos por cuotas de cien pesos fuertes una cada tres meses.

Art. 7° - Los capitales suscritos devengarán el seis por ciento de renta anual, que se abonará por semestres, y se amortizarán por medio de adjudicaciones en propiedad de lotes de tierra, en el modo y forma que esta ley prescriba.

Art. 8° - A medida que avance la actual línea de fronteras, se hará mensurar las tierras a que se refieren los artículos anteriores, y levantar los planos respectivos, dividiéndose en lotes de diez mil hectáreas (cuatro leguas kilométricas cuadradas) numeradas de uno en adelante, con designación de sus pastos, aguadas y demás calidades, todo lo cual se hará constar en un registro especial denominado "Registro gráfico de las tierras de fronteras".

Art. 9° - Una vez practicada esa operación, los suscriptores o tenedores de títulos, podrán pedir por solicitud dirigida a la oficina que el Poder Ejecutivo determine, la amortización de sus títulos por adjudicación de lotes de tierra. La solicitud deberá presentarse cerrada y contendrá la fecha en que se presente, la designación de lote o lotes, que se soliciten por sus números respectivos, los números de los títulos que de-

ben amortizarse, si el que los presenta es suscriptor y por cuántas acciones. En el sobre se expresará solamente el nombre y domicilio del solicitante y el número o números de lotes solicitados; y la oficina encargada expedirá un recibo talonario en que se transcribirá lo escrito en la cubierta y la fecha de la presentación, dejando igual constancia en el talón del libro.

En caso que haya varios suscriptores que pidan la adjudicación de un mismo lote, se adjudicará por sorteo entre ellos.

Art. 10. - La base para la venta de la tierra será de cuatrocientos pesos fuertes, o sea el valor de una acción por legua cuadrada; pero la enajenación no podrá hacerse sino por áreas de cuatro leguas cuadradas, y tampoco podrá adjudicarse más de tres áreas a nombre de una sola y misma persona.

Art. 11. - A los efectos del artículo precedente sólo se tomarán en consideración para la adjudicación por sorteo, las solicitudes presentadas dentro de quince días contados desde la fecha en que se pidiere la adjudicación del lote o lotes en competencia.

Art. 12. - La enajenación de estas tierras sólo podrá hacerse por amortización de títulos.

Art. 13. - La entrega de los títulos se hará una vez satisfecho el importe de cada acción, dándose recibos provisorios a medida que se abonen las cuotas.

Art. 14- Los suscriptores que no abonaren sus cuotas respectivas hasta treinta días después de vencido el término fijado para el pago de cada una, perderán todo derecho a las sumas que tuviesen entregadas, y la oficina respectiva podrá

ceder las mismas acciones a otros suscriptores que quisieran tomarlas, abonando su importe total, para lo cual publicará los avisos que fuesen necesarios.

Art. 15. - Los suscriptores podrán abonar en una sola vez el importe de sus acciones, y en tal caso se les hará un descuento de cuatro por ciento al año sobre el monto de las cuotas anticipadas.

Art. 16. - Los títulos expresarán que el portador o persona suscripta es acreedor por la cantidad que represente su valor escrito, y que el pago se hará por medio de adjudicaciones de lotes de tierra pública, en la forma prescripta por esta ley; y irán firmadas por el Ministro de Hacienda, por el Presidente de la Contaduría o uno de los Contadores mayores y por el jefe de la Oficina encargada de esta operación por el Poder Ejecutivo.

Art. 17. - Los suscriptores o tenedores de acciones deberán pedir la amortización de sus títulos dentro del término de cinco años contados desde la fecha en que el Poder Ejecutivo ponga los planos de la tierra, en la forma prescripta por esta ley, en la oficina respectiva, para que en su vista puedan pedirse las adjudicaciones.

Art. 18. - Los gastos de la mensura general serán por cuenta del gobierno, y las ubicaciones serán hechas en el modo y forma que el Poder Ejecutivo determine, pero siempre por medio de un empleado del Departamento de Ingenieros, sujetándose a los datos e instrucciones que al efecto le transmitirá esa oficina.

Art. 19. - El Poder Ejecutivo reservará en las partes que considere más conveniente los terrenos necesarios para la

LA CONQUISTA DE QUINCE MIL LEGUAS

creación de nuevos pueblos y para el establecimiento de los indios que se sometían.

Art. 20. - Queda facultado el Poder Ejecutivo para hacer los gastos que demanda la ejecución de esta ley.

Art. 21. - Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Dada en la Sala de Sesiones del Congreso Argentino, en Buenos Aires a cuatro de octubre de mil ochocientos setenta y ocho.

MARIANO ACOSTA

FÉLIX FRÍAS

Carlos M. Sarabia
Secretario del Senado

J. Alejo Ledesma.
Secretario de la C. de DD.

Por tanto: Cúmplase, comuníquese, publíquese y dése al R. N.

AVELLANEDA
JULIO A. ROCA